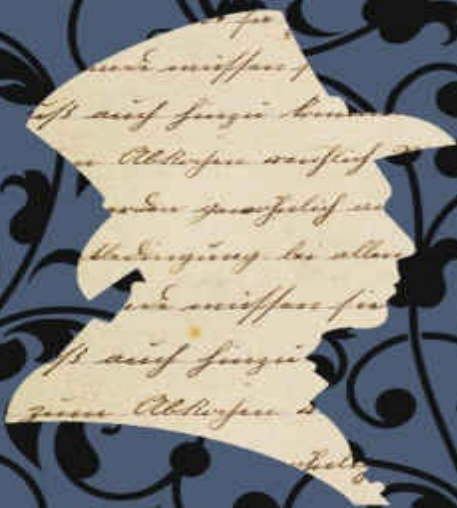


MI DAMA DE COMPAÑÍA



NATALIA GIRÓN



MI DAMA DE COMPAÑÍA



NATALIA GIRÓN

Primera edición: abril 2019

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Mi dama de compañía ©2019, Natalia Girón Ferrer

ISBN: 9781798855294

Depósito legal: V-9482017

Diseño de cubierta: Natalia Girón

Imagen de cubierta: www.freepik.es - Vector de Fondo creado por Garry Killian

Maquetación: Natalia Girón

*A mi hermana Vanesa,
que aunque siempre estemos discutiendo
te perdonaría lo imperdonable.
Henry tiene tu corazón.*

I

27 de agosto de 1786

Mi muy querida Ivil,

Enviarte esta misiva está siendo una tarea muy compleja. Ni siquiera alcanzo a pensar el lugar donde entregártela. Desde tu partida nadie habla sobre el tema, aunque sospecho que nuestro padre anda buscándote desesperadamente. Se encierra todas las noches en la biblioteca con el fuego encendido y una botella de whisky.

En cambio, nuestra común madre intenta mantenerse ocupada. Organiza veladas sin sentido con los vecinos de las fincas colindantes y de vez en cuando se marcha al pueblo para encargarse de más vestidos con los que sorprender a la sociedad británica.

Cavilo acerca del modo en el que actúan, ya que su comportamiento carece de sentido para mí.

Decir que el pesar me atormenta no es comparable con los sentimientos que anidan en mi interior. La presión ahora es mayor y no puedo hacer nada sin la atenta mirada de nuestro padre observándome con ese ceño fruncido. Sé que se pregunta algo, que lo inquieta mi actitud o tal vez mis ojos les recuerdan a los tuyos como me ocurre a mí... ¡Oh, Ivil! No puedo sino sentir que los días no son completos sin ti.

A pesar de mis constantes opiniones negativas sobre relatar nuevas importantes a través de una carta, no me queda alternativa que hacerlo. Cuando la confidencia de tu fuga llegó a oídos del abuelo, su salud empeoró en demasía, de tal manera que permanece en cama desde entonces. El gran marqués de Looksanly yace en su lecho esperando la muerte. He de serte sincero, aunque eso me convierta en el comisionado de malas noticias, creo que no sobrevivirá. Te quiere demasiado para vivir en un mundo donde su alegría te acompañó en la huida.

Y yo también, Ivil.

Si valoras algo nuestra cordura, nuestro amor, nuestra lealtad, vuelve a casa. Vuelve, por favor.

*Con todo mi amor,
Henry.*

30 de agosto de 1786

Ivil

No había lugar en Inglaterra donde pudieras esconderte de la neblina que envolvía las calles. Se encontraba en el muelle con aquel ambiente enrarecido y un súbito escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sabía que estaba obrando mal, que había perdido el juicio y que las sombras de ese pasado la perseguirían por siempre. Aun así, no miró atrás. Su orgullo y el dolor que sentía eran mucho más fuertes.

Llegó a Dover solo con un baúl y su doncella personal, puesto que ella no la había abandonado en su huida. Se había empeñado en ayudarla en todo cuanto pudiera. Había dejado su cómoda vida trabajando en Hightown, para acompañarla en su fuga y no había insistido en volver, ni en que cambiara su opinión. Se sentía llena de dicha al apreciar la lealtad de la joven y aunque esta no había preguntado el motivo de aquella escapada, Ivil necesitó defenderse del juicio que su doncella le hacía con la mirada.

En el transcurso del viaje al puerto no pudo contenerse más y habló, tal vez más para sí misma que para ella:

—No puedo perdonarles —se relamió la herida del labio.

Cassandra, la doncella, sabía de la gravedad del asunto. Algo malo había ocurrido para que su señora no quisiera vivir con su familia rodeada de todos los lujos existentes.

Ivil estaba a punto de llorar cuando dijo aquellas palabras, pero pestañeó y desaparecieron. Aquella mirada de odio se había instalado en sus ojos verdes, y por unos instantes, Cassandra vio que el color era más oscuro de lo que recordaba. Tenía tanto dolor dentro de ellos que se podía apreciar con nimios cambios en el exterior. La verdad que había tenido que afrontar no era agradable y su corazón se había roto en tantos pedazos que era imposible reconstruirlo. Recordó aquella vez que se le cayó una tacita de té al suelo y se hizo añicos, dejándola inservible.

Una vez en Dover se dispusieron a coger un barco que las llevaría a ambas al continente. No era bueno permanecer en Inglaterra mucho tiempo, su familia, bien relacionada, las encontraría antes del amanecer. No permitiría que la atraparan.

Ivil compró dos pasajes para un viaje que las llevaría hasta Francia. Jamás había estado en París, pero le parecía una ciudad suficientemente transitada para pasar desapercibida. Fue el único plan sensato que se le ocurrió.

—Antes de llegar al continente tenemos que tener muy claro quiénes somos, Cassandra.

—Sí, señora —respondió la doncella mientras intentaba mantener la cabeza despejada. El vaivén del barco la mareaba.

—Puedes escoger el nombre que quieras y el pasado que más te guste, pero por nada del mundo debes decirle a nadie de donde procedemos ni nuestros nombres.

—Pero milady...

—Por favor, no te lo pediría si no fuera necesario.

—Está bien, entonces me cambiaré el nombre por Adeline. Usted, señora, ¿qué nombre se pondrá?

Siempre había sido Ivil, Niv o Nivill y quería seguir siéndolo, pero no podía.

—Jane Fairfax —suspiró—. De ahora en adelante, provenimos del sur de Inglaterra. Somos mujeres de clase obrera...

—Usted no es de clase obrera, milady —la interrumpió.

La doncella miró el vestido que llevaba puesto su señora, de una muselina exquisita, de mangas largas ajustadas desde el codo hasta la muñeca. Los puños estaban terminados con una chorrera de blanco encaje, igual que el borde del cuello. Incluso su piel delataba que era de la nobleza.

—Entonces, me enseñarás a parecerlo. Venderé el vestido a cualquier sastre de París, alquilaremos un sitio donde alojarnos y buscaremos un trabajo para subsistir.

— ¡Oh, no, señora! Yo puedo trabajar por las dos.

—Ni hablar. Esto fue decisión mía y no pienso acarrear la culpa por tus dolores de espalda. Buscaré algo que pueda hacer y que me dé una retribución decente. Sé dibujar, mi caligrafía es buena, aprendí latín, griego y francés además de dominar la música.

—Exactamente lo mismo que una dama de alta sociedad, milady.

—Adeline, eres una persona muy osada para hablarme así. Pero sí, tienes razón, aunque cualquier mujer que quiera aprender puede hacerlo, no se necesita una institutriz para culturizarse. El abuelo me enseñó latín, griego y

francés, y madre se empeñó en que aprendiera música. Por lo demás aprendí sola, incluso sé montar a horcajadas a caballo. No es lo más adecuado para una dama, pero me dio igual.

—Lo sé, milady. Tuve que limpiar los bordes de sus vestidos de montar aquella temporada.

Jane le dedicó una agradable sonrisa a su doncella personal. Ella y Henry habían sido sus íntimos amigos en Hightown. Echaría de menos a Henry, no concebía no volver a verle, a escuchar su voz, a protegerle de sus miedos. Esa era la única cosa que le impedía marcharse completamente. Se le paralizaba el corazón solo de pensarlo. Y Edward. Después de aquello, él jamás la perdonaría. Niv quedaba en sus manos.



Durante el viaje, Jane tuvo la oportunidad de conocer a mucha gente, tanto de renombre como sirvientes. Empezó a elaborar la farsa en la que su vida se convertiría y a practicar el arte del engaño. Se limitaba a observar la conducta de las criadas, los movimientos con los que realizaban las tareas, el tono en el que debería hablar, ... Mentalmente se anotaba esos detalles para el futuro, quería interpretar a la perfección su papel. Una señora se percató de la relación que se había instalado entre ella y sus criadas y decidió intervenir. Su carácter y su inexperiencia en la vida le habían dotado de unos valores caprichosos y mimados, pero rodeada toda su vida de nobles sabía diferenciar a una joven de la sociedad. Tenerla bajo su ala se convirtió en un proyecto solidario por parte de la señora.

Jane descubrió así que aquella dama con un gusto ostentoso por la moda, regresaba a Francia para casarse con un anciano bañado en dinero y joyas. Provenía de una familia francesa muy importante y desde niña le habían inculcado el régimen de obediencia matrimonial que dictaminara el cabeza de familia. Nadie podía sospechar que aquella dama conseguiría la estabilidad de Jane en Francia.

El detalle más importante ocurrió una noche en la que se celebraba un baile en la cubierta del barco. Aquella dama francesa estaba deseosa por estrenar un vestido rojo, cuyo diseño se convertiría en tendencia ante la corte. Cuando bajara del barco, toda Francia y por consiguiente el resto del continente, sabría de su llamativo vestido. Cuando se lo probó, antes de la

cena, se dio cuenta de que no lucía como debería, la falda estaba deshilachada, además su porte tosco hacía que la tela cayera de forma vulgar sobre la piel.

— ¿Qué voy a hacer? —decía sin parar, perdiendo la compostura de una dama.

Jane, que no iba a acudir a la celebración, observaba entre sus manos el tejido rasgado de la falda quedando así inservible para la ocasión.

—Podría arreglárselo —soltó de pronto, sin pensar.

Ella no sabía coser. Ese asunto era la pasión de Adeline. Los ojos de la dama se agrandaron hasta el punto de ver pequeñas filigranas rojizas en la cuenca.

—Te lo agradecería tantísimo. Mira si no —se acercó al baúl y extrajo de él dos pares de vestidos igual de elegantes que aquel—, ¿qué otra cosa podría ponerme? Necesito ese vestido.

Mientras Adeline se desvivía por coser aquel desastre, Jane cavilaba sobre la situación. Aquello era una salida para su supervivencia en Francia y no iba a desaprovecharla. Cuando le devolvió el vestido ya arreglado, viendo que le sentaba perfecto, se atrevió a sugerirle:

—Ya que le he ayudado con su problema, tal vez podría usted ayudarme con el mío —había meditado el tono con el que hablar a la señora. No deseaba sonar desesperada, ni altanera, solamente una criada que necesitaba ayuda.

—Sí, lo que quieras. ¡Maldita sea, rápido! Llego muy tarde.

—Quiero una carta de recomendación para poder trabajar en Francia. Como sabe, alguien de mi posición y sin ninguna referencia...

La dama con un rudo gesto de la mano le indicó que aceptaba firma la recomendación pero que eso sería lo único que obtuviera de ella. Al parecer, no estaba bien visto agradecer a los sirvientes su gran trabajo hecho. Se preguntó si ella había tratado así a sus sirvientes de Hightown.

Y al fin, la dama pudo ir al baile con su vestido ostentoso.



Desde Calais hasta llegar a la capital, ambas se mantuvieron en silencio. Adeline intentaba encajar y entender la decisión de su señora, su comportamiento y su desdicha, pero le era imposible mientras ella no le revelara lo sucedido. Mientras, la joven Jane, se encontraba ausente. Durante

el viaje, había intentado aprender y corregir sus modales. Sumergirse en el papel que necesitaba interpretar para sobrevivir y olvidar todo lo que en su día era y creía. No deseaba recuperar su esencia, su personalidad, ni su naturaleza. Estaba cayendo en un abismo donde nadie podría salvarla y había sido ella misma la que se había empujado al pozo.



París era diferente a Londres. Era estilosa y llena de alegría, el ambiente que se respiraba nada tenía que ver con la neblina de su tierra. Todas las calles estaban tan transitadas que apenas entraba un alfiler. Las edificaciones de piedra grisácea, tal vez blanco roto, las pintorescas calles que se alzaban sin fin. ¡Cuántos colores podía haber en una vía! Los carros, las molduras de las ventanas...

Las señoras llevaban vestidos elegantes de faldas voluminosas sobre crinolina, grandes y elegantes drapeados o incluso cola hasta el suelo. Jane pensó que si esos eran sus vestidos de día no imaginaría la elegancia de los de noche. Por suerte ella no estaría en aquellas veladas. Mostraban sus mejores joyas y sonreían abiertamente. Los caballeros no se quedaban atrás. Tan galantes con sombreros de copa, bastones con empuñadura de plata, llamativos broches y pañuelos del mejor tejido parisino.

Una vez allí, Jane hizo precisamente lo que dijo que haría. Vendió su traje, sus lazos y algunas joyas que se había llevado. Todo lo que poseía valor. Adeline no tuvo reparo en dejarle el mejor vestido que ella se había llevado.

La educación de Jane había sido completa, por lo que hablaba francés casi a la perfección, aunque jamás se quitaría su acento británico. Así pues, no tuvo dificultad a la hora de regatear con el sastre para conseguir más dinero del que le ofrecían. Aquello sería el sustento hasta que encontraran un trabajo.

Jane no se atrevió a preguntar por una pensión para dos damas decentes. Su economía no soportaría una sola noche en algún lugar recomendado por un sastre de París. Así que no tuvieron más remedio que alejarse de las calles más importantes y comerciales, donde encontraron una pensión bastante pequeña y mugrienta. Las primeras personas que las recibieron fueron cortesanas. Aquello escandalizó a ambas mujeres pues jamás habían visto una. Iban casi desnudas, enseñaban mucho más de lo permitido por el decoro y sus labios eran más rojos que la sangre. Una de ellas incluso llevaba un lunar

pintado. Adeline se sonrojó al observarlas, pero por educación agachó la cabeza y siguió a su señora.

—Esta es vuestra habitación —dijo la mujer de la pensión mientras tiraba una botella de licor por la ventana. Por suerte, ella era algo más recatada.

Se había caído el papel de las paredes, de un color amarillo envejecido, los colchones apenas tenían algodón por lo que dormirían casi a ras del suelo y algunas hebras de paja sobresalían. Adeline estornudó al ver la capa de polvo que poseían todos los muebles de madera. Seguramente, dormirían con algún intruso por los débiles sonidos que estaban escuchando. La puerta podía ser forzada con un mero empujón. La buena noticia era que al menos tenían una chimenea.

—Habrá que... —empezó a hablar Jane.

—¿Ventilar? ¿Fregar? ¿Sacudir? —conocía su oficio al dedillo.

—Ve y pide lo necesario para quitar toda esta mugre —pasó un dedo por la mesita auxiliar y quitó tanto polvo que su dedo quedó completamente gris.

—Voy, milady.

—Aquí soy Jane. Recuérdalo.

Adeline bajó las escaleras de la pensión y subió rápidamente con un cubo lleno de agua, retales, una escoba y una fregona. Sin pedir permiso, por supuesto. Tenía la impresión de que si solicitaba cualquier cosa le harían pagarlo.

Jane cogió uno de los trozos de tela y, sin apenas darse cuenta, la doncella le quitó el tejido de las manos.

—No, señora. Yo lo limpiaré, no se preocupe.

—¿Pretendes limpiar tú toda la habitación? Acabarás a las tantas y postrada en la cama. No voy a contraer una enfermedad por frotar —después de unos segundos de silencio—. ¿Verdad?

Adeline resopló, jamás ganaba una batalla con su señora.

Las dos jóvenes se pusieron a limpiar y adecentar el lugar mientras escuchaban una bonita discusión que llegó a las manos en la calle. Estuvieron limpiando sin parar hasta dejar una habitación donde poder sentirse tranquilas y cómodas. Por supuesto quedaba mucho por hacer. Comprar algodón, o lana tal vez, para los colchones, colocar unas cortinas en la ventana, sábanas limpias, pero cuando el sol estaba saliendo, la habitación no podía estar más limpia.

Adeline bostezó.

—Descansa un poco, voy a hablar con la dueña de este... cuarto.

A pesar de la negativa de la doncella, no le quedó más remedio que obedecer. Tan obcecada era que discutiría hasta con una pared.

Jane no vio nada que pudiera interesarle. Los trabajos que anunciaban eran para hombres fuertes, en las empresas de imprenta, en los barcos como tripulantes o en el comercio. Todo eso estaba vetado para cualquier mujer. Esperaba encontrar algún trabajo como doncella personal. Cuando fue a devolver el periódico a la dueña, no tuvo reparo en preguntar en francés si sabía de alguien que necesitara una institutriz o una dama de compañía. Aquella mujer chasqueó la lengua en respuesta y se marchó a la cocina.

—Yo puedo ayudarla jovencita —otra mujer a sus espaldas fue quien le habló en un exquisito inglés.

Al girarse, vio a un hombre pelirrojo, ataviado elegantemente, esperar casi a la entrada de la posada mientras en la sala contigua, una mujer, de edad avanzada, permanecía sentada observando una esquina del pequeño salón con nostalgia. Había un periódico en la mesa. Jane se acercó a ella. Extraña combinación hacían la seda verde del vestido con la mugre de la silla. ¿Qué haría una mujer adinerada en un lugar como aquel?

— ¿Conoce a alguien que necesite una institutriz?

—Conozco a alguien que necesita una dama de compañía. Ya está muy mayor y, para qué mentir, muy aburrida.

—Sería muy amable si me propusiera para el trabajo —de un bolsillo del vestido de Adeline extrajo un sobre que llevaba siempre consigo. Su salvoconducto—. Tengo una carta de recomendación de la familia Dumont.

—Bien —la mujer madura pasó una hoja del periódico sin hacer mucho caso a la carta que le entregaba y se detuvo a observarla. Tenía el cabello castaño claro con algunos mechones de color gris, recogido en un moño elegante y sofisticado que dejaba la frente despejada, perlas en el cuello y pendientes de amatista en sus pequeñas orejas a juego con el color de sus ojos. Pequeños pero suspicaces—. Siéntate, por favor.

Jane obedeció y se sentó cruzando las manos sobre su regazo a modo de espera, y su espalda recta, casi apoyada al respaldo del sucio asiento. No era fácil cambiar esos hábitos tan innatos en ella, pero al darse cuenta encorvó el cuerpo.

— ¿Qué sabes hacer?

—Bueno —pensó por un instante que no podía decir aquello que sabía hacer o empezarían a dudar de ella—, sé limpiar además de cocinar —vio como la mujer perdía interés en ella—. Sé tocar el piano, el cura de la iglesia me enseñó cuando era pequeña, sé tejer, aunque no se me da nada bien...

—Sabes francés —le espetó la mujer casi intrigada.

—Sí, mi padre era francés, mi madre inglesa —mintió—. Él me enseñó francés y a leer. Ella a dibujar y...

—Te adiestraron para ser una dama —por un momento había dejado el periódico fascinada por su joven acompañante.

—Querían lo mejor para mí —contestó tajantemente.

—No lo dudo. Alguien de tu condición, necesita crecer. Tus padres creyeron que no tenías límites. ¿Qué más sabes?

Jane pensó que decir.

— ¿Sabes de política?

—No —mintió.

— ¿De comercio?

—No —mintió.

— ¿De negocios?

—No —mintió.

— ¿De qué sabes entonces? ¿Qué crees que tienes para entretener a una baronesa?

—Depende de cómo sea dicha baronesa —aquella conversación la estaba enfureciendo. Tenía que ocultar lo que sabía, ser quien no era y, por supuesto, sentirse menospreciada por ello.

—Digamos que ella es una mujer peculiar —volvió la vista al periódico.

—Sé de licores —clavó su mirada en ella, estaba empezando a entender—. Sé de errores. Sé de malas conductas, pero sobre todo señora baronesa, sé escuchar y comprender a las personas. O al menos intento hacerlo. Si me disculpa, no creo que sea yo lo que anda buscando.

Jane se levantó de la silla.

—Pasaré mañana por la mañana a recogerte, espero que de ahora en adelante seas igual de descarada que hoy.

Sintió que un gran peso se había ido de sus hombros y suspiró. Adeline estaba durmiendo hecha un ovillo cuando subió a la habitación. Todo saldría bien, así que no hacía falta despertarla.

Entre el biombo que había en la habitación, un poco deshilachado, y la pared, se quitó ella misma el vestido y se puso el camisón para dormir, necesitaba descansar.

II

6 de septiembre de 1786

Mi muy querida Ivil,

Tal vez no quieras oír esto, pero padre sabe que fuiste a Londres en tu huida y que, por supuesto, tu doncella personal te acompañó. Le echa la culpa aun sabiendo que nada tiene que ver. Yo estoy seguro de que ella cuidará de ti estés donde estés. Has sido tan amable con ella que solo tiene devoción por ti. Si por algún casual decide volver, las puertas de Hightown están abiertas para ella. Quiero creer que para ti también.

Llevo semanas esperando que vuelvas y calmar toda esta ansiedad. Tengo que caminar en silencio por miedo a que alguien estalle. Nuestros padres contienen la frustración por no poder obtener respuestas. Madre, sobre todo, ha llegado a un punto de inflexión hacia ti. Nos abandonaste, pusiste a la familia en boca de toda la sociedad británica y no va a olvidarlo. Sin embargo, siempre has tenido mi perdón. Y de algún modo silencioso, también el de padre.

Desde que te fuiste, Edward no ha vuelto por Hightown. Está pensando en marcharse de Inglaterra, lejos, muy lejos. Se quiere embarcar rumbo a América, dice que allí aprenderá mucho sobre el comercio. Ojalá pudiera plantearte mis dudas, porque desde que te fuiste no es él mismo. Está distante y noto que rehúye de mi compañía. Pensé que sería mi apoyo, pero al parecer ni siquiera él puede acabar con esto.

Ivil... mi querida hermana...

*Por siempre tuyo,
Henry.*

12 de agosto de 1793

Jane

—¿Otra de esas reuniones aburridas? Pensé que se había desilusionado la última vez cuando *Monsieur* Trémoille no acudió.

—Ese viejo es duro de pelar —se levantó la baronesa Charlotte Delacroix—, pero no te preocupes *chérie*, conseguiré atraparlo.

Jane sonrió. A pesar de la avanzada edad que tenía era todavía una pizpireta.

—Y tú conseguirás atrapar a otro.

—Si vuelve a hablarme de marido, le juro que...

—Matthew estuvo muy atento contigo la última vez —ignoró la amenaza de Jane—. Tal vez si viera de tu parte más interés...

—Más interés del que no tengo, querrá decir.

— ¡Por supuesto! Como se espera de nosotras. ¿Acaso crees que todo esto lo obtuve mostrándome arisca con mi difunto esposo? —la baronesa se acercó al lado de Jane—. Hasta Adeline tiene más amor en su vida que tú, deberías plantearte dejar esas historias —le cerró el libro que tenía entre las manos—, y vivir la tuya propia.

— ¿Dejará de sermonearme si la acompaño a la fiesta de la condesa d'Arpajon?

—Sin duda —sonrió triunfante y se marchó del saloncito después de añadir: —. Espero encontrarme allí a alguien que pueda hablarme sobre los nombres que parece tener el Comité de Seguridad General en sus listas.

Charlotte no era una mujer miedosa, pero desde hacía meses, precisamente en el verano, había empezado a ser más cuidadosa con sus amistades. A veces Jane se la encontraba asustada en su salón privado. Creía saber por qué y aunque le había pedido que se marcharan de Francia, pues podía pasar cualquier cosa, ella se negaba en rotundo. Charlotte tenía la esperanza de que su querida Francia volviera al *Ancien régime*, la monarquía, esta vez gobernada por Luis XVII. Muy pocas personas sabían que era opositora de la República.

—Sigue siendo una bribonzuela —Jane abrió de nuevo el libro y

continuó leyendo.



París tenía un estilo propio que se reflejaba en sus casas, en sus tejidos, en sus decoraciones, en los jardines, en los hombres y mujeres, incluso en la comida o el clima. Todo era exquisito y sensual, tanto era así que la baronesa quería que su dama de compañía destacara. Le había hecho hacer un traje de dos piezas color burdeos de un estilo diferente al que solían llevar las demás damas. El *pierrrot*, con profundo escote y tan entallado que resaltaba en demasía su busto, se ajustaba al talle para continuar con una falda salpicadas por flores bordadas en cian y recubierta por una gasa negra llena de perlas, para resaltar sus ojos había dicho la baronesa. El *pannier* que desplazaba el volumen de la falda a las caderas, destacando así la silueta de la mujer, había sido reducido. Los guantes con dos flores también bordadas en los cortes completaban el modelo que sería la comidilla de la noche.

Jane se había enfadado al verse obligada a ponerse aquel vestido.

— ¡Oh, maldita sea! Quita esa cara antes de llegar o me verá obligada a explicar por qué mi dama de compañía parece más un perro rabioso que una señorita.

—Si no me hubiera hecho ponerme este traje, tal vez podría parecer una dama normal.

—Creía que cumplías tus promesas, *chérie*.

Jane maldijo entre dientes. Debería haber aprendido que no se podía retar a la baronesa pues, no sabía cómo, siempre ganaba. Charlotte había apostado que si resultaba victoriosa, de ahora en adelante el vestuario de su dama de compañía estaba sujeto a sus órdenes, sea cual fuere y por los motivos que ella quisiera.

—Está empeñada en que encuentre marido lo antes posible y, para ello, quiere que sea el centro de atención. Aunque la verdad —se miró a sí misma—, no creo que mostrando sus ideales en mi vestido sea la forma más adecuada de conseguirlo, dicho sea de paso.

—Unos colores no dictan las opiniones —quitó hierro al asunto.

— ¿Es que acaso no ha vivido conmigo la revolución? ¡Pensarán que soy una antirrevolucionaria! Usted me ha hecho un vestido...

— ¡Precioso! Las demás irán de beis, blanco y tal vez azul cielo, sin

ningún detalle que desvele su opinión. Tu vestido, *chérie*, tiene personalidad, fuerza, dominio ante el resto. Y no quiero una palabra más.

—Pareceré una mancha en medio del baile.

—Olvídate del vestido.

Jane bufó de desesperación. Aquella socarrona la había engañado de nuevo y, como siempre, estaba a su merced. Se olvidó de todo en cuanto vio la enorme finca donde los condes d'Arpajon iban a celebrar la fiesta.

El castillo estaba rodeado por jardines de todas las bellas flores que uno se puede imaginar con un perfecto diseño geométrico. La piedra era grisácea y los tejados azules dándole así el toque mágico que solo poseía Francia. Una triple altura impresionaba desde la lejanía.

Sin embargo, a Jane no le gustaba ir a estos eventos, puesto que podía haber algún invitado de la sociedad británica que reconociera a la nieta del marqués de Looksanly. Prefería perderse los bailes y aquellas maravillosas vistas y estar segura y tranquila en su habitación. Ciertamente era que había cambiado mucho y eso la tranquilizaba sobremanera. Cuando se marchó, simplemente era una dama de alta sociedad con un cuerpo de líneas rectas, inocente, con el pesar en sus ojos y en su alma. Ahora, se habían acentuado las curvas y su silueta era más femenina. El cabello se le había oscurecido hacia un tono chocolate y era la envidia de todas las damas que había conocido, pues sus bucles naturales adornaban su rostro proporcionándole sensualidad. Sus rasgos quedaron marcados cuando cumplió los veintidós, como por ejemplo el tono rosáceo de sus labios o los pómulos elevados.

Al entrar, la condesa y el conde las recibieron a ambas con una sonrisa que ocultaba sus verdaderas intenciones. Louise conocía a Charlotte desde hacía tiempo, pero eso no significaba que la tuviera en gran estima. Jane había oído de sus propios labios como insultaba a la baronesa. Después de todo lo que había hecho por Adeline y por ella, no le quedó otra alternativa más que contarle lo que había escuchado. Charlotte contestó: «*no es lo peor que me han llamado, chérie*» y olvidó el tema. Esa era una de las ventajas de trabajar para la baronesa Delacroix, su picardía molestaba a más de una y no era codiciada entre las festividades de los nobles, pero la condesa d'Arpajon necesitaba aparentar su simpatía hacia todos.

Como siempre le ocurría cuando tenía que acompañar a Charlotte a la corte, sus músculos se tensaban por el miedo a ser reconocida. Pasado el instante en el que entraba en la sala donde los invitados conversaban se

relajaban.

Matthew dejó a sus compañeros cuando vislumbró a la señorita Fairfax. Sus ojos se posaron en su vestido casi al instante de verla, y supo que había sido obra de Charlotte antes siquiera de que hablaran. Se acercó a saludarlas como era debido y observaron ambas, una más encantada que la otra, que se había esmerado a la hora de arreglarse para la ocasión. Su traje a la francesa, azul cielo, hacía que su cabello rubio, recogido con una cinta del mismo color, destacara entre todos los hombres allí presentes. Fue él quien le pidió el primer baile.

La baronesa tuvo la decencia de susurrarle al oído:

—Tenías razón, parecerás una mancha —cubrió su sonrisa con el abanico.

No había querido levantar los ojos del suelo para no encontrarse con la tonalidad clara de la vestimenta del resto de los que participaban en el baile, y cuando eso ocurrió vio como las demás damas iban vestidas para la ocasión. Sus trajes eran delicados y refinados. Aun así el estilo no desentonaba.

Ella, que no quería llamar la atención, que quería ser transparente como un fantasma, estaba de pie ante decenas de ojos que la contemplaban por su vestido. Ni siquiera le dio tiempo a observar la elegancia del salón.

Cuando las parejas salieron a la pista de baile, Matthew se le acercó y le ofreció el brazo para llevarla al centro. El gesto fue mucho más que caballeroso pues logró darle ánimos y valentía a Jane. La gran mayoría de los asistentes sabían cómo era la baronesa, pero aun así nadie alentaba con palabras de apoyo a su dama de compañía, salvo Matthew. Juró que jamás tomaría esposo, que no encadenaría su vida a una persona que sabía no podría hacerle feliz, engañarlo de por vida con mentiras sobre quién era y sus orígenes, pero tal vez, solo en un mundo donde su corazón no estuviera tan roto podría aceptar a Matthew.

La música, algo clásica y estilosa, sonó en el salón y los asistentes dejaron de hablar para ver cómo las parejas se entrelazaban unas con otras. Pronto, los pasos se volvieron parte de la melodía. Las luces y sombras que surgían de las lámparas parecían seguirlas. Todo estaba envuelto en un ambiente de festejo cuando el aire empezó a faltar, la temperatura subió, las respiraciones se agotaban y el sonido de las faldas y las risas de las damas embotaban los oídos.

Jane empezó a sentir un calor sudoroso en la espalda producido por la

mano de Matthew. Los cuerpos estaban demasiado unidos, según ella, pero no podía apartarse, eran tantas las demás parejas que bailaban a su alrededor...

De pronto, en mitad del baile, Jane sintió como si una flecha le hubiese atravesado la nuca, como un golpe seco que la dejó paralizada. Perdió el compás y Matthew tuvo que guiarla correctamente para no golpear a otra pareja. Desde ese momento, se sintió inquieta e incómoda, buscando de dónde provenía aquel ataque. Buscó con la mirada desesperadamente por todo el salón, pero no halló el lugar. Se concentró en el baile deseando no volver a tropezarse y ser ridiculizada delante de todas aquellas personas.

Su inquietud era real pero intentó mostrarse serena. A pesar de tener angustia, los pies siguieron bailando. Sabía que aquellas reacciones solo podían significar que se trataba de una amenaza y que pronto descubriría la causa. Sentía el corazón bombeando sin cesar, enloquecido. Dejó de oír la música para escuchar su pulso, desenfrenado y delirante. Todas las terminaciones nerviosas despertaron de golpe al ser consciente de que alguien allí sabía quién era.

Al acabar, Jane seguía intranquila, si no podía beberse un trago de whisky se tendría que conformar con tomar el aire. Dejó a la baronesa con la compañía de *Monsieur* Trémouille y Matthew y salió airosa a los balcones del salón de baile. Nadie había allí a pesar de que se agradecía un poco de frescor después de bailar. Se apoyó en la balaustrada con las dos manos y suspiró expulsando toda la tensión de su cuerpo.

— ¿Niv? —preguntó una voz detrás de ella.

Su cuerpo se petrificó casi al instante y empezó a sentir muchísimo calor en las mejillas y las orejas. Su mirada se perdió en el horizonte y aunque intentó pensar alguna forma de escapar de la situación, su ingenio se había evaporado con aquella presencia.

No podía ser.

Hacía tanto tiempo que no escuchaba su nombre que era imposible que volviera a ella de una forma dulce, como si fuera el mismísimo viento que lo susurraba. A pesar de seguir paralizada, le temblaban las piernas y su corazón golpeaba el pecho con fuerza. Volvió a oírlo pero esta vez parecía lejano. Tal vez su subconsciente estaba jugando con ella o eran sus deseos por negar la realidad. Quería escapar de la verdad, no se veía capaz de afrontarla en ese momento. Salió corriendo por las escaleras laterales hasta los jardines geométricos, rezando por no tropezarse con sus temblorosas piernas. Huyó.

Alguien la cogió por el codo y tiró de ella. Inmediatamente se encontró con el cuerpo de un hombre. La sujetó de la barbilla obligándola a mirarle. No tuvo alternativa. Recordó de pronto. Hacía siete años que no le veía, que no había vuelto a oírle ni a saber de él. Se le llenaron de lágrimas los ojos, pero por suerte no se le escaparon.

Había crecido. Tenía el rostro más marcado. El hombre hablaba y hablaba, pero ella no oía ningún sonido. Sus oídos se habían cerrado para bloquear el pasado que le estallaba. Intentó entender las palabras, pero le fue imposible y cuando dejó de observar sus finos labios, vio en su mirada que no lograba recordarla demasiado bien. Sus ojos buscaban sin reparo la similitud con la joven que se marchó de Inglaterra, pero allí solo había dolor.

— ¡Suélteme! —zarandeó para librarse de él y cuando lo logró, agachó la mirada para que no lograra reconocerla y apartar las lágrimas—. Me ha asustado.

— ¿Niv? —volvió a cogerla de las muñecas.

Como volviera a escuchar aquel nombre de nuevo se echaría en sus brazos para dejar de sentirse desgraciada por el pasado. Llevaba arrastrándolo demasiado tiempo y estaba convencida de que, tal vez algún día, lo olvidaría. Qué ilusa había sido. Sobre aquella época estaba prohibido pensar y mucho menos sentir, recordar o anhelar. Cada vez que echaba la mirada hacia sus días en Hightown la garganta se atascaba y el corazón le dolía de tal modo que tenía que apretar los puños para que mitigara.

—Se ha equivocado de persona —quería transmitirle dureza con su tono de voz—. Si me disculpa tengo que volver dentro.

— ¿Jane? —preguntó Matthew, al parecer más para el hombre que interponía su camino que para ella misma. Entonces, la joven con más rapidez de la que de verdad sentía, se encaminó hacia su acompañante.

—Vamos.

Él ofreció su brazo para que lo cogiera como un caballero, pero sostuvo todavía su mirada al hombre que no dejaba de observarla.

— ¿Lo conocíais?

—No, no sé de quién se trata. Me ha confundido con otra persona — sostenía fuertemente el brazo de Matthew para no caerse, pero había mantenido la voz serena y tranquila.

No volvieron a hablar del asunto, aun así, no pudo disfrutar de la velada puesto que después de aquel encuentro se sentía observada constantemente.

Había intentado marcharse con Charlotte, pero después de recibir una negativa se había limitado a ocultarse entre la gente. Se sentía desequilibrada, nerviosa y culpable. Seguía con el corazón destrozado después de siete años. ¿Cómo podía ser? Había dejado de pensar en el pasado, de sentir algo parecido a lo que un día tuvo. “*No hay vuelta atrás, Jane*” se repetía una y otra vez para calmar su pesar.

Matthew no la abandonó en ninguno momento y fue un gran alivio tenerlo cerca. Aunque Jane rechazaba avivar sus inclinaciones, agradeció en silencio tener un soporte para no caer. Tal vez fuera ruin utilizarlo de ese modo pues, desde hacía tiempo, sabía de los sentimientos de él y era incapaz de corresponderlos.

Alguien tosió detrás de la baronesa.

— ¡Oh, querido! Siempre es un honor volver a verte, Antoine —se abanicó fuertemente.

Jane quedó paralizada de nuevo.

—Señora Delacroix, le presento a mi amigo el duque de Richmond, Edward Wingfield. Es el comerciante del que le hablé. Él podrá traer sus obras de arte sin ningún problema.

La respiración de Jane se detuvo un instante, suficiente para apretar con la mano el brazo de Matthew, quien la miró más preocupado todavía.

«*Duque. ¿Qué había pasado entonces con su abuelo?*»

—Entonces, es un honor conocerle, su excelencia. Esta es mi dama de compañía, la señorita Jane Fairfax y el hombre que está a su lado es el conde de Arundel, Matthew Crowley. Y por supuesto, *Monsieur Trémoille*.

Edward extendió la mano hacia Jane y no tuvo otra alternativa que entregársela para llevarla hacia sus labios. Sintió una oleada de calor que traspasó el tejido del guante al notar la presión de sus labios, pero estaba tan consumida por el miedo de que la descubrieran que apenas pudo reaccionar ante el gesto.

—*Mademoiselle* —por supuesto Edward también hablaba francés.

Jane sabía que tenía que comportarse de un modo diferente con la presencia de Edward allí. No podía llamar la atención, pero notar todavía los labios de Edward en la mano hizo que el calor le subiera hasta las mejillas. El resto de su piel se volvía pálida a cada segundo que estaba en presencia de él. La cabeza le daba vueltas sin parar.

Poder lidiar simplemente con el miedo era una cosa, pero el problema

de Jane era que, aparte de estar asustada porque Edward descubriera la verdad, se encontraba en un estado realmente triste. Verlo de nuevo le hacía revivir momentos que no deseaba, resurgían desde lo más profundo de sí misma para atacarla y destruirla.

Al ver la expresión en el rostro de Jane ante aquel contacto, al parecer tan íntimo, Matthew decidió tomar las riendas de la conversación:

—Cuéntenos, su excelencia, ¿qué hace por aquí? —él prefería hablarle en su idioma nativo para desenvolverse mejor.

—Vuelvo a casa —contestó de igual manera. Tuvo que apartar la mirada de Jane.

— ¿A Francia? —preguntó *Monsieur* Trémoille un hombre que todavía guardaba su encanto. Podía verse como en su juventud fue un hombre lleno de vitalidad, fuerza y sobre todo codiciado por las mujeres. Aun así, él le fue fiel a su difunta esposa y desde entonces solo se le había visto acompañado de la baronesa Delacroix.

—A Inglaterra. La abandoné hace mucho tiempo y supongo que algo más fuerte que yo me hace volver a ella. Echo de menos a las personas que dejé atrás —le dedicó una mirada llena de intriga a Jane, que se obligó a mostrar un semblante serio e incluso duro.

— ¿Hace cuánto que se marchó? —Trémoille no era propenso a las curiosidades, pero aquel joven infundía intriga.

—Casi siete años.

¿Abandonó su hogar hacía siete años? Jane se había obligado a no pensar en esa época, pero de vez en cuando algunos pensamientos se colaban en su memoria y miles de dudas se agolpaban en su alma, como en ese instante. Hubiera jurado que Edward jamás abandonaría Kingland. La adoraba desde niño. Él y Henry soñaban con convertirse en los señores de sus fincas.

“*Henry*” otro pensamiento que esquivó sus barreras.

Aquel pensamiento la entristeció hasta casi derramar algunas lágrimas. Intentó averiguar en su mirada algún rasgo de tranquilidad, saber que, aunque él se hubiera marchado su hermano estaba bien. Con todo, solo encontró desconcierto. No podía adivinar las emociones de Edward. Y Henry, ... Jamás la perdonaría.

— ¡Qué barbaridad, señor! Sus padres estarán ansiosos por verlo de nuevo —la baronesa no dejó de abanicarse ni un solo momento. La temperatura estaba aumentando en el salón, de hecho, todas las ventanas se

encontraban ahora abiertas, aunque no dudaba que la copa de *champagne* interfiriera en su estado.

—No lo creo, murieron hace mucho tiempo. Me criaron mis abuelos que también fallecieron —la voz con la que había contado aquella noticia desagradable, que pilló a todos de improviso, carecía de sentimientos.

—Lo lamento —contestó la baronesa al comprender la metedura de pata que había obrado.

Jane tuvo que cerrar los ojos por la intensidad del momento. Rezó en silencio por Charles y Marriot, los abuelos de Edward. Algunos recuerdos le llegaron a la memoria como dagas afiladas. Todavía conservaba en su habitación de Hightown, si es que no la habían quemado con todas sus pertenencias, las pequeñas figuras de madera que Charles Wingfield le había regalado cuando era niña. Tenía un don especial para trabajarla y había conseguido con los años llegar a la perfección. ¿Quién había muerto antes? ¿Habían sufrido? Tenía tantas dudas que no obtendrían respuesta que levantó una barrera para detenerlas.

—No se preocupe, es un tema cerrado para mí —siguió hablando como si no le importara la muerte de sus abuelos. Parecía ser cierto, en los ojos azules no se apreciaba ningún tipo de dolor—. Cuénteme acerca de esos cuadros que quiere importar.

Edward estiró el brazo y la baronesa se unió a él. Se retiraron del círculo para poder conversar sobre unos negocios que tenía Charlotte en las Américas.

Entonces, más alejado de ella, Jane pudo observarlo detenidamente. Sabía que Edward le superaba en altura, pero había crecido de tal modo que juraría que pasaba el metro noventa. Bajo todas esas capas de ropa se hallaba un cuerpo fortalecido. Su porte y rectitud no habían sido aliados de su personalidad en el pasado, ahora su apariencia se asemejaba a su título. Vestía de forma impecable con una casaca azul oscura y unos calzones a juego. Tenía un aspecto extraordinario. Ni siquiera recordaba que tuviera los hombros tan anchos. El cabello le caía por la frente y las orejas, un estilo para nada francés puesto que allí casi todos los hombres iban ataviados con pelucas. La etiqueta decía que al menos debían recogerse, pero Edward no era propenso a seguir los dictados de la sociedad y no creía que tuviera la longitud exacta para poder ceñirlo. Era obvio que hacía tiempo que no pisaba la corte o que se había arraigado a las costumbres americanas.

La única cosa que pensaba que sí recordaría siempre eran sus ojos azules, pero cuando los vio a la luz de las lámparas de araña comprendió que estaba equivocada. Habían adquirido un tono afilado, como si fuera la mirada de un astuto zorro dispuesto a dar caza a su presa. Nadie podía ganar a la ingeniosidad de esos animales. Su boca era dura cuando hablaba y todavía más cuando permanecía callado. Siempre ponía los brazos a la espalda o en el pecho, parecía muy arrogante cuando hacía esos gestos. Llevaba las patillas más largas que el resto de los hombres, algo nada elegante en Francia, y aun así era la atención de todas las damas.

Al contemplarlas, se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo que el resto de las demás mujeres. Estaba hechizada por el nuevo integrante de la corte francesa, Lord Wingfield, duque de Richmond. Aunque para ella no era la primera vez que se sentía atraída por él.

Pero aquel hombre no era para ella, ya no.

—Discúlpeme, Matthew.

Sin poder rechistar, se marchó directa a la entrada principal donde dos sirvientes bien vestidos le abrieron la puerta para poder marcharse.

Edward se percató al instante de su partida.

III

2 de diciembre de 1786

Mi querida Ivil,

El tiempo pasa y todavía no sabemos nada de ti. Las cosas no mejoran. Esperaba que nuestros padres se recuperaran del escándalo, pero cada día llegan nuevas acerca de ti. Dicen que te vieron por Gretna Green con un hombre, dispuesta a casarte sin el consentimiento familiar. ¡Huyendo! ¡Escondiéndote! Nuestra madre puso el grito en el cielo y se encerró en su habitación dos días sin comer ni beber pensando que tal vez era mejor morir de hambre que de vergüenza. Apenas podía creerse que aquel vil rumor surcara Inglaterra y todos supieran la clase de hija que eres. Por supuesto dejó constancia de que tu marido no obtendría ninguna dote por el casamiento, tú no recibirías ni un penique de la herencia y mucho menos se te permitiría volver a Hightown con él. Pero cuando salió de la habitación, muy desmejorada, pidió que jamás habláramos del asunto.

En cambio, la actitud de padre es diferente. No se acercó en ningún momento a la alcoba para saber el estado de su esposa. Se encierra en la biblioteca y cuando sale, oliendo a whisky, coge a Druine y cabalga hasta que se esconde el sol.

A los pocos días, llegó la noticia de que te habían visto en el sur, llena de mugre y alimentando a los pescadores con tu cuerpo. Te acusaron de ramera. Ahí sí que se enfadó padre. Expulsó a Lady Rosamund de la casa, y cito textualmente: “Como vuelva a hablar de mi hija haré que le corten la lengua. Entonces podrá ahogarse con su propio veneno”. Fue otro escándalo para nuestra familia, pero al menos Lady Rosamund tuvo lo que se merecía. ¡Qué mujer más odiosa! No ha vuelto desde entonces y eso que era la mejor amiga de madre.

El que tampoco ha vuelto es Edward, se marchó hace tres días a Southampton para coger un barco que lo llevará a América. Dejó a Charles y a Marriot en Kingland y ellos no han querido revelarme nada más que una dirección. No dijo cuándo volvería, si es que lo hace algún día.

¿Qué pasó para verme afectado de tal modo? ¿Qué hice mal?

Espero algún día tener mi respuesta.

*Atentamente,
Henry.*

PD: El marqués de Looksanly está mejor. Recuperado completamente, aunque no como quisiéramos. Se ha empeñado en encontrarte a pesar de que padre y madre intentaron todo para hacerlo. Yo no me opondré a ello, porque deseo desde el fondo de mi corazón que lo haga.

12 de agosto de 1793

Edward

La única estancia iluminada por unas pocas velas era la habitación de John. Edward había irrumpido en ella como un tornado a punto de perderse en los caminos de Francia. Despertó a su más íntimo amigo y este era pésimo para aguantar que lo molestaran a horas intempestivas.

—Cálmate, Edward —se frotó el ojo derecho casi dilatado para poder verle bien, aunque Edward caminaba de un lado al otro de la alcoba como un animal enjaulado. Aquellos gestos de ambos, daban a las paredes las sombras que se correspondían a la oscuridad que cada uno llevaba dentro.

— ¿Qué me calme? ¡Santo cielo! Ella... —apretó los labios y formó una dura línea entre ellos. Cruzó los brazos al pecho.

— ¿De quién hablas? —bostezó y enseñó toda su dentadura.

—Está viva —Edward observaba la luz sin pestañear, vagando en sus propios recuerdos—. Pensé que no volvería a verla, me había resignado a vivir con esto dentro el resto de mis días, pero está viva para mi tormento. Se codea con la sociedad francesa con otro nombre, como si fuera una más, como si no tuviera un pasado que destruyó en Inglaterra.

— ¿Qué pretendías? ¿Qué se quedará encerrada en las catacumbas de París? ¿Qué conservara su nombre para que no la descubrieran?

— ¡No!, Pero...

—Su huida causó un gran revuelo y más a la sociedad inglesa. No podía seguir siendo Nivill Darcy. Hemos hablado de esto muchas veces, Edward. Déjame dormir.

—Pensé que no volvería a verla nunca. Había días en los que creía que de verdad estaba muerta.

— ¿Es eso lo que te preocupa? ¿La culpa? —apoyó los antebrazos en sus rodillas, todavía dentro de la cama. Por suerte, John había decidido dormir esa noche con ropa. Si hubiera estado desnudo aquella conversación rozaría lo absurdo.

—Lo que me preocupa es la forma de vengarme.

— ¿Otra vez ese tema, Edward? ¡Olvidalo! Han pasado siete años.

—Para mí no ha pasado ninguno.

John se estiró en la cama y puso los brazos en la cabeza ocultando su cabello rubio, dando por finalizada la conversación. Habían tenido aquellas palabras una y otra vez, y Edward jamás entraba en razón. Estaba consumido por el rencor. No le quedaba otra alternativa que cumplir sus deseos de venganza si quería continuar cuerdo. Así que al marcharse a su habitación a dormir no pudo hacer otra cosa más que idear un plan.



A la mañana siguiente, Edward se presentó en compañía de John, también su socio, en la casa de la baronesa para discutir ciertos puntos de su negocio. Sabía que encontraría a Niv, o como allí se hacía llamar, Jane. Había tenido que convencer a John de que no intentaría nada contra ella para que este le acompañara. Aquella era una cualidad que Edward se guardaba para sí mismo: tenía el don de saber mentir.

Abrió la puerta un hombre pelirrojo del servicio e hizo pasar a los caballeros al salón de visitas. Las paredes cubiertas de papel azulado con un simple estampado floral armonizaban con todos los muebles de la estancia. Estaban decorados con candelabros lujosos y llamativos, cajitas diminutas cuya única función era adornar y vasijas con flores frescas. En el aparador, cerca del lugar donde se encontraba el sirviente, había varias tacitas y jarrones de la dinastía Ming. Incluso la alfombra era de Bruselas. Elementos y piezas muy costosas. Al inspeccionar aquel lugar, Edward se dio cuenta de que el difunto barón le había dejado una suculenta herencia a su mujer. No solo de dinero, sino también de arte.

Al poco tiempo la baronesa entró asombrada de ver de nuevo a Edward.

— ¡Qué alegre sorpresa! —habló en inglés— ¿Qué le trae por aquí? ¿Desea tomar algo? —de pronto, Charlotte le dirigió una mirada a su sirviente.

—Señora baronesa, le presento a mi socio, el señor John Wilson.

—Oh, vaya. Un americano —su voz sonaba grosera.

—Sí, un americano —dijo con orgullo John.

Los americanos no eran muy bien recibidos en el viejo continente. Denominados los nuevos ricos, habían llegado a Europa para casarse con ingenuas jóvenes, herederas de viejos títulos nobiliarios. Eran bárbaros, carecían de modales y, por supuesto, todos ellos eran unos libertinos y mujeriegos. Sin mencionar que no eran nobles. Dado que estaba Richmond,

Charlotte se comportó de la forma más cordial que pudo con su invitado un tanto indeseado.

Edward tenía una apariencia calmada, pero dentro de él sabía que no era así. Sentía un nudo en la garganta que no le dejaba respirar tranquilamente y sus oídos parecían que iban a explotar. Aquella reunión a parte de para detallar los asuntos de la baronesa, también era para comprobar la identidad de la joven. Estaba casi seguro de que se trataba de Nivill Darcy.

—Pierre, por favor, trae el té —el sirviente de la casa, salió de la estancia sin hacer ruido—. ¿Le gusta el té, señor Wilson?

—Me gusta el café.

— ¡Oh, lástima! De eso no tengo.

Edward rio por lo bajo y John fulminó con la mirada a su amigo.

—Hábleme de los cuadros, baronesa.

—Llámeme Charlotte —se sentó en un sillón estilo Luis XV—. Mi marido amaba el arte de tal manera que fue su amante por más de dos décadas. Compró varios cuadros a grandes pintores de aquí, de Francia, por supuesto los mejores —mientras la baronesa comentaba el asunto, el sirviente dispensó el té, todo esto en el más puro silencio. Charlotte sorbió de su taza—. Pero se empeñó en ampliar su galería y decidió invertir en el extranjero. Un amigo suyo se puso en contacto con un comerciante de allí, pero por desgracia ambos fueron asesinados.

—Lo lamento.

—No lo haga. Mi marido tenía más enemigos que yo y creo que mi lista es muy larga. Al final, el tema de los cuadros quedó en suspenso. Ahora quiero recuperarlos. Lo haría yo misma pero no sé manejarlos en tales menesteres.

—Es poco probable que pueda recuperarlos sin tener una seguridad de que pagó por ello.

— ¡Oh! Por supuesto, la tengo —la baronesa miró de nuevo a su mayordomo—. Pierre, dile a Jane que traiga los papeles del barón —retomó su lengua nativa, el francés, para dirigirse al pelirrojo.

La boca de Edward se torció, levantando una de las comisuras de sus labios. Iba a verla a plena luz del día, y ahora podría saber si se trataba de ella.

Pierre salió, de nuevo sin hacer ruido, mientras la baronesa seguía hablando sobre sus cuadros. Cuando Jane entró en la sala, no se imaginaba que iba a encontrarse con él de nuevo.

Edward casi se levanta del sofá y aborda a aquella preciosa joven. El terciopelo de su vestido del color de la ciruela proporcionaba a su piel un aspecto de porcelana y resaltaba la mirada verde profundo de sus ojos, envueltos en una aureola violácea. Un encaje bordeaba el recatado escote y el mismo patrón se repetía en las mangas. Se quedó observándola sin poder apartar los ojos de ella.

Cualquiera que la viera pensaría que era una joven honorable. De hecho, parecía un hada de los bosques, pero Edward sabía la verdad. No existía la bondad en su interior, aquel aspecto era solo un engaño, una artimaña para cazar a alguien con dinero y solventarse su futuro. Solo alguien similar o idéntico a ella podría contraer matrimonio con Niv.

—Gracias, *ma chérie* —la baronesa cogió los papeles que le entregaba y cuando John tosió para hacerse notar, no le quedó alternativa a la baronesa —. Oh, sí. Jane te presento al socio de su excelencia. Se harán conjuntamente cargo de traer los cuadros de Philippe a casa. No me mires así. Conseguirán traerlos y callaré tu pico por una vez.

Jane levantó una ceja para luego dirigirse a John. Este le tendió la mano para coger la suya y la besó. Había notado la presencia del hombre en cuanto vio su cabellera rubia ceniza. No muchas personas tenían un cabello tan aristocrático con una piel burguesa. Estaba tostado por el sol y Jane se sorprendió pensando qué oficio realizaría para tener dicha tez. Era apuesto, tanto como Edward e incluso tal vez más. John no llevaba en su rostro signo alguno de dureza. Era alegría y simpatía ante los ojos de todos, tanto de damas como de caballeros. Sin embargo, poseía algo que alertaba los instintos. Tal vez, una sonrisa demasiado salvaje o unos ojos muy audaces.

Seguidamente, Edward le dio una leve inclinación de cabeza.

—Es un placer volver a verlo —no le quedó alternativa que ser educada, aunque severa. No mostraría ningún tipo de simpatía por aquel hombre.

Y volvió a subir sus comisuras, relevando una sonrisa llena de intriga.

—Siéntate Jane, por favor. Adeline puede apañárselas sin ti por unos momentos.

Pierre acercó una silla para que se pudiera sentar y le sirvió una taza de té.

—Gracias —nadie había conseguido una respuesta del mayordomo, salvo Jane. Pierre estaba sonriendo a la joven.

—De nada, señorita Fairfax —respondió el sirviente.

—La baronesa nos contaba cómo llegó a conseguir esos cuadros — empezó John.

— ¿Conoció a Philippe? —preguntó Edward. “*Vamos a ver qué camino decide escoger*”.

—Desgraciadamente no. Cuando llegué a esta casa como dama de compañía, y de eso hace mucho ya, el señor Philippe había muerto —no iba a dar ningún detalle exacto.

—Ni pensaría en juntarlos ahora, serían un suplicio los dos juntos — dijo Charlotte.

Jane le dedicó una sonrisa alegre a la baronesa. En cierto modo, echaba de menos a su marido, por eso la había acogido en su casa aquel día que la encontró en aquella ratonera llena de ladrones y prostitutas, aunque todavía no le había revelado que hacía en aquel lugar una mujer de su posición. Le había preguntado en muchas ocasiones, pero siempre daba evasivas inventándose alguna extraña historia. Dudaba si alguna vez le contaría la verdad.

Edward miró los papeles que Jane le había entregado. Entre ellos estaban los documentos que acreditaban que las obras especificadas eran propiedad del barón. Por consiguiente, si este falleciera, sus pertenencias irían a parar a su heredero, como no había hijos, pasarían a la baronesa.

Reconoció varios títulos como “*La muerte del General Wolfe*” de Benjamin West y algunos autores muy interesantes, entre ellos J. Trumbull.

— ¿Cree que habrá algún problema? —la baronesa no miraba siquiera a John, se dedicaba exclusivamente a preguntar a Edward.

—Estoy seguro que sí, pero ninguno que no pueda arreglarse.

— ¡Qué alegría entonces! —dejó la taza en la mesita que tenía frente a ella y se levantó para marcharse. En el camino paró al lado de Jane — Querida, vas a ser derrotada por la mismísima reina. Si me disculpan tengo que atender otros asuntos.

John se esperó a que Charlotte abandonara la sala para hablar:

— ¿Qué trama? —los modales en América eran tan diferentes a los de Francia o Inglaterra que John todavía no se había acostumbrado.

—La baronesa está empeñada en demostrarme que el arte americano es la mejor opción para la sofisticación de las casas reales en el continente — con John no tenía problema, así que se mostró simpática—. Yo le llevo la contraria.

— ¿Es por eso qué quiere traer los cuadros?

—Oh, por supuesto. Jamás me dejaría ganar. Buenos días, caballeros — inclinó su cabeza y se marchó por la misma puerta con la presencia de Pierre a sus espaldas.

John miró a Edward con una gran sonrisa.

—Sea o no sea Nivill, apuesto mi pescuezo a que harás cualquier cosa por tenerla cerca —se dirigió hacia la puerta para marcharse.

Edward estaba cada vez más convencido de que era Niv. Ya lo había demostrado.



Dos días después de aquella conversación, Edward seguía pensando en la forma de destruirla. Cuando tuviera pruebas de que Jane era Niv, que Dios le parara en su venganza, porque nadie conseguiría frenarlo. Llegado ese momento, en el que la personalidad y el carácter se confunden con las más oscuras impresiones, uno deja de pertenecerse a sí mismo para ser dueño completo de la rabia.

John bebía sin reparo Armañac, sentado en una silla que para su estatura parecía pequeña. Al seguirle, Edward también parecía incómodo.

—No sé cómo os puede gustar esta clase de licor —dijo mientras pensaba en un vaso de whisky.

—Acabas acostumbrándote —le respondió mientras se removía en el asiento.

— ¿Cómo a estas sillas para enanos?

John acabó por levantarse y dejar el vaso. Los franceses carecían de altura y además eran más orondos que el resto de hombres europeos. Se apoyó contra la mesa y se estiró para quitarse la tensión del cuerpo.

—Deberíamos alquilar una casa más acorde a dos solteros adinerados.

Edward intuía qué quería decir John. Después de tanto tiempo no podía tener a Wilson encerrado en aquella casa rentada y no dejarlo salir a cazar. Era como un animal con las mujeres y se alimentaba de ellas. Algo sorprendente era que nunca se había involucrado con una debutante.

—Aquí vas a comportarte, John —le siguió hasta la mesa y cogió el vaso que había dejado para bebérselo de un trago—. No quiero ningún escándalo que pueda perjudicarme.

—El de los escándalos eres tú. Montaste una buena la última vez que fuiste a *The Red House*. Por tu culpa, nos negaron la entrada. Te guardaría rencor si no fuera porque Betsy me pidió formalizar la relación, y así me libré de decirle que no.

Suspiró de frustración porque él también notaba la acumulación de su cuerpo, la ansiedad por liberarse. La visita a Francia era para resolver un trato muy delicado sobre unas piezas adquiridas ilegalmente. Estaba previsto solucionar el problema y volver a América cuanto antes, pero las ganas por volver a pisar tierras inglesas y ver con sus propios ojos Kingland habían crecido. Deseaba volver a su hogar, notar la humedad en el ambiente, escuchar los pájaros del amanecer, incluso recordar a las personas que no estaban ya con él. Añoraba cada piedra y cada pared empapelada con motivos florales, la biblioteca de su abuelo y después de su padre, pero sabía que, en el fondo, añoraba ser el hombre que era.

Su vida había cambiado mucho desde que dejó Inglaterra. Trabajaba todos los días junto a John entre compromisos forzados y papeles sobre el escritorio y cuando se sentían presos de sus obligaciones disfrutaban de la compañía femenina. Ahora debían comportarse, no quería estar en boca de toda la sociedad hasta cumplir con su venganza. Una vez perpetrada volvería a América. Sin embargo, en su mente solo podía culpar a una única persona de su estado. Desde que había visto a Niv, su cuerpo había reaccionado como antaño lo hacía cuando se encontraba en su presencia.

—Tranquilo, seré un buen anfitrión —la mirada de Edward amainó a la fiera de John, que después de aquello volvió a sentarse en aquellas sillas tan diminutas.

Si Edward era alto en estatura, John estaba más cerca de rozar las nubes. No había mucha diferencia en cuanto a cualidades físicas. John era un año mayor, rubio y con rasgos más dulces pero ambos eran corpulentos, viriles y demasiado apuestos para las damas del mundo. La única diferencia que había entre los dos caballeros era su procedencia. A Edward le habían enseñado a comportarse, a parecer relajado en circunstancias que lo desquiciaban o sentado en un lugar que no deseaba. A John le habían educado como habían podido, pero era intrépido, directo y osado. Decía su primer pensamiento, no aguantaba sentirse encerrado y cuando podía se escabullía como un vil bellaco. Si guardaba silencio se le consideraba el hombre más apuesto del lugar. Aun así, él se había convertido en el hermano que Edward

no tuvo. John era la persona que había logrado tranquilizarlo después de llegar a América, gracias a él el odio todavía no lo había dominado por completo. Desde entonces, no se habían separado. En cambio, Edward llevaba la pena y el dolor reflejado en el rostro. A distancia se apreciaba que su atractivo era debido a su frialdad y su porte altanero. Jamás entendió cómo a las mujeres podían gustarles los hombres como él, rotos y vacíos. Siempre intentaban, de una manera en sí desesperada, alcanzar la oscuridad de su interior y sanarle. Incluso, después de jurarles que ellas no tenían ese poder, insistían en ello. A partir de aquel momento, se convenció que el sexo femenino era iluso, y mucho. Él lo había puesto a prueba.

Así era cómo funcionaría. Sería distante con Jane y acabaría enamorando a Niv.

IV

5 de febrero de 1787

Ivil,

El invierno llegó de una manera funesta.

La abuela falleció ayer. El cirujano dijo que era debido a algo relacionado con problemas de funcionamiento pulmonar. Creo que nadie le hizo caso. Padre se negó a creerlo e irrumpió en la sala cuando el abuelo...

Ojalá hubieras estado aquí para despedirte de ella. Y de todos.

Algunos sirvientes también enfermaron por las lluvias torrenciales que hemos tenido en estos tiempos, sin embargo, ninguno de nosotros se preocupó por el servicio, debido al estado de la abuela. Tú hubieras tenido la fortaleza de estar en vela y cuidarlos, tú hubieras bajado a sus aposentos para infundirles ánimo y así pudieran espantar la guadaña que colgaba sobre ellos. En cambio, murieron sin ni siquiera saber que nos importaban, sin el consuelo de ver que formaban parte de algo que habían construido ellos mismos. Desde aquellas muertes, el servicio se mantiene alejado de nosotros. No los culpo. Yo tampoco me acerco a los señores de Hightown.

*Te quiero tanto como te echo de menos,
Henry.*

3 de septiembre de 1793

Jane

Si Jane pudiera elegir un lugar en todo el mundo donde sentirse protegida sería la biblioteca de la baronesa puesto que era la estancia de Philippe, y Charlotte jamás había entrado mientras este vivía en el santuario. Rodeada de libros, de historias contadas por las almas más atormentadas, y en completo silencio, podía pensar, sobre todo leer. Dejarse llevar y trasladarse a otras épocas, otros momentos, otras vidas y sentir las como propias. Olvidar los problemas que iba acarreado día tras día era un milagro que pocas veces se podía aprovechar.

Se había sentado en un *chaise longue* con los pies en alto para poder leer mucho más cómoda. Sumergida por completo en la historia estaba cuando la baronesa entró sofocada de la calle. No tuvo más remedio que prestarle atención. Sacó su abanico y lo movió con ahínco. Meses después de que ella descubriera aquella maravillosa biblioteca, de enterarse de que había sido el refugio de Philippe, que Charlotte no pisaba aquel lugar, se la había adueñado para sí. Sin embargo, la premisa de que sería también su refugio cayó en saco roto. La baronesa colocó en la antesala, contigua a la biblioteca, sillones y mesas para poder conversar con Jane mientras esta leía, por lo tanto, gracias a ella volvió a entrar a esa parte de la casa prohibida.

— ¿No vas a preguntarme siquiera a qué es debido mi estado? —dijo alterada.

Jane cerró su libro con tristeza. Deseaba acabar la historia más que otra cosa, porque ahora mismo tenía la certeza de saber quién podía ser esa silueta que atemorizaba al protagonista, pero sabía que si no le hacía caso a la baronesa, esta no la dejaría tranquila.

— ¿Por qué está tan fatigada?

—Hace un calor espantoso en la calle.

—Podría haber salido más tarde —abrió de nuevo el libro, pero tuvo que volver a cerrarlo porque Charlotte siguió hablando.

—No podía. Tenía que demandar cuanto antes mis nuevos zapatos.

Suspiró de desesperación. No podía ser que la baronesa le estuviera interrumpiendo para contarle aquello.

— ¿Tampoco vas a preguntarme por los zapatos?

— ¡Oh, santo Dios! —bajó los pies al suelo y dejó el libro encima de la mesita que tenía enfrente—. Dígame lo que tenga que decirme o deje de intentarlo. Se le da fatal.

—Bien, pues haz las maletas. Mañana por la mañana partimos hacia Calais.

— ¿Qué? —aquello si le sorprendió hasta el punto de prestarle atención por completo.

— ¡Oh! ¿No lo he dicho con suficiente claridad? Perdona, *ma chérie*. Esto se me da fatal. Mañana te vienes conmigo a Calais y de allí cogeremos un barco para ir a Inglaterra. El duque de Richmond nos ha invitado a su casa de Derbyshire. Por supuesto, he aceptado la invitación.

El cerebro de Jane se colapsó hasta tal punto que empezó a oír un pitido infernal en sus oídos y a sentir punzadas en la sien. Todo se volvió borroso y tuvo que pestañear para enfocar a Charlotte. De pronto, su corazón se aceleró y las palmas le sudaron hasta el punto de sentir una película en su piel.

—Eso es...es... imposible —estaba tan nerviosa que empezó a tartamudear—. Le ha invitado a usted, no a mí —se excusó en aquello para negarse en rotundo a ir—. Con toda seguridad él desea hablarle de sus cuadros. No hace falta que yo le acompañe —le ardían los párpados y la boca se le secó. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquello?

—Tonterías. Su excelencia no tendrá problemas en que lleve a mi dama de compañía. Siempre y cuando se comporte. Además, no te atreverías a dejarme sola con dos hombres, uno de los cuales es americano —y algo en ella la convenció de que no iba a tranquilizarse hasta que Jane accediera a su deseo. Cosa imposible, dado que jamás volvería a su país.

Había algo más. Lo presentía. Los ojos de la baronesa tenían un brillo extraño y no hacía más que pestañear. ¿Tal vez fueran lágrimas que no caían? Intentaba permanecer más serena pero su tono en la voz delataba su estado y las pupilas parecían casi un puntito negro. Sabía los motivos por los que la baronesa estaba tensa, apenas dormía por las noches presa del nerviosismo, pero ni siquiera la mismísima Francia podía acabar con Charlotte.

Jane carraspeó para hablar con un tono dulce:

—Le agradezco que piense en mí —cogió de las manos a la mujer, tal vez para tranquilizarla o tal vez para infundirle valor—, pero tengo demasiado trabajo aquí para marcharme. Además, allí solo conseguiría estorbarle.

—Podrías ir a ver a tu familia —aquello sonó como una súplica.

—Sabe que no tengo familia. Adeline es lo único que me queda de entonces.

—Pues a los vecinos que te vieron crecer. Seguro que volver a las raíces te hace pensar en tu infancia y con suerte conseguiré casarte antes de que me muera.

No debería seguir por aquel camino que de seguro la llevaría a Inglaterra. Si la baronesa no podía quedarse en Francia, que se marchara, pero ella no volvería a pisar jamás aquellos lugares que la vieron crecer y que también la vieron caer. Dolía demasiado pensar en la posibilidad de encontrarse de nuevo.

—No hace falta que vuelva a Inglaterra para casarme.

— ¿No? Te hacía más reacia al matrimonio —soltó de manera hiriente para ver si así conseguía hacerla reaccionar.

—Lo era. Matthew me ha hecho cambiar de opinión.

¿Qué acababa de salir por su boca? Su pasado no tenía que interferir en su presente y mucho menos dominarlo a su antojo. El miedo a volver había sido tan fuerte que había dicho lo único que sabía haría recular a la baronesa. El matrimonio. *Su* matrimonio. Si Charlotte se había creído aquella mentira, no habría alternativa. Tendría que desposarse con Matthew. Por unos instantes, sintió pánico y una náusea subió por su garganta. La respiración se entrecortó, aun así, todo era mejor que la verdad.

El semblante de Charlotte se transformó por completo. No hubo fuegos artificiales o gritos como Jane pensaba que reaccionaría ante la idea del casamiento, sin embargo, una sonrisa bailó en su rostro, incluso cuando le preguntó por su cambio de parecer.

—Pensaba que Matthew solo te agradaba —afirmó la baronesa.

—Al principio así era, pero con el paso del tiempo ese sentimiento fue haciéndose más profundo. Es un hombre gentil, bueno, ... está lleno de virtudes. No podría desear a otro hombre para este menester.

Al decir aquellas palabras, le inundó una tristeza que creía olvidada por completo. Puede que Jane no conociera la definición exacta de deseo pero Nivill Darcy había saboreado esa palabra de los labios de Edward Wingfield.

—Me alegro entonces —le dedicó una sonrisa llena de cariño, por lo que entendió Jane la baronesa se compadecía de ella. Sabía que se estaba conformando con un hombre bueno y gentil. Pero a veces, una mujer solo

puede aspirar a eso.



Un ruido que no supo identificar y el sol que de pronto iluminó toda la estancia la despertó. La luz que entraba la cegó por completo, obligándola a girarse para que no le molestara en los ojos. Aquella noche había sido una de tantas que apenas había podido dormir. Habían regresado las inseguridades que se volvían en trasnochos sin consciencia. Aun así, siguió en la gran cama hecha un amasijo de bultos esperando que el sueño volviera a ella, sin embargo, los sonidos no cesaban en la habitación.

— ¿Se puede saber por qué tanto ruido? —era habitual que Adeline fuera a despertarla para hablar, como cada mañana. Ambas jóvenes estaban ocupadas casi todo el día y apenas tenían unas horas para entablar conversación, pero jamás había hecho tal ensayo de torpeza.

—La baronesa me ha ordenado que la despierte y organice sus baúles al completo —Adeline llevaba un uniforme de doncella que le cubría todo el cuerpo. Cuando vio que Jane se levantaba de la cama y se dirigía hacia la puerta le preguntó—. Milady, ¿por qué ha vuelto a encajar la silla en el pomo de la puerta?

Jane olvidó regañar a Adeline por utilizar ese apelativo para dirigirse a ella y se detuvo de golpe en el umbral observando la silla apartada a un lado de la habitación. Ella no recordaba haberla movido anoche y mucho menos ajustarla en el pomo para que nadie entrara.

—Yo... yo...

—No se preocupe. No la colocó debidamente y he podido entrar, espero que allá donde nos lleve la baronesa tengamos más cuidado.

Terriblemente angustiada por el acontecimiento de la silla, Jane buscó a Charlotte por toda la casa. Estaba esperando mientras observaba por la ventana la calle transitada.

— ¿Ya te has levantado? —dijo sin mirarla— Menos mal, pensaba que tendría que ir yo a sacarte de la cama.

— ¿Por qué Adeline está recogiendo mis cosas? Quedó claro que iba a quedarme en Francia.

—Oh, no. Lo único que quedó claro era que mientes maravillosamente, pero te conozco demasiado bien para saber que Matthew no causa en ti

aquello que un hombre debería causar en una mujer. No tengo otra alternativa que alejarte de él para que no cometas un error del que te arrepientas toda la vida.

—Charlotte, se lo ruego —se arrodilló ante ella. Hasta tal punto se iba a humillar—. No me haga ir.

—No hay más que hablar. Arriesgas tu futuro si continúas negándote a viajar como mi dama de compañía. Te aseguro que nadie querrá los servicios de una inepta que se niega a cumplir con sus obligaciones.

Sabía que la baronesa era muy capaz de arruinarla, dejarla sin trabajo y conseguir que estuviera en boca de toda la corte francesa, exponiéndola de nuevo a la vergüenza y facilitando que se descubriera su verdadera identidad. Era cierto cuando decía que no tenía alternativa, salvo volver a huir. Podía marcharse de nuevo y empezar de cero en otro lugar. Esta vez sola. No podía llevarse a Adeline de nuevo, a pesar de que no tenía ninguna obligación familiar pues no se había casado, arrastrarla a Inglaterra sería arriesgar demasiado.

Miró a la baronesa esperando encontrar en ella un atisbo de comprensión pero solo vio un alma intranquila y llena de miedo. La mirada que dedicaba a cada hombre que llamaba a la puerta de su casa se teñía de un terror irracional. Poco a poco, con los acontecimientos que estaban ocurriendo en Francia había llegado a comprender qué le ocurría. Así que aquellos gestos, aquella vigilia forzada fueron suficientes para confirmar su sospecha. Charlotte estaba en peligro. ¿Se atrevería Jane a abandonarla? No se veía capaz de hacerlo. Le era leal a pesar de ser sincera hasta el punto de rozar la mezquindad.

Pero... ¿volver a Kingland? No podía correr ese riesgo. Seguramente la servidumbre la recordaría y la cercanía de Edward sería dolorosa, estaría atrapada reviviendo el pasado de ambos. Una parte de ella anhelaba volver, era un lazo invisible que tiraba de su cuerpo hacia casa, hacia los recuerdos pero su consciencia la alertaba del peligro, del dolor y de la traición. Volver a casa estaba prohibido para Jane.

Sin embargo, no le quedó alternativa.

— ¿No hay nada que pueda hacer para que no me lleve? —fue más bien una súplica.

La baronesa miró el rostro de Jane detenidamente. Sus ojeras se habían acentuado en esa noche, el círculo azulado apagaba su mirada esmeralda, el

tono rosado de sus mejillas estaba blanco y toda su belleza se había vuelto triste y tenue. ¿Tanto miedo tenía de volver? Y... ¿Por qué? Jamás le había insistido a Jane para que le revelara la verdad desde que la encontró en aquel mugriento lugar, y ahora se arrepentía. Charlotte haría cualquier cosa porque Jane fuera feliz. Así que... ¡Qué Dios la perdonara por obligarla a volver!

En otras circunstancias, la baronesa le hubiera concedido su deseo de quedarse en Francia pero sabiendo lo que se avecinaba en su país, ambas corrían peligro. No podía poner en riesgo a la persona que guardaba en gran estima, tanto como si se tratara de su propia hija.

—Dime, Jane. ¿Acaso ocurre algo?

Dudó en contestar, pero desoyó la idea. Aquel secreto no podía ser revelado. Antaño, juró que lo que ocurrió jamás saldría de sus labios.

—Tuve una situación muy violenta con el duque el día del baile. Desde entonces, no me produce confianza —no quería mirar a Charlotte si iba a mentirle.

— ¡Oh! —se acercó a ella, dejando su vigilancia, pensando en lo peor—. ¿Te hizo algo?

—No, Edward no... Baronesa, es solo que no deseo estar en compañía de su excelencia. Estaría más segura si contratara a otro....

— ¡No estarías más segura! —volvió a la ventana—. Jane hay problemas en Francia. Nuestra partida no se debe a que esté empeñada en esos dichosos cuadros de Philippe. Hay rumores en la corte, desde hace tiempo, como bien sabes. El Comité de Seguridad parece que tiene nuevos nombres que añadir a su lista de opositores. Esta vez personas importantes de la corte francesa —Jane sabía de la preocupación de Charlotte por los rumores de las nuevas medidas radicales del Comité de Seguridad. Aquellos que deseaban la monarquía no eran bien acogidos—. No es de extrañar que mi nombre esté en esa lista o que pronto lo haga. Y te he llevado conmigo a todos los actos sociales, ¿qué crees que harán contigo?

“Condenarme” pensó. No solo Charlotte corría peligro, ella, Adeline, incluso Pierre. Meros sirvientes de una antirrevolucionaria.

No había vuelta atrás. Niv volvía a Inglaterra.



Al día siguiente, 5 de septiembre de 1793, la Convención Nacional votaba a

favor de las medidas de terror para aplacar las actividades contrarrevolucionarias. Los tribunales condenaron a la guillotina tanto a civiles inocentes como a nobles partidarios de la monarquía. Querían eliminar a los enemigos de la revolución y a cualquiera que simpatizara con el bando contrario asegurándose una erradicación desde los comienzos. Alentaron a los ciudadanos a denunciar a cualquier sospechoso de estar en desacuerdo con el nuevo gobierno. Ese día, los temores de Charlotte se hicieron realidad. Su querida Francia se tiñó de la sangre de sus amigos más allegados.



El viaje duró más de lo esperado puesto que el condado de Derbyshire estaba alejado de la capital de Inglaterra. Charlotte se mantuvo callada y pensativa todo el tiempo, tal vez recordando aquello que dejaba atrás. Por igual, pero por distinta razón, Jane estuvo alicaída, nerviosa, triste y cansada durante el trayecto. Había intentado hablar con la baronesa acerca de las ventajas de no alojarse en Kingland. Rentar una casa pequeña para los cuatro y poder así protegerse de todo lo que se avecinaba. Sin embargo, Charlotte prefería consolidar más la relación con el duque de Richmond y sentirse así más segura frente a los injustos asesinatos que sufrían los aliados de Luis XVI.

El traqueteo del carruaje no hacía otra cosa que ponerla más nerviosa, todo en ella parecía advertir la amenaza de volver a pisar el condado. Apenas podía dormir y mucho menos descansar. Todo se volvió más grave cuando Jane se enteró de las noticias que traían de Francia. Tal vez no había hecho grandes amistades pero compartir instantes con muchas de las personas afectadas por *El Terror* le sumió en una gran tristeza. Gracias a Dios que Adeline y Pierre les habían acompañado.

Cuando llegaron, Jane mostraba ojeras, una piel muy pálida y tiritaba por el destemple de su cuerpo. Tenía los labios resecos y el estómago revuelto. La baronesa, en cambio, mantenía una apariencia imaculada, casi perfecta. Nadie diría que había sufrido casi el mismo calvario que Jane, mas recrear las situaciones que podían ocurrir estando ella de vuelta, era un problema que Charlotte no tenía. Aun así, Jane se reafirmó en su propósito. Dejó tiempo atrás a Nivill Darcy, hija de una de las familias más adineradas de Inglaterra, nieta del marqués de Looksanly. Ahora era Jane Fairfax y la baronesa podía corroborarlo. No había por qué sentir miedo de volver a aquel

lugar. Tenía que mantenerse firme y todo saldría a la perfección.

Aunque el caso de Edward era totalmente diferente. Él seguía sospechando de ella y parecía tener mucho empeño en descubrirla. Si así fuera, acabaría lo que en su día empezó. Sería tan grande el escándalo si todo saliera a la luz...

Familia. Ese pensamiento se le cruzó por la mente como una estrella fugaz. No había pensado en ellos debido al miedo por Edward, pero ahora...

“Henry. Oh, cielo santo.”

No tenía que haber regresado a Inglaterra, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Jane, la baronesa, Adeline y Pierre iban en un lujoso carruaje desde el puerto de Portsmouth hasta Derbyshire. El duque no escatimó en nada por impresionar a la baronesa; puesto que sabía que si ella estaba contenta, tenía a Niv en sus manos. Y en lo único en lo que pensaba era en destruir a la familia Darcy.

Por supuesto, como buen anfitrión, Edward había mandado a varios sirvientes para escoltarlas con la orden de que estuvieran atentos a las conversaciones entre ambas. Si así podía recabar algún dato de su infancia o de su vida anterior, sería un gran acierto. Estaba dispuesto a desenmascararla.

Ahora más que nunca, Nivill Darcy tenía que ser Jane.

V

29 de septiembre de 1787

En un día tan señalado los recuerdos llaman a mi mente. No puedo evitar acordarme de todos los momentos vividos junto a ti. Tu imagen reflejada en el agua mientras nos bañábamos en el lago, tu ondulante cabello mientras madre te lo cepillaba, tu mano ayudándome a levantarme cuando me había caído al suelo. Recuerdo incluso tu voz intentado consolarme o tu risa totalmente escandalosa. Pero, mi querida hermana, hoy solo quiero pensar en el primer recuerdo que poseo.

El sonido de tu nombre. Tú repitiendo una y otra vez que eras mi hermana, como si a pesar de mi corta existencia pudiera entender quién eras. Todos los días. No dejaste de hacerlo, querías que yo lo supiera. Y me mirabas de una forma que conseguía embelesarme. Solo era un niño, no entendía de devoción o ternura.

¿Por qué has dejado de hacerlo? ¿No tienes miedo a que lo olvide?

He de suponer que me aferro a ese recuerdo, porque te lo has llevado contigo, y no es en tus ojos en los que veo reflejada esta gran verdad, sino en los míos, que son idénticos a los tuyos.

Feliz cumpleaños, Ivil.

*Te quiere,
Henry.*

16 de octubre de 1793

Jane

Cuando uno de los sirvientes les advirtió de que estaban llegando a la finca del duque de Richmond, Kingland, la baronesa se asomó y contempló tan magnífico edificio. La fachada era de líneas rectas, de formas cuadradas, además de tener pilastras blancas para decorarla. Poseía una altura de tres pisos y en cada una de ellas, el mismo número de ventanales para suavizar la fortificación.

Una vez llegaron a la entrada, el séquito de doncellas y lacayos con sus libreas impecables les recibieron para luego portar sus baúles. Solo un hombre, de aspecto mayor, se quedó esperando a las damas. Jane lo conocía. Aunque ahora era el mayordomo principal, y aunque lo recordaba sin una sola cana, no siempre lo fue. Había adquirido en ese tiempo un aspecto cansado y maduro. ¿Si ella le había reconocido puede que él también lo hiciera? Negó con la cabeza. Había cambiado mucho y seguramente él recordaría a una jovencita risueña y alegre. Sin embargo, no pudo evitar que su actitud fuera tímida y distante para ocultar así su rostro de esos ojos que comenzaban a escrutarla.

Al entrar, la baronesa siguió contemplando la belleza de la finca. El salón pintado decorado por murales que mostraban la vida de Julio César, fue lo que le causó más impacto a la señora Delacroix. El resto de los salones o saloncitos estaban decorados también por murales pero no con la misma fuerza que el anterior. Tanto los sillones como los sofás de estilo Luis XV suavizaban la decoración. Flanqueando el conjunto de sillones del salón, tenía dos cómodas más antiguas, estilo Adam, sobre las cuales estaban expuestas varias piezas de porcelana de Sévres y un par de candelabro de plata tallada. Un enorme cuadro donde un joven posaba con perros de caza era el último objeto antes de llegar a las escaleras. Charlotte se sentía como en casa.

Jane no prestaba atención a la mansión de Edward. La había visto centenares de veces y seguía exactamente igual que la recordaba. Además, quiso frenar los sentimientos que nacían en su interior. Mirase donde mirase Kingland formaba parte de su pasado y dolía. En esas paredes Charles y Marriot, los abuelos de Edward, le habían reñido por corretear detrás de su

nieto, le habían limpiado la suciedad de la cara y la habían querido como si formara parte de la familia.

—Kingland posee cuarenta y nueve habitaciones para los huéspedes — el mayordomo la distrajo de sus pensamientos—. Están a su disposición las salas de música y pintura, así como los tres comedores. Por supuesto, las habitaciones familiares no están abiertas a los invitados, así que le ruego que por favor se abstengan de visitarlas. Serán alojadas en la segunda planta.

Al subir, Charlotte pudo observar que en el mismo techo donde se hallaba la escalera pendía una lámpara de araña de cuyos brazos colgaban los conocidos caireles, todos ellos de cristal de roca, lo que era una muestra más del gran poder adquisitivo de la familia. La luz que se asomaba por los ventanales jugaba con los prismas reflejando colores. En el pasillo, Jane pudo reconocer un busto encima de un pilar de mármol. Se trataba de George, el padre de Edward. Apenas recordaba su aspecto pues hacía mucho tiempo de su fallecimiento. Pudo distinguir algunos rasgos de su hijo en él, pero la figura no le hacía justicia. Ella lo había conocido y para nada se asemejaba a aquella imagen seria y estricta. Al lado se encontraba Catherine, la madre. El artista se había molestado en trabajar más las facciones de ella, aun así no había comparación. La ternura en sus ojos, las comisuras de sus labios siempre levantadas eran casi imperceptibles. Su corazón se ensombreció al verla tan petrificada. En ese instante, Jane supo que no volvería a ser la misma. Sabía que Kingland tenía demasiada tristeza en su interior, pero no fue consciente de cuanta hasta que vio que todos los seres que quisieron a Edward ya no estaban a su lado.

El mayordomo acompañó primero a la baronesa, cerrando la puerta tras ella. Seguidamente guió a Jane por todo el pasillo. Le extrañó que la alojaran tan separada de Charlotte pero no pensaba decir nada sobre ello.

Abrió la puerta situada al final de todo el corredor y le enseñó su habitación.

—El señor ha ordenado que usted tenga la habitación azul. Las vistas dan a los jardines del oeste y a la gran explanada del norte. Desde aquí puede observar quien llega. También están a su disposición el salón dorado y, por supuesto, la biblioteca de la casa. El señor las recibirá para la cena. Descanse, ha sido un viaje muy largo —creyó atisbar en sus ojos cariño.

Al cerrar la puerta, Niv observó detenidamente la habitación. Recordaba aquella belleza sencilla de papel floresta, los detalles dorados

como el marco de los espejos, las borlas que sujetaban las cortinas, las decoraciones en la madera del lecho. El color azul armonizaba con la delicadeza de la habitación. Los cojines bordados, el conjunto del dosel con el cobertor de la cama, el escritorio de persiana azul, pintado a mano de ornamentos en ambarino, ... Era tan delicado y fino que le dieron ganas de romper algo. La agobiaba solo ver tanta perfección y si dependía de ella, no se quedaría observando el detalle con el que estaban pintados los jarrones. Iría a pasear por los alrededores, nadie podía darle órdenes respeto a eso y tendría cuidado en no ser descubierta. Aunque tenía cierto reparo en seguir con su vida normal, no podía quedarse encerrada estando en Kingland. Había pasado sus mejores años e inolvidables momentos en aquella preciosa finca. Sabía que no debía hacerlo, que no era lo más adecuado para mantener su anonimato pero su necesidad la superaba. No podía evitarlo. Rezó en silencio para que por nada del mundo se enfrentara a la difícil situación de encontrarse con Henry. Era algo para lo que no estaba preparada.

Antaño había paseado por aquellos jardines rodeada de los cantares de los pájaros: el mirlo, la alondra y otros. Los había memorizado hasta el punto de ser realmente conocidos para ella, pero cuando escuchó uno de ellos no pudo identificarlo. Tal vez Francia había hecho que los olvidara. Al ver la fuente principal del jardín trasero se vio corriendo por el borde mientras Edward iba tras ella. Aquella fuente oculta entre arbustos y flores era más pequeña de lo que recordaba. No obstante, las veces que había ido allí, Niv era una niña y apenas llegaba a su altura.

—Mi abuelo mandó construirla para mi abuela. Decía que quería un espacio tranquilo donde poder relajarse —Edward estaba tras ella sentado en un banco de hierro.

Ambos sabían que no debían estar a solas sin carabina, pero ninguno lo mencionó. Tal vez porque fue algo habitual en la infancia y después en la adolescencia. Niv y Edward siempre habían tenido ciertos privilegios.

El primer instinto de Jane fue alejarse, desaparecer de la furia que veía en él, pero cuando quiso dar un paso este le bloqueó el camino de vuelta a Kingland. Ella no pudo hacer otra cosa que obedecer, notaba el poder que emanaba de su mano cuando la había colocado en su baja espalda para acercarla al banco. Aunque creía improbable que sus manos dejaran de temblar.

—Gracias por la invitación, su excelencia. Tiene una casa preciosa —

fue tajante para que él no le diera más conversación. No podía exponerse ante él. Tenía que guardar ciertos límites como si se tratasen de dos desconocidos. Escuchó como Edward hablaba pero no entendió sus palabras. — ¿Ha dicho algo?

—Decía que no ha visto lo mejor de ella —levantó su mirada hasta la magnífica casa que se elevaba delante de ellos.

Por supuesto que sí. Él se la enseñó hacía mucho tiempo pero no podía decir aquello. Quiso observarla mejor. Era un sueño convertido en piedra. Allí, contemplando Kingland fue consciente de la confusión de Edward. Podía ver que no estaba seguro de que ella fuese la persona que él creía. Esa duda peleaba contra la razón, las posibilidades contra las certezas. Tal vez aceptar la invitación no había sido tan mala idea. Él podría pensar seriamente que se trataba de Jane si no mostraba miedo ni rechazo. Si fuera Niv, ¿por qué hubiera ido hasta Kingland? Sabía que se cuestionaba eso y mucho más, pero ella no iba a resolver las dudas. De hecho, iba a aumentarlas con sus palabras, porque lo último que quería en la vida era volver a ser quien era.

Jane tenía que desviar la atención de alguna manera, hacerle creer que no temía su conjetura, conversando de la mujer que tenían en común. Sacar el tema a coalición sería peligroso pero si Niv quería pasar como Jane necesitaba aclarar que hablar de ella no le incomodaba ni perturbaba. No había otra solución.

—Su excelencia, no deseo ser indiscreta, ni mucho menos, pero en la fiesta de los condes d'Arpajon me confundió con otra mujer. Desde que ocurrió no he dejado de pensar... en lo que usted parecía sentir. Si me permite el atrevimiento, agradecería me contara qué ocurrió entre ustedes. Noté su turbación cuando nos conocimos.

Edward permaneció callado durante un rato observando la hierba que había a sus pies. Sus labios formaron una fuerte línea y los músculos de las manos se pusieron rígidos. Estaba recordando y ella lo sabía.

Mantuvo la calma, esperando que él contestara. Seguramente estaría intentando medir sus palabras. Se podía ver en su rostro, mediante pequeños gestos, como los engranajes de su mente se iban uniendo. Al mirarla, Edward tenía un destello de cariño en sus ojos, luego se torció en odio como si fuera a encararse con ella y atacarla en ese preciso momento. Ahí estaba de nuevo, ese brillo de ira hacia Jane.

Edward contestó como un caballero.

—Me parece que no es de su incumbencia, y si pude herirla con mi proceder, le ruego que me perdone. No era mi intención asustarla. Me sorprendió el gran parecido entre ustedes dos, pero al regresar a Inglaterra, me di cuenta de que no era posible.

Era la excusa perfecta para levantarse e irse sin delatar que estaba equivocado, sin embargo, su innata curiosidad le impidió dejar la conversación así.

— ¿Imposible que nos parezcamos? —había sonado totalmente preocupada.

—Imposible que usted sea ella.

Tenía que ir con cuidado si no quería darle más información de la necesaria pero le era imposible no defenderse ante él. Se tragó el nudo que tenía en la garganta, respiró fuertemente para taponar la herida de su corazón y actuó con la cabeza. Levantó un muro a su alrededor para que sus palabras no pudieran herirla.

—La mujer que conocí, no podría estar sentada en este lugar conmigo. Me odia de tal manera que si volviera a verme querría matarme antes que mirarme a la cara.

¿Por qué Edward pensaba aquello? La confusión que sentía debió de notarse en sus ojos puesto que Edward quedó mirándolos durante unos instantes.

Después de aquella respuesta de provocación, él pensó que Niv actuaría de forma diferente, nerviosa, asustada porque descubriera su papel, pero no fue así. ¿Desde cuándo tenía tanta templanza? ¿Era cierto que no se trataba de ella?

—Estoy convencida de que se excede en sus apreciaciones —intentó ensalzarlo como cualquier dama haría—. No se torture con ello.

—No lo hago, lo acepto, señorita Fairfax. Me merezco cada pensamiento dañino que me dedicó en su vida. No me comporté como un buen hombre, de hecho, no soy un buen hombre.

—No diga esas cosas —intentó quitar hierro al asunto. No quería permitir que Edward pensara de ese modo.

—Digo verdades, y lo cierto es que yo también la odio a ella —se levantó del banco y se dirigió a la fuente para verse en su reflejo—. Y continuaré haciéndolo hasta que consiga vengarme —pero aquello solamente se lo dijo para sí mismo—. Si me disculpa, tengo asuntos que atender y no

quiero seguir abusando de su tiempo y compañía. Las espero en el comedor para la cena. Qué pase buena tarde.

Las últimas palabras que había dicho Edward revoloteaban por su cabeza una y otra vez. En su interior había creído que la odiaba pero siempre había sido en silencio, escucharlo de sus propios labios fue la confirmación final de que ella tenía razón.

Desde el día que todo se descubrió, ella no volvió a ser la misma persona. Vivía en constante oscuridad y solo algunos momentos la vida le permitía ver rayos de luz. “*¿Qué he hecho para merecerme esto? ¿Acaso he obrado mal en la vida y este es el castigo que me merezco?*”. Durante los primeros días en Francia esas preguntas le saltaban a su cabeza de vez en cuando. Ahora, solo formaban parte de su día a día.

El resto de las horas estuvo en aquel banco observando como los picos de los pájaros formaban ondas en el agua, como el sol le arrebatava la única calidez que poseía su cuerpo o la brisa le revolvía los mechones de su cabello, meditando acerca de aquellas palabras. Al final, no le quedó alternativa, desistió en su intento por entender los motivos que Edward podía tener para llegar a aquella conclusión. Era obvio que la había confundido con Niv, y que no lograba entender por qué tendría que odiarlo.

No cenaron en el salón grande donde casi todos los antepasados de Edward descansaban en sus retratos. Aquel lugar lo guardaba para grandes celebraciones. Los cuatro se instalaron en el comedor pequeño, más cómodo y accesible para el servicio, incluso más cálido puesto que a estas alturas en Derbyshire el clima empezaba a volverse terriblemente frío. Jane solamente pudo fijarse en el candelabro que había encima de la chimenea, siempre había sentido una fascinación especial por aquel artefacto complejo y elegante, que sujetaba las velas. Odiaba su miedo infantil a la oscuridad, y ahora vivía en su compañía. Cuando se dio cuenta, apartó la mirada, esperando que Edward no se hubiera percatado.

La cena fue tranquila salvo por los desagradables comentarios que la baronesa le dedicó a John. Según ella, los americanos amasaban una gran fortuna con los sacrificios de otras personas, eran nuevos ricos que se creían con poder para suplantar a la nobleza y allí estaba ella, defendiendo a capa y espada a los de su mismo estatus social. La aristocracia europea era y seguiría siendo para Charlotte la cúspide de la elegancia, el refinamiento y el orden para un sistema equitativo.

— ¿Quiere decir que los americanos estorbamos en el mundo? —John se lo tomaba con humor.

—Por supuesto que no, pero deberían quedarse en su lugar y no perseguir sueños que no pueden cumplir —bebió el segundo vaso de vino afrutado que le sirvió el lacayo.

—Baronesa —le regañó Jane.

—Querida, estos hombres vienen en busca de sangre azul y solo Dios sabe que no mezclaré la mía con un americano, *sacre bleu!*

—No vengo buscando esposa, señora Delacroix —rio para sí mismo—. Y si fuera así, usted sería la última de mis opciones. Además, ¿por qué casarme con una joven europea que no sabe hacer nada?

—Está usted muy equivocado. Las damas de esta parte del océano sabemos hacer muchas labores —Charlotte no le daría la razón a un americano.

Jane deseó hablar, sentía ganas de defenderse, pero se mordió la lengua.

— ¿Cómo qué?

La baronesa estuvo pensando durante unos segundos pero no se le ocurrió nada que decir, salvo cosas que a los hombres no les interesaban como podía ser tejer, dibujar y tocar el piano.

—Montar a caballo —contestó Jane por ella.

—Toda dama sabe montar a caballo, de una forma estrictamente correcta —sonrió y aquella sonrisa podría haber deslumbrado a cualquier mujer que la contemplara—. Las mujeres americanas saben ser los caballos, comunicarse con ellos, lo he visto, y eso es lo que espero en una esposa.

Con la lógica de los hombres, la frase de Jane no tenía un sentido especial. El caso era que ninguno de ellos conocía a la joven para saber a qué se refería y Charlotte se rio por lo bajo mientras miraba a su dama de compañía. Dato que a Edward no se le escapó. Ninguno de ellos había visto a Jane montando un semental. Aquel corcel era rudo y bravo para quien quisiera montarlo pero la jovencita había demostrado ser mucho más terca. Ella no se había convertido en el animal pero lo había domado como solo una mujer inglesa puede hacerlo. Jane era la líder del corcel, tanto que tuvo que comprarlo y ahora vivía en la finca de campo que Charlotte tenía a las afueras de París.

Sintió que le picaba el orgullo. Las mujeres tanto de América como del resto del mundo podían ser lo que quisieran ser.

—Podemos renegociar los acuerdos mercantiles, disparar un arma, ...
—Jane cogió la cuchara y sorbió la sopa de su plato, mientras el resto la observaba patidifusos— Podemos sobrevivir sin la ayuda de nadie. Ninguna procedencia tiene más valor que otra.

Edward fue el primero en hablar.

—Nadie puede sobrevivir sin ayuda, señorita Fairfax. La soledad no entra dentro de nuestras capacidades como personas, seamos o no seamos de este continente.

—Le aseguro que Jane estaba muy dispuesta a sobrevivir sin nadie, hasta que me encontró a mí —Charlotte salió en defensa de Jane.

Decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Aceptar la soledad creo que es una cualidad muy honorable. Lástima que no todos puedan enorgullecerse de ello. Aun así, sigo opinando que las mujeres, todas nosotras, podemos hacer cualquier cosa. Ser o no ser caballos, si lo deseamos —le dedicó al señor Wilson una mirada alegre.

—Lo dudo —levantó su copa. A Jane aquello le parecía un reto.

—Déjeme enseñárselo mañana.

—Oh, *ma chérie* —advirtió Charlotte con la mirada—. No hagas nada de lo que puedas avergonzarme.

—El señor Wilson quiere ver como las damas inglesas somos caballos. Y yo, baronesa, le daré una clase magistral. Entonces —cogió la copa—, tal vez entonces, entenderá que las mujeres podemos ser lo que queramos ser. No se trata del lugar donde nacemos, sino del valor y coraje que tengamos, pero ningún caballero ve esas cualidades dignas de una dama.

John estaba encantando con aquella mujer. Desde que había llegado a Kingland no había dejado de sorprenderle. Tal vez Jane tuviera algo de americana en el fondo. Pese a todo, igual que le había pasado antes a ella con los comentarios de Wilson, ahora le había picado en el orgullo.

—Señorita Jane, nos ve como el ogro de los cuentos, y aunque a mí me encante serlo, creo que no todos se merecen ese título. Algunos hombres pueden ser cordiales y mantener una relación amigable con las mujeres sin pisotearlas como, al parecer, pretende usted creer.

—No he visto a ningún hombre, poseedor de una gran fortuna, enorgullecerse de las tareas que una mujer obra por él. En estos casos, solo formamos parte de la decoración de su vida. Un bonito jarrón que enseñar a sus invitados.

Edward se asombró del comentario puesto que no recordaba que Niv fuera tan reivindicativa con el papel de la mujer. La baronesa rio para sus adentros al ver aquel detalle.

— ¿No cree usted que infravalora al género masculino? —preguntó todavía atónito.

Si la pregunta hubiera salido de los labios de otro hombre sin las cualidades que ambos poseían tal vez podría haberle sorprendido, pero no viniendo de dos caballeros con la suficiente capacidad intelectual para saber que tenían puntos a su favor. Dinero, presencia, poder, ... Las mujeres se rebajarían a ser lo que ellos quisieran.

— ¿Es que acaso en América es distinto? ¿No es el hombre el señor de la casa, de los terrenos, de todo cuanto posea su mano, incluida su esposa? — al ver la expresión de John pudo contestarse a esa pregunta— Entiendo que al igual que en Inglaterra y en el resto del mundo, las mujeres americanas se ven reducidas a la sombra de su esposo. He de suponer que lo que usted vio, señor Wilson, fue algo extraordinario y muy difícil de encontrar.

» Pero por suerte, eso está cambiando, hemos llegado a ser escritoras, artistas e incluso sanadoras y diría, jugando lo poco que tengo, que en esta época tenemos entre cirujanos y médicos alguna mujer, al igual que somos capaces de llevar un rebaño, esculpir un busto o llevar las cuentas de una finca, por no hablar de traer la vida al mundo. Somos tan inteligentes como ustedes, ¿por qué entonces no lo aprecian?

John rio tan fuerte que parecía que se le iba a desencajar la mandíbula.

—Desde luego con más mujeres como usted, el mundo cambiaría.

—Bueno, no somos solo una cara bonita. Las mujeres deberíamos tener derecho a expresar nuestras ideas, son tan válidas como las de cualquiera — después del discurso necesitaba suavizar la conversación—. De todas formas, usted es libre de tomar por esposa a quien considere.

—Es un consejo que tendré en cuenta el día que decida casarme — brindó por ello—. ¿Qué opinas tú, Edward? ¿Te desposarías con una americana?

Apenas rio, de una forma irónica.

—Sabes de sobra que no me casaré, John.

— ¿Habla en serio? —preguntó Charlotte— Alguien con su título no puede pensar en no contraer matrimonio. Necesita un heredero para que el ducado siga en manos de la familia. Proviene de un apellido muy antiguo en

Inglaterra, querido, no puede perderse.

— ¿Qué opina, señorita Fairfax? ¿Cree que debería casarme cómo piensa la baronesa?

Jane miró primero a Edward y un brillo en su mirada delataba que estaba jugando con ella. Después se atrevió a observar a Charlotte.

—Sí. Alguien de su posición debe encontrar una mujer digna y desposarse.

— ¿Una mujer como a las que ha hecho referencia antes? ¿A eso se refiere con digna?

Jane no sabía si los atributos que había mencionado fueran los ideales para la perfecta esposa de Edward. No obstante, asintió, pensando que lo mejor sería olvidar la conversación.

—La dignidad a veces se confunde —hizo una breve pausa para meditar sus palabras—. Es muy fácil reprochar el trato que reciben las mujeres, pero critique también la manera cruel con la que se han conducido esas mujeres hacia hombres dignos, y solo con el fin de ser escritoras, artistas o cirujanas. Incluso, duquesas. No voy a arriesgarme a ello por tener un bonito jarrón.

El tono con el que había hablado Edward puso en alerta a los presentes por eso cuando Jane se atrevió a hablar fue lo más dulce posible.

—Solo digo que deberían darle más valor a las cualidades de una mujer —le dedicó una sonrisa algo forzada.

Edward no estaba de acuerdo en ello. ¿Qué sabría Niv de cómo se comportaban los hombres con las mujeres? Cómo las respetaban, incluso las veneraban. Él había sido consciente del trato que daba a sus amantes y nunca las había subestimado, sabía que esperar de ellas. Soltó una carcajada llena de crueldad. Era ilógico que juzgara a todos los hombres.

— ¿Acaso me conoce, señorita Fairfax?

Todos se quedaron mirándola, esperando que contestara, aunque ella solamente quería que la salvaran de aquella conversación en la que había acabado sin querer. Se mordió el labio dudando hasta que al final negó con la cabeza.

—Pues no me juzgue, porque usted no sabe cómo trato a las mujeres y lo que valoro de ellas. No hable de lo que no sabe. Se lo ruego.

Retiró la silla y se marchó del comedor, dejando a todos sin palabras.

VI

19 de noviembre de 1787

Ivil,

Poco a poco, el servicio de Hightown se está yendo. Han perdido cierta lealtad al abuelo y aunque él se marchó a Londres para informarse de las condiciones del comercio entre Francia e Inglaterra por el Tratado Libre, no ha vuelto desde entonces. Hace un mes que partió y continúo sin tener noticias.

Madre intentó organizar una fiesta para que las relaciones más allegadas pudieran ver la normalidad que reinaba en la casa, pero faltaron muchos invitados. Imagínate la desolación que tuvo que soportar. Sus grandes amigos le daban la espalda.

No te escribiría estas cartas si no fuera porque necesito de alguna manera estar en contacto contigo. Me gustaría entender tu postura y estar de tu lado, pero me es del todo imposible.

Todos estamos haciendo un gran esfuerzo para que Hightown no se pierda, menos tú. Y sé que llegará un momento que te enterarás y nos culparás por haber perdido la finca y que nosotros te culparemos a ti por no haber estado salvando tu hogar. Por descontado, albergamos la esperanza de que algún día entres por las puertas de casa sana y salva, pero también sabemos que es una posibilidad muy remota. Yo, el que más.

No volverás. Soy consciente de que Ivil, mi hermana, está muerta. Nivill Darcy acabó con su vida el día que huyó.

Siempre en mis pensamientos.

Henry.

16 de octubre de 1793

Edward

Se marchó hecho un basilisco, y se dirigió a la biblioteca. Hacía poco había añadido un escritorio, de caoba oscurecido con marquetería de oro, adecuado para que tanto John como él pudieran trabajar y discutir todo lo relacionado con rutas comerciales, barcos mercantiles y para recibir a más de un cliente. Era una sala grande con dos pisos y estaba repleta de armarios, gabinetes para mapas y mesas llenas de libros. Había tomos por todas partes, algunos abiertos, otros amontonados e incluso, hacían columnas que llegaban a dividir la estancia.

Cerró la puerta de golpe y de un manotazo tiró todos los papeles que había en el escritorio.

—Hipócrita.

Quiso gritarlo a los cuatro vientos y desahogarse entre ellos, pero no resolvería nada. Solamente llevaba un día en Kingland y Edward estaba desquiciado. No le gustaba su presencia en la casa, que pudiera tocar sus pertenencias o incluso que durmiera en una de sus camas. Tenerla allí evocaba recuerdos de ellos juntos. ¿Cómo podía haber sido su amigo? ¿Cómo pudo siquiera tener otros sentimientos por ella? Era cierto que si quería vengarse la necesitaba cerca mas no podía soportarlo. Tener siquiera que mirarla le enfurecía. Apretó las manos hasta dejar los nudillos en blanco y golpeó la mesa tan fuerte como pudo.

John abrió la puerta de la biblioteca y lo vio en aquel escenario devastador.

— ¿Qué demonios ha pasado aquí dentro? —susurró aquella frase por miedo a alterarlo más— Tienes que controlarte, Edward. No puedes...

— ¿No puedo? ¡Estoy en mi casa! Puedo hacer lo que se me antoje.

—Está bien, está bien —John se retiró con las manos en alto—. Pero piensa un poco. No han sido maneras de tratar a Jane.

—Dirás a Niv y la he tratado igual que ella me trató a mí.

—Edward, ella no tiene la culpa de lo que pasó. Nunca he estado de acuerdo con tu proceder y mucho menos ahora que la conozco.

— ¡Oh, por favor! —se sentó en la silla detrás del escritorio— ¿Te has

dejado seducir por eso? Te he visto mirar más alto, John.

Estaba tan furioso que no pensaba en las palabras que acaba de decir.

—Sea Nivill, sea Jane, la mujer que tienes ahí no va permitir... ¡Olvídalo! Necesitas descansar.

— No va a permitirme, ¿qué? —miró de tal forma a John que este quiso abandonar la conversación.

— ¡Parece mentira que no hayas estado en esa habitación mientras hablaba! ¿De verdad crees que si es Nivill va a caer en tus juegos? ¿Piensas que esa mujer va a tolerar que le hables como lo has hecho? ¿Acaso la conoces?

— ¡Sí!

— ¡NO! Maldita sea, Edward. Conoces a Nivill, no al personaje que ella se ha creado desde que se marchó. ¿Cómo sabes que cuando se fue no acabó en un burdel de mala muerte sosteniéndose con las pobres monedas que los hombres le daban? ¿No ves la inteligencia que desborda, las ganas de luchar y de defenderse que tiene? No es difícil darse cuenta de que no es la primera vez que lo hace.

No había considerado esa posibilidad. Suponía que una vez se marchó, ni siquiera sabiendo dónde, ella había salido indemne de cualquier situación. Pensaba que algunas amistades la acogieron guardando su identidad. Incluso pensó en la muerte. En cambio, acabó en Francia, con una baronesa. ¿Cómo habría sido su vida hasta el momento de encontrarla? Recordó casi al instante una frase de Charlotte: *“Le aseguro que Jane estaba muy dispuesta a sobrevivir sin ayuda, hasta que me encontró a mí”*.

La única verdad era que le había dejado a pesar de todo lo que habían vivido. De cualquier forma, él sabía que seguía teniendo sentimientos por ella, tal vez por el pasado, pero no podía soportar que alguien hubiera sido cruel con Niv. Estaba tan cegado por vengarse, sorprendido todavía por la casualidad de encontrarla, que no se había percatado de que podría descubrir mucho más que la verdad.

Cuando la vio en casa de los condes d’Arpajon bailando con un hombre casi salta en medio de la pista para mirarla a los ojos y descubrir que era ella. Hizo un gran esfuerzo por permanecer quieto, pero una vez que se percató de su salida al exterior, no pudo evitar ir tras ella. Al principio, dudó de su apariencia. La dama que él recordaba poseía un aspecto adorable y risueño, pero la mujer que se había encontrado era la silueta de la sofisticación y

elegancia. Jamás llevaba el pelo en su presencia atrapado pero allí, plantada, con un recogido lleno de bucles y una mirada oscurecida, apenas la reconoció.

Recordar a la joven muchacha hizo que se sintiese asqueado y envenenado por dentro. Entonces supo que todos los males que albergaban en su interior empezaban a pugnar por salir. La frase que utilizaba cada vez que pensaba en Niv era que a todos los efectos la culpa era suya por marcharse, por abandonarlo, y así conseguía calmarse.

Después de recomponerse pensó que John tal vez tenía razón y que Jane hablaba desde la experiencia. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. No sirvió. La culpabilidad por no ir a buscarla y protegerla de lo que le hubiera ocurrido, le golpeó.

— ¿Qué crees que le pasó? —su voz sonó rota.

—No lo sé. No sabemos mucho acerca de su vida desde que se marchó. Lo último que te contó tu abuelo fue que Niv seguía desaparecida. ¿Y si ocurrió algo después de aquello con sus padres y por eso no quiso volver? ¿Y si cree que tú preferías que se fuera? Tal vez perdió la fe en la lealtad que creía inquebrantable. Puede que incluso después, el destino le haya hecho luchar más batallas de las que estaba preparada. Me parece sumamente inteligente y no estoy muy seguro de que los franceses sepan apreciar ese tipo de inteligencia. Si esa joven es Nivill Darcy, por lo que me has contado de ella, se habrá roto en mil pedazos al verse humillada, excluida e, incluso, a creerse que no era nada.

—Niv jamás creería algo así de ella misma. Era capaz de obrar magia si se lo proponía.

—Edward, dejó de ser Nivill. Durante todo este tiempo no sabes lo que ha tenido que pasar. Sé que vas a seguir empeñado en vengarte pero voy a hacerte una pregunta que ruego contestes con sinceridad, y si tenemos suerte, cambie tu perspectiva.

—Después de tanto tiempo, ¿no crees que si hubiera un modo de quitarme este odio no lo habría hecho?

John no cesaría en su empeño por que entrara en razón. Creía que él podía ser mejor que todo aquello, que podía afrontar el pasado mientras lo tenía delante. Podía imaginarse la lucha interna que sufría su amigo por volver a verla pero por la salud mental de Edward, John no dejaría de ser su cordura.

—Piensas que Nivill soportará la venganza. Aguantará la furia con la que golpees porque no es la primera vez que has visto que afronta algo así,

pero... ¿y si no lo soporta? ¿Y si no sabe aceptar que la odies? ¿No has pensado tal vez que se marchó por eso?

—Se fue por cobarde —golpeó de nuevo la mesa. No quería creer aquello.

John dio por finalizaba la conversación. Jamás había visto tan convencido a Edward de acabar con Nivill. Tenía la firme esperanza de que conseguiría, con el tiempo, olvidar todo, asumir la muerte de la mujer que lo torturaba en sus pensamientos y seguir hacia delante, pero cuando volvió a su vida estaba casi seguro de que los sentimientos, anteriormente atesorados por Edward, volverían a florecer. ¡Cuán equivocado estaba!

—Esa chiquilla no sabe la que le espera —dijo para mitigar el dolor presente de su amigo y el del futuro de Jane.

Mientras tanto, Edward abrió el cajón del escritorio y sacó una botella de whisky y una copa. Se sirvió un vaso bien cargado y lo tragó de golpe, sin pestañear siquiera. Después, sin pensar en nada todavía, se bebió otro, exactamente de la misma forma que el anterior. Miró la botella y recordó a su abuelo bebiendo como él. Nunca supo por qué, ahora sabía que se trataba de una mujer.

Debía aclarar sus ideas, ver todas las opciones que se le planteaban y, sobre todo, tenía que relajarse para ser capaz de interpretar un papel idéntico al de Niv si quería enamorarla de nuevo. Tenía que ocultar quién era ahora. No podía mostrar su carácter amargo. No debía incomodarla como había ocurrido durante la cena. Se mostraría como el hombre que ella esperaba. Trabajador, educado y considerado. Tendría que prestarle más atención, estar interesado en sus ideas y entretenerla de la mejor forma que sabía. Un tema que no quería tocar.

A su edad Niv habría sido cortejada por muchos hombres. No se trataba de una joven debutante con ansias de sentirse admirada en su gran noche. Era más que evidente que en la sociedad se la consideraba una solterona. Tal vez para sobrevivir tuvo que relacionarse con algún noble francés. A Edward le daba igual, había estado con mujeres que no eran vírgenes y sin duda, eran las mejores. Estaban libres de tensiones y, por supuesto, se mostraban más solícitas. No creían en el contacto sexual como algo amoroso, sino como algo carnal. De otra forma, Edward jamás hubiera acabado en la cama con ellas. Las vírgenes no entraban dentro de sus aspiraciones.

Por eso no había problema. Jane era hermosa y por lo que había visto en

París, varios hombres iban detrás de ella como si irradiase una luz especial, así que era fácil que no fuera ignorante en tales lindes.

Aquellos pensamientos excitaron a Edward y no pudo evitar pensar cómo sería acostarse con Niv. ¿Sería atrevida o preferiría la dulzura y las caricias? Pensó en cómo se sentiría al soltarle la melena castaña y viéndola caer sobre su espalda mientras lo galopaba. ¿Cómo sería besar sus labios de nuevo? ¿Lo llenarían de la misma forma que lo hacían?

Se mordió el labio fuertemente para intentar olvidar aquellos momentos. Disfrutaría, sí, pero no de la forma que había saboreado con las demás. Con ella, sentiría que el disfrute era parte del sufrimiento que le debía. De seguro tendría que cerrar los ojos para no verla como había deseado hacía tanto tiempo en su cama.

Se sirvió el tercer vaso de whisky, este todavía más lleno que los anteriores. El alcohol le produjo un calor insoportable en la garganta y tuvo que toser para recuperarse. Había bebido demasiado para seguir pensando en Niv Darcy.

Dejó la botella en su sitio y tambaleándose hacia la puerta consiguió llegar hasta el corredor. En ese preciso momento, el mayordomo se dirigía hacia él.

—Señor, tiene un minuto. Deseo hablarle de algo muy importante.

Se cuadró para que su empleado no pudiera ver el estado de embriaguez con el que poco a poco iba subiendo a su cabeza.

—Dígame, Blake. ¿Ha ocurrido algo? ¿Todos están bien?

—Por supuesto, señor. Preferiría hablarle en un lugar más apropiado.

—Pasa entonces a la biblioteca —antes de sentarse en el sillón, Edward echó una mirada a la botella que había dejado encima del escritorio—. Puedes hablar ahora, nadie nos escucha.

—Llevo años trabajando en Kingland. Empecé con su abuelo como palafrenero, ascendí a primer lacayo y después a ayudante de cámara para luego ofrecirme el puesto de mayordomo.

—Sí, Blake. Has servido a esta casa y a esta familia toda tu vida. Si querías una recompensa solo tenías que haberme enviado una carta a América. Te lo hubiera concedido de buen gusto —Edward se levantó del sillón para marcharse.

—No se trata de eso, milord.

Volvió a sentarse, está vez más pendiente de su empleado. Se pasó una

de las manos por la frente para despejar su cabeza. No debería haber bebido tanto.

—Lo que trato de decirle es que llevo muchos años en esta casa. Conozco a todas las personas que han vivido aquí —Edward siguió callado escuchando la historia—. La muchacha... ¿Por qué la ha traído?

Incluso su mayordomo la había reconocido. Alababa la memoria de ese astuto hombre. Sin embargo, preferiría que nadie de la casa supiera quien era en realidad Jane.

—No es lo que cree. No es Nivill Darcy.

—Conozco a esa joven desde que nació, desde que sus padres, los anteriores señores de esta casa, fueron a conocerla en su nacimiento. La he visto con usted y con el señorito Henry desde niños. Cuando se escapó fue una catástrofe para todos nosotros. Todo el mundo la adoraba.

No le gustaba la dirección que estaba tomando aquella conversación. Todo el mundo admiraba a Niv, tanto lacayos como nobles. Ninguno le apoyó en su sufrimiento. En cambio todos eran partidarios de que algo malo le había ocurrido, a pesar de constatar que ella misma había abandonado Hightown por su propio pie.

—Blake, te aseguro que la joven que ha venido acompañada de la señora Charlotte Delacroix, no es Nivill Darcy. Su nombre es Jane y es la dama de compañía de la baronesa. Es cierto que tienen un gran parecido, pero nada más allá del físico.

—Con su permiso, señor, debería... Sea cual sea el motivo por el cual la señorita Jane Fairfax esté aquí, debería llevársela. Si la familia Darcy descubre su parecido volverá a recordar su traición y Dios sabe lo que ha sufrido esa familia.

Y más que lo hará, pensó Edward.

—En cuanto a usted...

—No me preocupa en abso...

—La amaba —le interrumpió—. Iban a casarse. Y ella se marchó sin decirle nada, sin despedirse siquiera. Después de aquello la única noticia que tuve de usted fue que se marchaba a América.

VII

14 de marzo de 1788

Ivil,

Hoy he estado muy nostálgico. Hace mucho tiempo que no pisaba Kingland. He vuelto a ver los jardines donde solíamos jugar, incluso la inmensa cascada que tiene. No ha sido una visita grata. Marriot, la abuela de Edward está muy enferma y pronto Dios la acogerá en su Reino.

Charles me ha contado algunas noticias sobre su nieto. Edward y su viaje a América. Suena tan lejano. Ha cumplido tantos sueños... Me he dado cuenta de que nos ha dejado de lado. Ese tiempo que ha pasado fuera, es suficiente para olvidar lo que le retenía en Inglaterra.

Espero que no nos guarde rencor por retenerlo más tiempo del debido. Ya en su juventud podía notarse que ambicionaba más en su vida, que no se conformaba con la propiedad que heredaría, ni con el trabajo que aquí le esperaba. Quería ser alguien más, pero más que él no había nadie salvo el rey.

De todas formas, nosotros ya no estamos a su lado para ver cómo crece. Ni tú al mío. Desgraciadamente, te fuiste.

*Se despide,
Henry.*

17 de octubre de 1793

Edward

Se despertó con la cabeza embotada debido al licor ingerido la pasada noche. No tenía nada en el estómago que calmara tal indigestión. Incluso, al levantarse de la cama se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Se lavó la cara con agua fresca que traía la jofaina. No había querido alojarse en la habitación de sus padres, que después fue la de sus abuelos, como correspondía a su título. En cambio, había decidido decorar algo más acorde a él una habitación cualquiera. Un ropero de la época de Jorge II de nogal estaba situado casi al extremo inferior de la sala. Algo clásico y para nada llamativo, de hecho, le habían fascinado los herrajes dorados. Iba a juego con un arcón que estaba frente a él, el mismo herraje y la misma madera.

Todo duque necesita un ayudante de cámara, pero después de vivir tanto tiempo en América sin uno, desechó al suyo. Mientras no tuviera que asistir a ningún acto social importante podía vestirse él mismo. Aun así, Blake siempre pasaba para supervisar la elegancia de su señor. Cuando se colocó la casaca, el mayordomo empezó a cepillarle los hombros para quitar las motas de polvos, Edward se atrevió a preguntar:

— ¿Dónde se encuentra la señorita Fairfax?

—No ha salido de su cuarto.

Estaba enfadada y furiosa con él, lo sabía. No tuvo que haber dicho esos comentarios. John tenía razón. Podía conocerla, pero dejó de hacerlo cuando se convirtió en otra persona. No sabía que le había ocurrido para transformarse en Jane. La angustia por volver a pensar en los males que le habrían ocurrido no podía compararse con nada.

—Dígale que baje a desayunar conmigo.

—Imposible, señor —estiró las mangas para dejarlas perfectas—. Se ha encerrado en su habitación.

— ¿Cómo es eso posible? ¿Es que acaso se cree que esto es una prisión?

—Su doncella ha dicho que se encuentra indispuesta y que no desea salir de la cama hasta que se recupere.

Tenía el carácter tan agrio debido a la culpabilidad que iba a pagarlo

con quien no debía, pero apenas podía pensar. Estaba harto de aquella función estúpida, así que no le quedó más remedio que ir él mismo a por ella a la habitación.

Golpeó la puerta con menos fuerza de la que deseaba. Nadie contestó y volvió a golpear.

—Señorita Fairfax, soy Edward. Abra la puerta. Necesito hablar con usted.

Tampoco recibió respuesta. Siguió intentándolo.

— ¿No pensará quedarse todo el día encerrada en la habitación? Ha salido un día espléndido, podemos ir a pasear —intentó ser amable, más de lo habitual.

Al no recibir tampoco respuesta, apoyó su oreja en la puerta. No escuchó absolutamente nada y el corazón se le paró por un instante. ¿Y si le había pasado algo?

— ¿Jane? —preguntó asustado.

No obtuvo respuesta, así que intentó abrir la puerta. Al ver que estaba cerrada por dentro, no le quedó otra alternativa que sacudir la puerta con el hombro y romper la cerradura de su habitación. Chocó contra la pared y se escuchó un ruido torpe y hueco. Edward miró a todos lados. La cama estaba totalmente deshecha y había utilizado las sábanas para hacer una cuerda que pudiera bajarla hasta los jardines. Se podía ver como en la ventana ondulaban las sábanas blancas.

Corrió sin pensárselo hacia el exterior para dar órdenes precisas de que le trajeran su caballo. ¿Cómo podía haber pensado en escaparse? Y todavía peor, ¿cómo él no había intuido que huiría?

En ese momento, mientras esperaba a que se lo trajeran, la baronesa hizo acto de presencia.

—Buenos días, su excelencia. Veo que se ha despertado con ganas de cabalgar. Diga que sí, todavía refresca.

— ¿Dónde está? —preguntó lleno de furia, esperando que la baronesa le dijera exactamente el lugar donde se encontraba.

— ¿Perdón? No comprendo —Pierre se situó muy cerca de la baronesa al ver la actitud del duque.

—Jane. ¿Dónde está?

—Adeline me ha comentado que no se encontraba en condiciones de bajar al comedor. No entiendo tanto alboroto.

Cuando Edward vio su caballo salió disparado hacia él, sin hacer caso de las palabras que le dedicaba la baronesa. El mozo que le entregó al animal le dijo que la perra de su abuelo también había desaparecido.

—Creo, señora Delacroix, que Jane se ha ido y que usted se lo ha permitido.

— ¿De qué habla? —sacó su abanico y empezó a agitarlo frente a su rostro—. No le consiento que dude de mi pala...

Edward espoleó a su caballo sin escuchar el final de la frase de Charlotte, puesto que la realidad se imponía. Sabía dónde dirigirse, no era necesario pensar demasiado en ello. Su casa se encontraba solo a unas leguas de Kingland. ¡Maldito! ¿Cómo no había visto que intentaría volver con su familia para que la protegiese? Le había hecho lo mismo que antaño. Abandonarlo, dejarlo sin que él pudiera hacer nada, sin su opinión, sin contar sus sentimientos, angustiado y solo. Nivill se había llevado con ella todo lo bueno de Edward. Ahora no tenía nada que temer, no le quedaba nada.

Al entrar en los terrenos, los empleados avisaron de que alguien solicitaba la presencia del marqués. Puesto que el abuelo ni el padre se encontraban en Hightown, informaron a la persona que estaba al cargo en ese momento.

No bajaría del caballo por nada del mundo. No pisaría esa casa de nuevo. La odiaba igual que odiaba a todos los que allí permanecían.

Henry salió por la puerta principal con uno de sus empleados.

—Gracias, Jonathan. Yo atenderé al señor, vuelve a tu trabajo.

Al verlo de aquel modo, el hermano de Niv no sabía de quien podía tratarse. Se acercó y el caballo relincho para asustarlo, su dueño no estaba muy cuerdo para tranquilizar al animal.

— ¿Dónde se encuentra?

Los rayos del sol iluminaron el rostro del hombre.

— ¿Edward?

— ¡¿Dónde está, Henry?! —gritó de tal modo que el caballo empezó a retroceder.

— ¿De quién hablas? ¿Qué ocurre?

Los empleados acudieron ante los gritos de Edward. Después de aquello bajó del caballo con la mandíbula apretada por volver a estar allí de nuevo. Se dirigía hacia la puerta principal ignorando a Henry. Si hacía falta, entraría a por ella, pero este le agarró del brazo. Edward reaccionó rápido esquivando

el agarre, cogiéndolo de la muñeca y doblándole el brazo a la espalda. Si apretaba un poco más iba a rompérselo. Sin embargo, miró los ojos de Henry. En ellos vio tanta confusión que era imposible que entendiera lo que estaba pasando allí. ¿Y si de verdad no había vuelto a casa? ¿Qué pensaría él? No le veía desde hacía siete años y de repente se presentaba en su casa haciendo preguntas carentes de sentido. ¿Cómo iba a salir de aquel problema? Poco a poco fue soltándole el brazo. Con un leve movimiento, Henry despachó a los sirvientes que se habían acercado.

—Ha desaparecido la perra de mi abuelo —dijo mirando la piedra robusta de las paredes de Hightown—. Pensé que habría venido aquí, es el único lugar que conoce, después de Kingland.

Una sombra cruzó el rostro de Henry pues sabía por qué Edward había pensado en Hightown para buscar a esa perra. Aquel animal estaba enamorado de Nivill y se escapaba siempre que podía para ir a verla.

—Pediré que ensillen mi caballo y te ayudaré a encontrarla —se frotó el brazo herido.

— ¡No! Desconfía de los desconocidos.

Si el comentario pudo herirle, no mostró ningún signo.

—Entonces, te deseo suerte en tu empresa, viejo amigo. Si la divisó te lo haré saber. Pásate cuando quieras, esta es tu casa, Edward.

No lo era, era su infierno.

Se subió al lomo y con un asentamiento de cabeza se despidió de él. Espoleó al caballo y se adentró de nuevo en los bosques de alrededor para seguir buscándola. ¿Dónde se había metido? Durante toda la mañana la estuvo buscando sin éxito. Rendido, volvió de nuevo a casa con el temor de que algo malo le hubiera pasado.

Le entregó las bridas a su empleado y al entrar en la casa se quitó la chaqueta y se abrió un poco la camisa.

—Edward —dijo John desde el salón.

—Ahora no.

—Edward, está aquí —abrió la puerta para que deslumbrara el cuerpo de Nivill sentado en el sofá.

Rápidamente, entró a la estancia y se colocó delante de ella. Tenía que calmarse, no podía acribillarla a reproches.

—Dejadnos solos —ordenó a los demás huéspedes.

Entonces, Edward se sentó en un sillón oscuro de orejas estilo reina

Ana, con un vaso de whisky. En cambio, Jane no sabía cómo actuar. Gracias a la baronesa y a John intuía que Edward estaría enfadado con ella pero nadie sabía por qué... o al menos no con seguridad.

—Te he estado buscando toda la mañana. Pensé que algo te había ocurrido.

—Quería estar sola. Solo fui a dar un paseo —dijo con frialdad.

— ¿Y necesitabas escaparte para estar sola? —bebió del vaso para calmar la furia que tenía en su interior. No se atrevió a mirarla.

—Ha sido una estupidez.

—Una gran estupidez —corrigió él—. Te creía más inteligente. Si hubieras utilizado la puerta para escaparte e incluso hubieras dicho dónde te hallabas no hubiera montado todo este circo para nada —escuchó un débil sonido, como un quejido y tuvo el valor de levantar la mirada hacia ella. Tenía la piel muy pálida, dos círculos casi negros bajo los ojos, las manos enrojecidas y un pesar encima que era palpable. No había pasado una buena noche. Bien, porque quería que sufriera como estaba haciéndolo. Entonces, ¿por qué no era feliz?

—Le aseguro que la próxima vez utilizaré la puerta. Mis acciones no han sido las más apropiadas.

—No discutiré sobre eso —ahora mucho más calmado dejó el vaso encima de una mesa.

—Ni sobre nada —las puertas se abrieron de golpe pues la baronesa había interrumpido en la sala—. Sube inmediatamente a tu habitación.

Nivill gimió ante la sorpresa pero no la discutió. Charlotte estaba furiosa cuando le cogió por el brazo a Niv.

—Espere baronesa —la detuvo Edward queriendo tranquilizar la situación—. Todo esto ha sido...

—Mire Richmond, lo que yo haga con mi servicio es asunto mío. ¿Acaso le digo cómo tratar a sus empleados?

—Les pago demasiado bien para que hagan caso a otros.

— Oh, ¡qué generoso! No puedo decir lo mismo de mí. Vamos.

La baronesa empujaba por el codo a Jane hacia su habitación mientras murmuraba algunas frases.

— ¿Por qué? —hablaba para sí y en cuanto cerró la puerta se acercó a ella— ¿Qué te ha hecho hacer esta tontería?

—Lo siento, Charlotte. Me he comportado como una estúpida. No quería

avergonzarla.

— ¿Por qué no me has contado que vuelve a pasarte?

Se sentó en el lecho junto a ella.

—Porque no era consciente hasta ahora.

Sus ojos verdes siempre se habían parecido a las esmeraldas que lucía la baronesa pero esta vez solo pudo compararlas con las copas de los árboles. No irradiaban un brillo especial correspondiente a la sonrisa que adornaba su rostro casi todos los días. Algo le preocupaba y la absorbía por dentro hasta apagarla. Incluso sus aventuras nocturnas habían vuelto a surgir. Charlotte era consciente de que su visita a Inglaterra estaba consumiendo a su dama de compañía por momentos.



¿Por qué tanta angustia? ¿Por qué todavía no se había podido quitar la opresión del pecho? Creía haber olvidado para siempre aquel sentimiento de preocupación. ¿Cómo era posible que todavía no pudiera separar lo que sintió de lo que sentía? Apretó tanto el vaso que casi lo rompe. Estaba furioso consigo mismo.

—Veo que estás más que cabreado con Jane —John rompió el silencio.

—Pensé que se había marchado a casa. Que había tenido la poca vergüenza de pedirles ayuda ahora que yo había aparecido.

— ¿Dime que no te presentaste en Hightown de este modo? —estaba realmente sorprendido.

—Casi le rompo un brazo a su hermano.

Rio bajo y tapándose la sonrisa con la mano pero Edward pudo escucharla.

—Esto va a volverte loco.

—Solo necesito olvidarlo por esta noche. Mañana lo veré de otra manera.

—Tal vez después de lo que tengo que contarte no puedas olvidarlo por esta noche —se levantó y cogió el vaso que Edward había dejado en la mesa.

— ¿De qué hablas, John?

—Sabes que no soy muy madrugador y que si me despierto al alba suele ser por algún ruido extraño. Bien, pues esta mañana los perros me han despertado con sus ladridos y al asomarme he visto la silueta de Jane

caminando hacia los árboles del este con Zacanera.

— ¡¿Y me lo cuentas ahora?!

—Cálmate, ¿quieres? No estoy seguro, hacía dos minutos que me había despertado. Todavía tenía los ojos pegados. No le di importancia. Tienes el maldito terreno vigilado, pensé que no le ocurriría nada. Así que me volví a dormir y esta mañana cuando me he despertado tú no estabas. ¡Cómo iba a saber yo que iba a escaparse y con tu perra!

Los hechos hablaban por sí solos. Los recuerdos le golpeaban la memoria y ni ella misma podía negar la verdad. El pasado llegaba con fuerza.

Ahora estaba completamente seguro de que era Nivill Darcy.

VIII

22 de junio de 1789

Ivil,

Ayer padre me dijo de ir a cazar. Yo sabía que era una excusa para poder hablarme abiertamente en un lugar donde él se apreciara cómodo. Hightown dejó de ser para él un refugio donde sentirse protegido para convertirse en su propio infierno. No me lo ha confirmado pero creo que se arrepiente de muchas cosas respecto a ti. Desde un tiempo hacia aquí le veo mirando embobado el lado de la escalera por donde solías subir y el lugar donde solías sentarte en el desayuno. Es fácil especular que padre y madre piensan que algo malo te ha ocurrido. Sé que ellos saben más que yo de lo que aconteció esa noche pero aun así, no pueden evitar ponerse en lo peor.

Para tu alegría diré que no cazamos ni un conejo. Estábamos tan distraídos que no poníamos atención en lo que hacíamos. Yo estaba en lo cierto. Padre quería hablarme de Susan, la hija de los condes de Delisbury. No te aburriré con tonterías, puesto que a mí me lo parecieron, pero padre me dijo por órdenes de madre, estoy seguro, que debo desposarme. Ambos, o solo ella, piensan que Susan puede ser perfecta para mí. Es educada, tranquila y sabe mantener una conversación respetable cuando debe. No diré que no me agrada pero Ivil, es tan callada y triste... Ni una sola sonrisa en el tiempo que la conozco. Sería más divertido casarme con un palo.

Dije que lo valoraría, por supuesto, pensando tal vez que podría contarte mis problemas y que tú me ayudarías a resolverlos. Intento que estas cartas me calmen pero, día tras día me convenzo que si Hightown es el infierno para padre, estas hojas lo son para mí.

El sufrimiento que se vivió en Kingland hace unos meses fue otra carga más en nuestros pesares. En mi anterior carta te relataba el estado tan fatídico de Marriot. Murió unas semanas después debido a su delicada salud. Esta vez, se trata de Charles.

Edward no apareció en el velorio. Tenía la leve esperanza de reencontrarme con él, darle el pésame y apoyarnos en estos momentos tan duros. Charles era un gran hombre y a veces cuando oigo los ladridos de los

perros de caza tengo la impresión de que va a cruzar la puerta con Zacanera. El abuelo todavía no se cree que su gran amigo no esté a su lado.

*Con anhelo,
Henry.*

17 de octubre de 1793

Nivill

No sabía cómo, pero sus pies la habían guiado en dirección a Hightown. Al despuntar el alba, se había despertado en el pequeño claro donde solían jugar. Todavía estaba colgada de la rama la cuerda que utilizaban para escalar el árbol.

Ahora que estaba en Inglaterra sus actividades nocturnas volvían a ella. Pero esta vez, había merecido la pena. Había visto a su hermano. Se había encontrado en los arbustos admirando la preciosa casa. Allí había visto a un joven, que reconoció enseguida, saliendo por la puerta lateral con un trabajador. Verlo desde la distancia y comprobar que estaba bien, le llenó los ojos de lágrimas y el corazón de alegría, pero maldito Edward. Había tenido que romper la puerta del dormitorio para corroborar donde estaba ella.

Una vez que sus recuerdos se habían liberado no deseaba encerrarse en las paredes de Kingland y se dirigió a las perreras, no sin temor. No podía saber si aquella perra que la seguía hasta su casa seguiría viva.

Por suerte, la encontró. Más vieja de lo esperado pero viva al fin y al cabo. Respiró tranquila.

En aquel dormitorio, bajo la atenta mirada de la baronesa al fin se confesó:

—Puede que estar otra vez en Inglaterra me ponga nerviosa, no lo sé...

—Creí que habíamos superado estos estados, que te habías calmado y podías dormir por las noches —la miró a los ojos puesto que ella sabía leerlos muy bien.

Le acarició la mejilla y se levantó de la cama.

—Bien, tendré que ir a pedir disculpas ante su excelencia. Me he puesto como una leona con su cachorro.

Nivill sonrió ante la broma de la baronesa mientras deshacía el nudo del poste de la cama y estas cayeron al suelo de los jardines. Nivill no deseaba salir del cuarto, tenía miedo de encontrarse de nuevo con Edward y recibir las duras palabras de él, pero debía afrontar las consecuencias. Era algo que había asumido cuando sus primeras aventuras nocturnas habían florecido. No era dueña de sus actos. Se dirigió, con toda la serenidad posible mientras

cavilaba, a por las telas.

Cuando fue a recoger las sábanas del suelo, escuchó una voz que provenía de detrás y sus peores miedos se convirtieron en realidad.

—Señorita Fairfax, ¿pasea conmigo?

No esperaba que alguien estuviera detrás de ella, por lo que se asustó al escuchar la voz. Cuando vio la mano extendida en su dirección estuvo tentada de cogerla pero se obligó, agarrando más fuerte las fundas, a rechazarlo.

—Lo lamento. Tengo que llevar estas sábanas a las doncellas para que las limpien —se disculpó con una sonrisa.

Se encaminó hacia la puerta de servicio pero Edward había decidido disculparse y no iba a retrasar el asunto. Se puso a su altura y dijo con toda la amabilidad que su tono le permitió:

—Por favor. No deseo una discusión.

Odiaba cuando utilizaba su encantadora voz para conseguir su propósito. Incluso la había perfeccionado en América el muy canalla. ¡A saber lo que había conseguido gracias a ella! ¡A cuántas mujeres había encandilado!

—Solo un pequeño paseo.

Se aferró al brazo de Edward sin soltar las prendas de la otra mano. La condujo por senderos de los jardines. Siguieron sin preocuparse del protocolo que marcaba la sociedad. Nunca habían caminado con esas restricciones en todos los años que se conocían. Incluso cuando le pidió que se casara con él, sabía que no necesitaba pedirle a su padre la mano porque todos lo daban por hecho.

Ver a Henry había bajado las defensas de Jane, emocionándola hasta el punto de querer quitarse su disfraz e ir a su encuentro. Había comprobado que seguía adelante sin ella llegando a convertirse en todo lo que siempre se esperaba de él. Sería un gran marqués y no dudaba de que con las ideas que tenía en esa cabeza suya podría revolucionar el marquesado. Su bienestar era todo para ella. Henry jamás la traicionó.

—Verás, esta mañana cuando he subido a tu habitación era con la intención de disculparme. El otro día no me comporté debidamente. Tienes tu opinión acerca de las mujeres y yo la mía —le dijo, sorprendiéndola por haberla tuteado—. Debemos respetarnos él uno al otro.

—No me molesté porque no respetara mi opinión, su excelencia.

—Llámame Edward.

Después de unos segundos para asimilar volver a llamarlo por su

nombre, siguió hablando:

—Me juzgó, Edward —siguieron paseando por los árboles que había alrededor, directos a la fuente. Aquel lugar le traía recuerdos.

—Igual que tú a mí —se adelantó a contestarle.

—Pensó lo peor de mí. No me conoce, así que...

— ¿De verdad, Niv? —le cogió fuertemente la muñeca— Porque tal vez la que no recuerda quién es, seas tú. Al menos ella sí lo hace.

Entonces, Nivill vio a Zacanera y el mundo que conocía se vino abajo. No pudo apartar sus ojos de aquel animal, ni mucho menos mirarlo a él. Respiró entrecortadamente y elaboró una situación en su cabeza rápida para contestar.

— ¿Ella? Solo es un animal, Edward —se acercó a la perra para acariciarle detrás de las orejas—. No sé de qué hablas.

— ¿Por qué intentas seguir engañándome? No te das cuenta de que no sirve de nada.

Niv sintió el cuerpo de Edward detrás, estaba tenso y rígido a causa de las mentiras de esta. No podría salirse con la suya pero debía intentarlo. Le temblaban las manos y tenía la sensación de que si pronunciaba alguna palabra acabaría por decir la verdad.

—Edward —se giró hacia él y dijo su nombre en forma de susurro—, no sé qué pretendes haciéndome pasar por esa otra dama, pero te aseguro que no...

— ¡No te atrevas a jurármelo, Niv!

Se alejó de ella y apoyó las dos manos en la fuente. Respiraba acaloradamente, no pensaba que aquello le costara tanto. Después se pasó la mano por el cabello y cruzó los brazos al pecho para girarse y contemplar como poco a poco su mentira iba cayendo al suelo.

Aun así, ella estaba segura de que la complicidad con la perra no era prueba suficiente para demostrar que era otra persona. Así que se mantuvo erguida, allí de pie, sin apartar la mirada de él, como una roca, aunque por dentro le temblara todo.

Edward era consciente del orgullo que estaba demostrando. La tendría así hasta que ella soltara toda la verdad.

No le quedó alternativa que sacar fuerzas y demostrar quién era ella.

—Creo que quieres ver a esa mujer en mí, pero... ¿por qué tendría que esconderte quién soy?

Había apretado la mandíbula, Nivill podía notarlo desde la distancia que les separaba. Tenía los músculos de los brazos en tensión y veía como una vena del cuello pulsaba acelerada en su piel.

Tuvo la indecencia de acercarse a él. Jamás había querido herir a Edward por eso se marchó de Inglaterra. Pero cuando estuvo lo bastante cerca, él la giró. Puso sus manos en el borde de la fuente, quedando ella atrapada entre sus brazos.

— ¿Qué haces? —miró como sus manos se agarraban fuertemente a la repisa.

—Probar quién eres —y la besó.

Al principio, ella se resistió, no esperaba aquello. Notaba cómo luchaba contra los labios cálidos de Edward. Cuando este le cogió la nuca para acercarla más a él, Nivill puso las manos en su pecho con la intención de alejarlo pero eso lo sedujo más, así pues colocó la mano que le quedaba libre sobre la espalda de ella.

Siguió resistiéndose, pero poco a poco iba recordando todas las situaciones en las que se habían besado. Momentos que habían compartido antes de que sus vidas se destruyeran. No pudo más y flaqueó ante la emoción de volver a tenerlo. Alzó sus manos y lo agarró del cuello para atraerlo más. Necesitaba esa cercanía después de tantos años separados. Sus ojos cerrados, se llenaron de lágrimas. Lo había echado tanto de menos...

Entonces, Edward rompió el momento, le agarró los brazos y los bajó para separarse de ella.

—Voy a destruirte, Niv —se retiró y llamó a la perra antes de irse. Esta lo siguió contoneándose.



Estuvo muy inquieta durante la noche. El estómago le rugía a pesar de que había cenado debidamente. Sabía que era por la amenaza de Edward. La había dejado intranquila, con los nervios a flor de piel. Le preocupaba hasta el punto de ser consciente de que esa noche no podría dejar que el sueño la adormeciese. Seguramente si eso pasaba volvería a esos estados de los que deseaba huir. Ahora más que nunca debía comportarse como Jane, la dama de compañía de una baronesa peculiar. Intentaría alejarse de él sin llamar la atención. Eso sería lo mejor.

Le dolían los párpados del sueño que tenía pero no podía dormirse y cada dos segundos se pasaba las manos por la cara para despertarse. Era una de esas noches en las que se daría cabezazos en la pared para que todo acabase. Las sábanas se habían esparcido por el suelo y aunque intentara organizarlo no serviría de nada. Despejar la mente pensando en otros asuntos tampoco parecía resultar. Al cabo de tres horas, o eso creyó ella, ya no pudo más y se rindió a Morfeo.

Sin embargo, despertó todavía más inquieta. Se encontraba en un sofá rojo y acolchado. La luz que entraba por la única ventana la había hecho abrir los ojos. Tenía frío, pues solo llevaba puesto el camisón. Los músculos se habían contraído debido a la extraña posición en la que había dormido. Miró la sala extrañada y se acercó a la puerta para echar a correr a su habitación. Nadie podía verla. Surgirían preguntas sin respuestas sobre aquello, porque ni ella misma sabía en cierta medida que le ocurría.

Observó su rostro en el espejo. Estaba pálida y todavía conservaba la marca de los flecos del sofá en la mejilla. No podía pasarle de nuevo. Hacía tiempo que había superado sus desvaríos nocturnos. Cerró los ojos y se concentró en olvidar sus pesares. No necesitaba preocuparse por más inconvenientes y mucho menos si venían de dentro de sí misma. Tendría que tomarse los problemas más tranquilamente si no quería convertirse en el fantasma que temía ser.

IX

13 de enero de 1791

Ivil,

Esta será la última carta que te escriba. Después de cinco años me he dado cuenta de que aquello que te hizo huir a ti no tiene que ser suficiente para destruirme. Me he culpado por la distancia que nos separa y viví creyendo que todos se marchaban de mi lado porque no era lo bastante para nadie. No era como tú.

Me traslado a Londres a estudiar para administrar la propiedad del abuelo.

Se despide por siempre,

Henry.

Jane

— ¿Está segura? —preguntó John.

El olor de las caballerizas le recordó a la temporada que pasó en la casa de campo de Charlotte. Rodeada de naturaleza y sobre todo de caballos. La baronesa no era aficionada a ellos, pero tenía ejemplares preciosos y muy fuertes. Según ella, era Philippe quien estaba obsesionado con ellos. Decía que le encantaban las razas oscuras de pelajes largos. Cada vez que Charlotte le hablaba de Philippe, Jane apreciaba la devoción que sentía la baronesa. Le hubiera encantado conocerlo porque todo lo que sabía de él coincidía con Jane.

Ella asintió y dio órdenes estrictas de que ensillaran al caballo.

Hacía tanto tiempo que no se ponía un traje de montar que temía haberse olvidado de cabalgar. Aun así, cuando vio al animal frente a sí, fue algo instintivo subir a su lomo.

—Por favor, se lo ruego —pidió Pierre que a pesar de no ser la primera vez que veía a Jane subida a uno que le triplicaba el peso, nunca dejaba de preocuparse.

—Baje de ahí. No deseo que se haga ningún daño —John no estaba seguro de que Jane supiera como dominar aquel animal. Podía haber elegido una yegua mansa, en cambio ella prefirió un corcel oscuro de pelaje largo.

—Jane jamás podría caerse de un caballo —la baronesa necesitó defender a su dama de compañía—. Nació pegada a uno, se lo aseguro. La he visto montada en tres diferentes de mis bestias, o mejor dicho de las de Philippe. Y ninguno de ellos se ha resistido a sus encantos.

—Tal vez sus bestias, como las ha llamado, no sean iguales de salvajes que estas.

Jane volteó los ojos al escuchar que se avecinaba otra discusión entre el americano y la francesa. Deseosa de no escucharlos, espoleó al animal y este salió corriendo llanura plana hacia el norte.

Sintió de nuevo las ganas de estar en la casa de campo de Charlotte, rodeada de gente que no la conocía. Los animales le aportaban algo que las personas no. Fuera una especie de paz tranquila o un sentimiento de lealtad, se sentía a gusto con ellos.

Estuvo alrededor de veinte minutos cabalgando sin parar hasta que decidió volver a Kingland. John había tenido su lección. Cualquier mujer podía ser lo que quisiera.

Cuando volvió, la baronesa y John la esperaban sentados bajo la sombra.

—Se lo dije, amansa a cualquier fiera —constató el hecho.

John se levantó de la silla y aplaudió. Jamás había visto a una mujer cabalgar como el mismísimo viento. Edward entró en el preciso momento que Jane bajaba del lomo sin ayuda de nadie, el animal se acercó a ella con el hocico para reclamar su atención. Lo acarició, y en ese instante, sintió los ojos de Edward clavados en su espalda y como un fuerte tirón en su brazo la alejó del corcel. Sus miradas chocaron pero ninguno habló al respecto. Ambos sabían lo que estaba ocurriendo y era el temor que sentía Edward por verla encima de un caballo.

—Debo decir que estoy asombrado —John le tendió la mano a Jane, alejándola del ambiente hostil que se había formado a su alrededor y devolviéndola a uno jovial y cercano—. ¿Dónde aprendió a cabalgar de tal modo? ¿En las guerras?

Ella solo pudo reír.

—Seguramente la casa de campo de la baronesa sería para usted una guerra, así que diré que sí.

Charlotte puso los ojos en blanco. Sabía que cuando se trataba del señor Wilson podía llegar a ser mezquina pero jamás un monstruo. No sabía porque él tenía tanta aversión hacia ella cuando se mordía muchas veces la lengua para no molestarlo. Miró para sentir cierto apoyo en Edward, ya que él era el más neutral. Se percató de que a pesar de que su cuerpo se hallaba allí, junto a ellos, su mente estaba muy lejos. Su mirada se perdía a través de Jane, como si desapareciera.

Aquellos ojos azules se estaban convirtiendo en océanos aguados. Brillaban como la luz del sol. John hizo un movimiento para coger mejor la mano de Jane y Edward desvió entonces su mirada hacia esas manos que parecían estar muy juntas. Abrió la boca como si fuese a decir algo pero se lo pensó mejor.

Entones, Charlotte rompió el momento por él.

— ¿Ha podido averiguar algo sobre mis cuadros?

Edward desvió su mirada para centrarse en la baronesa.

—Todavía no. He enviado algunas cartas a varios amigos que tengo allí solicitando su ayuda para encontrarlos.

El resto de la tarde transcurrió sin el más mínimo incidente o sorpresa. Charlotte estuvo en su habitación toda la tarde descansando, ya que sus viejos huesos no podían soportar tantas horas de pie.

John y Edward, se encerraron en la biblioteca para trabajar.

Y Jane... ella no paró. Por fin estaba en Inglaterra y aunque tuviera cierto reparo al principio, ya nada se podía hacer para cambiarlo. Salió con los perros a pasear, mimó al caballo con el que había galopado, tomó el té en el jardín, habló con los sirvientes y terminó la jornada leyendo tranquilamente una vez los hombres acabaron con sus responsabilidades y pudo entrar en la biblioteca en busca de un libro.

John la descubrió al entrar a por unos papeles que había en el cajón del escritorio. La miró extrañado. Él jamás cogía una novela por pura diversión y pensaba que no había nadie en el mundo que así lo hiciera.

—Edward y yo seguimos trabajando aunque ahora no tan implicados. Tal vez le apetezca reunirse con nosotros.

¿Estar con dos hombres hablando de negocios mientras podía disfrutar de un buen libro?

—Se lo agradezco, señor Wilson, pero prefiero quedarme aquí.

John se acercó a ella para poder leer el título de la novela. “*The romance of the forest*” de Ann Radcliffe.

— ¿Ha sacado ese libro de aquí? — ¿por qué ese hombre siempre la hacía reír? —Dudo mucho que mi querido amigo tenga algún libro de romance entre todos estos tomos.

—Es una biblioteca preciosa y muy extensa, pero carece de géneros entretenidos. No me ha servido ninguno de los tres mil libros que sostienen esta sala. No, este libro es mío. Y no trata solo de romance, también hay terror.

El hombre se sentó a su lado y leyó la primera línea de la página que ella sostenía.

— ¿Se puede saber por qué tardas tanto en traer los pap... —Edward abrió por completo la puerta de la biblioteca. Al verlos tan juntos y solos, le echó una mirada de advertencia a su amigo—. ¿Qué hacéis?

—Jane se queja de lo aburrida que es tu biblioteca y yo estoy de acuerdo con ella —continuó leyendo.

Edward posó ahora los ojos en ella. Había dejado de leer para

atenderlo. Al lado de John parecía muy pequeña.

— ¿Es eso verdad?

Sin evitarlo, Jane miró a Wilson y le cerró el libro en las narices. Este le dedicó una de sus sonrisas más encantadoras, aquellas que solo se reservaba para algunas damas. Edward conocía cada movimiento que su amigo empleaba para seducir a una mujer y siempre empezaba con esa sonrisa.

—No he dicho que sea aburrida, sino que carece de géneros entretenidos, que no es lo mismo.

Edward cogió una silla y se sentó frente a ellos bloqueando así la intimidad que habían creado.

—Explícate, porque para mí, sí es lo mismo.

Se recompuso en el asiento de la ventana.

—No hay nada actual, pero dado su situación me parece comprensible.

— ¿Volvemos a tratarnos de usted?

—Has pasado mucho tiempo en América. Es normal que no esté al corriente.

John cruzó las piernas ante una confrontación que se avecinaba. Tal vez, la biblioteca estaba anticuada puesto que hacía mucho tiempo que Edward no compraba ningún libro, además se había dedicado sobre todo a los técnicos. Aquellos que pudieran ayudarlo en su trabajo y que no lo distrajeran en pensar otra cosa que no fuera eso. Libros que lo absorbieran en leyes, reglas y definiciones pero en ninguno que le hiciera imaginarse un mundo diferente al que vivía.

—Sí, estoy al tanto de ellos, pero me parecen absurdos y corrientes.

Jane creyó escuchar que el nuevo género, el terror gótico, era absurdo y corriente. ¿Cómo podía ser corriente algo que era desconocido hasta ahora? Para alguien que no la conociera el gesto que hizo en ese mismo momento hubiera pasado desapercibido, pero para Edward ver como levemente se había inclinado indignada por su comentario le hizo constatar otro hecho. Nadie en su presencia podía menospreciar uno de sus adorados libros.

—Puede que algunos los tachen de irracionales pero para nada son absurdos, ni mucho menos corrientes.

Edward examinó la cubierta del libro para mirar al autor. No la reconoció pero se imaginaba la trama principal de la novela.

—Admitir que existen los poderes sobrenaturales es absurdo y si esos escritores pensaron que íbamos a creernos tales tonterías, me hace pensar que

clase de lectores buscan. Además, la longitud del libro no está justificada con la complejidad de la trama en casi ningún caso. Rellenarlo de situaciones de terror no quiere decir que se consiga asustar al lector.

Así que Edward las había leído. Y pensaba que eran tontas.

—Todas esas escenas refuerzan la trama. Me gusta creer en lo sobrenatural.

—Entonces, eres más simple de lo que pensaba —sentenció Edward y John rio por lo bajo.

Sabía que no iba a dejar pasar el tema, había atacado su orgullo y sobre todo su amor por las historias. Los defendería a pesar de provocar una situación incómoda y fuera de lugar. Se levantó para encarar todavía más a Edward y de paso, darle un codazo a John por reírse.

—No hay nada de malo en pretender dar un sentido irracional a un hecho sin explicación. Y sí, me parece divertido leer situaciones extrañas y aprender de ellas. Me gusta que se arriesguen, es un gran gasto para el editor y un esfuerzo más que considerable de parte del lector pero merece la pena.

—Por supuesto, si algún día el fantasma de un difunto me visita tendré en cuenta tu experiencia —Edward y John rieron de buena gana. Ella estuvo a punto de tirarles el libro a la cabeza para que entendieran un poco su postura pero se exentó—. Admítelo, esas novelas carecen de sentido alguno. Son vanas y no asustan a nadie. Pero si tu umbral de entretenimiento es tan bajo, tienes mi permiso para leer las mías. Te las regalo.

Estuvo tentada de abrir la boca y parecer todavía más indignada pero se mantuvo reacia a mostrarse tal cual. Que Edward no entendiera la finalidad de las novelas no significaba que el resto del mundo opinara igual que él. Pero... ¿Por qué le molestaba tanto que él desacreditara lo que a ella tanto le gustaba? Siempre había sentido repulsión por las personas que se cerraban, aquellas que no querían entender, pero consideraba a Edward una persona inteligente, lo suficiente para apreciar la intriga que se crea en las novelas góticas. La imaginación que deben tener los escritores para inventarse monstruos inexistentes o fantasmas irreales. Todo era ilusorio pero le gustaba entrar dentro de la historia y pensar que no era así.

Se sentó de nuevo en el mismo lugar con la atenta mirada de Edward, sonriendo para sí, por haber sacado a relucir un rasgo de Niv.

—No voy a perder ni un minuto más con un escéptico que se mofa de mis más puras emociones —Edward enarcó una ceja—. Además, no me creo

que no hayas disfrutado de una sola de estas historias —miraba con superioridad al hombre que tenía enfrente.

— ¿Y eso por qué? —en cambio, la de Edward era burlona.

—Deberías sentirte identificado con ellas, claro está, correspondiendo con que tú eres un monstruo.

En un segundo plano, John observaba el duelo y dio por ganador a la señorita Jane con una sublime carcajada.

— ¿Podría abrirlo de nuevo por la página en la que estaba? —Wilson volvió a sonreírle de aquella forma que la convencería hasta de hacer un asesinato.

Jane solo pudo obedecer.

Que ella hiciera tal cosa le creó un sentimiento contradictorio a Edward. Conocerla tanto traía sus ventajas y desventajas, y una de ellas era que estaba al tanto de su amor por las historias. Desde niña había sentido cada aventura como suya y no sé la veía sin un libro bajo el brazo. Amaba tanto las novelas como a su familia y que John estuviera compartiendo la pasión de Niv por los libros, le sentó como una puñalada en la espalda.

No esperaba sentir celos por John en ningún momento, ni siquiera cuando la defendía, pero observarlos como una estampa idílica de una pareja recién casada le provocó un brote de posesión. Aquello era peligroso. Posesivo no era uno de los rasgos que Edward tenía, al menos no antes. Ni siquiera cuando estaban prometidos y ella hablaba con otros hombres. Después, siempre volvía a él a narrarle el nuevo libro que había encontrado o la historia que la tenía en vilo. Sin embargo, habían pasado tantos años sin tener el consuelo de que ella llegaría a él con miles de historias en su cabeza para distraerlo y para enamorarlo que verlo desde fuera había sido doloroso.

Los miró de nuevo y, aun así, la sensación de propiedad siguió dentro de él. Deseaba ser en ese preciso momento John Wilson mientras Niv sostenía el libro en alto para que ambos pudieran leer. Seguramente, John estaría oliendo el perfume floral y los mechones que se le escapaban de su cabello recogido le harían cosquillas en sus mejillas, podía apreciar incluso las pestañas de sus ojos. Estaban tan cerca que notarían la respiración del otro, la temperatura de su cuerpo, la perfección de sus rostros...

¿Qué le haría no enamorarse de ella? ¿O al contrario?

Se levantó inmediatamente de la silla y salió de la biblioteca solo, a pesar de que se moría de ganas de arrastrar a John con él.

X

Edward

Unos golpes en la puerta de la biblioteca interrumpieron su trabajo. Era un momento crucial puesto que estaban teniendo ciertos problemas con algunas mercancías que venían desde América. Además, no conseguía tener un trato amigable con los poseedores de los cuadros de la baronesa Charlotte.

—Adelante.

Blake apareció de detrás de la puerta tan impecable como siempre.

—El vizconde de Westcliff quiere verlo.

Desde que había llegado no hacían más que atosigarlo con visitas inesperadas, algunas habían sido declinadas con riesgo de parecer arrogante pero en ese momento decidió que sí recibiría al vizconde. Le resultaba familiar aquel nombre pero no se acordaba de qué.

—Dice que no le tomara mucho tiempo, solo ha pasado a saludar.

—Hágalo entrar —quitó algunos papeles confidenciales de encima de la mesa.

A los pocos segundos, un hombre con una barba blanca entró y las imágenes se le agolparon en la memoria. Aquella barba estaba vinculada a recuerdos que no deseaba revivir. Era el único punto que había mirado en el entierro de sus padres.

—Su excelencia —se acercó para estrecharle la mano—. Espero que me recuerdes, hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Por supuesto, Carson —recibió su estrechamiento.

—Anoche mismo, mi esposa me dijo que habías vuelto. Me extrañó que no me avisaras, ¿va todo bien?

Si no lo había reconocido era porque Edward jamás lo llamaba por su título. Aquel hombre de barba blanca era el mejor amigo de su padre y para él, como para George, era Carson.

—He estado muy ocupado desde mi vuelta. Pensaba visitarte la semana que viene, espero que no te moleste pero Kingland necesitaba mucho trabajo.

Carson se sentó en el sillón que normalmente era de John.

—Tonterías, no te preocupes por mí, sino por mi esposa.

Edward sirvió dos vasos de whisky para endulzar el paladar.

— ¿Por tu esposa? Hace más de siete años que no os veo. ¿Qué he

podido hacerle esta vez para que me tenga en tan poca estima?

La risa de Carson reverberó por toda la sala de la biblioteca y Edward recordó ese preciso momento con su padre. George siempre le hacía reír. Se podían considerar hermanos, ya que pasaban mucho tiempo juntos y eran confidentes de todas sus demencias, hasta de las de Edward. Carson fue una de las pocas personas que le dejó tranquilo con el duelo. Se lo agradecía de corazón.

—Alguien como el duque de Richmond no puede pasar inadvertido. Llegaste hace unas semanas y no has aparecido por los eventos sociales, como tal, debes organizar un baile.

Ahora fue Edward quien se echó a reír y Carson notó que las carcajadas eran idénticas a las de su amigo. Por un momento sintió que aquel joven era George. Y aunque le entristecía fervientemente su ausencia, él había aportado al mundo un legado fuerte y brillante como era su hijo.

— ¿Por qué parece que esas palabras han salido de la boca de una dama?

— ¡Porque así es! —levantó el vaso que le había entregado Edward como si fuera un brindis— Desde que supo que estabas de nuevo en Inglaterra no ha cesado de hablar de ti. ¿Por qué habrá vuelto? ¿Cómo es que no se ha presentado en casa de sus amistades? —imitó la voz aguda de una señora.

— ¿Amistades? Aparte de mis abuelos, cuando me fui, solo te dejé a ti atrás, Carson.

Una triste sonrisa salió del hombre y unos segundos de silencio fueron la única melodía que bailaba en la biblioteca.

— ¿Y el señorito Darcy?

El rostro se le ensombreció. Asumir el abandono de Henry era un paso que todavía no podía afrontar. Eran buenos amigos pero cuando la verdad salió a la luz no pudo mantener su amistad con la familia Darcy.

— ¿Qué sabes de él? —preguntó intrigado por descubrir en qué clase de persona se había convertido.

—Es un gran hombre. Tranquilo, educado, sereno, todo lo contrario a su difunta hermana —Edward bajó la mirada al escuchar que Carson creía muerta a Niv—. Se fue a estudiar a Londres por petición de su abuelo, para mejorar las condiciones de los arrendatarios y las nuevas maquinarias de cultivo y vino convertido en un marqués.

— ¿Sigue vivo el señor Robert Darcy?

—Por supuesto, ese viejo zorro no piensa irse al otro mundo sin saber unas cuantas cosas antes, aunque de un tiempo a esta parte no es el mismo. Se mudó a Hightown cuando su esposa falleció y perdió la cabeza, o eso tengo entendido. Desde entonces, el señorito Darcy es quien trabaja los terrenos.

— ¿Cómo llevó la muerte de su hermana? —no le interesaba la salud del abuelo, más bien le preocupaba Henry.

— ¿De verdad que lo quieres saber, Edward? —estaba terriblemente preocupado por la cordura del joven. Había pasado tanto tiempo y, aun así, conservaba ese aura de amargura cada vez que hablaban de la familia Darcy. Carson sabía que la muerte de Niv había sido para él como la de sus padres, o incluso más. Todos sabemos que nuestros progenitores morirán antes que nosotros, pero nadie sospecha que nuestra amada lo hará antes.

Edward se levantó para ocultar su pesar. Estaba harto de sentir un vacío dentro de sí mismo. Sabía que había actuado guiado por un impulso pero cuando se encontró con Henry no supo reaccionar de otra manera. Ahora se daba cuenta de que no había actuado correctamente, como se esperaba de un amigo.

Negó con la cabeza. Prefería seguir sin conocer el sufrimiento de Henry para así evitar salir a pedirle mil disculpas.

—En algún momento, todo por lo que huiste tendrá que salir —Carson se acercó y le puso una mano en el hombro—. Mientras tanto, organiza un puñetero baile para tener a todas las damas contentas, por favor. No podría soportar otro día más hablando de los desplantes que has hecho desde que llegaste.

Ambos rieron y los momentos amargos desaparecieron. La biblioteca había rejuvenecido casi veinte años. Época en la que George y Carson reían a pleno pulmón y Edward les espiaba.

—Intentaré contentarlas para no tener que oírte más —abrió la puerta de la biblioteca—, pero te prometo que como empiecen a avasallarme con que me despose y forme una familia, suspendo el baile y que rueden las cabezas que quieran.

Edward acompañaba a Carson hasta la puerta de Kingland mientras seguían conversando. En ningún momento las risas cesaron.

—Es un placer tenerte de vuelta, Edward. Tu padre estaría orgulloso del hombre en el que te has convertido.

Vio como subía al caballo y salía de su propiedad. Carson era lo más

parecido que podía tener a un padre y al cariño fraternal. Pero el dolor todavía estaba ahí, por eso no pudo ir al entierro de sus abuelos. Si hubiera vuelto a Inglaterra hubiera perecido, entre sus recuerdos, entre las personas que perdió... Decidió llevar la penitencia de otra forma.

—Avisa a Blake, quiero verlo —cerró la puerta principal y cuando se dio la vuelta el mayordomo estaba listo para su disposición—. ¿Qué te parecería organizar un baile para el próximo sábado? Sé que es muy precipitado pero la esposa de Carson tiene razón, y si no quiero que se presenten aquí una docena de mujeres pidiéndomelo tendré que hacerlo así.

—Al servicio le encantará. Kingland lleva en silencio mucho tiempo —miró por instinto los techos de la entrada, nostálgico al recordar la anterior vida que había tenido aquella casa.

Mientras Blake estudiaba en silencio como afrontar su nuevo cometido, Edward se encontró buscando con la mirada dónde estaba Niv. Debería informar a la baronesa sobre el baile para que ambas pudieran prepararse adecuadamente.

—El trío se encuentra en los jardines —respondió a su pregunta silenciosa Blake.

— ¿Trío?

—El señor Wilson se ha hecho muy amigo de las damas. Tanto que pasa el tiempo libre en su compañía. Pensé que lo sabría dado que es su amigo.

Abrió nuevamente la puerta principal y rodeó las esquinas de Kingland esperando encontrarlos. Habían colocado una mesa cuadrangular imperial donde poder tomar el té con los aperitivos. La baronesa saboreaba lentamente el líquido en soledad. ¿Dónde estaban John y Niv?

—Buenas tardes —sonrió como si no ocurriera nada—. ¿Puedo sentarme o se encuentra acompañada?

—Oh, querido. Por supuesto, siéntese. Estaba con Jane y John pero supongo que han decidido que su mutua compañía es más grata que la mía.

Algo en las entrañas de Edward se removió. Aunque Niv no podía considerarse una propiedad, era la única palabra que le surgía cuando pensaba en ellos dos desde aquel día en la biblioteca. No quería compartirla con nadie pese a que estaba convencido de que el único camino era la venganza. Le preocupaba que pudiera surgir algo entre John y ella. Sí, eso era, quería proteger a su amigo de Jane.

Aunque si eso fuera completamente cierto, Edward no pensaría en el

beso que compartieron. No se dio cuenta pero se llevó los dedos a los labios para recrear la escena de nuevo. Durante esos días había intentado mantenerla alejada, por lo que la evitaba. Había sido una ardua tarea ya que Niv apenas paraba quieta. En cada rincón de Kingland parecía estar pero tal vez era el anhelo de ver que jugaba con él.

— ¿Le ocurre algo?

Tuvo que recomponerse mucho más rápido de lo que hubiera deseado. Y con una cálida sonrisa le contestó:

—Pensaba en el próximo sábado. Hoy me han hecho ver que debo dar un baile de bienvenida y no deseo defraudarlos.

De fondo, empezó a escuchar unas risas de un hombre y de una mujer sincronizadas hasta la perfección. En ningún momento se giró para observar quienes eran. John retiró primero la silla para que Jane se sentara y después se dirigió hacia su amigo, poniéndole una mano sobre el hombro. Enseguida notó la rigidez de sus músculos.

—Nos honras con tu presencia. ¿A que debemos esta distinción? —preguntó burlón Wilson.

—Edward me decía que va a celebrar un baile este sábado. Me parece estupendo.

— ¿Un baile? —preguntó Jane sumamente interesada.

—Sí, apenas hay tiempo pero me lo perdonarán.

Jane se retrajo en la silla. Ocultó su presencia con los hombros y clavó la vista en el suelo. Podía dar la impresión de estar distraída, pero un leve temblor en los labios delató su estado preocupado. Estrujó su falda con fuerza para no perder la compostura.

—Eso es completamente cierto, como también que toda la casa se llenará de debutantes que quieran cazarte —John rio como un animal.

La mirada de Jane se levantó para centrarse en John, pero al segundo volvió de nuevo al suelo. ¿Era ese el motivo por el cual había decidido organizar un baile? Edward tenía edad para pensar en el matrimonio. Las damas pelearían por su atención. Bailaría con cada una de ellas y sus suspiros serían la admiración más veraz que un hombre escucharía.

—Eso es inevitable, aun así...

—No seáis modesto. Es usted muy apuesto y no nos olvidemos de que es duque. No podrá huir —Charlotte tenía razón.

—Entonces, invitaré a más hombre que a damas.

— ¡Imposible! —siguió la baronesa— Sería un escándalo y es precisamente lo que no desea. De todas formas, deje de preocuparse. No le quepa duda de que será el chisme más vivo de la temporada.

— ¿Y a usted Jane no le hace ilusión? —Wilson que se había apartado de la conversación, decidió preguntar.

Negó con la cabeza como si fuera una niña asustada.

—No sé me da bien bailar.

Edward iba a interferir pero John se adelantó.

—No se preocupe, no dejaré que baile con nadie más que conmigo.

La molestia en el estómago volvió de repente. Al escuchar aquello de una forma tan sincera y protectora miró a John, pero él parecía embobado con el rostro de Jane. No se había percatado de la penetrante mirada que le dedicaba su amigo porque Wilson estaba ensimismado con la joven. Delante de él. ¡Cómo se atrevía!

Retiró la silla rápidamente, y con ello hizo un ruido doloroso.

Se encaminaba hacia la biblioteca cuando escuchó los pasos de alguien que le seguía. Pudo identificarlos y con él, menos que con nadie, deseaba hablar. Cerró la puerta de golpe para que aquello lo privara de entrar, pero a Wilson le daba todo igual. No tenía pudor en hacer aquello que le habían ordenado que no hiciera.

—Márchate —se sentó en la silla del escritorio y abrió el cajón donde guardaba el licor—. Si quieres seguir en esta casa, déjame solo.

—Tal vez quiera irme —dijo desde el extremo de la sala.

— ¿Y a qué esperas? —sacó un vaso y vertió un poco de líquido.

Durante los días que Edward se había encerrado en sí mismo, John había querido conocer a Jane. No estaba interesado en ella en el aspecto amoroso, simplemente se había acercado para conocer mejor a la persona que le había roto el corazón a su amigo. Descubrir las razones por las cuáles lo abandonó y tal vez infundirle valor para confesar la verdad. Pero no había salido como él quería. Jane había conseguido atraparlo de una forma como ninguna otra mujer. Durante todas sus charlas ella había sido sincera y tremendamente interesante. A pesar de que Wilson era impulsivo y siempre decía cosas que no debía, ella toleraba sus comentarios y cuando no era así se lo hacía ver de una forma educada y amigable, como si lo estuviera preparando para las costumbres inglesas. Era una magnífica amazona y a él le encantaba cabalgar después de un duro día de trabajo. Era dulce y fresca y

aunque siempre parecía tener una sonrisa con la que renovar el ambiente también poseía un carácter feroz. No le toleraba una a la baronesa y aquello le divertía hasta el punto de verter lágrimas. Había ciertos aspectos vetados para ella y aunque él no quería presionar, se veía en la tesitura de hacerlo, por el bien de su amigo y ahora por el suyo propio.

Aun así, John Wilson sabía que Jane no era para él pero si Edward no hacía nada por ella, tal vez tuviera una oportunidad.

—A que Jane me dé una respuesta.

Aquello le sentó a Edward como un jarro de agua fría por todo el cuerpo. Apenas pudo tragarse el whisky que tenía en la boca cuando escuchó la frase. Dejó el vaso encima del escritorio y se levantó para encarar a John.

— ¿Es que acaso le has propuesto fugaros? —aunque su tono era irónico, John sabía que era una amenaza.

— ¿Es que acaso se lo has propuesto tú?

La mandíbula de Edward se tensó hasta el punto de notarse el tendón. Miraba sin pestañear a John y este le contestaba con el más puro silencio. Cerró el puño derecho y Wilson percibió sus deseos.

— ¿Vas a pegarme? ¿Es así como quieres que resolvamos esto? —dijo un paso hacia delante, situándose más cerca.

Por el contrario, Edward no podía dominarse. Los celos provocaban que se nublara su mente. Respiró antes de seguir hacia delante.

Wilson empezaba a quitarse la chaqueta.

— ¿Qué haces?

—No vamos a salir de esta habitación hasta que tengamos resuelto tu pequeño problema con Jane. No sería la primera vez que llegamos a las manos. Sé cómo acaba y no quiero ensuciarme la chaqueta.

Edward aflojó la mano y retrocedió unos pasos. No iba a pelearse con su amigo por ella. No se merecía nada de él, ni de ellos. ¿Por qué John no veía la maldad de ella?

Pero Wilson no estaba de acuerdo. Tenía tantos obstáculos dentro de él que solo había una forma de que Edward liberara la rabia. No había afrontado el abandono de Niv, ni tampoco estaba seguro de querer vengarse de Jane. Aunque fueran la misma persona, los sentimientos puros no se olvidan ni con diez traiciones. El tiempo borra los errores y aplasta las culpas, hasta que solo quedan huecos por volver a rellenar.

John se subía las mangas de su camisa.

—Si tú no quieres hablar, lo haré yo, porque creo que te alarmará saber de mi interés hacia Jane.

La ira dentro de Edward volvió a surgir. Había decidido no molestarse pero oírlo de la boca de su propio amigo fue doloroso. Era un comentario que estaba fuera de lugar y casi pierde los papeles por ello.

—Mientras tú te dedicabas a esquivarla, yo he ido conociéndola poco a poco. Es una mujer brillante.

— ¡CÁLLATE! —golpeó la mesa del escritorio— No te permito que hables de ella.

En el rostro de Wilson una sonrisa se dibujó.

—No eres nada de Jane. ¿Por qué iba a hacerte caso?

Edward recibió un duro golpe al escuchar la realidad. Ni siquiera su amigo. Había perdido ese derecho. Él no se podía entrometer en su vida ni mucho menos si John quería cortejarla. Aquella verdad tenía que estar latente en todo momento.

—Tienes razón. No puedo exigir ningún derecho sobre Jane, pero te advierto una cosa John. Voy a acabar con ella y no me importará si tú estás de su lado o del mío.

Cerró el puño dispuesto a golpearle si habría de nuevo la boca. Al ver que se quedaba callado observándolo como a un desconocido salió de la habitación.



Aquella noche no pudo conciliar el sueño de tan alterado que estaba. Se encontraba ensimismado cuando unos golpes en el piso de arriba le distrajerón. Era la puerta de Niv.

¿Iría a ver a John? Se levantó sin pensarlo para ir a comprobar que era ella y frenar aquella locura. No sabía que haría en el momento que los viera pero no podía quedarse de brazos cruzados. Se vistió con una bata azul, cogió un candelabro pequeño y giró la llave para poder salir de su habitación. Miró hacia arriba en el hueco de la escalera y vio una tela blanca que cruzaba el pasillo.

La habitación de Wilson estaba en su misma planta, en cambio, Niv se dirigía a otra parte.

Subió las escaleras sin hacer ruido intentando no ser descubierto. Vio la silueta de la joven perfilada por la luz de su vela y cómo la sombra de la

ventana proyectaba un ambiente terrorífico. De pronto, algo cayó de sus manos y ella no se paró a recogerlo. Ni siquiera parecía haber oído el golpe. Edward se acercó para recoger el libro de Ann Radcliffe. Al subir la mirada, perdió la presencia de Nivill.

Fue despacio para que no pudiera oírlo, se encaminó hacia aquellas habitaciones olvidadas esperando encontrarla. Intentó oírla, pero en vano solo escuchó su propia respiración. Se adentró en todas las estancias sin éxito. ¿Había desaparecido? De pronto, recordó que en aquella planta había oculta una puerta. Empujó la pared del pasillo y un terrible escalofrío lo heló de arriba abajo, más todavía cuando vio a Niv sentada bajo sus pies frente a una chimenea apagada.

La luz de la luna que entraba por la gran ventana hizo que Edward apreciara que solo llevaba el camisón con el que dormía. Se dibujaba su figura a través de la tela y parecía muerta de frío. Iba descalza y con el pelo suelto. Observaba un punto vacío en la chimenea.

Edward se acercó para comprobar que todo estaba bien.

— ¿Ocurre algo, Jane? ¿Qué haces levantada a estas horas?

La joven no contestó.

Paso tras paso, él se fue acercando hasta tenerla a su lado. Se agachó para estar a su nivel y agudizó el oído. Apenas se le escuchaba respirar, ni se había inmutado por su presencia. Le giró la cara con cuidado y comprobó que los ojos estaban abiertos pero que carecían de la vitalidad que normalmente tenían. Le pasó la mano por delante pero ella no pestañeó, ni se inmutó. Volvió su mirada a la chimenea. Edward empezó a asustarse.

—Si esto es una broma, te aseguro que no tiene gracia —al ver que no contestaba volvió a girarle la cara—. Jane, por favor, para.

La joven siguió en sus trece de mirar una hoguera inexistente. Se frotaba las manos y las soplababa para entrar en calor, pero no se daba cuenta de lo helada que estaba la habitación y de cómo sus labios se estaban cuarteando.

Volvió a intentarlo, otra vez.

— ¿Qué haces, Niv? —preguntó Edward de nuevo.

—El fuego ahuyenta mi oscuridad —levantó las manos como queriendo calentarlas con las llamas. Él pudo ver en sus manos pálidas las pequeñas venas azules. Se estaba congelando.

Edward no entendía lo que estaba pasando, pero se quitó su bata y se la extendió por los hombros para cubrirla.

— ¿En qué piensas?

Al sentir el peso de la bata, sonrió cerrando los ojos. En ese preciso instante, Edward dudó de si de verdad estaba fingiendo. Aquella situación era totalmente irreal, nunca en su vida se había encontrado con una persona que actuara de una forma cuerda y a la vez ida. Daba la sensación de querer ahuyentar las sombras que la envolvían y juraría que Niv no despertaría hasta que no hiciera esa tarea.

—Es agradable sentir el calor.

Todo en ella parecía estar ausente, pero correspondía a las preguntas, sin embargo, no era consciente de los gestos de Edward. Si la obligaba a que lo mirara no se quejaba, al cubrirla no se había dado cuenta de cómo él se había quitado la bata. Era como un cuerpo sin voluntad ni acciones.

El miedo se colocó en los huesos de Edward. No entendía que estaba pasando, solamente que Niv se había levantado en medio de la noche en un estado inconsciente. Actuando de una forma extraña como si se tratase de un fantasma. No creía que lo estuviera engañando. Tenía que llevarla de nuevo a su cama para que descansara y se le pasara ese estado.

—En tu habitación también hay una chimenea —se le ocurrió al menos levantarla por su propio pie—. Puedes encenderla si tienes frío.

—Ya estoy en ella, Edward.

Miró a su alrededor para comprobar lo que ya sabía. Era el salón de la segunda planta que había restaurado por el mal estado de la sala y lo había llenado de obras de arte.

—Entonces, acompáñame a la biblioteca. La chimenea es mucho más grande y nos podrá alumbrar a los dos.

Jane se levantó con su ayuda y avanzaron al paso de ella. En el camino se le había caído la bata y no se había agachado a recogerla. Fue inevitable que Edward se fijara en su cuerpo. El camión le llegaba por debajo de las rodillas y la tela caía simplemente por su cuerpo. La desdibujaba sí, pero transparentaba su piel melocotón y se ceñía en algunas partes de su cuerpo. Edward se lamió los labios para luego mordérselos. Apretó los puños y fue tras ella con los ojos clavados en sus talones.

Niv iba despacio con miedo de sus pisadas. En el momento que llegaron a las escaleras, Jane se detuvo y observó el entorno. Edward la veía desconcertada, así que la cogió de la cintura y la instó a que avanzara junto a él. Fue una situación dura tener el cuerpo de Niv a su merced y solamente de

pensarlo, sus instintos más primitivos despertaron. No podía comportarse como un animal en aquella situación, pero las ganas de tocarla eran cada vez más recurrentes. Ella no parecía percatarse del lugar al que se dirigían.

Tuvo la insensatez de soltarla, a pesar de que no lo deseaba, y Niv se encaminó directa hacia un recibidor de mármol. No lo estaba viendo y se iba a golpear de pleno. Volvió a cogerla de la cintura y esta vez sus manos se posaron en las de él. Estaban heladas, aun así, le calentaron. Se detuvo un segundo y con ello, Niv las acercó para rodearle su propia cintura. Se recostó en el pecho de Edward y levantó la mirada. De alguna forma, aquello hizo que se detuviera. Ella no estaba ahí, solo era un recipiente sin alma. Cerró los ojos y el dolor se instaló de nuevo en él. No podía aprovecharse de la situación. Le rogó que siguiera avanzando y obedeció.

La sentó en la cama, alegando que era el sillón de la biblioteca, mientras él encendía la chimenea de su habitación.

—Eres muy amable, Edward.

XI

Edward

Aquella noche, en la que pensó que Jane era un fantasma que le iba a torturar, creyó en los entes sobrenaturales y en todos los monstruos que creaban los escritores, los haces de luz y la magia. Tal vez las novelas góticas estuvieran basadas en situaciones como la que él había vivido. Todavía no se había recobrado del susto. Ver a Niv de esa forma le había afectado más de lo que estaba dispuesto a confesar.

Sus pies le habían guiado hasta el cementerio donde descansaban todos los duques de Richmond. Estaba descuidado, había niebla y hacía frío. El sol rayaba el alba y apenas iluminaba el campo santo. Las lápidas estaban cubiertas por enredaderas o hierbas que habían crecido a su alrededor.

Primero fue a ver las tumbas de sus padres, y recordó los momentos del velatorio, lo insignificante que se sintió, la impotencia que llevó consigo y las ganas de irse con ellos. El tiempo no había cerrado esas heridas pues seguían doliendo como si todos los huesos del alma estuvieran rotos.

Aun así, no estaba ahí por ellos. La pena por sus difuntos abuelos era todavía más grande. ¿Si Niv se convertía en un fantasma por las noches porque no ellos podían volver a vivir? “*Es absurdo*” se repetía una y otra vez. Era un hombre pragmático, sin ninguna creencia por lo extrasensorial y defendía la teoría de que para que fueran ciertas las conclusiones había que demostrarlas con hechos por eso, sabía que la actitud de Niv tenía una explicación científica pero no podía evitar sentirse atraído por ese misterio.

Cuando vio las tumbas de sus abuelos creyó que el mundo no podía ser más cruel con él. Una lápida conjunta con los nombres grabados conmemoraba al antiguo duque de Richmond y a su esposa: un ángel de piedra y mármol custodiaba el sepulcro. Estaba sucio y descuidado, se apreciaban grietas y le faltaba un dedo. Edward retiró algunas ramas de sus alas.

La culpa siempre le acompañaba, no había asistido al funeral a pesar de saber el estado en el que se encontraban. La primera en fallecer fue Marriot y cuando se enteró de la noticia estuvo a punto de coger un barco y volver a Inglaterra, había comprado el pasaje, pero no pudo. Él creía que una vez pisara tierra inglesa se quedaría ahí, como también creía que moriría de pena si asistía al entierro. Después fue su abuelo, lo supo cuando dejó de enviarle

cartas. Pensó en averiguar lo que ocurría poniéndose en contacto con personas cercanas, pero, ¿a quién iba a dirigir las? ¿A Henry? Le había echado de su vida antes de explicarse. ¿A Carson? No podía ver su nombre sin pensar en su padre y echarse a llorar. La confirmación llegó del puño y letra de Blake, quien había rebuscado entre las cosas de su abuelo hasta encontrar con su dirección en América.

A menudo pensaba en cómo fue. Tal vez los sirvientes asistieron, e incluso Carson y su familia. Sin embargo, él no. Ni siquiera su propio corazón estaba con ellos para despedirse. El rencor, el odio le dominaban hasta el punto de no haber asistido al último adiós de sus abuelos.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos pero no quiso soltarlas. No se atrevía a decir una palabra aunque quisiera decir miles. Tenía en su garganta un nudo que no podía desatar y le ahogaba.

Los fantasmas no existen. Los monstruos no existen.

Pero él existía. Y era un monstruo. Y era un fantasma.

Se arrodilló porque no había otra manera de disculparse, de sentirse agotado por la vida que había llevado durante siete años. Clavó las manos en la tierra, y a pesar de estar húmeda notó que le hería la piel. Quería ser el hombre que ellos creían que podía ser, sin embargo, ¿de qué serviría ahora? ¿Con qué imagen de él se habrían ido al otro mundo?

Su corazón palpitaba de tal modo que le hacía dudar de todo. Por una parte, podía achacar sus problemas a los Darcy, a Niv. Él era quien era por ellos, lo habían reducido a la nada y se había tenido que marchar para sobrevivir, pero por otra parte sabía que nadie le había prohibido ir al velorio, que la decisión había sido suya. Había fallado, les había fallado.

El sol comenzaba a iluminar más lápidas pero no todavía las suficientes para sentirse incómodo rodeado de muertos. ¿Era eso lo que le ocurría a Niv? ¿Por eso quería encender la chimenea?

Tras ese instante con ella, Edward se dirigió directamente al cementerio. Estaba cansado de luchar, de sufrir, de afrontar los problemas, de los negocios, de América, de Inglaterra, de John y Charlotte, de los Darcy, de Niv, de él...

Cerró los ojos un segundo para descansar.



Un ladrido le despertó de golpe, mientras que algo húmedo le frotaba la mejilla. Un pelaje amarillo claro y unos ojos impactantes estaban frente a él. Escuchó de fondo una voz.

—Perdón, no sabía que estabas aquí —Niv se retiró un poco mientras cogía a Zacanera del collar para dejar que Edward se levantara del suelo.

—Supongo que me quedé durmiendo en algún momento de la noche —se retiró la tierra de la ropa.

Niv entonces desvió la mirada hacia la tumba y comprendió la situación.

Edward, en cambio, se percató todavía más de los círculos que llevaba bajo los ojos. No era la primera vez que veía cansancio en ellos. ¿Desde cuándo Niv tenía esos estados? ¿Eran perjudiciales para su salud? ¿Descansaba correctamente?

— ¿Qué haces aquí?

—Paseo con Zacanera todas las mañanas por esta zona —parecía asustada y tímida. ¿Recordaría la noche anterior?

Edward se frotó los ojos para quitarse el sueño que todavía le quedaban tras ellos.

— ¿Son tus abuelos?

— ¿Cómo lo sabes?

—John me habla de ti. De tu pasado, de tu presente, del futuro, de América.

Por cierto que fuera, la mención de John no le produjo ningún efecto. No sentía celos de que ella lo hubiese nombrado porque ahora estaba con él, en el momento que la necesitaba.

—Sí, lo eran —y su mirada pasó de nuevo a la lápida.

—Lo siento mucho, Edward. No me imagino... —las palabras se le atragantaron— cuanto dolor tuviste que pasar. Primero tus padres y luego ellos.

Él sonrió con tristeza.

—He perdido a más personas. Incluso me perdí a mí. Pero debes saber cómo me siento. Tú también las has perdido, ¿no? Al menos eso dice Charlotte. ¿Cómo lo superaste? ¿Cómo miras hacia delante sin el respaldo que había atrás?

—Creando nuevas bases que te sostengan. Afianzando más el muro que hay en tu interior y encendiendo luces para que la oscuridad no te consuma.

— ¿Y si no me importase ser consumido? —los ojos de Edward

parecieron brillar, como si la poca luz que les daba creara los colores de un prisma de cristal— Ya he estado en esa oscuridad y no se está tan mal. Hace frío, hay soledad, pero todo carece de sentido, nada puede herirte, nada puede atravesarte el corazón, solo existe el vacío y las sombras que te acompañan.

Se podía percibir que hablaba desde la experiencia.

—Entonces, Edward ¿por qué estás aquí? —vio el cementerio a su alrededor.

—Porque anoche vi un fantasma y quería protegerme de él.

Se alejó de las tumbas de sus abuelos, de las de sus padres y otros parientes y abandonó el cementerio. Silbó y Zacanera corrió a su lado.



Edward no podía decir que después de esa conversación el ambiente en Kingland mejorase. Huía de todos, de los huéspedes y de sus sirvientes. Alguna vez se sorprendió observando el cementerio. No creía en fantasmas, mucho menos que sus abuelos fueran a levantarse de sus tumbas para reprocharle su actitud, pero había algo que ibas tras él. Podía sentirlo, y aunque intentaba demostrarse que era su propia imaginación, no conseguía quitarse de encima esa extraña sensación. Para su pesar, fue una piedra más a su espalda.

Los libros de negocios, los que tenían definiciones de tres párrafos, los técnicos y reglamentarios, no le distraían de su tormento. No quería hablar con nadie, ni siquiera soportaba su mera presencia, solo quería que la oscuridad le devorara para siempre.

Sacó la botella de alcohol y se sirvió una detrás de otra. No le había mentido a Niv cuando le había dicho que una vez estuvo envuelto en tinieblas y que había sido lo más parecido a la paz que había encontrado desde esa noche. Los días en los que pensaba que el amor que sentía era el motor principal de sus vidas habían acabado. Contempló los paisajes de Kingland con un vaso entre las manos, pensando cómo iba a sobrevivir con esos sentimientos que lo frustraban, lo enloquecían y le hacían ser la peor versión de sí mismo.

—Solo hay una forma de que todo esto acabe para mí —bebió el vaso de un trago.

Vengarse.

Una vez que quedara en paz podría volver a América y seguir con su vida sin pensar en el pasado que lo ataba a Inglaterra. Podría vender el ducado por una relación de intereses que le resultase mucho más provechosa o dejarlo al amparo del clima inglés, si así le placiera, pero ningún recuerdo de esa época ni de esos lugares le haría volver a sentirse solo, pequeño o frágil.

Niv tenía razón, el muro que todos poseemos en nuestro interior había que alzarlo y reforzarlo. Crear bases que nos sostuvieran y seguir mirando hacia delante.

Ni siquiera los estados nocturnos de Niv eran motivo suficiente para tirar ese muro. Todavía no sabía qué le ocurría pero fuera lo que fuese no era excusa para sentir pena por ella. Niv le destrozó el corazón, le amargó la existencia y su recuerdo le persiguió por un océano. Solamente el trabajo duro pudo debilitarlo hasta el desfallecimiento y dejarlo en un estado de flaqueza máxima. Por eso había escogido trabajos diarios, mecánicos y que requerían fuerza, porque era la única manera de seguir adelante con su vida, si a aquello se le podía llamar vida.

XI

Jane

Las últimas palabras que habían compartido Edward y ella le habían hecho plantearse como había sido la vida de él en América. Tal vez no hubiese sido todo tan fácil, ni tan bonito como pensaba. Tal vez el destino le había golpeado tan fuerte que había hecho que se rompiesen algunos puntos estratégicos. Y, aunque Jane quería que se desahogara, Edward jamás se abriría emocionalmente. La detestaba y debía tenerlo muy presente. Estaba convencida de que el baile que había organizado era únicamente para exponerla.

Se encontraba exaltada y terriblemente nerviosa. En lo único que pensaba era en todas las personas conocidas que asistirían. Alguna de ellas podría reconocerla y aunque negara en rotundo su identidad, el rumor se extendería y podría llegar a oídos de Henry.

Revoloteaba por la habitación esperando que alguna de sus pisadas encontrara la forma de escaparse del baile. Si decía que estaba indispuesta seguramente nadie la molestaría en toda la velada pero no estaba del todo segura que Edward fuera a dejar pasar el tema. Con aquello solo se afirmaba en su empresa por destruirla. Quería exhibirla y que todo el mundo descubriera la verdad. Observó por la ventana los enormes jardines.

¿Cómo iba a escapar? Tal vez podía sugerirle a Charlotte de hacer un breve viaje por Inglaterra, pero oh... había recibido la noticia tan entusiasmada que seguro que se negaba a marcharse de Kingland. ¿Y si se fuera simplemente ella? Dio un golpe en el suelo con el pie.

—Seguro que Edward me traería de los pelos cuando me encontrara. ¡Maldito!

Se sentó en la enorme cama, arrugando la colcha azul, para poder pensar y tener una idea que la sacara de aquel apuro.

La baronesa no pudo ser más inoportuna. Estaba rebosante de alegría por el dichoso baile cuando entró por la puerta avasallando con los preparativos. No es que no se fiara de los ingleses, era simplemente que los franceses tenían un gusto más exquisito, y un baile como el del duque de Richmond debía dejar atónitos a sus invitados. Jane no supo cuánto tiempo estuvo escuchando las palabras sin sentido de Charlotte pero solamente

cuando la mano de esta chocó contra su frente, reaccionó.

— ¡Ay! —se tiró hacia atrás y cayó en los almohadones de la cama.

—Si estuvieras donde tienes que estar no te hubiera golpeado —la riñó agitando su abanico—. Adecéntate un poco. Una de las sirvientas, que antes trabajaba para lady Catherine de Noor, me ha dado el nombre de un sastre. Podremos comprar vestidos para el baile. Algo muy al estilo francés. Tal vez incluso le pida a Adeline que nos confeccione accesorios.

—Ni hablar, no dejaré que elija ni el color, ni el corte, ni siquiera las cintas para el cabello. Esta vez me vestiré por mí misma, Charlotte. No hay discusión.

—Querida, tenemos que destacar. Somos las invitadas de honor del anfitrión.



Cuando Charlotte veía cintas, tejidos y sombreros se volvía una persona sobreexcitada. Cualquier color parecía asombrarle más que el anterior y al final no decidía cual era mejor para ella. Decía que el azul fuerte hacía resaltar sus venas y que por consiguiente su piel parecía más blanca de lo normal, pero adoraba el rosa. Era cálido y siempre refrescaba en una sala puesto que solía ser agradable a la vista, no era excéntrico ni recargado pero le recordaba a las paredes de su casa de campo. Charlotte tenía un gran dilema con los colores.

— ¿Cuál te gusta más Jane? —la baronesa le enseñó dos cintas.

No iba a contestar, sabía dónde se metía si hablaba más de la cuenta.

—El que menos os guste será para mí. Tenéis más días para decidiros.

—No te creas —combinó varias cintas con las que llevaba ya en la mano—. Necesito tener todo pensado para el vestido.

Jane señaló el color tostado. Ni siquiera pensó en cual le favorecería a la baronesa puesto que al final siempre elegía el que mejor le sentaba. Daba igual cual escogiera Jane, Charlotte siempre iba por libre, aunque pidiera opinión. Por eso, nadie se molestaba en sugerirle nada.

—Ve a mirar las telas —le ordenó con un gesto de su mano.

La dama de compañía se precipitó a dejarla sola con el sastre, mientras ella tocaba los finos tejidos. Delicados e incluso sensuales al tacto. Deseó tener un vestido que la hiciera sentir así, aunque dudaba que algún día se lo

pusiera.

—Jane, mira, ven. Creo que he encontrado algo para ti.

Charlotte le enseñó un tejido grueso para combatir el frío que aumentaba en Inglaterra, pero de un color demasiado fuerte para ella. Un morado que se podía comparar con el inicio de la cosecha de la remolacha.

—Ni hablar. Vuestro intento por hacerme destacar me convertirá en la habladora de todas las conversaciones. ¿No podéis elegir colores más corrientes? El verde hará juego con mis ojos.

—El verde te hace parecer vulgar —sentenció la baronesa.

Jane volvió a mirar la tela, porque las batallas sobre el vestuario jamás las ganaba. Desde que perdió la maldita apuesta Charlotte se empeñaba en tratarla como una muñeca.

En el fondo no era un color que le desagradara pero era demasiado vistoso y no quería llamar la atención. Más cuando todavía no sabía cómo escaparse del dichoso baile. Pero ahí estaba la solución. Bajo el tejido y el cristal que hacía de mesa, se encontraba una máscara negra con adornos.

— ¿Y si proponemos que haga una mascarada de su baile?

Esperaba tener a Charlotte de su lado.

— ¿Un baile de disfraces? —estuvo pensando unos segundos— ¡Eso sería espléndido! Estoy deseando contárselo al duque. Estará encantado, por supuesto que sí. Habrá que hacer muchas cosas para que salga a la perfección. ¿Crees, querida, que a los ingleses les dará tiempo de encontrar un disfraz en tan poco tiempo?

El sastre carraspeó fuertemente para hacerse notar.

—Me dará tiempo a confeccionarle los suyos, *Madame*.

—Oh, no he dudado de su competencia en ningún momento. Jane, deprisa. Escoge un personaje para disfrazarte. No creo que este señor tan amable —le dedicó una mirada llena de simpatía— nos permita quedarnos tantas horas. No importa. Lo haré yo por ti.

Por supuesto, no hacía falta que ella pensara en nada, porque Charlotte lo haría por todos. Decidiría el conjunto, con las respectivas medias, el peinado y todo lo que pudiera adornarla.

Después de casi una hora en la tienda, las dos damas salieron con sus encargos. El mismo sastre enviaría los disfraces a Kingland. A Charlotte le había costado decidirse. Ella tenía en París a su sastre favorito, no le encargaba sus vestidos a cualquiera y poner en manos de otra persona su

figura se salía de su habitual rutina. Sin embargo, no tenía otra alternativa y tuvo que ceder.

Las cosas por París todavía seguían inquietas y la estancia en Inglaterra se tenía que alargar unas semanas más. La baronesa echaba de menos su querida Francia, pero valoraba más su cabeza encima de los hombros. El clima y el aspecto de Inglaterra no le ayudaban a superar su nostalgia. La humedad, el frío, los campos y los senderos, solo en Kingland se podía sentir como en casa. Rodeada de sirvientes que la atendiesen, de inmensos jardines cuidados llenos de flores, de estancias adornadas con la más comodidad posible. Únicamente faltaba la guinda del pastel. Franceses, faltaban franceses. Y por supuesto, el señor *Trémoille*. Desde su llegada no había encontrado a ningún compatriota, y aquello le preocupaba fervientemente. ¿Y si los franceses no eran bien recibidos en Inglaterra?

Imposible. Los franceses eran queridos en todo el mundo.

XII

Edward

Edward recibió la noticia del mismo modo que la del baile. Muy a su pesar tenía que organizarlo así que no le importaba que fuera con máscaras en la cara o con sombreros, con tal de que la sociedad británica, en este caso las mujeres, le dejaran en paz.

Decidieron que el baile se organizaría en uno de los comedores de la planta baja. Era el más amplio que tenían y además poseía una ventilación agradable entre las cuatro puertas de cristal que daban a los jardines. Pusieron mesas con abundancia de adornos florales, de toda clase, salvo las que no eran de temporada. Además, la decoración creaba un efecto encantador con las velas tintineando y el área de los músicos estaba ataviada por árboles de hojas perenne.

En el salón contiguo se habían instalado las mesas de comida y refrescos para que cuando las parejas de baile estuvieran extasiadas descansaran con algo que llevarse a la boca. En el siguiente comedor, habían habilitado la sala de juegos. Allí podrían jugar a las cartas sin molestias hasta que la velada cesara. Ese sería el lugar preferido de Edward, y por descontado el de Wilson.

Blake había hecho esta vez de ayuda de cámara puesto que Edward apenas recordaba cómo debía vestirse en ese tipo de eventos, aunque se tratase de un disfraz. Era algo tan sencillo que las prendas de diario le servían. Hades era el personaje elegido, dios de la muerte, por lo tanto el negro era la representación más realista. Vestía con botas, pantalones, casaca y chupa negra. Si no fuera por las diferencias de los tejidos apenas se podrían distinguir las piezas. Incluso el cinturón era de cuero negro, un atuendo que, según él, le venía a la perfección. Era todo un Dios del inframundo con ojos afilados. Por último, llevaba un antifaz negro que ocultaba su hermoso rostro.

—Va a ser una larga noche —decía mientras Blake le cepillaba la bota derecha.

—No se preocupe. Después de esta velada, le dejarán tranquilo.

Estaba cansado de tener que esperar a todos los invitados en la puerta de su casa. Era una exigencia que él apenas toleraba. Si habían recibido la invitación era porque así él lo deseaba. Durante ese tiempo, vio todo tipo de

personajes. Héroes, dioses de Egipto, e incluso, reyes de Europa. Apenas conocía a esas personas, pero eran la élite de Inglaterra y no cesarían en sus habladurías hasta que Edward fuera como ellos.

Les presentaron a sus hijas y cuando demoraba más la vista en ellas de lo estrictamente debido enseguida sus madres interferían. Las vendían como la mejor piel de cordero, salvo que ninguna era consciente de que Edward no deseaba pieles con las que cubrirse.

Al menos, la baronesa Charlotte estuvo a su lado haciéndole compañía. No era la anfitriona oficial pero sabía desenvolverse y sacarlo de algún apuro que otro. Era simpática con todos los invitados, a su manera. Siempre sonreía a pesar de que alguno no tolerara la presencia de una francesa.

— ¿Y Jane? —se atrevió a preguntar después de estar diez minutos pensando en la mejor forma de abordar el tema.

—Bajaré enseguida. Todavía está abrumada.

Retiró la mirada de las personas que llegaban a su entrada para observar detenidamente a la baronesa. Esta captó el matiz de su mirada pero restó importancia con un gesto de la mano que para los recién llegados fue un saludo tremendamente hosco.

Cuando se marcharon Charlotte volvió a hablar:

—Siempre monta el mismo espectáculo cuando se trata de actos sociales.

— ¿Qué significa eso? —entre recibimiento y recibimiento apenas podía tener una conversación normal con la baronesa.

— ¡Desaprueba mi vestuario! ¿Os lo podéis creer? Cuando la he visto con su disfraz no he podido pensar en otra cosa que en una diosa de la belleza. A su lado la dama más hermosa de todo el baile quedará reducida a su sombra.

—La última vez, si no recuerdo mal, Jane iba vestida...

—Cuidado con las palabras que piensa utilizar, su excelencia —le advirtió coqueta la baronesa.

Un hombre con barba que vestía con un traje azul y portaba una máscara de lo más discreta se plantó frente al joven Edward.

— ¡Por Dios! ¿Qué clase de disfraz es ese Edward?

Este le dio un abrazo a Carson como viejos conocidos y después hizo las presentaciones correspondientes para la baronesa.

— ¿Te acuerdas de Mary? —preguntó la esposa de Carson— Hace mucho que no os veis pero seguro que sí —puso la mano en la espalda de su

hija y la acercó a Edward como ofreciéndole un presente.

—Es un placer volver a verte, Mary. Sí que has crecido. La última vez que nos vimos llevabas trenzas.

—Hace años que dejé esos peinados infantiles, milord —interrumpió su madre—. Ahora es toda una mujer.

Charlotte no pudo más que bufar mientras se abanicaba. No solamente había que lidiar con las jóvenes ansiosa por contraer un matrimonio fructífero si no que las madres también interferían en dichos menesteres. Aun así tuvo que sonreír.

Ambas se dieron cuenta de la expresión de la baronesa, sin embargo omitieron su gesto y siguieron con el tema.

—Como tales, creo que después de ese período de distanciamiento os debéis un baile. El primero que dé comienzo a esta magnífica noche —ambas sonreían como dos jovencitas en su debut.

—Por lo viejos tiempos, Edward —dijo Mary con una caída de pestañas.

Estaban encerrando al pobre muchacho y la baronesa en primera línea de guerra no lo salvaría.

Edward no tuvo más que asentir hacia sus invitadas, prometiendo así que el primer baile sería para Mary.

Se encontraba cansado y le dolían los pies de estar parado allí en medio acogiendo a sus invitados, cuando un grito de la baronesa le sorprendió:

— ¡Por fin, Matthew! —salió a recibirle y el hombre enseguida le extendió el brazo para que ella pudiera cogerse. El hombre en cuestión portaba una copa de vino y una corona de vid como disfraz, algo totalmente inusual porque él no bebía— ¿Se acuerda del conde de Arundel? Lo conocí en la fiesta de los condes d'Arpajon. En cuanto supe lo del baile le invité, espero que no le moleste. Una cara conocida para Jane y para mí será un gran apoyo en esta noche.

Las manos se convirtieron en puños y un crujido de ellas salió.

Solo estuvo unos minutos más para hacer el recibimiento y las presentaciones de los últimos invitados, pero para atestar el golpe final, la última persona que asistía era la última persona que esperaba ver en Kingland.

Henry Darcy.

No apartó los ojos de su mirada en ningún momento, esperando

encontrar el perdón que necesitaba para sentirse tranquilo en su presencia. No pudo hallar nada especificativo, salvo una leve sonrisa carente de alegría. Conociendo como lo conocía, Henry no le guardaría rencor por haberse marchado sin despedirse.

Solo se saludaron con la cabeza y cuando le tocó presentar a Charlotte, Edward estaba pensando en la manera más adecuada de entablar una conversación con su viejo amigo. Sin embargo, apenas le salían las palabras. Abrió la boca pero terminó por cerrarla.

Henry pensó que era una descortesía por parte de Edward, pero lo disculpó al ver el impacto que había causado su presencia. Él no quería parecer grosero así pues se dirigió a la dama. Se presentó y besó la mano de una madura Madame Pompadour. La baronesa se sintió terriblemente alagada por la presencia de aquel hombre. Un apuesto Sir Lancelot con los ojos de las más puras esmeraldas. Incluso el color del jubón le había hechizado y solamente podía sonreírle sin articular palabra. Al ver que Edward seguía observando la entrada sin nadie a quien recibir, extendió el brazo:

— ¿Me permite acompañarla al salón de baile?

Sin contestar, abrazó al joven y se dirigieron hacia la congregación, esperando a que el anfitrión iniciara el baile. Aun así, todavía quedaba gente en el recibidor y todos se quedaron mirando lo alto de la escalera. Allí, un hombre irradiaba la más pura belleza.

Su distinguido porte estaba cubierto por una túnica blanca, con manchas rojas, ligada con un cordel. Su pelo estaba revuelto con bucles que caían sobre el rostro a modo de ángel. Llevaba unas sandalias doradas, de un tono similar al de su pelo, y una gran lanza. Completaba su disfraz con un colgante de diente de jabalí, atado a su cuello. Aunque su máscara roja ocultaba medio rostro, se podían distinguir sin problema unos ojos vivaces y pícaros. Todas las mujeres suspiraron al verlo. Era un perfecto dios del Olimpo que paseaba entre los mortales como uno más.

A su lado se encontraba una dama, para descontento de la audiencia femenina, ataviada con un vestido plateado, lleno de adornos que lo hacían brillar de una manera inusual. Nada en él era sencillo. De su cintura colgaban cintas a modo de cascada. No llevaba volantes ni en el cuello ni en las mangas, pero éstas caían hasta medio brazo aportando más suntuosidad al conjunto. Sus manos estaban cubiertas por guantes de seda plateados y su cara por una máscara alargada de piedras acristaladas y diseños agrietados, lo que

ocultaba su rostro, pero Edward sabía de quien se trataba. Aquella mujer que bajaba las escaleras acompañada de Wilson, era Niv.

Enseguida Mary, que parecía más una barata Cleopatra que la reina más joven de Egipto, se unió a los brazos de Edward, instándolo a comenzar el baile. Solo había un impedimento y es que él no deseaba bailar con la hija de Carson sino con Niv, la mujer que lo había dejado en un completo destierro de sí mismo. No sabía cómo actuar y siempre le flaqueaban sus ganas de venganza cuando la veía. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estaba preciosa.

Pestañeó para quitarse de encima la sensación de ansiedad. Sonrió amargamente a Mary, mientras la otra pareja bajaba por las escaleras. Cuando entraron en el salón, los músicos empezaron con la polonesa y las demás parejas le siguieron.

Durante la escenificación del baile, Edward no apartaba los ojos de Niv. Había declinado la oferta de bailar con Wilson y se había reunido con la baronesa. Para sorpresa del anfitrión, la actitud de Niv cambió cuando vio a Matthew. Se notaba su incomodidad y observaba su alrededor buscando una excusa con la que poder zafarse.

En el momento que la música dejó de sonar, Edward se retiró del baile y fueron directos hacia ellos. Había un ambiente extraño. Wilson intentaba animar la conversación pero Matthew no estaba por la labor, y Niv se notaba que estaba distraída, cansada y a punto de saltar si alguien le hablaba.

Cuando presentó a Mary a sus compañeros, la recibieron de la forma más abierta posible. Luego se les unieron Carson con su mujer y algunas personas más. Todos ellos pudieron notar como Edward no quitaba los ojos a cierta dama, lo que no ayudó a mejorar el ambiente.

—Díganos, señorita Jane —la voz de Mary sonó aguda, casi chillona—. No consigo encontrar el parecido de su atuendo. ¿Es que acaso va disfrazada?

Jane pudo oír la débil risa de John y hasta a ella se le contagió. Pero enseguida, cesó. No podía reírse de los invitados del duque.

—Soy Galatea —al ver que desconocía a tal personalidad, exclamó:—. Una estatua. La baronesa piensa que es un personaje muy acorde conmigo. Aquellos que solo quieren ver piedra así lo harán, pero los que deseen ver a la mujer que soy tendrán que romper la roca.

La conversación se dirigía a derroteros no muy aconsejables, así pues, la baronesa interrumpió para desviar el tema.

—Pero, Mary, su disfraz es exquisito. Digno de una preciosa reina. ¿No

están de acuerdo, caballeros?

—Si me disculpan. Creo que iré a jugar un tiempo. Los bailes son agotadores —Wilson solo quería huir de aquella conversación.

—Eso, que se marche con el rabo entre las piernas —dijo Charlotte al oído de su dama de compañía.

Jane abrió mucho los ojos deseando no haber escuchado lo que acababa de decirle. No podía ser que hasta en un baile, la baronesa se comportara con el americano de aquella forma tan poco educada. John era un buen hombre y Charlotte no tenía por qué burlarse de él.

Cuando quiso volver a la conversación desconocía de qué hablaban, pero pudo sentir la intensidad con la que Edward la observaba. Siempre había sido así. Su mirada llegaba a atraparla y se olvidaba del mundo. No importaba que hubiesen pasado lo que parecía toda una vida, seguía sintiendo lo mismo cuando se encontraban espiándose con los ojos.

— ¿Me concederá el honor de bailar conmigo la próxima pieza, Galatea? —la petición que salió de sus labios fue la más tierna que había recibido en años.

Los presentes se quedaron en silencio al oír la pregunta.

Jane solo pudo asentir con la cabeza mientras extendía el brazo hacia Edward. Él le correspondió apretándole la mano y conduciéndola en silencio a la pista de baile. Le resultó muy difícil mantener la mirada, sentía que uno de esos rayos azules iba a traspasarla. Su piel se erizó al contacto. Edward fue consciente de aquella sensación, tenía la piel muy sensible. De repente, la necesidad de tocarle los brazos para calmar las emociones despertó. Vio que aquel baile acabaría con ambos, aun así, no pudo evitar acercarse a ella, atraparla con sus movimientos. En esos momentos no pensaba en lo que los demás hablarían, sólo necesitaba sentir la presencia de Niv cerca.

— ¿Te encuentras bien? —logró decir casi en un susurro. Si no fuera por la cercanía en la que se encontraban no hubiera podido escucharlo.

Jane no sabía si podría hablar. Su mente aún trataba de hacerse a la idea de que Edward había jurado y perjurado su caída y ella no hacía más que temblar de anticipación cada vez que le dedicaba una mirada o la rozaba. Aquello la enfurecía sobremanera.

—No —consiguió decir a duras penas.

Edward extendió su brazo y con la mano que le quedaba libre la colocó en su antebrazo. El toque a través de las capas disparó una corriente eléctrica

por todo su cuerpo y tuvo que contenerse para no robarle un beso delante de los invitados. Jane causaba odio y amor al mismo tiempo y Edward era incapaz de lidiar con ambos sentimientos en ese momento, por lo que no fue capaz de obligarla a bailar. Parecía indefensa y asustada. Estaba seguro de que si lo hubiera intentado ella hubiera sacado fuerzas y hubiera transformado aquel salón en un museo donde las estatuas deberían yacer inertes, pero ponerla en tal tesitura lo hacía sentir indigno.

La música empezó cuando ellos abandonaban la pista.

Notó como los dedos de Niv se hundían en su piel y como su mirada se había clavado en el suelo. Mantenía la boca apretada y la respiración empezó a acelerarse, entonces supo por su reacción que algo ocurría a su alrededor. La mano de Edward cubrió la suya cuando vio a Henry. Otra prueba más de que aquella joven era Nivill Darcy y de que él jamás cumpliría su promesa de vengarse.

No deseaba ponerla en un aprieto ante la sociedad británica por lo que pidió a la baronesa Charlotte que acompañara a Jane a por un refrigerio. No era educado que el anfitrión acompañara a una dama soltera a solas a los salones aunque eso fuera lo único que deseaba.

XIII

Edward

Durante toda la velada había estado rezando para que sus invitados se marcharan a casa. Le daba igual si su baile llegaba a ser envidiado por los mismísimos reyes de Inglaterra o por las familias más nobles. Él solo quería que acabara cuanto antes para ir en busca de Niv. Tal vez fuera una descortesía preguntarle pero necesitaba ver que la presencia de su hermano no le había afectado.

Poco a poco, los asistentes se marcharon de los salones sin despedirse. Solamente una familia tuvo la educación de hacerlo, Carson, con su esposa y su hija Mary.

Suspiró aliviado. Tenía los pies destrozados y los hombros rígidos de tanto cuadrarlos. La noche había llegado a su fin y, aunque los sirvientes también estaban cansados, empezaron a limpiar todo el estropicio de los tres salones. Se frotó la nuca para liberar la tensión que tenía.

Buscó por toda la planta baja y la encontró apoyada en el alfeizar de la entrada hablando con Matthew. Ambos observaban cómo los últimos invitados se subían a sus carros y abandonaban los terrenos de Kingland.

Un impulso le gritaba que irrumpiera e implantara su dominio. Hacerle ver a ambos, incluida ella misma, que Niv era suya, pero no fue hasta que distinguió en los ojos de él admiración, cuando se entrometió entre ellos. Veía como las comisuras de sus labios se levantaban nimiamente. Era un detalle que le corroboraba la felicidad que sentía en su interior por compartir ese momento con ella. Apretó la mandíbula y no supo cómo, pero empezó a dolerle el puente de la nariz e incluso los dientes. Sentía la sangre fluir por todo su cuerpo y como este le impulsaba a dar un paso más y detener tanto sus sentimientos, como los propios. Pero, entonces, depositó sus ojos en ella. La baronesa tenía razón. Estaba preciosa con su disfraz de Galatea, apenas se podía distinguir entre la piedra de la estatua con la del balcón.

Los rayos de luna que todavía quedaban en el cielo se asomaban para ver la perfección de su cuerpo. Si él hubiera sido Pigmalión también hubiera deseado convertir aquella estatua en su mujer. Se sintió sumamente afortunado, jamás se había enamorado de una estatua, sino de una mujer de carne y hueso que ahora estaba frente a él.

Su piel parecía casi blanquecina debido al vestido plateado. Todavía llevaba la máscara, cosa que Edward hacía tiempo se había quitado. Aun así, ella la había mantenido.

En el instante que vio los ojos de Matthew, llenos del amor que le profesaba, ya no aguantó más y tuvo que intervenir, pues sino, tendría que estropear el correcto rostro de su rival. Tuvo suerte, uno de sus sirvientes le avisó de que su carruaje estaba listo para partir y él se despidió con un leve beso en el dorso de la mano que casi le cuesta la vida.

Antes de hacer acto de presencia, Niv notó que Edward la atravesaba con una ardiente mirada. No parecía estar asustada, levantaba la barbilla desafiándole hasta que apartó lentamente su rostro. Durante mucho tiempo, había sido una estatua que no había podido ni ver ni tocar, ahora estaba frente a Edward y no iba a privarse de su hermosura.

—Niv —el viento se elevó cuando él pronunció su verdadero nombre.

Ella se giró para corresponderle. Su semblante parecía suplicarle que pusiera fin a aquella locura que había entre los dos. Pudo atisbar unas pequeñas lágrimas que todavía no se habían desbordado. Ni lo harían, si ella se lo proponía.

Se fue aproximando hasta estar lo bastante cerca para ver que detrás de esa máscara plateada se apreciaban los ojos verdes de Niv. Quiso perderse en sus pupilas que siempre le habían mirado de aquella forma tan deseosa.

Edward levantó los brazos y se atrevió a quitarle el antifaz. En su presencia ya no tenía que mentir. Desde que la vio intuyó quién era y con el tiempo solo había hecho que los pequeños detalles afirmaran su sospecha. Hoy, con Henry en el baile, se había sentido indefensa y, casi en el mismo instante que lo vio, supo que una vez Niv se marchó de Inglaterra se fue para todos, para sus padres, sus abuelos, para su hermano y para él. No había querido saber nada de la familia Darcy.

—Conseguirás que te perdone. Logras todo lo que te propones —Niv tuvo que apartar el rostro.

—No sé a qué te refieres.

El hombre colocó una mano en la repisa y la otra subió hasta la oreja de Niv para descender por su cuello.

Se quedó quieta, muy quieta, como si de verdad se tratara de la más hermosa estatua. Si no fuera porque oía su respiración acompasada, todos pensarían que se trataba de la misma Galatea.

—Nunca vas a convencerme. Sé quién eres desde el primer momento que te vi.

Niv se atrevió de nuevo a levantar la mirada. La dura expresión del rostro de Edward indicaba que se exasperaba con el tema. Todo el revuelo de la venganza, los sentimientos confrontados, la añoranza de sus emociones, nunca iba a cesar. Tenía la posibilidad de olvidarlo y disfrutar de una vida como siempre la había deseado, en cambio, prefería librar otra batalla distinta. ¿Por qué? Nunca se había considerado una persona orgullosa pero cuando se trataba de los pecados de Niv, él apenas podía perdonarle uno. Los tenía incrustados bajo su piel y el hecho de intentar olvidarlos era un sacrificio que no se permitía realizar.

La tenía delante, asustada por el reencuentro con su hermano pero manteniendo una postura mucho más que fuerte.

Sin embargo, Edward parecía derretirse ante ella como la nieve con los primeros rayos de sol. De algún modo conseguía arruinar sus intenciones y entonces él se aferraba todavía más a su desdicha. Tuvo que tocarla de nuevo para cerciorarse de que sus emociones eran reales.

Al hacerlo, un sonido ronco salió del interior de Niv y se derramó sobre el cuerpo de Edward como una ola cálida. Prestó mucha más atención a la joven que tenía delante. Aunque su ceño todavía seguía fruncido, sus labios ya no formaban una línea recta. Ahora se mordía el labio inferior para acallar los sonidos que pretendían salir de su garganta.

Edward reconoció tales emociones y continuó estimulando. Sus dedos fueron a parar a la nuca y descendieron por toda la espalda. Cuando llegó a la cintura se le escapó un jadeo. Él la miró a los ojos y pudo ver que las esmeraldas habían desaparecido. Las pupilas estaban tan dilatadas que un pequeño aro verde las envolvía. Las sensaciones que experimentaba Edward fueron hormigueando bajo su piel hasta su entrepierna. Instintivamente, se acercó mucho más a ella.

Y cuando estuvo ahí, justo donde deseaba estar, sus labios parecían incitarle a cerrarlos. De un cálido rosa se volvieron del color de las cerezas. Estaba a punto de pedirle que dejara de mordérselo pero se contuvo. Un aura de sensualidad los envolvía y no quería romper el hechizo que se había formado entre ellos. La débil brisa de mediados de otoño ondulaba alrededor invitándolos a un encuentro más intimido.

No podía negar la feminidad que desprendía, prendada solamente de las

manos de Edward. Él había conocido muchas mujeres al otro lado del océano pero ninguna se podía comparar con Nivill Darcy.

De súbito, cansada de ocultar las emociones que Edward le provocaba, se atrevió a enfrentarlo. Con un simple gesto, lo desafió a borrar la minúscula negrura de aflicción que tenía su mirada.

El deseo lo atravesó de golpe y un escalofrío surgió desde su interior para recorrer la columna vertebral. Algunos recuerdos volvieron a su mente rememorando la confianza que un día tuvieron. Ni siquiera en la época que estuvieron juntos, la había deseado de una forma tan desesperada. Tuvo que tragar saliva para no perder los papeles, pues Niv se removía inquieta ante sus caricias.

Ella sentía que el roce de sus dedos se quedaba marcado en la piel a pesar del vestido. Notaba como las mejillas se incendiaban de una forma sofocante y por un momento quiso cubrirlas pero no lo hizo. Observó los labios de él y sin darse cuenta se relamió recreándose donde se lo había mordido anteriormente.

Edward deslizó uno de los guantes y fue acariciando sus brazos, deleitándose en su cremosa piel, hasta su cuello y levantó la barbilla, que por un segundo había bajado. Entonces vio como Niv saboreaba su labio inferior y no pudo detenerse. Estaba harto y todo le daba igual. Solo deseaba volver a besarla.

Edward se inclinó sobre su boca ahondando en las profundidades. El beso estaba cargado de todas las intenciones que no había podido demostrar en ese tiempo. Ni siquiera el primero que le dio, en la fuente, tenía la misma magnitud que aquel. Niv notó como él quería que abriera más los labios y así lo hizo. La oleada de calor se volvió más intensa. Edward la rodeó con sus brazos, apretándola a su cuerpo y perdiéndose en una espiral de deseo contenido. Niv jadeó en el instante que le dejó los labios destapados, notando la respiración de él en ellos. No había terminado.

De nuevo le volvió a cubrir la boca con los labios, esta vez con más desesperación que la anterior. Giró su cuerpo hacia el pasamanos dejándola encerrada entre la dura piedra y su persistente cuerpo. Él ladeó la cabeza para profundizar más el beso y Niv contestó con la misma necesidad. Cuando sus lenguas se acariciaron, Edward sintió como su cuerpo le pedía a gritos dejarse llevar, por lo que tuvo que aflojar.

—Niv —su voz había sonado directamente en sus labios y su aliento los

rozaba incitándolos.

Mas ella no iba a detenerse. No tenía ninguna disputa contra sí misma y estaba disfrutando como nunca de aquella cercanía que se había vuelto a implantar entre ellos. Había notado como Edward la necesitaba y durante ese tiempo se había olvidado de la venganza que lo dominaba. No dejaría que él le quitara el momento más preciado que tenía en años.

Con las mejillas al rojo vivo y todavía encerrada, lo cogió de la cara y besó aquellos dulces labios. El corazón de Edward correspondió con un ardor propio del mismo sol. Niv deslizó los dedos por el cabello de él notando calambrazos, como si al dejarlos quietos se convirtieran en piedra. Su piel se erizó al notar que una de las barreras quedaba desbancada por la pasión del momento. El roce de los cuerpos estaba siendo demasiado doloroso, las prendas de ropa estorbaban. Necesitaban que el fuego purificara todos sus pecados.

— ¿Edward? —la voz de John en el salón interrumpió la reconciliación.

No pudieron separarse rápidamente, tenían miedo de romper la magia que habían construido. Niv quiso leer en los ojos de Edward los pensamientos que cruzaban su mente, en cambio aquellas marismas eran indescifrables. Intuyó por la tonalidad oscura que quién fuese la había salvado de una primitiva lujuria. ¿Quién le había pedido permiso para salvarla? No le importó estar encerrada entre las manos de él, ni mucho menos que los descubrieran, sin embargo, Edward parecía tener otra opinión. Dio unos pasos hacia atrás, alejándose de ella. La débil brisa con la que estaba amaneciendo se volvió sumamente fría.

—No hemos acabado —esa forma de dirigirse tan severa fue un latigazo que la hizo temblar. Niv advirtió los matices de arrogancia y tuvo que reprimir el deseo de volver a silenciarlo.

Hizo un gesto para que entrara en la casa y la acompañó solamente hasta la segunda planta. No se veía capaz de escoltarla hasta su habitación. Una única palabra, un único gesto, una única mirada y volvería a caer en el abismo del amor. Por unos instantes, su odio había desaparecido pero ahora, aún con los estragos de la pasión, sentía como crecía de nuevo. ¿Cómo había podido dejarse seducir?

Vio su silueta en el umbral de la puerta y por un segundo su cuerpo no obedeció a sus deseos. Dio un paso hacia ella y ambos fueron conscientes de aquel gesto desesperado. Por suerte o desgracia, volvió en sí y bajó las

escaleras rápidamente por miedo a la tentativa de volver junto a ella. Entró en su habitación y cerró la puerta tirando al suelo la llave.

Apoyó las manos en la madera y respiró profundamente. Era un estúpido, solo a él se le ocurría acercarse tanto al precipicio y creer salir indemne. Había sido imposible resistirse a los sonidos que brotaban de su fina garganta mientras la acariciaba. Una vez había abierto los labios para él, estaba perdido. Sabía cómo complacerle, como volverle loco y en cambio, solo respondía como Niv deseaba, a su merced. Aunque anhelara tanto como ella ese encuentro, siempre perdía Edward. ¿No era acaso él quien se había llevado la peor parte? Ella se había dedicado a codearse con la corte francesa, había asistido a multitud de bailes para distraerse de los recuerdos, sin embargo, a él la memoria le torturaba desde entonces. No conseguía librarse de los recuerdos, ni cuando tenía una mujer debajo, ni cuando bebía con John hasta perder el sentido, ni siquiera mientras dormía. Salvo hoy. Esa noche, Nivill Darcy había conseguido que con sus besos y caricias olvidara su pasado. No podía ser que la misma persona que le daba la infelicidad pudiera darle su bienestar. Aunque era cierto; recordar como su cuerpo había reaccionado le hacía sonreír. La había visto temblar por la impaciencia para después suspirar de pasión. Incluso cuando habían acabado, había visto en sus ojos una lujuria que compartían.

Si no los hubieran interrumpido, tal vez todo se hubiera resuelto en ese instante, pero ese no era el caso. No descansaría hasta que la familia Darcy pagara por los pecados que le vinculaban con él, a excepción de Henry. Él siempre fue ajeno a los secretos familiares y a la crueldad de su hermana, así pues, no se merecía ningún sufrimiento, por lo que jamás debería enterarse que ocultaba a su hermana en Kingland. ¿Por qué entonces había estado todo ese tiempo negándole su amistad?

—Céntrate.

Abrió la ventana para que el fresco de la madrugada le nublara los sentidos y vagara por el mundo de los sueños.

XIV

Niv

El encuentro con Edward la había afectado sobremanera. Todavía le temblaban las manos. Las apoyó en el alfeizar y les ordenó que frenaran aquel temblor. Su piel parecía arder y el tono rosado resaltaba con la piedra. Pese a todo, no obedecieron y seguían temblorosas. Escuchaba sus latidos acompañados y notaba como sus mejillas seguían calientes a pesar de la frescura del ambiente. Edward conseguía que sintiese emociones tan abrasadoras que ella misma se consumiría en el fuego del infierno, sin temer nada. Un escalofrío le recorrió la columna al sentir el aire nocturno en su frente perlada por el sudor.

Cerró los ojos y respiró profundamente intentando contener todas las sensaciones que estaban a punto de desbordarla. Su corazón no estaba preparado para tantos altibajos y cuando necesitaba un poco de calma para tranquilizarse, Edward volvía a embestirla con más fuerza. Su mirada azulada todavía se volvía más provocadora cuando ella le plantaba cara y empezaba a apreciar que no podía soportarlo. Si las consecuencias eran unas manos temblorosas, un aliento desequilibrado, una cabeza embotada y un sofoco tan grande, prefería morir allí mismo.

No sabía cómo lo conseguía pero siempre la dejaba en un estado en el cual tenía que contenerse. Le gustaría gritarle, decirle que jamás volviera a actuar de ese modo, pero se veía incapaz de moverse. Se giró, apoyándose todavía en la repisa. Aun así, la situación era todavía peor. Cuando escuchó la voz de John, supo que había visto la escena y, suponiendo que Edward y él fueran lo suficientemente amigos para contarse confidencias, sabría toda la verdad.

“¿Estaría entonces el señor Wilson involucrado en la venganza?” pensó Niv. Era imposible que se prestase a tan vil hazaña, pero ¿qué sabía de él? Sin embargo, la relación de John y Edward era muy cercana y, por lo que había escuchado, habían vivido mil historias juntos. Se podría decir que eran como hermanos. ¿Entonces a quién de los dos traicionaría John?

Estaba claro, a ella.

— ¡Tonta, tonta, tonta! —golpeó la piedra— No pienses en eso. ¡Olvidalo!

Pero si no pensaba en eso... ¿qué le quedaba?

Henry.

Cuando le había visto apenas se había movido. No era la primera vez que veía el gran hombre en que se había convertido, pero especialmente hoy estaba radiante. Su aspecto imponente vestido de Sir Lancelot la había obnubilado hasta el punto de sentir que su corazón se llenaba de ternura. Era un espléndido ejemplar medieval que ni Arturo podría hacerle justicia, pero su semblante era distinto al que recordaba. Sus rasgos parecían cansados, apagados y sumamente tristes. ¿Acaso le ocurría algo? Había sentido la necesidad de acercarse y quitarle con cuidado el velo de amargura que le envolvía. Sus pies casi la llevaron a su encuentro para luego detenerse en mitad del camino. No podía ir y desvelarle la verdad. Seguramente, la rechazaría. Tal vez, incluso él pensaría que estaba muerta. Era mucho tiempo sin dar señales de vida para que no creyera tal cosa. Sus ojos se empañaron de lágrimas, pero esta vez no pudo evitarlo y las soltó. No aguantaba más.

Henry había intentado no conversar con nadie, mantenerse alejado de todas las familias importantes de Inglaterra, ser cordial y amable, pero siempre se apartaba de todos, prefiriendo la soledad. Él no era así. Sus posturas y los gestos de sus manos y rostro, le indicaban que estaba incómodo en aquella fiesta y que seguramente se marcharía pronto. Había asistido por Edward.

— ¿Cómo no me he dado cuenta? —Niv miró hacia la puerta por la cual se había marchado.

Él se había atrevido a invitarle, a juntarlos a ambos en la misma sala aun a sabiendas de que ella no podría conservar la cordura. Había tenido la poca vergüenza de no avisarla y de que se encontrase a su propio hermano allí, sin escudo con el que defenderse. ¡Y le había pedido un baile! ¡Y ella había aceptado! El impulso por el cual aceptó nada más preguntarle habían sido los celos. Los había reconocido en cuanto hicieron acto de presencia, pues no era la primera vez que las mujeres adoraban al duque. No había que ser muy inteligente para adivinar que todas las damas en edad casamentera intentarían cazar al duque de Richmond y que sus madres elaborarían un magnífico plan para conseguirlo, pero presenciarlo le había arrebatado la sensatez. Tendría que medir más su prudencia en las siguientes situaciones si quería mantener viva la farsa de Jane. No obstante, él la había expuesto ante todos los invitados. ¡Ante Henry! ¿Es que acaso quería que él descubriera la verdad? La

venganza que tenía planificada para ella no implicaba a su hermano. ¿O sí? No sabía cómo la mente de Edward funcionaba ahora mismo, solo que el odio y el rencor gobernaban sus impulsos.

Por suerte, no había podido disfrutar del baile porque su cuerpo y su juicio le habían nublado el alma. Existían situaciones en las que el miedo le paralizaba los pies, la envolvía en un sinsentido y la consumía hasta convertirla en un recipiente vacío y aunque ella le ordenó a su cuerpo que siguiera, su mente estaba muy lejos de aquella sala. Tan ensimismada se encontraba porque Henry no la viera, que no se había percatado de que era Edward quien había organizado todo para que así fuera. Quería que este supiera que su hermana estaba viva y que la odiase por ocultárselo. Esa era la peor venganza que Edward podría darle. ¡Y todavía tenía el descaro de besarla! ¿Pero es que llevaba escrito en su frente la palabra marioneta?

Se frotó la cara angustiada por los acontecimientos. Los segundos se habían convertido en horas cavilando sobre todas las posibilidades que tenía Edward entre sus manos, mientras que podía estar con un hombre que la apoyaba y la sostenía en sus momentos más dolorosos como era Matthew, ella se desvivía por otro que quería e iba a hacerle la vida imposible.

Él era todo lo que una mujer podía pretender. Tenía una posición envidiable, un aspecto apuesto, una mente prodigiosa y un carácter dócil y amable. Había tratado a su persona lo suficiente para saber que era un hombre íntegro y leal, que jamás rompería su concepto de honestidad. Podría vivir toda la vida con un hombre con esas cualidades pero no era justo para ambos. Niv quería pasión, el amor que había conocido una vez, quería intensidad y derroche. No deseaba escatimar en cuanto a ímpetu y si había algo que Matthew carecía en esta vida, era no ser Edward. ¿Se resignaría a vivir de ese modo?

XV

Niv

No durmió en toda la noche y cuando las primeras gotas de agua chocaron contra el cristal salió de la cama. La bruma que se elevaba por las mañanas siempre había sido motivo de devoción para Niv. No concebía el aspecto lúgubre que adornaba los campos verdes de Kingland sin esa niebla que la envolvía. Lo que para algunos se acercaba a una escena terrorífica para ella era más como un emblema del amor. En un momento así sentía que la bruma solamente quería envolver la naturaleza y dotarla de mayor sensibilidad.

Miró el cielo, encapotado de punta a punta y cayendo de él miles de gotas de agua que se disolvían en la tierra. Un rayo de luz blanca iluminó los jardines de Kingland para segundos después sonar estrepitosamente. Así era el tiempo en Inglaterra.

Tenía a los pies un revuelo de sábanas, cojines y colcha que se habían ido escurriendo sobre su piel a medida que daba vueltas en la cama. Se miró al espejo y vio unos ojos hinchados. Notaba la piel muy tersa a causa del insomnio y los labios carecían de color. Una arruga en el entrecejo adornaba su rostro dotándola de una seriedad que no poseía. Estaba horrible.

Sin ayuda de Adeline, pues no deseaba hablar con nadie, se vistió y bajó a desayunar.

Blake, Pierre y unas pocas doncellas se estaban haciendo cargo del desayuno.

—Buenos días, señorita Fairfax. Se ha levantado muy temprano. Es la primera en bajar —la acompañó hasta uno de los salones que había sido redecorado para los huéspedes—. Enseguida le traen el desayuno.

No habían tenido tiempo para organizar de nuevo el salón como correspondía pero al menos podía sentarse tranquilamente.

Más tarde, Blake volvía a aparecer conversando con Wilson. El hombre le saludó como muchas otras veces y esperó junto a ella a que le trajeran la comida. Sin embargo, escasamente pudo sostenerle la mirada. Apenas había claridad por lo que cuando vinieron los sirvientes encendieron unas cuantas velas.

Un trueno rugió muy cerca haciendo temblar los cristales de las ventanas. A los pocos segundos un relámpago partió el cielo y la claridad

volvió por un instante. En el exterior, las ramas de los árboles crujían bajo las acometidas del viento mientras la lluvia se estrellaba con violencia.

—Preveo que este día va a ser muy largo, los cuatro encerrados aquí —sentenció Wilson, que temía que aquel enclaustramiento pudiera detonar la guerra entre la baronesa y él.

—Por lo que le conozco puedo asegurar que no es una persona que pase el tiempo en casa. Creo que un día le escuché decir que le encanta el aire libre —Niv siguió comiendo de su plato mientras le servían más fruta.

—Así es —entonces John se perdió en sus palabras, narrándole a Jane algunas de sus aventuras en América. Siempre había soñado con tener su propia granja, aunque sonara ridículo, John había nacido para trabajar en el campo. Se sentía realizado al utilizar las manos como herramientas. Pero también le gustaba ganar dinero y eso era una cosa que siendo granjero no tendría. Tal vez cuando hubiera conseguido suficiente compraría un terreno y se retiraría, pero de momento eso no iba a ocurrir.

La tormenta empezó a arreciar cada vez con más fuerza. Las arremetidas no podían hacer nada contra Kingland, no se movería ni un solo centímetro de su sitio. El techo y las paredes eran fuertes, pero los sirvientes les aconsejaron que se mantuvieran alejados de las ventanas y las puertas. Ambos se sintieron abatidos, su lugar favorito para leer eran las ventanas de la biblioteca, donde los dos podían sentarse a su placer mientras leían un único libro entre las manos de Niv. Tuvieron que conformarse con los sillones de oreja.

De imprevisto, se escuchó un ruido que no provenía del cielo y luego unos relinchos asustados. Niv se acercó a una de las ventanas y vio el desastre que había causado el temporal.

—Los caballos, John —decía mientras se dirigía hacia la puerta para salir por ella—. La tormenta ha destruido una parte de los establos. Se están escapando.

A Wilson no le dio tiempo a retenerla. Había huido en dirección a las cuadras y le tocó seguirla. En medio de la tormenta, casi era imposible caminar. El viento los hacía tambalearse y con los pies temblorosos apenas avanzaban. La lluvia había empapado las ropas y ellos se clavaban en el suelo debido al peso, además las gotas se estaban convirtiendo en una cortina que dificultaba la visión. Aun así, Niv no cedió en su empeño por llegar, ni John tampoco. La puerta daba golpes contra la pared a causa del viento y los animales estaban asustados por el temporal. Cuando silenciaron el cobertizo,

estos pudieron mantenerse en una paz intranquila.

Dentro de las caballerizas, un nuevo rayo iluminó el lugar y al instante un trueno sobresaltó a Niv. Algunos todavía seguían en sus cuadras, pero el habitáculo del semental que había montado hacía unas semanas estaba destrozado.

—Ni se te ocurra —fue la orden de un general o al menos a ella le pareció si Wilson hubiera tenido un cargo en el ejército, pues también perdió sus modales.

Observó por las ventanas los campos verdes que se extendían, la bruma seguía estando presente pero se podía distinguir una silueta negra en el fondo. A John no le dio tiempo de detenerla.

El agua seguía cayendo y el cielo se rompía cada vez que sonaba un trueno pero podía llegar hasta él. Estaba tan asustado que se encabritó e intentó golpear con sus patas a Niv pero ella sorteó el golpe. Se acercó hablándole en un tono que no pudiera asustarle y cuando estuvo lo bastante cerca para tocarlo, se agarró a la crin y con todas sus fuerzas, pues todavía tenía el vestido mojado, se aupó como una amazona. Un trueno asustó al animal y con su jinete salió disparado.

Niv se agarró a su pelo con fuerza para no caerse y con el rugido del cielo, este la llevó hasta los confines de la región.



Edward había conseguido dormirse cuando el alba despuntaba en el horizonte. Después de una noche como aquella estaba rendido y las leves gotas de lluvia que luego se habían convertido en una tormenta no lo habían despertado. No fue hasta que el sonido le taladraba la cabeza cuando se levantó. Percibió más ruidos, esta vez de fuera del cuarto, al parecer dentro de la casa había ocurrido algo. Se escuchaban órdenes y gritos por todas las paredes. Miró hacia el techo esperando poder silenciar todos los sonidos salvo los de la habitación de arriba.

Para cuando salió al pasillo, pudo ver como unas doncellas bajaban apuradas por las escaleras.

—Tenga, aquí las traemos —escuchó decir a una de ellas.

Cuando se encontró a vista de todos, pudo ver que la puerta principal estaba entreabierta, John empapado de arriba abajo y Blake mirándolo de una

forma que jamás pensó que existiera en su carácter.

— ¡Sí, lo sé! Ha sido mi error pero despiértalo ahora mismo sino quieres que nuestras cabezas decoren el lago —John tenía los ojos clavados en su mayordomo.

Edward bajó un peldaño.

— ¿Qué ha ocurrido aquí?

Todos los allí presentes miraron hacia arriba de la escalera al señor de Kingland, pero ninguno se atrevió a hablar. Las doncellas al entregar las toallas se marcharon a las cocinas, solamente Blake y John quedaron en la entrada.

Fuera, los truenos se disputaban quien era el más sonoro.

—La tormenta destruyó parte de los establos y los caballos se asustaron —fue Blake quien habló.

—No me dio tiempo, lo juro, Edward. El semental destruyó su pieza y huyó. Ella salió disparada.

Un solo suspiro forzado salió de sus labios. Los ojos se le congelaron en la boca de John al escuchar aquellas palabras. Su cuerpo se detuvo mientras su mente estudiaba todas las cuestiones que aquella frase albergaba. El único sonido que podía escuchar eran las gotas de lluvia que se rompían en los cristales. Odiaría aquel sonido como odiaba la barba de Carson, se relacionaban con momentos totalmente dolorosos en su vida. Tragó saliva para luego apretar la mandíbula con todas sus fuerzas.

Dio un paso hacia delante para enfrentarse a Wilson, pero se contuvo al segundo.

— ¿Qué le ha ocurrido? ¿Está bien, John?!

—La perdí entre la bruma —sabía que tenía que mirarlo a los ojos—. Estuve buscándola por la zona este. Ha desaparecido con ese maldito animal.

—Ordena que ensillen el caballo más veloz de los establos —le ordenó a Blake.

—Te acompañaré —se dispuso John—. Recorreremos más perímetro entre los dos.

—Milord, los animales están asustados. Solo conseguiría... —Blake intentó convencerlo de que no era la mejor idea.

— ¡YA!

—Esperad a que amaine la tormenta —no se rendiría tan fácilmente. Salir a buscarla en aquel estado no era la mejor solución. Intentó persuadirlo

de nuevo—. Es pe...

Con una sola mirada, el mayordomo guardó silencio. A pesar de su contra, Blake no tuvo más remedio que acatar las órdenes de su señor.

Edward cabalgó sin descanso observando todos los rincones por los que pasaba. Nunca había visto un vendaval de aquella fuerza. El viento se agitó a su alrededor en un abrazo helado y la lluvia se mezcló con las gotas de sudor que bañaban su rostro. Aun así, siguió cabalgando hasta notar que los muslos le ardían y sus manos apreciaban de nuevo la rugosidad de las cuerdas del amarre. Apenas veía las pisadas de otros animales en el suelo, el agua se estaba llevando las huellas. Levantó la mirada a todas las explanadas que se alzaban ante él. Siguió sin ver nada. Maldijo al tiempo, a la bruma y, sobre todo, a ella por no tener la prudencia de quedarse en Kingland con aquel temporal.

Espoleó de nuevo a su caballo, esta vez más deprisa, hasta que divisó una sombra negra. Apenas era un punto pero se mantenía quieto ante tanta furia.

La encontró. Tirada en el suelo inconsciente, con el rostro lleno de barro. Edward bajó raudo de su animal y se acercó.

— ¡Niv! —le retiró el cabello que se había pegado a su cara y puso la mano en la boca para sentir su aliento. Le temblaba por el nerviosismo, así que acercó la oreja hacia su corazón para escuchar el latir.

Su cuerpo estaba frío y pálido bajo el vestido. La subió al lomo del corcel y cabalgó directo hacia la finca. Cuando llegó, Pierre lo esperaba con una chimenea encendida y miles de mantas para cubrirlos. Las doncellas habían preparado caldo caliente.

La depositó en la alfombra y la inspeccionó de arriba abajo. Pasó las manos por su cuerpo sin notar nada roto, pero cuando llegó a la cabeza los dedos se tiñeron de rojo. Tenía una herida en la parte frontal del cráneo.

Pudo oír detrás de él asombros y espantos por descubrir la herida y a Blake ordenar a uno de los mozos que fuera a por el cirujano más cercano. Su mano seguía cubierta de rojo y los ojos de Niv permanecían cerrados. Sus oídos se fueron apagando hasta que la habitación quedó en silencio; solo se podía oír la respiración de Niv y cada suspiro era un sonido precioso. No dejaba de observar como su pecho subía y bajaba sin pestañear, mientras en su cabeza notaba su propio pulso. La garganta se le cerró tanto que tuvo que tragar un par de veces para no ahogarse. No ayudaba que estuviera apretando

los dientes con toda su furia. Le acarició el cabello y sus nudillos ásperos atraparon los mechones mojados que se adherían a su rostro.

Estaba paralizado por el miedo, su cuerpo se había quedado sin fuerzas. Niv permanecía con los párpados cerrados y la boca entreabierta. Azorado, intentó encontrar el pulso pero desistió al no ser capaz de moverse. Edward estudió el rostro de Niv mientras que sus pensamientos iban y venían, pero lo que se hacía oír por encima del viento era el miedo a perderla de la misma forma que perdió a su madre. Sin previo aviso, sin poder hacer nada por salvarla, sin estar ahí cuando ocurrió el desastre y sin poder decirle la verdad que luchaba dentro de él. El miedo y el pánico oscilaban en su interior como corrientes marítimas en plena tormenta, sometiéndolo hasta enloquecerlo.

Apretaba los músculos de su estómago para aliviar el sofocante dolor que le golpeaba el pecho. La boca se le secó de los nervios y sentía los labios hinchados. El resto ocurrió lentamente.

Las gotas de agua que caían de él iban a parar a ella, perdiéndose en su piel. El olor a tierra mojada envolvió la sala. Los ojos empezaron a empañarse y sintió que el corazón se paralizaba. No pudo controlar los espasmos que le recorrieron por todo el cuerpo.

La baronesa Delacroix le echó una manta por encima, había atisbado sus escalofríos. Observó como una de las manos de Edward custodiaba el cuerpo de Niv, mientras que la otra se iba tiñendo cada vez más de sangre. Recordó una frase de su marido Philippe: *“sea cual sea la herida, presiónala”*. Él jamás se refirió a una herida física pero valía por igual. Pidió a las doncellas que llevaran agua caliente y paños mientras esperaban al experto.

No se atrevió a tocarla pues el rostro de Edward demostraba la preocupación y el descontrol de su interior. Charlotte creyó que estaba ido, tal vez absorto en el miedo que todos sentían. Sin más dilación y con mucho cuidado colocó un paño en la contusión de Niv. Siguieron así hasta que el mozo trajo consigo al cirujano.



Un olor fuerte y amargo. Sintió un intenso hormigueo que provenía de la cabeza, como miles de punzadas que avanzaban hasta el centro. Todavía escuchaba el rumor del viento pero el tacto le decía que estaba en un lugar mullido y cálido. Al menos el goteo de la lluvia había cesado.

Todavía con los ojos cerrados sentía la claridad de la habitación. Olió de nuevo ese penetrante tufo que la repelía hasta querer huir de allí. Escuchaba una voz lejos y sus propios gemidos al imponerse al olor. Alguien le cogió de las manos y otra vez de nuevo ese estúpido hedor a podrido. Sin resistirlo más, abrió los ojos, pero solo logró mirar por una rendija. Pestañeó hasta que sus pupilas redujeron su tamaño.

Un hombre sentado en su cama le acercaba un frasco a su nariz. Cuando volvió a intentarlo, Niv se retiró hacia el cabezal de la cama para alejarse cuanto pudiera. Él dijo que siguiera su dedo y ella obedeció si con eso apartaba aquel frasco. Derecha, izquierda, otra vez derecha y otra vez izquierda.

— ¿Se encuentra somnolienta? ¿Le duele alguna parte del cuerpo? — mientras hablaba se acercó al rostro de Niv y abrió los párpados. Ella negó—. Necesito que levante primero el brazo derecho y luego el izquierdo. Siga luego con las piernas —obedeció—. Ahora dígame ¿sabe quién es? —asintió y el hombre sonrió—. Necesito comprobar su respuesta verbal, así que hable —como vio que había sonado muy arrogante añadió—, por favor.

—Mi no-nombre es Ni... Mi nombre es Jane, Jane Fairfax y soy la dama de compañía de la baronesa Delacroix.

— ¿Qué hace en Kingland? —mientras el hombre le colocó los dedos en la garganta.

—Charlotte contrató al duque de Richmond para comerciar con arte. Él nos invitó a pasar una temporada en la finca.

Niv contestó aquellas absurdas preguntas. Notaba su cuerpo muy pesado pero obedecía las indicaciones. El hombre no se había alejado de ella y pudo comprobar como observaba su boca para luego seguir con su nariz. Luego colocó sus manos en el cuello y lo movió en las mismas direcciones.

Después del escrutinio, le sonrió y cerró una especie de maletín piramidal. Se levantó de la cama y se marchó.

La baronesa, Pierre y Adeline estuvieron a su lado minutos después de que el hombre se marchara de la habitación. Se sentó, sin tocarla, pues temía hierirla a pesar de que el experto les había explicado que su dolencia no era importante. Sin embargo, todos sabían que un golpe en la cabeza no había que tomárselo a la ligera. Le cogió las manos y las acunó en su regazo deteniéndose en sus nudillos. Uno por uno fue acariciando las montañas. Cogió aire.

— ¿Cómo te encuentras? —sonaba congestionada como si hubiera estado enferma.

Hasta entonces, Nivill no fue del todo consciente.

—Bien —se vio sumergida en la cama con un cúmulo de mantas. El hormigueo en la cabeza seguía estando latente y palpitaba soportablemente—. Bien —esta vez, sonó más segura. A pesar del dolor de cabeza no sentía ningún otro malestar.

No supo si había tranquilizado a la baronesa pero así pareció. Cogió una de las telas que había en una palancana y se lo colocó encima de la cabeza. Estaba fría, muy fría y tenía un olor frutal.

Notaba como las punzadas en la cabeza se hacían más dolorosas por la claridad, por lo que cerró sus ojos. No volvió a abrirlos hasta que notó calor en su cuerpo. Charlotte se alzaba ante ella con la misma ropa y el mismo gesto de preocupación. Parpadeó unas pocas veces y esta la ayudó a incorporarse en la cama, después le ofreció algo de bebida que tomó con gusto pues notaba los labios y la garganta seca. Carraspeó un poco y miró la ventana. Volvía a llover pero ahora el viento había amainado hasta convertirse en un débil susurro. La lluvia que caía en línea recta seguía siendo constante aunque a nadie le preocupaba ya que fuera a romper los cristales. Respiró profundamente.

El hormigueo en la cabeza se había convertido en una presión tranquila que algunas veces palpitaba. Si no fuera porque tenía una venda que cubría su frente no pensaría que estaba herida, aunque por la expresión que tenía Charlotte había sido más grave de lo que ella sentía. Retiró algunas sábanas de encima hasta dejar a la vista el camisón blanco. En cuanto hizo eso, la baronesa se acercó y volvió a cubrirla. Jane repitió el mismo gesto y se destapó, pero Charlotte la retó.

—Tengo calor —fue lo único que se atrevió a decir para razonar sus gestos.

—Haberlo pensando antes de salir a por ese maldito caballo.

La baronesa estaba enfadada, mucho, de hecho. Siguió maniobrando con los trapos blancos, mojándolos y volviéndolos a extender en la palancana. Su tiempo se veía reducido a contemplar como Charlotte hacía los mismos movimientos una y otra vez, hasta que Adeline recogía todo y se marchaban.

Wilson fue a la hora de que Charlotte se marchara. Traía consigo el libro que ambos leían en la biblioteca y sus ojos, aparte de parecer tristes, estaban casi cerrados. Se sentó en la cama y comenzó a leer por donde se habían

quedado. No supo en qué momento se durmió.

XVI

Edward

Él apenas podía volver a ver a Niv. Estaba demasiado desolado para intentar mantener la calma en su presencia. Se había recluso en la biblioteca con la esperanza de olvidar aquellos momentos de angustia, aun así, todavía se encontraba con el estómago cerrado, la garganta reseca y el corazón apretado.

Había intentado quitarse el malestar bebiendo pero no funcionaba. Todavía sentía las gotas de lluvia en su piel y el frío en los huesos cuando cogió el cuerpo inerte de ella.

Levantó la mirada y a través del cristal observó al caballo por el que Niv estaba en ese estado. Era un ejemplar precioso y lo había admirado desde que se enteró de que era descendencia del caballo de su padre. En América no había podido tener ejemplares tan orgullosos y robustos. Casi le cuesta la vida de los dos. El muy canalla había vuelto a los establos después de la tormenta y se había comportado de la manera más dócil posible, como si supiera que por su culpa había ocurrido una catástrofe. Edward no quería echarle la culpa al animal pero cada vez que se encontraba con él le hervía la sangre.

Mientras caminaba hacia su cuarto no podía parar de pensar que desde el reencuentro le era completamente desconocida. Según le había dicho John, Niv quería salvar al caballo pero en su fuero interno dudaba de que en realidad quería huir de él. No estaba en una prisión y era libre de visitar cualquier rincón de Kingland, no obstante su conducta estaba siendo muy impulsiva. Siempre había sido temperamental pero ahora rozaba la demencia, ni siquiera había pensado en las consecuencias. La chica que él conocía no se hubiera expuesto de esa forma para salvar a un animal. ¿O sí? Quería creer que en ella estaba la mujer que recordaba pero a veces, solo por un instante, sabía que no era cierto y que en aquel aspecto que tanto le recordaba a Niv estaba Jane.

Ruidos en la habitación de arriba alertaron a Edward. Pensó que Niv se había caído de la cama mientras dormía y corrió hasta allí. Abrió la puerta y vio las sábanas esparcidas y un candelabro en el suelo. Revisó la sala pero ella no estaba.

No podía ser que le estuviera pasando de nuevo aquello. Se dirigió al salón y la encontró de nuevo en camión sentada sobre sus pies frente a la

chimenea. Conservaba la venda en la cabeza.

La última vez había dejado una manta para poder cubrirla. La extendió por sus hombros y ella recibió el calor con una sonrisa. Todavía no había avanzado en su investigación sobre los episodios nocturnos que le sucedían a Niv. Tenía claro que ella no recordaba nada pero quería averiguar qué le motivaba a levantarse en plena noche y buscar una chimenea.

Niv tenía el ceño fruncido y parecía cansada. Era normal debido al golpe en la cabeza, pero algo le alertó de que su estado estaba empeorando. Casi la pierde en ese accidente. No se preocupaba cuando él o John montaban pero desde que Niv había vuelto a su vida y la veía subida a un caballo, el pánico crecía en su interior.

Edward se acercó a su rostro y con la yema del dedo índice dibujó una línea desde su frente hasta la nariz, pasando por el puente y desvaneciendo las líneas de frustración. Ella pareció recibir el gesto como un indicio de calidez y amabilidad, según delató su pequeña sonrisa. Un detalle que encogió el corazón de Edward e hizo que se acercara todavía más.

Conocía muchos sentimientos, sabía reconocer el odio y el rencor, habían vivido en ellos durante mucho tiempo y aún seguía haciéndolo. El placer y el deseo fueron las emociones que lo cautivaron cuando apenas era un adolescente y disfrutaba de la compañía de Niv. El cariño, aquel que es el más puro de todos, solo lo había recibido de sus seres queridos, sus padres y abuelos se habían desvivido por darle lo mejor, ya que era hijo único y no tenía primos ni tíos. La amistad vino de la mano de Henry, cuando siendo niños estaba en las buenas y en las malas, lloviera o nevara, para después pasar el testigo a John. Él se había convertido en un pilar fundamental para su vida y seguramente sin Wilson hubiera perdido la cabeza. Pero había un sentimiento que jamás conoció hasta el momento que vio a Niv tirada en el suelo. No se trataba del miedo, ni del pánico, sino los remordimientos. Si Niv hubiera muerto, él también. Había sentido que todo era por consecuencia de sus actos, como su infelicidad, la muerte y la desdicha tenían su nombre. Lo único que deseaba en la vida era ser feliz y aunque también conocía ese sentimiento, lo sentía lejano y casi olvidado. Para el resto de personas, la culpa no estaba relacionada con la felicidad, pero para Edward todo venía precedido por esta.

Desde que Niv había despertado todavía no había ido a verla, sin contar los instantes que ella no recordaba. Ni siquiera se había pasado a hacerle

compañía mientras estaba postrada en la cama.

XVII

Jane

El primer piso estaba distribuido de la misma manera que el segundo. La decoración y la cantidad de puertas eran exactas. Mientras bajaba por las escaleras, se cogió del pasamano al notar el frío suelo en las plantas de los pies. El camisón le cubría por debajo de las rodillas y todavía tenía la venda en la cabeza. Después de días, en los que Edward no se había atrevido a visitarla, estaba furiosa. Su comportamiento había sido muy temerario, pero tampoco tenía porque castigarla con su indiferencia. Si la hubiera visitado o simplemente hubiera asomado la cabeza por su habitación preguntando por su salud le hubiera bastado, pero era demasiado orgulloso.

Abrió unas cuantas puertas pero en ninguna encontró lo que estaba buscando y las otras las encontró cerradas. Respiró con dificultad debido a su estado. Estaba tan enfadada por la actitud de él que apenas podía contener las ganas de ponerle las manos encima.

Sin siquiera pensar en su comportamiento decidió seguir buscándolo. La débil luz que entraba por las ventanas iluminaba muy poco los pasillos y la entrada principal. Se encaminó hacia la biblioteca, con la certeza de que ese sería su refugio para huir de ella.

Encontró a un Edward de pie conversando con Blake.

— ¡Señorita Fairfax! —Blake estaba sorprendido. Aquello no era correcto. En ese momento, Edward se giró y la vio.

—Por favor, Blake, ¿puedes dejarnos a solas a su excelencia y a mí?

Su rostro no pareció alterarse cuando se acercó a la joven y le dijo:

—Eso es inadecuado —entrecarró las cejas.

—Por favor, Blake —seguidamente habló Edward.

Se miraron durante unos segundos pero al final el mayordomo accedió a la petición. Cuando se hubo marchado, Edward se sentó en el sofá que daba a la ventana mientras se recolocaba el pañuelo al cuello.

—Veo que te encuentras mejor —se le había adelantado. Jane tenía preparado un discurso que lo haría sentirse humillado.

Sin embargo, después de escuchar esa frase se percató de que en su voz había un deje de dureza. Siguió observando cómo sus manos se enredaban con la tela blanca.

Ese día la biblioteca parecía mucho más oscura debido a que las cortinas estaban echadas. La chimenea no estaba encendida y solo unas pocas velas iluminaban la estancia. El humor de Edward ennegrecía todavía más la sala.

—Sé que fue una estupidez y lo lamento, pero tu acti...

— ¿Has bajado hasta aquí solo para disculparte por tu comportamiento?
—la interrumpió en el momento preciso en el que ella iba a exponer la actitud de él, sin embargo, su proceder, pues seguía sin mirarla, ensimismado en el nudo, hizo que se enfriara.

Jane sabía lo difícil que era tratar con él cuando se encontraba en ese estado, pero no perdía la esperanza.

—Ignorándome no vas a hacer que me sienta peor de lo que ya lo hago.

La furia que le invadió hizo que tirara con toda su rabia el pañuelo al suelo. Por inercia, Niv dio un paso atrás cuando él se levantó del sofá, pero en vez de ir hacia ella, se puso delante del escritorio dándole la espalda. Se frotó la frente con una sola mano.

—Ve a descansar. Ahora tengo muchos asuntos que atender —se sentó en la silla y cogió varios papeles.

—Vamos, Edward. ¿Es que no vas a perdonarme? Hice una estupidez pero no tienes porque...

— ¿Una estupidez? —se encaró hacia ella— Una estupidez es reírle la gracia a quien no debes, una estupidez es asustar a una persona que lleve en sus manos una copa de cristal, pero cabalgar en medio de una tormenta como la del otro día fue una completa locura.

—Sabía que estarías enfadado, bien, me lo merezco pero...

— ¿Enfadado? No puedes imaginar hasta qué punto.

El corazón de Niv dio un giro brusco dentro de su pecho, estrujando sus pulmones y aprisionando el aliento.

—Pues dímelo, seguro que así te sientes mejor.

Los ojos con los que la miró estaban llenos de miedo y desesperanza. Edward apretaba con fuerza las manos. Ahora, después de ver cuán afectado estaba fue más consciente del peligro al que se había expuesto y de que no había tenido consideración con sus sentimientos.

¿Y si Edward creía que había intentado utilizar la lluvia para escaparse? Desde que se habían reencontrado, Niv sabía que para él ella solo actuaba para infundirle dolor.

La joven se acercó y apoyó la mano en su hombro.

—Edward no me escapaba, no voy a marcharme.

— ¡Por supuesto que no! No te dejaré —se encaró a ella—. ¿Cómo pudiste...

Estaban tan cerca que era capaz de notar los detalles de su rostro como su barba incipiente. Niv sabía que aquello le había afectado mucho más por tratarse de una caída a caballo, y con ello no pretendía herirlo, simplemente había actuado.

Se acercó todavía más a él para dejarle claro lo culpable que se sentía por no pensar en sus temores.

—Lo siento, no pensé en las consecuencias.

Todavía no se atrevía a moverse, y él tampoco se lo permitió. Le puso las dos manos en los hombros y fue bajando por los brazos. Cuando llegó a las muñecas le acarició el interior de ellas. Edward no podía apartar la mirada de los labios de Niv.

—No vuelvas a hacerlo.

Antes de que replicara algo más, Edward se abalanzó a sus labios. Era como el néctar de la vida: dulce y necesario. Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral, pero no iba a detenerse. Cansada, se dejó llevar por él hasta que cayó en el sofá. No iba a luchar. Cuando recibió sus cálidos labios sintió que su cuerpo explotaba. Se ahogaba en los deseos de tener a Edward por fin para ella. Cuando la besaba respiraba como si fuese el último día de su corta vida, a pleno pulmón y sin medida. La cogió de la cara con una mano y la besó introduciendo la lengua, comenzando a sentir otros roces en partes de su cuerpo. Exploró cada rincón, sin dejarse ningún sitio. A su vez, ella le correspondía de la misma manera, siendo igual de atrevida y curiosa. Niv se cogió al cuello de Edward y al sentir como enlazaba los dedos con su pelo, soltó un gruñido desde las profundidades de su garganta. Fue él quien rompió el beso, pero seguía estando ahí conservando el momento íntimo.

Niv no podía pensar con claridad, solo ser consciente del cuerpo que tenía pegado al suyo. El olor de Edward la atrajo todavía más y fue eso mismo lo que consagró como protección, bienestar y amor. Deseaba volver atrás y tomar otras decisiones en su vida, porque abandonar a Edward había sido una estupidez. ¡NO! Una locura. Romper cualquier relación los había llevado a ese punto de doloroso anhelo. Por instinto, Niv se pegó más a él, queriendo fundirse y Edward estaba al borde de sus límites, no podía resistirse a las

caricias de Niv. Le apretó el pecho derecho con fuerza y ella soltó un débil gemido que le hizo sonreír de satisfacción. Se arqueó para que él pudiera llegar al cuello y ambos siguieron las instrucciones que se iban dictando el uno al otro sin base escrita. Como si estuvieran hechos para seguir esas pautas.

—Edward... —su nombre salió sin querer de la boca de ella.

Perdido en las pasiones, Edward atrapó la boca de nuevo con la suya y siguió acariciándola hasta hacerla temblar con el mismo anhelo que él. Estaba harto de ocultar algo tan natural como su deseo hacia Niv. El corazón le latía de manera errática.

Por un momento, se olvidaron de todo. Del tiempo, del lugar, de las circunstancias, y principalmente, de la venganza.

Niv le puso las manos en el pecho, su camisa estaba ardiendo y ella empezó a desabrochársela hasta que quedó un torso fuerte y duro en el que ella pudiera apoyarse. Le acarició lentamente, intentando poner los dedos en todas partes. Sentía que en aquel momento nadie podía atraparla, giraba y giraba en una espiral de cuerpos y sentimientos.

Él la miraba impresionado por la situación, Niv quería sentir cada momento de aquella realidad. La conocía demasiado bien para saber que exactamente estaba memorizando todos los gestos, la calidez de su piel, el olor, la suavidad, las luces y las sombras que los envolvían, las vibraciones de sus cuerpos, las arrugas que marcaban sus rostros, los brotes que crecían en su interior, la mezcla de sus alientos y la tonalidad de sus gemidos. Dentro de ella había algo que la hacía única y era su forma de sentir, de recordar y plasmar en su memoria los detalles que al resto se les escapaban.

Pero Edward no podía volver a unirse más de aquel modo. No si quería vivir como lo había hecho hasta entonces. No le molestaba estar acompañado de la oscuridad, que le envolviese hasta perder la cabeza, acariciarla y sentir como día tras días, noches tras noches se ahogaba un poco más en el pozo, sin embargo, jamás permitiría que la negrura le venciera. Tenía que frenar aquello si quería conservar la cordura.

Cogió sus muñecas y las apartó de su pecho, entre rápido y furioso, apenas se fiaba de sus movimientos. Después rio de buena gana ante el rostro de Jane.

— ¿De verdad crees que podría amarte? —su pregunta la pilló desprevenida pues todavía tenía vestigios de deseo en su cuerpo. Notaba la

piel caliente donde Edward la había tocado.

Niv pestañeó, aturdida por la rabia con la que él la miraba. Ahí estaba de nuevo y sentía que se hacía pequeña, que era una insignificante criatura que no merecía las palabras ni los gestos de nadie. Había tensado las fuerzas hasta su límite y se habían hecho trizas por completo. El hilo de la esperanza que había crecido en ese tiempo entre ellos, se rompió. En algún rincón de su ser notó como sus sueños se rasgaban, dejándola con un amargo sabor en la boca.

— ¿No ves el asco y la repulsión que me da tocarte? —Niv intentó librarse de él pero no podía. Lo tenía encima y era suficientemente fuerte para retenerla. Edward le colocó una de las manos en la cintura mientras la otra mantenía las muñecas quietas— Ni siquiera puedo soportar ponerte la mano encima. Tu olor, tu tacto, tu sabor, todo me repele.

Edward la miró con todo el odio, la rabia y la destrucción que fue capaz y Nivill, que jamás creyó volver a ver esa mirada, se resignó a vivir la realidad. Notó como la visión se le empañaba pero se obligó a no llorar delante de él. Su orgullo le impidió romperse en pedazos que tirarían a las perreras si la decisión fuera de Edward. La aversión, de la que había hablado antes, le llegó de golpe. Nunca se había sentido tan humillada, tan sucia. Tuvo que cerrar los ojos para que las lágrimas no se desbordaran. Se puso rígida de los pies a la cabeza y estaba casi segura de que él podía notar como sus músculos estaban tan tensos que parecían piedra. Sintió un vacío tan grande en su interior que temió quebrarse hasta convertirse en polvo y sospechaba que así sería hasta el fin de sus días.

—No vas a irte de Kingland hasta que yo lo ordene y eso será después de cumplir mis deseos de venganza —en su voz no había ni un deje de arrepentimiento.

Edward se levantó y comenzó a abrocharse los botones de la camisa. Podía ver como Niv seguía paralizada en el sofá. Al girarse, vio en su rostro un deje de confusión.

— Oh, ¡qué dulce! —se acercó a su lado y le acarició el cabello— ¿Pensabas tal vez que podía sentir algo por ti? —su sonrisa fue la de un lobo.

Ella le propinó un seco manotazo para que se apartara. No quería que la tocara de nuevo, ni escucharle cómo la insultaba. Se levantó dándole la espalda por completo y salió de la sala como un huracán. Estaba tan furiosa y herida que no se molestó en cerrar la puerta tras de sí.

No le quedó otro remedio que sacar las lágrimas que había tenido

guardadas dentro de ella. Cayó de rodillas en el mismo momento que cruzó su habitación. Se abrazó con la espalda encorvada y dejó que los sollozos la sacudieran. Todas las terminaciones de Niv vibraban por los lamentos. Y, de repente, sintió que el pecho le oprimía la respiración ardiendo por dentro.

¿De verdad había sido tan ingenua? Todavía no se explicaba cómo había creído que las caricias que le daba estaban llenas de amor. Edward jamás superaría su rencor. Ni aunque le pidiera de rodillas perdón conseguiría que él olvidara el pasado para vivir un futuro juntos. Si no se controlaba gritaría hasta desgarrarse la garganta. No había solución para ellos dos. Había intentado engañarlo pero, ¿a quién quería mentir? Tenía el mismo aspecto que cuando se marchó, era idéntica a la persona que había sido. Incluso su corazón seguía siendo de él. ¿Cómo había sido tan estúpida cuando él solo quería vengarse?

¿Qué más daba todo?

Edward sabía quién era ella, si no jamás se hubiera puesto en evidencia. Era lo único que importaba, nada más. ¿Por qué seguir ocultándose? ¿Por qué vivir como había vivido durante todos esos años? Estaba harta de rechazar lo que era, de ocultarse del mundo. Los errores se pagaban y ella lo había pagado desde que se separaron.

Ahora lo veía con total claridad: prefería ser destruida por Edward que por sí misma. Durante los siete años que llevaba alejada de Inglaterra esa era la misión que llevaba dentro: destruirse. Dejar de ser Nivill para convertirse en una mujer distinta, reacia al amor, viviendo con el miedo a todas horas. Puede que de ahora en adelante fuera Jane, la dama de compañía de la baronesa Charlotte Delacroix, pero en su alma volvía a ser Nivill Darcy. Si Edward quería destruirla, pues bien, que lo hiciera.

Lloró en silencio hasta que le dolió la cabeza, hasta que los sollozos la agitaron violentamente. Exhausta, y en un estado de tranquilidad después de la llantina, consiguió distinguir todos sus errores.

Pidió a Adeline que trajeran la tina y agua caliente para bañarla. Mientras se quitaba la suciedad que Edward le había proporcionado momentos antes con ahínco, empezaba a volver a sentirse más ella y nadie podría callarla esta vez.

XVIII

Edward

La calma no reinó pasados dos días después de aquel horrible incidente. Niv y él intentaban mantenerse alejados el uno del otro, aunque Edward se moría de ganas de pedirle perdón por su comportamiento. Se le había escapado de entre los dedos la posibilidad de reconciliación y aunque jamás la tuvo prevista, en aquellos momentos casi había sido su deseo. La observaba cuando ella no se daba cuenta, percatándose de todos los gestos que hacía, trabajaba muchas más horas que antes en los asuntos de Charlotte y los celos le dominaban cuando veía que John compartía momentos junto a ella, aun así, se mantenía lejos y distante.

Se levantó del escritorio, el mueble con más poder en la biblioteca y se sirvió una copa de whisky para refrescar sus pensamientos. Si hubiera compartido sus pesares nadie le hubiera dejado actuar de aquella forma, pero en el mismo instante que vio a Niv tirada en el suelo inconsciente, la había creído muerta y su mundo se detuvo. Lo abandonaba de nuevo y esta vez para siempre, no era una cuestión de venganza sino de miedo. Edward jamás podría amar a Niv otra vez porque temía perderla de un modo destructivo. Era mejor el odio que la pérdida, él lo sabía mejor que nadie pues había visto como todos sus familiares iban abandonándolo poco a poco. Al sentarse de nuevo, vio la silueta de una mujer en la puerta, de pie, mirándolo con el ceño fruncido y sin la venda. Edward pensó que era un espejismo.

El caso es que Niv no sabía por dónde empezar. Contar la verdad no era tarea fácil, pero estaba decidida a confesárselo. Habló solo cuando supo que no iba a tartamudear.

—Tenías razón, Edward —se encaminó hacia él—. Creí que estaba elaborando un buen papel y que sabría interpretarlo con todo el arte del mundo. ¡Cuán equivocada estaba! ¿Verdad?

— ¿A dónde quieres llegar a parar con esto? —bebió de su vaso. Tenerla en la biblioteca con la puerta cerrada después de lo que vivieron no era una buena idea. Se moría de ganas de abrazarla y decirle que todo había sido un engaño. Apretó los puños para infundirse valor. Debía mantener a Niv lo más alejada posible de él si ambos querían sobrevivir.

Niv se acercó al escritorio. Apoyó sus manos en él y bajó la cabeza

hasta situarla a la altura de los ojos de él. Edward pensó que tenía los ojos más oscuros, de un verde casi jade y que sus labios, de tan cerca, eran carnosos y frutales.

—Soy Nivill Darcy —le cogió el vaso y se marchó a uno de los sillones. Edward no pudo creer lo que de sus labios salió—, pero debes saber una cosa más —bebió del vaso—. Nivill Darcy también murió hace siete años.

Nivill jugueteaba con el líquido del vaso mientras Edward la observaba. Apretó los labios, enrabiado por la verdad. Estaba admitiendo su identidad y él juró vengarse de esa persona que tanto dolor le había causado.

—Cuando ocurrió todo aquello, no me quedó alternativa. Tuve que marcharme y desaparecer. Querías saber quién era, ya lo sabes.

Tal vez debería hacerle caso a las palabras de Niv, tal vez debería prestar atención a la verdad, tal vez incluso entender por qué lo hizo, sin embargo, Edward solo podía pensar que su relación se estaba rompiendo. Sin esa mentira que los unía, sin el miedo por las consecuencias, Nivill podría volver a casa y afrontarlas, estaría tan cerca de ella y, sin embargo, no podría tocarla, tendría que vivir con la angustia de saber cómo su propia felicidad se hallaba en la finca de al lado.

— ¿Esperas que me apiade de ti por decirme la verdad a estas alturas? —se levantó de la silla que presidía y se echó más whisky en otro vaso. No esperaba que en el momento que Niv le dijera la verdad él tuviera que enfrentarse a otros demonios.

—No espero nada de ti, salvo la destrucción —bebió—. Lo he visto en tus ojos, sé el odio que hay en ti. Y sé que solo hay un modo para que uno de nosotros encuentre la paz.

— ¿Por qué hablas como si tú hubieras sufrido? ¡Me abandonaste! — puso los puños en el escritorio dando un sonoro golpe— Decidiste desaparecer, provocar un escándalo antes que... No merece la pena retomar temas del pasado.

—No, y menos cuando ya me has sentenciado.

Edward se mordió el labio para no gritarle con insultos que asustarían a cualquier dama menos a ella. Resopló. Olvidaba que ella no era una dama. Era un monstruo que a su paso destruía sus ilusiones.

— ¿Por qué decides contármelo ahora? —sabía la respuesta. Aquel momento había sido crucial para ambos.

—Llevo siete años viviendo sin vivir, los mismos que tú esperando para la venganza, pero el otro día, cuando me volviste a mirar de esa forma — Edward tuvo que apartar la mirada de su rostro. Se avergonzaba de su comportamiento y se moría de ganas de consolarla pero no podía dejar de lado su orgullo—, comprendí que la mereces —Nivill estaba serena y distinta. Parecía que se había resignado a su destino—. Durante todo este tiempo, en lo único en lo que pensaba era en la animosidad y la antipatía que nos tenías, pero jamás creí que te debiéramos una satisfacción —dejó el vaso.

—No sabes de lo que hablas —siguió sin mirarla a la cara.

Nivill profundizó su mirada tanto que Edward sintió que allí donde lo observaba empezaba a arder. Pudo notar como le costaba decir aquello. Como se estaba ofreciendo en bandeja para que él se desquitara con ella por ese resentimiento que tenía acumulado. La mujer que él llegó a conocer jamás hubiera dejado sublevarse.

—Es eso lo que quieres, ¿no? ¿Por qué no puedo entregártelo si estoy de acuerdo en ello?

— ¿¿Te estás oyendo?! ¿Desde cuándo tú estás de acuerdo en que me cobre esta afrenta? —ahora era él quien la rompía con la mirada mientras ella jugueteaba con el vaso en las manos.

—Desde que asumí parte de la culpa.

—Tú no... —pero se calló de inmediato.

—Tú lo has dicho. Te abandoné. Era destruirnos u odiarnos. Elegí que me odiaras a verte desgraciado en mi compañía.

—No tenías poder para elegir eso. ¡No me diste alternativa! Tuve que acatar tus órdenes como si fuera tu sirviente, en vez de tu prometido. Si en algo tienes culpa es en hacerme un desgraciado desde hace siete años, Nivill. No voy a perdonarte eso, eso ni nada de lo que me has hecho durante este tiempo. Quieres que me ensañe contigo, quieres que me venga para que tú puedas tener la conciencia libre de cualquier remordimiento mientras yo vivo en un infierno. No lo vas a lograr —se disponía a marcharse cuando Nivill lo cogió del brazo.

—Edward —susurró su nombre con tanto dolor en el alma, que estuvo a punto de abrazarla. Ambos habían sufrido tanto que necesitaban una tregua para seguir adelante con sus vidas.

—No vuelvas a llamarme así —abrió la puerta y se libró de las manos de Nivill.

Cuando cerró, sintió las mejillas húmedas. Había intentado entregarle lo que él quería, la venganza que tanto ansiaba, pero él la rechazaba. ¿Cómo entonces iban a mantener una tregua? ¿Y por qué seguían en ese papel? ¿Por qué no alejarse y dejar de hacerse daño, si Edward había rechazado la idea de vengarse? No entendía que iba a pasar con ellos. Aun así, lo que más le dolía era destrozar de aquel modo a Edward. Era la víctima de todo y durante esa conversación se había dado cuenta del sufrimiento que llevaba dentro.

Si lloraba no era por ella, si no por Edward. Si alguien se merecía ser feliz era él.

Cuando acabó de soltar todas las lágrimas, le indicó a Adeline que avisara a los demás de que cenaría en su habitación. Estaba demasiado agotada para bajar.

Edward tampoco bajó al comedor.



Al despertarse vio cómo se colaba la luz anaranjada por la ventana y distinguía las motitas de polvo volar por el aire. Debido a las pocas horas que había dormido, no había descansado. Tenía un aspecto desastroso, con los ojos rojos y una barba incipiente del día anterior.

Fue el segundo en bajar a desayunar, la baronesa estaba sentada en la mesa jugueteando con la cuchara del té.

—Buenas días, señora Delacroix. ¿Ha descansado esta noche? —cogió la pequeña tacita.

—Buenas días, su excelencia —le dedicó una ligera mirada—. Al parecer más que usted.

—Sí, no he podido apenas conciliar el sueño —se sentó en la silla que presidía la mesa y cogió el periódico para empezar a leerlo—. Será el calor.

— ¿Calor? —entró en el comedor John saludando a los presentes— Es extraño, empieza a refrescar —entonces, la baronesa miró al americano—. ¿Ha ido a ver si se encuentra en condiciones de bajar a desayunar con nosotros, señor Wilson?

Edward notó el deje de preocupación en el tono de la baronesa y cuando miró a John para ver la contestación, este solo pudo dedicarle una solemne mirada de reproche. Estaba claro que Wilson iba a apoyar a Niv pasase lo que pasase. Siempre había sido reacio al desquite que tenía pensado para ella.

—No ha contestado, pero seguro que bajará —le dedicó una dulce sonrisa. Si no hubiera sido porque era americano, Charlotte le hubiera agradecido de otra forma las molestias que se tomaba con Jane—. No se preocupe.

Sabía que hablaban de Niv. De repente, entró por la puerta sigilosamente, sin hacer ruido. Iba vestida con un traje rosa pastel que la hacía parecer más blanca de lo que era. Edward pensó estar viendo un ángel caído en desgracia. Dijo un buenos días en general y se sentó al lado de John y de él, como correspondía al protocolo.

Al llegar ella, la estancia se quedó en silencio. La baronesa rompió el hielo hablando:

—Toma, querida. Hoy ha llegado una carta de Matthew en el correo de la mañana.

Niv miró el papelito que le entregaba Charlotte. El solo pensar en enfrentarse a Matthew le daban ataques de risa. No podía pensar en tolerar la compañía de alguien tan gentil como él mientras ella estaba rota.

—Quémela —y siguió probando la fruta.

—Oh, Jane. ¿Por qué dices eso? Pensé que serías más indulgente con él, después de decirme que estabas pensando en aceptar a Matthew.

Edward tosió de golpe, el café se le fue por el lugar incorrecto. ¿Niv con el aquel mequetrefe? Había visto como él la miraba, como deseaba tocarla tanto como pudiera, sus sonrisas y sus atenciones eran todas para Niv pero también había visto la indiferencia de ella, el rechazo a ser más cálida y animosa a fin de dar a malinterpretaciones.

—Todavía no le he dicho que sí —bebió de su taza, tomando especial atención en no abrasarse la lengua.

—Pero dijiste que te había hecho cambiar de parecer respecto al matrimonio.

Sin ser consciente de sus pensamientos, recordó cuando Edward le pidió que se casara con ella y Niv había aceptado tan rápidamente que no le dejó acabar la pregunta. Le miró de repente, pero él sostenía la fría mirada en el café.

— ¿Debo decirle entonces enhorabuena? —John no parecía contento con la noticia.

El americano parecía observarla inquisitivamente y ella percibió su incredulidad. Se demoró en su mirada, contando cuantas veces había

pestañeado. Entonces, no le quedó más remedio que admitir lo inevitable.

El mundo giraba, las vidas seguían, ella no podía detenerse si Edward no la frenaba y Matthew era un buen hombre, atento, agradable y cariñoso, aunque si quería que aquella relación avanzara necesitaría decirle la verdad. Porque, por supuesto, estaba cansada de ser Jane y volvería a ser Nivill Darcy. Cogió la carta que la baronesa le entregaba y la abrió. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Está en Nottingham. Quiere que nos veamos.

La baronesa se levantó de su silla y se encaminó hacia la de Niv con una sonrisa de oreja a oreja. Su plan de casarla estaba tomando forma. Sabía de buena tinta que Matthew no era un hombre que se acobardara ante una negativa, si no que conseguía conquistar el corazón de la dama con muchas otras vías.

—Entonces, tendrás que prepararte para la visita. Apostaría por el vestido color crema, siempre tienes que destacar ante Matthew.

Niv no fue consciente del aspaviento que hizo pero la baronesa la reprendió con un golpe en la mano. No estaba bien hacer esas demostraciones sobre un hombre que mostraba interés hacia una misma.

—Cogerás el carruaje. El duque no tendrá reparo en prestártelo, ¿verdad que no?

Tardó un segundo en contestar, por inercia. La mirada de Charlotte, impaciente, hizo que no le diera tiempo a pensar la respuesta.

—Por supuesto que no.

La baronesa empujó a Niv hacia su habitación como si temiera que cambiara de opinión. Cosa impropia de ella, que cuando tomaba una decisión la seguía rigurosamente. Durante el trayecto, no paró de hablar de las joyas que podía utilizar para que Matthew estuviera impresionado con su aspecto, según ella porque había perdido luz en Kingland.

Mientras tanto, en el comedor, John dejaba los cubiertos con todo el ruido del mundo en la mesa, esperando que Edward notara el sarcasmo.

—Esto es toda una novedad. ¿Desde cuándo Lord Edward Wingfield entrega a Nivill Darcy a otro hombre? —como él no contestó, John siguió hablando—. Porque si me lo hubieras dicho, habría estado encantando de ser yo, y si no recuerdo mal, ni siquiera me has permitido que me acerque a ella sin que tú estuvieras merodeando a nuestro alrededor, ¿y ahora le dejas tu carruaje para que vaya a ver a ese pusilánime? No hay quien te entienda —

bebió de su tacita.

John tenía razón, dejarla marchar era un disparate. Aunque todavía siguieran dolidos no podía cerrar esa puerta y entregarla a otro hombre en su estado. Se aprovecharía de su vulnerabilidad y conseguiría su propósito de desposarla mientras que él viviría condenado a la infelicidad.

—Pero deberías alegrarte. Has conseguido que Jane encuentre un marido a la altura de Nivill. Pongo la mano en el fuego que si ese hombre ha sido elegido por la baronesa, es un candidato perfecto. No hay mayor venganza que esa: la vida de Jane se convertirá en un calvario con un marido así —siguió hiriendo.

—No es Jane —apretó los dientes—. Ayer mismo me lo corroboró.

—El caso es que se te ha acabado el juego, Edward.

Su vida no era un juego, ni la de ella tampoco. No iba a dejar que alguien se interpusiera entre ellos. Puede que todavía tuvieran problemas que resolver y afrontar pero no podía imaginarse de nuevo en América, Kingland o en cualquier parte del mundo sin Niv. Una vez no luchó por ella, no iba a cometer el mismo error otra vez.

Rápidamente, Edward arrastró la silla y salió en su búsqueda.

Allí, la baronesa repiqueteaba en la mesa más alejada con una taza de té mientras escribía una carta para Matthew corroborando la hora y el lugar para el encuentro. Niv se sentó cerca de la ventana con un libro en el regazo, contemplando las vistas, un jardín perfectamente geométrico, con un color verde vivo y un aire fresco y limpio.

La puerta se abrió bruscamente y eso distrajo a las dos mujeres de sus actos.

—He cambiado de opinión —dijo mientras todavía tenía la mano en el pomo de la puerta—. No les dejaré utilizar la calesa.

La baronesa dejó la pluma en su sitio y se dirigió hacia Edward:

— ¿Ocurre algo? ¿Es que acaso desconfía? Conozco a Matthew desde hace tiempo y sé lo magnífico que es. Seguro que Jane opina lo mismo que yo. No tiene que temer por nosotras, se lo aseguro.

No sabía cómo tratar el asunto. No podía desvelar sus motivos pero tampoco podía ceder a su petición. No podía pensar. Su única reacción era esa.

—No irá —ser un completo estúpido.

—Su excelencia, su negativa me parece un tanto desmedida —la

baronesa empezaba a inquietarse.

—No puedo permitir que vayas —esa última frase la dijo mirando directamente a los ojos de Niv.

—Jane irá a ver a Matthew y nadie podrá detenerla —el tono con el que habló hizo que Edward la mirara de una forma completamente distinta. Siempre había pensado que Charlotte era simplemente la señora de Jane pero ahora se daba cuenta de que nunca fue así. Jane era como su propia hija y no dejaría que él se interpusiera en los planes de futuro que tenía para ella—. ¿Me ha oído, Richmond?

—Jane se quedará aquí en Kingland conmigo. Si usted desea ir a ver a ese hombre, es libre de coger sus cosas y marcharse. El carruaje estará preparado en cuanto diga. Respecto a su dama de compañía, ahora es mía —y midió sus fuerzas con Charlotte, porque si ella era su hija, Niv era su mujer.

XIX

Jane

Si los ojos de la baronesa alguna vez fueron marrones nadie lo diría en ese preciso momento. Se habían agrandado y las pupilas estaban al borde del iris al escuchar aquellas palabras de la boca de Edward. Jamás había tenido un enfrentamiento tan abierto como el que estaba viviendo. En Francia le tenían miedo o sumisión, dependiendo de la familia, pero lo cierto era que nadie se atrevía a medir sus fuerzas con ella. ¡Quién era él para hacer tal cosa!

— ¿Se ha vuelto loco? ¿Va a retenerla contra su voluntad? —replicó la baronesa al ver la dureza con la que hablaba Edward.

—Si quiere verlo así, adelante, no me opondré —para Niv sonaba sumamente soberbio—. Pero ella no irá a ninguna parte.

—Ha perdido el juicio. No puede obligarla a permanecer bajo su techo como si fuera de su propiedad. Además, si no va a su encuentro con Matthew, se preocupará. Es amigo nuestro desde hace mucho tiempo y no creo que le satisfaga no tener respuesta.

¡Maldito hombre! Lo odiaba desde el momento que vio cómo miraba a Niv en aquel baile en Francia y todavía más cuando presencié el amor que le profesaba en su propia casa. Le irritaba solamente oír su nombre y ver como la baronesa lo tenía en gran estima solo fue un aliciente para que estallase. Pensaba que se había librado de él, que no supondría un problema mientras Niv estuviera en Kingland pero de nuevo aparecía, entrometiéndose en sus vidas. Pues bien, le quitaría las ganas de estarlo.

—Dígale que venga. Matthew está invitado a Kingland —cerró la puerta de la habitación y ambas se quedaron en silencio.

La baronesa se quedó mirando el pomo por si entraba de nuevo. Después de un instante, se atrevió a mirar a Jane. Tenía los ojos idos como si no entendiera que había ocurrido. Se acercó lentamente hacia la ventana y observó el mismo paisaje que ella. Ese jardín las absorbió transportándolas muy lejos de allí. Solo cuando parecía que las piezas estaban encajando en su cabeza se atrevió a preguntar:

— ¿Eres la amante del duque?

Por un segundo la pregunta le pareció absurda y estalló en una pequeña carcajada, pero viendo el comportamiento de Edward era más que creíble.

Dejó de reírse cuando contemplando el rostro de Charlotte descubrió que no se trataba de una broma. Observándolo desde el punto de vista de ella, era más que notable que pensase eso.

—No, por supuesto que no. Edward...— ¿qué iba a decirle?

— ¿Edward?

—Su excelencia es... un viejo conocido. Él solo quiere...

—Llevo siete años cuidando de ti, sin saber nada acerca de tu pasado y sin preguntarte acerca de él, porque solo Dios sabe lo que hiciste o lo que fuiste pero, si tengo que lidiar con un demente perturbado y posesivo, merezco saber mucho más que una simple frase.

—Desconfiáis de él —no podía culparla después del despliegue de poder que había hecho Edward.

—Por supuesto. *¿Ma chérie*, no estabas en esta habitación hace un momento? Parecía encolerizado y hubiera hecho cualquier cosa con tal de que no fueras a ver Matthew.

Se levantó, alejándose de la baronesa, no quería estar cerca de ella cuando todo empezara a encajar. Su mente estaba llena de hilos que se unían y desunían sin tener respuesta, para cuando conseguía esas respuestas, los mismos hilos empezaban a deshilacharse y así, nacían otras fibras. Y en ese preciso instante, Charlotte estaba intentando unirlos para entender la situación.

—No le cae bien Matthew —Jane se abrazó a sí misma para infundirse valor—. Solo se trata de eso.

—Matthew es un encanto. Todavía no he conocido a nadie que no disfrute de su compañía. Si a Richmond no le cae en gracia su presencia, ¿por qué lo ha invitado a Kingland?

Estaba viendo que no iba salir airosa de la situación. Cerró los ojos y respiró tranquilamente, pero no sirvió para contener la curiosidad de la baronesa.

—Creo que se debe a otra cosa. Lo único que Edward... que su excelencia —se corrigió enseguida— desea es tener a Matthew y a mí en el mismo techo.

— ¡Santo cielo! El muy canalla tenía razón. Mataré a ese maldito americano con mis propias manos —gracias a ese comentario el ambiente mejoró. Detrás dejaron el disgusto y se tranquilizaron—. El señor Wilson me dio a entender que su amigo estaba mostrando una atención especial en ti, pero lo acallé diciendo que eso era imposible pues tú jamás has mostrado algo

parecido al interés en un hombre. Después de eso vi cosas en él que despertaron mis dudas pero nada destacable.

—Y no hay nada, baronesa —con un pesar en el corazón tuvo que admitirlo.

— ¿Cómo que...? —se acercó a ella y le puso una mano en la mejilla. Había percibido el sufrimiento en su voz— Verás como cuando Matthew esté aquí sus sentimientos salen a la luz. No consentiré que te cases con otro hombre que no sea él, si el muy bastardo de John tiene razón.

—Los sentimientos que alberga el duque por mí son nocivos. Lo único que conseguirá Matthew viniendo a Kingland es ver cómo me destruye poco a poco —tuvo que mirarla para que asociara lo que sus palabras querían decir.

— ¿Abandonaste a tu prometido, Jane?

Era astuta como un viejo zorro. Sentía admiración por esa cualidad que muy pocas personas tenían. Se adelantaba a todos, dejándolos un paso por detrás.

Los ojos se le humedecieron al recordar la noche que decidió abandonarlo.



Necesitaba ser lo más rápida posible, pero las lágrimas le impedían ver aquello que sostenían sus manos. Le temblaban hasta el punto de pensar que algo le estaba ocurriendo a su cuerpo. Solo quería caer al suelo y llorar hasta que su propio llanto le devastara, hasta que las lágrimas consumieran sus ojos y el corazón le estallase en el pecho. Solo así conseguiría la paz.

Dolía como si una hoguera estuviera creciendo en su interior y quisiera devorarla por completo, reducirla a cenizas y consumirle el alma. Sin embargo, algo que no sabía reconocer, algo que nunca había visto, ni sentido, le obligaba a seguir guardando su ropa en el baúl.

Cuando Cassandra entró en su habitación corrió a ayudarla pero ella la rechazó con un manotazo. Solo quería que el sufrimiento que sentía se uniera a ella para poder seguir viviendo. Necesitaba que las llamas dejaran de crecer si quería conservar la cordura. Un dolor lacerante le atravesó el pecho nublando la vista y la doncella se acercó para abrazarla y consolarla con palabras cariñosas que ella rechazó nuevamente.

Solamente una persona podría aplacar todo ese malestar, reconstruir

su cuerpo y su alma hasta volver a ser lo que fue. Pero esa misma persona había sido quien más la odiaba, quien la detestaba y la repudiaba por quién era. Ella le había dado todo lo que tenía en sus manos. ¡Le había entregado su corazón! Y él no había dudado en odiarla cuando la verdad salió a la luz. No podía soportar la repugnancia con la que la había mirado.

¡Maldita sea! Ella no había tenido nada que ver con la relación de sus padres, ni con la muerte de los de Edward. ¿Por qué lo estaba pagando?

Notó el calor de Cassandra en su espalda y sin ser consciente lo agradeció. Era lo único que la ligaba al mundo sin que la despedazase. Mientras Niv jadeaba, se mordió el labio inferior donde todavía conservaba la herida que le había hecho su padre. El sabor ferroso de la sangre le llegó al estómago y le produjo náuseas. El aturdimiento y la desesperación que sentía le embotaron un instante en el que, agradecida, creyó caer inconsciente en los brazos de su amiga.



Pestañeó muchas veces para que las lágrimas no se desbordaran. Llorar no servía de nada en aquel momento, pero decirle la verdad a la baronesa, podría suponer un cambio. Ella sabría que debía hacer.

—Sí —fue como un susurro ya que era la primera vez que lo decía en voz alta.

—Eso todavía me alarma más, solo hay una razón por la que pudiste abandonarlo, pues por su espantoso físico no es. ¿Te trataba mal?

La sangre le bombeó de repente como si toda ella se hubiera acumulado en el corazón durante un tiempo. Se volvió pálida ante la acusación que había pronunciado.

Empezó a balbucear y tuvo que serenarse para poder explicarse.

—Charlotte, no. Edward es... era maravilloso.

— ¿Entonces, por qué lo abandonaste, Jane? ¿Te fue infiel? ¿Acaso es impotente?

—No, no. Nada de eso, cielo santo —se echó a reír para después mirar a la baronesa—. No pudimos, ni podemos estar juntos. Solo fue eso. Nuestra única salvación era que yo lo abandonara. Por eso cuando se empeñó en venir a Kingland, yo me opuse en rotundo...

—Vaya, querida, podías haberme contado la historia desde un primer

momento y me hubiera ahorrado este calvario. Llegué a pensar en que había perdido el juicio cuando abrió la puerta de golpe.

—Lo lamento, no era mi intención preocuparla.

—Tarde para eso —se acercó al escritorio y retomó la carta—. Tendré que avisar a Matthew de las nuevas que nos ha ordenado el señor de Kingland —aquello sí era una de sus bromas para suavizar el momento—. De todas formas, no bajaré la guardia. Ese hombre lleva mucha carga detrás y no me gusta nada.

Niv sabía de qué hablaba pero quiso dotar los siguientes momentos de alegría. La baronesa se había ganado ser feliz, al menos ella iba a recompensarla por su preocupación.

—Yo también debería escribirle las normas de cortejo a *Monsieur Trémoille*, puesto que jamás he visto que una de ellas sea el pasar la noche con una dama. Antes de la boda.

La baronesa miró de soslayo a su compañera.

—Pequeña granuja, pensábamos que dormías —y rio.

Cuando la baronesa se marchó de la habitación, Niv observó detenidamente los horizontes de la propiedad. Las llanuras que se extendían ante Kingland eran la envidia de todos los dueños de una finca. Era una sensación maravillosa vislumbrar la fuerza con la que la hierba crecía y como conseguía armonizar con la majestuosa fortaleza.

Niv vio pasar a Edward, que se dirigía a la parte trasera de la casa acompañado de John. Estudió sus andares de largas zancadas acompasadas por el suave balanceo de los brazos. Se enrollaba las mangas, igual que Wilson. A pesar de la lejanía vio pequeñas cicatrices en sus brazos idénticas a las de su amigo.



Como la baronesa la había abandonado por un fuerte malestar de cabeza, Niv estaba más que aburrida y decidió, ya que los hombres estaban trabajando en el campo, ir a los establos. Había breves instantes que rozaba la felicidad y casi todos era montada en el lomo de un caballo. Solamente en la casa de campo de Charlotte lo había notado. Cuando nadie podía descubrirla, cuando montaba como un hombre y como el mismísimo Diablo. Gracias a esos momentos, sobrevivía.

El primero que se acercó para olisquearla fue el semental que la había tirado al suelo en aquella tormenta. Resopló ante su cara y rio de buena gana al sentir el aliento apestoso del animal.

—Ni lo sueñes —dijo una voz reconocida a sus espaldas.

No tuvo que girarse para saber que Edward no la dejaría montar, pero aun así el hecho de contradecirle le animaba por completo.

—Sé cabalgar desde niña —se giró hacia él—. Y si no recuerdo mal, tú admirabas mi forma de hacerlo. ¿Cómo dijiste una vez? —se puso el dedo en el labio y dio toquecitos— ¡Ah, sí! Nadie podría atraparme si me subía a un caballo.

Edward se acercó y acarició la cabeza del animal.

—Has perdido facultades. Te vi montando hace poco, ¿recuerdas? Ahora todo el mundo podría atraparte.

Los labios de Niv se abrieron de asombro y casi da un paso hacia atrás para poder observarlo en todo su esplendor. Edward le había seguido la broma como antaño y sonreía de la misma forma. ¿Qué había pasado para que cambiara de actitud? ¿Se estaba volviendo loca y no sé daba cuenta?

—Ya no quiero correr. No tengo porque huir.

Sus miradas se encontraron y Edward fue acercándose poco a poco. En el momento justo que la tocó ella retrocedió. Fue un reflejo, por más que deseara que la tocara no creía poder volver a soportar sentirse sucia por su contacto.

Para aliviar la tensión, Niv preguntó:

— ¿Cómo te las hiciste? —miró las cicatrices de sus antebrazos.

Edward las cubrió con sus propias manos.

—Al principio tuve que trabajar muy duro en América —miró de nuevo al caballo que se había alejado de ellos—. Era lo único que me mantenía cuerdo desde aquel día. Los trabajos pesados me cansaban y cuando llegaba la noche, conseguía dormir. Era arriesgado y sufrido pero mereció la pena. Luego fue más llevadero —después de unos minutos en silencio, se atrevió a preguntarle: — ¿Dónde estuviste tú?

—Cogí el primer barco que zarpaba al continente. París me pareció un sitio adecuado para una desconocida como yo.

— ¿Fue allí donde conociste a la baronesa?

Ella asintió.

—Vendí las joyas que había podido recoger y algunos de mis trajes para

pagar una habitación —al recordar aquellos momentos se extrañó de lo lejano que parecía—. No sé qué hubiera sido de mí sin Charlotte. Ella nos acogió, a Cassandra, Adeline, y a mí, cuidó de nosotras y sigue haciéndolo.

— ¿Qué hacía ella en un lugar como aquel?

—Cuando conseguí su confianza, intenté abordarla con el tema, pero se niega a hablar alegando que yo tampoco le contaba toda la verdad.

Tal vez más adelante le preguntara sobre los detalles de su vida en París, pero ahora no era adecuado. En realidad, Edward dudaba si podría hacerlo. Temía la respuesta, las historias y las experiencias que había tenido que sufrir para llegar hasta donde estaba. ¿Y si no le gustaban? Las tendría grabadas en lo más profundo de su ser por no cuidarla, por no retenerla cuando debía para que no se marchara. Si alguna vez le pedía que le contara sobre su vida en París, esperaba que fuera con una botella de whisky en la mano y con un arma en la otra.

—Edward... —se le rompió el corazón al escuchar de nuevo su nombre con ese tono lleno de cariño y súplica, pero esta vez no dijo nada— Quiero ir a casa.

Vio que jamás le dejaría escaparse de sus garras pero ahora que estaba decidida a decir la verdad necesitaba contársela a Henry. Desde que lo había visto no había conseguido quitarse de la cabeza a su hermano.

Él ni siquiera se molestó en contestar, se alejó del establo directo al cercado.

—Entiendo tu negativa —fue tras él—, pero de verdad lo necesito. Tengo que ver a Henry.

Este se detuvo a mitad camino y afrontó a Niv.

—Como le dije a la baronesa, ahora eres mi dama de compañía y no puedes abandonarme.

¿Por qué en todas sus conversaciones salía la palabra abandono? Estaba harta.

—Primero, los caballeros no tienen dama de compañía. Segundo, aunque fuera así tendría que estar de acuerdo en ello, cosa que ni siquiera me has preguntado y tercero, no he dicho, ni he dado a entender, que vaya a quedarme en Hightown. Solo quiero ver a Henry.

No había nada que pudiera interponerse en su camino cuando algo se le cruzaba por la mente.

—Si no te fías, ven conmigo.

— ¿Estás loca? No voy a pisar Hightown.

—Entonces, no te queda otra que confiar en que regresaré. Seguramente a la par que Matthew, así no sufrirás su compañía más de lo debido.

El nombre de Matthew hizo que se enfureciese.

Niv se aproximó al cercado para contemplar a los caballos.

— ¿Pretendías dejarme con ese hombre? —solo el hecho de pensarlo le daban náuseas.

—Matthew es un hombre muy interesante. Tenéis muchas cosas en común.

—Dudo que podamos tener los mismos gustos —odiaba que Niv pudiera compararlo con otros.

—El arte, los negocios, incluso esa obsesión por acumular tediosos volúmenes de ingenio intelectual. Estoy casi segura de que congeniaréis a la perfección en cuanto os conozcáis —intentaba no sonreír pero era inevitable. Las caras de Edward mientras nombraba los intereses de ambos eran a la par ridículamente irónicas.

—Nunca podría llevarme bien con él.

—Pues deberás hacerlo —su voz cambió—. Cuando cumplas tu venganza, no querrás tener a Matthew en tu contra.

—Yo me preocupo más por la baronesa.

— ¡Oh, sí, ella también! La única desventaja que tiene es que Charlotte no sabe disparar un mosquete. Salvo por eso, está usted en un apuro.

Sabía que una vez ocurriera, ella misma pediría a sus allegados que nadie se interpusiera. Había decidido retirarse en su lucha contra Edward, así que todo lo que le ocurriera sería por su propia aprobación. Ocultaba el miedo que le daba pero Niv sabía que no había alternativa. A veces los límites no están para sobrepasarlos, sino para aprender las lecciones del camino y poder así descubrir otros nuevos.

De ese modo, veía su vida. Hubiera dado todo cuánto tenía por retroceder en el tiempo y no abandonar Hightown. Aunque se hubiera destruido, aunque Edward los hubiera aborrecido hasta la saciedad al menos nunca tendría que afrontar lo peor de él. Mas no había vuelta atrás, Nivill Darcy volvía a Hightown, a su hogar.

XX

Henry

Siempre conseguía levantarse al alba y empezar así su dura jornada de trabajo. Se encerraba en el despacho de su padre para encontrar las mil formas de reducir los gastos mientras la prosperidad del marquesado seguía en auge. Luego revisaba las peticiones de los arrendatarios para acabar con los datos del día anterior. Todas las mañanas la misma rutina para seguir después de las comidas, pero estaba acostumbrado. Tal vez si hubiera conocido otra cosa, no hubiera estado conforme, pero parecía convivir con ello de la mejor manera posible.

Normalmente no le molestaban mientras estaba encerrado, pero alguien tocó a la puerta a la espera de su orden para hacer acto de presencia en el despacho.

—Disculpe, señor. Han venido a verlo —era el nuevo mayordomo de Hightown y todavía no se sabía su nombre. Por recomendación de una amiga de su madre lo habían contratado a falta de uno.

—No es momento de visitas. Dígame que vuelva más tarde, por favor.

Cerró la puerta y Henry siguió con la nariz entre papeles. Se colocó las gafas circulares para ver más de cerca los números, cuando volvió a escuchar la puerta de nuevo.

—Disculpe de nuevo, señor. Dice que es urgente y que no se marchará hasta verlo.

Se quitó los anteojos, que lanzó al escritorio y salió airoso del despacho. El mayordomo lo acompañó por los pasillos.

— ¿De quién se trata? ¿Es el señor Green? Porque todavía no tengo resuelto su problema —no quería presentarse ante ese hombre hasta tenerlo todo bajo control, cosa que en ese momento no estaba ocurriendo.

—Se trata de su hermana, señor.

Henry se detuvo en seco. Se quedó clavado en el suelo sin poder mover un solo músculo, ni siquiera pestañeaba. Apenas se hablaba de su hermana en la casa y mucho menos el nuevo mayordomo podía saber de ella.

— ¿Cómo? —estaba aturdido por el zumbido en los oídos fruto del pánico.

—Ella misma ha dicho que la señorita Nivill Darcy no saldrá de

Hightown hasta verlo en persona.

Entonces, sus pies cobraron vida y salió corriendo hasta la entrada. Una mujer se había sentado en los sillones amarillos que decoraban la sala. La luz que entraba por las ventanas, que aun presentaba trazas anaranjadas del atardecer, caía sobre ella como un manto protector. Henry no había hecho ruido para evitar que ella se girase, quería contemplarla. Los adornos florales que acariciaba no le hacían justicia. Conservaba la hermosura con la que se fue. Él se pasó las manos por el cuello como buscando tranquilidad, ante su corazón afligido. No la encontró.

Aquella sala siempre le había parecido cálida, en tonos amarillos y blancos era la bienvenida que todos deseaban, pero con la presencia de Ivil todo parecía brillar con luz propia. Ella era la llama que iluminaba la oscuridad. Él lo sabía.

Se atrevió a dar un paso hacia delante y tosió suavemente para hacerse notar. En ese momento, ella se levantó y lo miró.

Era más apuesto de lo que recordaba. La había ganado en altura y en anchura, con los brazos podría abrazarla por completo. Su cabello no había perdido el brillo aunque se había oscurecido como el de ella. Supo que, con el paso del tiempo, igual que había pasado con su cuerpo, el de su hermano también había madurado. Atrás quedaron las mejillas juveniles rosadas, ahora su rostro estaba perfilado.

—Hola, Henry —su voz estaba cargada de terror. Sentía un miedo atroz porque la rechazara.

Su hermano cruzó la entrada en dos zancadas hasta encontrarse con el cuerpo de Ivil Darcy. La abrazó tan fuerte que le costaba respirar pero guardó silencio porque él se merecía ese momento. Henry soltó el aire que estaba reteniendo desde que el mayordomo le había dicho quién lo esperaba. No supo cuánto tiempo la tuvo entre sus brazos.

Al separarse, cogió su rostro y la miró directamente a los ojos. Se supo reflejado en esa mirada y sintió que todo estaba bien. Retrocedió unos pasos para contemplarla. Vislumbró sus cambios, su porte regio, su prestancia, pero seguía teniendo la misma cara que él recordaba y que se encargó de no olvidar.

—Rápido, ven —la cogió de la mano y la acercó hasta la salita más cercana. Allí cerró la puerta con llave. No deseaba que los criados la vieran y empezaran los rumores.

Volvió a estrecharla entre sus brazos. Su corazón aleteaba de alegría por tenerla de nuevo a su lado.

— ¿Qué demonios haces aquí?

Nivill se sorprendió. Después de una bienvenida tan cálida no esperaba que la separara de su lado de golpe.

—He venido a verte —solo pudo contestar eso.

La sonrisa que asomaba en los labios, la deslumbró. Le apretó las manos que todavía seguían enlazadas.

— ¿Saben algo nuestros padres?

Ella negó con la cabeza. Le abrumaba tanto amor de parte de su hermano. No sabía cómo había podido temer la respuesta de Henry. Él siempre había sido especial, de un modo único, no solo para ella sino para todos. Nunca actuaba de una forma impulsiva, si no que pensaba detenidamente para después desechar cualquier mal que pudiera ocasionarle. La perdonaría, aun cuando no entendía los motivos de su partida. Aquellos pensamientos hicieron que se avergonzara y que aparecieran las lágrimas.

—No te atrevas, si no quieres verme llorar a mí también.

A pesar de que no pudo evitarlo, también sonreía de felicidad. Se lanzó a sus brazos y esta quedó reducida por el amor que desprendía. Henry apoyó la barbilla en su coronilla y la besó débilmente para acunarla. ¿Desde cuándo ella se había convertido en la hermana pequeña a la que había que consolar?

Se acercaron a un sofá, situado al centro de la sala, apegados.

— ¿Están en casa? —después de aquel despliegue de cariño podría enfrentarse a sus padres si Henry estaba a su lado.

—No. Padre y madre fueron invitados a la cacería anual de Hereford y el abuelo vendrá el fin de semana de Londres. ¿Tienes frío? —notó como Ivil temblaba de pies a cabeza pero ella negó.

— ¿Y la abuela?

Un velo sombrío se instaló en el rostro de Henry. Tuvo que apartarlo para que no viera la respuesta, aunque sabiendo lo perspicaz que era la descubriría. No era momento para contarse desgracias.

—Pero, dime. ¿Dónde has estado? ¿Qué haces aquí?

—Si tienes tiempo puedo contártelo todo. Estoy dispuesta a hacerlo.

Había prometido no temer la réplica de Henry después de sentir el afecto que le prodigaba. Si en alguien podía confiar era en su hermano que a pesar de estar siete años separados, sin ninguna respuesta que calmara su

angustia, la había recibido con los brazos abiertos.

—Preferiría que padre y madre estuvieran aquí.

—Así se hará —le apretó las manos para infundirle valor. Todavía seguía palpable el miedo que sentía. Se la imaginaba sola, desamparada y ansiosa por volver a casa—. Prepararemos tu antigua habitación.

—No puedo quedarme —arrojó de prisa.

Las cejas de Henry se estrujaron y varias arrugas salieron en su ceño.

— ¿Por qué no? Esta es tu casa.

—Y te lo agradezco Henry —puso una mano en su mejilla y la dejó ahí sintiendo el calor—. Pero debo volver a Kingland si no quieres que Edward se presente con una jauría de perros hambrientos.

— ¿Estás con él?

Ivil sabía que tenía tiempo para contarle su historia; de hecho, ahora que había encontrado el valor suficiente para ir a verle, tenía toda una vida para ello. Pese a todo, no deseaba revelar muchos datos hasta estar segura de que podría asumirla. Deseaba, ya que iba a lastimarlo, que la herida fuera limpia para que pudiera sanar rápidamente. Así pues, empezó por narrarle sus aventuras en París y por qué había vuelto a Inglaterra revelándole así su cambio de nombre.

—Así que la baronesa que me recibió en el baile de Edward es Charlotte, quien te acogió en Paris. Pero ella no sabe que eres Nivill Darcy, ella te conoce por Jane. ¿No es cierto? —ella asintió y Henry, totalmente incrédulo, paseó por la estancia intentando aclararse— Jane... ¡Vaya!

—Edward intuía quien era y nos invitó a pasar un tiempo en Kingland. La situación de Francia nos afectaba así que fue una gran oportunidad para nosotras.

Algo que omitió fueron los planes que Edward tenía para ella.

— ¡Já! Por eso vino de tan mal humor aquella mañana. No era Zacanera quién se había escapado sino tú.

Unas nubes grises desfilaban por el cielo mientras ella le narraba los detalles más escabrosos por los que habían tenido que huir del continente, y Henry atendía sin preguntar, tal vez por el miedo a descubrir la verdad.

Pidió que les llevaran la cena al pequeño saloncito para poder seguir hablando sin interrupciones y en la intimidad.

Henry rezaba para que esa noche no acabara, sin embargo estaba llegando a su final y temía que si Ivil dejaba Hightown no volvería a verla.

Por fin se había armado de valor para volver pero, ¿y si flaqueaba y se marchaba de nuevo?

Después de un silencio que se hizo eterno, Henry se atrevió a hablar:

—Al principio creí que nos habías dejado, que habías emprendido una de tus aventuras, pero los días pasaban y no regresabas a casa. Temí lo peor y durante las noches mi cabeza no paraba de cavilar sobre tu paradero, sobre alguna pista que pudiera ayudarme a encontrarte. No podía pensar en ti sin echarme a llorar. Todo se convirtió en vacío. No sabes cuánto te eché de menos, Ivil. Lo único que me ataba a la cordura era la esperanza de que tu cuerpo no hubiera sido encontrado. El resto, empezó a darme igual. No me importa si no quieres contarme que te hizo huir, me conformo con que estés aquí —Henry era especial. Su visión y los valores que él mismo se había instruido eran las bases más increíbles que había conocido. Si ella fuese la mitad que él no hubiera hecho falta escapar. Tendría que aprender mucho más de su hermano pequeño.

Estaba tan orgullosa de Henry que su corazón solo podía henchirse de felicidad.

—Lo siento —y con todo el dolor del corazón lo decía de verdad, pues era la única persona que no se merecía sufrir, y mucho menos de aquel modo —. Lo siento, lo siento, ...

—No te preocupes. Ahora estás aquí, aunque tenga que llevarte a Kingland —Henry se desperezó y miró las ventanas. Había oscurecido y la luna iluminaba las piedras de la casa con una atmosfera casi fantasmal—. Voy a avisar para que saquen la calesa. Te acompañaré.

Durante el trayecto, Henry siguió con las manos enlazadas de su hermana, y de vez en cuando las apretaba para constatar que no era un sueño, pero con la mirada perdida en el paisaje. En cambio, Ivil no podía despegar los ojos de él. El sufrimiento que le había causado era el peor desagravio que existía para ella. La bondad que anidaba en el corazón de Henry era inquebrantable y si algo la rompía en dos era haber herido a su hermano. Las lágrimas volvieron a ella, pero las soltó en silencio. No deseaba que la viera en aquel estado. Cuando estuviera en su habitación podría librarse de la congoja. Se mordió los carrillos para frenarlas.

Una vez en Kingland se podía apreciar como una única estancia estaba todavía iluminada.

—Está en la biblioteca, esperándote —dijo Henry.

—No se fía de que vaya a volver.

— ¿Y por qué no lo harías? —al ver el gesto de su hermana decidió no seguir preguntándole. Bajaron de la calesa—. Toma, ten —le entregó unas cartas enrolladas en cordel de esparto—. Mañana vendré a verte —y besó su frente—. Estarás, ¿verdad?

—No volveré a irme, Henry. Si te quedas conmigo, puedo afrontar todo.

La puerta se abrió y Edward salió todavía con la ropa de diario. Ambos se miraron y se saludaron con la cabeza, pero ninguno dijo nada. Se despidió mientras Edward e Ivil se quedaron en silencio esperando que abandonara la finca.

Mientras veía como el coche se alejaba, Ivil volvió a sentir la angustia que le había invadido hacía un rato. Juraba y perjuraba que haría cuanto estuviera en sus manos para no volver a defraudar a Henry. Cuando apenas se podía apreciar el carruaje, entró en el recibidor rápidamente y sin desearle buenas noches a Edward, se encaminó a las escaleras.

Dio dos pasos pero Edward la cogió de la muñeca y la acunó contra su pecho. La abrazó y le acarició como si fuera una niña pequeña e Ivil se debatió ante el consuelo. No deseaba que la tocara, pero él insistió con fuerza hasta que cesó de pelear. Siguió llorando, empapando la camisa.

—Siete años, Edward. ¡SIETE! —se separó echa una furia— Y me recibe con los brazos abiertos. Como si no lo hubiera separado de mí —le desgarraba el corazón—. ¿Cómo he podido ser tan cruel? ¿Cómo no me di cuenta del daño que le estaba causando? ¡A Henry! —no podía controlar las lágrimas que salían de sus ojos. Le ardían las mejillas y el corazón le bombeaba tan deprisa que notaba sus latidos golpeando el pecho— Se me fue de las manos y herí a la única persona que me amaba por quién era, por mí misma. Mi propio hermano.

Edward la mandó callar e intentó mantenerla protegida entre sus brazos pero ella se resistió. En esos momentos no podía soportar un roce amargo, sino todo lo contrario, y no se fiaba de él. Si bajaba la guardia seguramente Edward se lo haría pagar muy caro. Necesitaba la calma y el perdón de Henry para tranquilizarse.

— ¡No! No, suéltame. No te atrevas a tocarme.

Ivil se escapó de golpe y le dio la espalda. No quería que viera sus lágrimas, la prueba de que lo que más le dolía había sido herir a su hermano. La venganza de Edward le había servido a él para seguir adelante, para

atreverse a volver a Inglaterra, pero ¿y Henry? ¿Qué le había impulsado a él hacia delante? Se lo había dicho. Lo único que lo mantenía cuerdo era no haber encontrado un cuerpo que enterrar. Pudo haberse puesto en contacto con una misiva, enviado a Cassandra para que diera noticias o haber encontrado el valor de ir a casa, a Hightown, simplemente por su hermano. Sin embargo, no había movido un solo dedo para aliviar su desesperanza y él la perdonaba con todo el amor que le profesaba.

Intentó serenarse a pesar de tener el corazón desgarrado y el alma rota. Deseaba encontrar el coraje para levantarse por la mañana y no sentir que había defraudado a Henry. Tenía que aceptar sus errores aunque la estuvieran comiendo por dentro.

De pronto, sintió unos brazos que la rodeaban y un pecho fuerte donde apoyarse. Un único beso salió de los labios de Edward, directo a su coronilla. Niv cerró los ojos y, sintiéndose derrotada, se entregó a ese momento. Necesitaba consuelo y aunque sabía que Edward lo utilizaría en su contra, prefirió no pensar.

La condujo hasta la biblioteca, la única sala que todavía permanecía iluminada por cirios y una chimenea. Había estado esperando después de la cena su llegada y cuando la baronesa y Wilson pasaron para despedirse, él siguió leyendo. Lo haría hasta que ella regresara, no se quedaría tranquilo hasta que estuviera de nuevo bajo su techo.

Acomodándola en un sillón, le sirvió un vaso de whisky. Ella se lo bebió de un trago para calmar los temblores de su cuerpo. Había dejado de sollozar, aun así seguía hipando. Acarició las cartas que tenía entre sus manos, deshizo el cordel que las ataba y con los dedos abrió la primera. Reconoció enseguida la perfecta letra de Henry. Su diestro trazo y la manera de enlazar las palabras eran la envidia de todo escritor. Verdaderamente, Henry era admirado por todos, pensó para sí. De nuevo se alteró pero consiguió recomponerse.

Cada frase que leía era un latigazo. El vértigo que la embargaba la hizo sentirse al filo de un precipicio donde un oleaje descontrolado la esperaba. La angustia, el desconuelo, la amargura que leía en esas cartas eran como espinas que se clavaban en su piel y la hacían sangrar. Poco a poco se podía distinguir como Henry iba perdido la ilusión, la paciencia, hasta llegar a un punto que dejó de escribirle.

Leyó una por una, ordenadas cronológicamente.

Sin más, rompió a llorar de nuevo. Su corazón estalló y fue la peor sensación que había sentido jamás. Una vez, tiempo atrás, creyó que la mirada de odio de Edward era un sentimiento que podría compararse con la definición exacta de dolor. Ahora sabía que no tenía comparación. Se parecía más a un brote de llamas por todo su cuerpo, veneno y garras, un anhelo de arrancarlo y extinguirse para siempre. Todo el pecho se expande pero los huesos no le dejan salir, y te golpea y aturde porque se siente presionado dentro de ti.

Edward no podía soportarlo. Si alguna vez quiso hierla en lo más profundo ahora se arrepentía con todas sus fuerzas. Entre esas lágrimas, entre todo el sufrimiento también estaba él. Sus sentimientos chocaban entre sí, pero le torturaba la impotencia de no poder ayudarla. En su propio corazón sentía el daño de ella y si pudiera ayudarle en algo para calmar su atormentada conciencia, lo haría. No había pensado como le afectaría a él la destrucción de Niv, y ahora que lo estaba presenciando quería arrancarse la piel a tiras con tal de que ella fuese feliz.

Se acuclilló delante de ella y le quitó las cartas de encima. No tenía por qué volver a leerlas.

—Deja de llorar, por favor —le retiró una lágrima que caía por su mejilla—. Henry no querría verte así.

El nombre de su hermano hizo que una nueva lágrima cayera por su otra mejilla.

—No puedo evitarlo —levantó la mirada para encontrarse con la de él. Sus ojos estaban rojos e hinchados, aun así, su verde siempre sería especial para Edward—. Me escribió para aliviar su congoja y yo no fui capaz de corresponderle con una sola palabra para él. Se culpó, Edward. Él, que nada tenía que ver en todo esto, se culpó.

—No te tortures —apretó sus manos fuertemente para infundirle ánimo—. El pasado no podemos cambiarlo, pero ahora estás aquí y puedes compensarle en el futuro.

Niv asintió en silencio, temiendo que su voz no fuera más que un graznido. Aquellas palabras acallaron sus sollozos golpeándola contra la realidad. El aire entraba con dificultad y le dolía el pecho cada vez que respiraba. Intentó serenarse.

Después de mucho tiempo, se había liberado y volvía a ser Nivill Darcy, y ella jamás abandonaría a Henry de nuevo. La verdad saldría a la luz sin

pretextos y aunque iba a arrasar todo, no tenía miedo alguno. El peso que cargaba en sus hombros desde que se marchó de Hightown era algo más llevadero ahora que no tenía nada que ocultar. Todos los caminos de la realidad que se abrían gracias a ella golpearon la puerta de su conciencia. No hacía falta que se ocultase, podría volver a casa, ver a sus padres y abrazar a su hermano. Por fin, podría caminar sin la opresión en el pecho por ser descubierta. No había vuelta atrás ahora que la verdad corría como la pólvora.

Aun así, pensó en Henry y en el tiempo que tenían por delante para estar juntos. ¡Oh, Santo Dios! Tenía toda la vida para igualar su bondad y su cariño.

XXI

Matthew

Recibir una invitación del duque de Richmond había sido toda una sorpresa y mientras el traqueteo del carruaje lo llevaba hasta la finca no podía sacarse de la cabeza a Jane. La carta de la baronesa no explicaba por qué tanta insistencia en que se reunieran lo antes posible y eso le carcomía por dentro. Tenía entendido que iban a pasar una breve estancia en Kingland, pero algo le decía a Matthew que su demora estaba más que relacionada con el duque y su amada. Tal vez si no hubiera presenciado el encuentro que tuvieron ellos dos en la fiesta de la condesa d'Arpajon no tendría esa sensación, pero dado que estuvo, no concebía otra posibilidad.

Rememoró el momento exacto. Los ojos del duque la observaron de una forma entre sorprendido y asustado, pero los músculos de su cuerpo, todos en tensión, indicaron la necesidad de tocarla, y ella, aunque parecía serena, desveló inconformidad y terror. El silencio que compartían reveló el vigor que estaban viviendo.

El duque parecía un hombre serio, frío y realmente distante pero su conducta le revelaba que Jane no le era indiferente. Desde ese instante, le había prestado mucha más atención.

Jane se había convertido en algo más para Matthew. Desde el momento en el que la conoció supo que su inteligencia destacaba sobre el resto de sus cualidades y que su curiosidad la dirigía en situaciones no muy adecuadas. Sin embargo, algo en él decía que en su interior era honrada y buena hasta el punto de ser una mujer casi perfecta. Era de una belleza sencilla pero con una deslumbrante presencia interior y eso era lo que más le atraía. Sus ganas de vivir experiencias, su curiosidad innata y su inquietud por arriesgar. Jane era una mujer impresionante y quería que fuese su esposa. Así se lo había revelado a su padre y a pesar de no estar de acuerdo, pues era una simple dama de compañía, no le había quedado alternativa. Matthew era hijo único y su padre un hombre muy arraigado en las costumbres. No cedería el marquesado a otra persona que no fuera su primogénito, aunque este se casara con una ramera.

Rápidamente, su instinto cambió y al asomarse por la ventana pudo apreciar desde la lejanía la finca. Era majestuosa, robusta y cálida, nada que

ver con su propietario. Aquello le cambió el estado de ánimo. ¿Cómo sería estar frente a su contrincante bajo el mismo techo? Porque estaba seguro de que Edward se había convertido en su peor enemigo. Los hombres como él tenían la capacidad de conseguir que tanto hombres como mujeres se doblegasen a sus deseos, pero Matthew no participaría en ese juego sin conocer antes los puntos débiles de Edward. Le gustaría saber por qué alguien de su posición, con título y renta más que suficiente, se había embarcado rumbo al nuevo continente, abandonando todos esos lujos. Intentaría descubrirlo mientras estuviera en Kingland, pero por nada del mundo pensaba perder el tiempo con él. Tenía que ser rápido y a la vez correcto en sus modales para salir vencedor de esa casa.

No había tenido tiempo de urdir un plan porque en cuanto recibió la carta de la baronesa aseguró su viaje hacia allí. Esperaba que durante el camino de ida pudieran surgirle ideas con las que sorprender a Jane pero ahora, casi a la llegada, no tenía nada. No sabía cómo actuar mientras estuviera frente al duque. Pese a todo, tenía dos puntos claros. Uno de ellos era que no pensaba dejar a Jane en sus manos y otro, que se percataría de todos sus gestos y movimientos. Si podía averiguar sus verdaderas intenciones tal vez tuviera un punto a su favor. Porque solo habría un motivo por el cual él accedería a rendirse y era ver como Jane y Edward se amaban.

XXII

Charlotte

La baronesa dudaba de cuál de las exquisiteces que se mostraban en la mesa probar primero hasta que se decidió por la tarta. Jane todavía no había bajado a desayunar y la presencia de Crowley no estaba siendo bien recibida por los huéspedes de Kingland. Ella intentó entablar una conversación entre todos, pero solo Matthew le contestó.

Uno de los lacayos abrió la puerta del pequeño comedor donde desayunaban para que una cansada Jane, a la par que sorprendida por la nueva visita, entrara en él.

Todos los presentes menos la baronesa se levantaron para saludarla, fue Matthew el que se acercó a ella. Se había quedado paralizada.

—Jane —estaba mal visto la efusividad en público, así que tuvo que contenerse y besarle únicamente el dorso de la mano. Aun así, se atrevió a susurrarle—. Te he echado de menos.

La joven todavía no podía moverse, se le había cerrado el estómago al ver a Matthew allí sentado. No esperaba su visita hasta dentro de unos días. La acercó a la mesa y se sentó en su lugar de siempre.

Edward no había apartado los ojos de la escena que transcurría en el salón y no lo haría en los días que durara la visita.

—No pensaba que fuerais a llegar tan pronto.

—Oh, querida, te lo has perdido. En cuanto Matthew recibió mi carta salió hacia aquí —contestó Charlotte mientras cogía otro trozo de tarta.

Pudo notar como un leve sonrojo subía hacia sus mejillas.

—En efecto. No se recibe una invitación a Kingland todos los días. Tiene una casa magnífica, Richmond —cogió la taza e hizo un gesto de aprobación.

Edward le correspondió de la misma manera pero después dedicó todos sus esfuerzos y tiempo en descifrar el rostro de Niv. Atrás había quedado cualquier rastro de llantina. Su cuerpo y sus manos se mantenían rígidos después del casto beso, en cambio se podía apreciar simpatía en sus labios. Odiaba con toda su alma a Matthew Crowley.

—Díganos, ¿qué le trae por aquí? ¿Era marquesado de...? —John no se andaba por las ramas. Aunque todo aquello lo hacía con el único propósito de

espabilar a su gran amigo. Si veía la pasta de la que estaba hecho su contrincante podría medir fuerzas y aprovecharse.

—Se refiere a mi título: soy conde, de momento el título de marqués lo regenta mi padre.

— ¿Eso es más que un ducado? —preguntó John para burlarse de él.

—*Mon Dieu!* ¿Nunca aprenderá? —Charlotte dejó el tenedor en el plato y se atrevió a explicarle: — Por supuesto que no. Duque es el más alto título de nobleza, le siguen marqués, conde, viz... —la baronesa siguió nombrando cada uno.

—Como ya les conté en mis cartas a Charlotte y a Jane, Francia sigue envuelta en las revoluciones. Así pues, no me quedó otro remedio que volver a casa.

—Su padre estará realmente contento de tenerlo de vuelta —a pesar de que Jane todavía no se había recuperado del asombro de verlo, tuvo que fingir estar en la conversación.

“Seguro que cuando se enteró de que Niv había dejado Francia, corrió con el rabo entre las piernas tras ella” pensó Edward, pero no iba a dejar que Matthew consiguiera entrar en el corazón de Nivill.

—Pues la verdad es que sí. Últimamente mi padre se encuentra algo decaído y en cierta manera ausente. Mi madre no hace más que presionarme para que empiece a ejercer el papel de Marqués, aunque todavía no me corresponde. Y espero que por muchos años más. Pero ellos ya piensan en el futuro —este había mirado a Jane cuando había pronunciado la última frase.

Edward estaba convencido que los sentimientos de Matthew eran sinceros, pero también era consciente de que desconocía a la verdadera Jane. Le permitiría acercarse, mirarla, no se interpondría en sus conversaciones aunque se muriera de celos, pero no iba a consentir que descubriera como era en realidad Niv. Ella le pertenecía.

Fue igual de incómodo el resto del desayuno. La baronesa intentaba conversar con Matthew y este, aunque contestaba de una forma amable, no apartaba la mirada de Jane. Edward había pasado todo el tiempo observando la conducta de su rival. Era un hombre a la par educado como atento y correcto en todos sus gestos. Miraba a Niv como si fuera la única mujer que le haría feliz en la vida. Conversaba animosamente con Charlotte y cuando John le hacía algunas de sus inadecuadas preguntas contestaba con una sonrisa en los labios. No se alteraba a pesar de que el americano le incitaba a hacerlo.

Era demasiado tranquilo para una mujer tan revuelta como Niv. Interrumpió sus cavilaciones la baronesa:

—Le comentaba a Matthew sobre los cuadros que nos hicieron venir hasta Kingland. ¿Sabe algo de ellos?

No se había olvidado de las obras de arte de Philippe, pero estaba siendo más complicado que nunca comerciar con América. Sus negocios en el continente no estaban siendo atrasados, sino denegados.

El resto de la jornada, Edward prefirió evitar a Matthew y Jane. Aunque codiciaba saber qué hacían, se negaba a proceder de una forma obsesiva y se repetía constantemente que era un ser racional y podía dirigir sus emociones, interpretando un papel delante de ellos sin crear una especulación con su comportamiento. Intentó centrarse en su trabajo pero fue en balde, ni siquiera las leyes conseguían quitarle el mal humor.

Las inquietudes de Jane iban en auge a cada instante, ahora mismo sentía que no podía ocuparse de Matthew. Todos sus pensamientos eran para Henry y pretender conversar con alguien que no fuera él, era imposible. Desistió la invitación de Charlotte aludiendo malestar y se refugió en la biblioteca a la espera de su hermano.

Mientras tanto, Matthew no perdía oportunidad para ir avanzando en su empresa de conquistar a Jane. Paseando con la baronesa por los preciosos jardines de Kingland se atrevió a preguntarle:

— ¿Cómo ve a Jane respecto al matrimonio? En su momento, usted me animó añadiendo que debía ser paciente y constante con ella, pero a veces creo que solo es amable conmigo porque así la han educado, como si únicamente tolerara mi presencia.

—Sabe cómo es ella. Siempre anda por las nubes.

Desde allí, pudo ver la silueta de Jane apoyada en la ventana de la biblioteca. Su corazón llevaba días apagado, ella había sido cómplice de como poco a poco su sonrisa se perdía. Esperaba que aquella visita la irritase hasta el punto de hacerla enfadar, en cambio, Jane no había mostrado ningún signo emocional.

—A pesar de eso, sería una gran marquesa —contestó Matthew.

Charlotte no iba a perder una oportunidad para alimentar el fuego del amor. Esperaba dejar a Jane en una posición tranquila por el resto de los días, con un hombre que la tratara dignamente y la cuidase. Si Jane no estaba de acuerdo, ¡al cuerno con ella! No iba a dejarla desamparada, ni tampoco

esperaba que se quedara soltera.

Había visto gestos por parte de Edward, que podrían confundir a Matthew pero esperaba que se comportara si no albergaba sentimientos honorables por Jane. Y por lo poco que había podido presenciar, su excelencia no buscaba una esposa.

—Será una gran marquesa, no lo dude.

A lo lejos divisaron un magnífico caballo galopar de crin parda. Su jinete, un hombre sumamente apuesto entregó las riendas a un mozo. Segundos más tarde, Jane salía por la puerta corriendo a los brazos de ese hombre, quién le correspondía. Se respiraba un ambiente cercano entre ambos.

Matthew fue el primero en reaccionar. Miró a la baronesa esperando una respuesta que no iba a llegar, puesto que ella estaba tan asombrada como él. Vieron como los dos entraban a la casa y se encerraban en la biblioteca.

—Eso es imposible. Tendrá una explicación, no se inquiete, Crowley — Charlotte soltó el brazo de Matthew y se dirigió hacia la habitación donde los había visto entrar. De camino se encontró con que Edward también iba hacia allí.

Tenía que pensar rápido. Por nada del mundo expondría a su dama al escándalo y si Richmond veía tal alarde de aprecio entre Jane y aquel jinete de seguro que la lanzaría a los perros hambrientos por su descarada conducta.

—Su excelencia, quería hablar con usted sobre mis cuadros —preguntó con toda la soltura que tenía.

—En estos momentos me es imposible. Debo atender unos asuntos en la biblioteca —la esquivó dirigiéndose a la sala—, pero usted puede volver con el conde.

—Pero debo decirle que es de gran importancia que pronto tenga los cuadros. No puede tardar mucho más en conseguirlos. Después de la conversación de esta mañana estoy muy preocupada por ellos. Es imposible que usted no pueda arreglar ese asunto —la baronesa iba detrás de Edward, pero sus zancadas eran tan grandes y rápidas que no podía alcanzarlo.

—Tiene usted toda la razón y ahora mismo me pongo con ellos. Qué tenga buena tarde.

—Pero... —por un momento Charlotte se quedó en blanco y Edward aprovechó esa ventaja para escaparse e ir a la biblioteca.

Sin embargo, la baronesa no dejaría sola a Jane en aquella situación. *“Es mi dama de compañía y como tal tengo que estar con ella”* sentenció

caminando hacia la biblioteca.

Al abrir la puerta contempló como los dos estaban sentados en los sillones en una reunión muy íntima mientras que el duque observaba la escena desde el escritorio. Cuatro esmeraldas contemplaron la nueva presencia y esperaron una respuesta. Fue Jane quién se levantó hecha un amasijo de nervios pero aguantando la compostura. Se acercó a la baronesa y habló:

—Charlotte, le presento a Henry, mi...

—Mi vecino y amigo de la infancia, el vizconde de Hereford — interrumpió Edward.

Henry se levantó y depositó un dulce beso en el dorso de la palma de la baronesa que derritió toda su fanfarronería. Su semblante agradable y encantador habían embelesado a la baronesa y ahora no se acordaba la razón por la cual estaba allí.

—Nos conocimos en el baile de su excelencia —casi soltó un graznido Charlotte, pero Henry le dedicó una preciosa sonrisa de cortesía.

Matthew llegó momentos después con el ceño fruncido. Había intentado no inmiscuirse en los asuntos de Jane pero le había sido imposible.

—El vizconde quiere hablar sobre las próximas leyes comerciales y los problemas de Inglaterra con América. La señorita Fairfax solo hacía compañía a mi invitado.

La baronesa pestañeó para desembrujarse del hechizo de Henry, no sabía por qué la mirada de aquel joven le recordaba a alguien. Con una sonrisa se dirigió hacia Jane.

— ¿Me acompañas fuera, querida? Aquí hace un calor insoportable —se abanicó con la mano. Intuyó por el tono que no solamente quería marcharse de la habitación, sino que también deseaba hablar con ella a solas.

Charlotte llevó a la joven a los jardines. Escucharon algunos cantares alegres que dulcificaron el ambiente. El viento se había levantado, aunque eso no sería un inconveniente para abordarla, si así lo deseaba la baronesa.

—No has hablado con Matthew desde que llegó. ¿Es que ha obrado mal? —cuando la baronesa no se escondía con florituras quería decir que algo le carcomía y tenía la imperiosa necesidad de resolverlo.

No solo era reacia a casarse, sino que declinaba cualquier ofrecimiento que llegara a la cercanía. Pese a todo, Charlotte se hartó de ese comportamiento y buscó el hombre ideal. Matthew era atento, para nada clasista, aunque a ella no le pareciera una cualidad que admirar, a Jane sí;

entregado, amable, paciente, con título, fortuna y además gallardo. No le quedó más remedio que tolerar la presencia de Matthew, puesto que siempre que podía la baronesa lo invitaba a su hogar. La hostilidad y frialdad que al principio veía en ella como su protección se fue disipando cuando descubrió el juicio y la comprensión del hombre. Otras cualidades que a Charlotte no le parecían precisas en un esposo. Aunque fuera conde y tuviera una vida ociosa, él siempre tenía ganas de descubrir y crear. Su mente era ávida cuando la curiosidad llamaba. Así pues, las esperanzas de él empezaron a crecer y aunque Jane no mostraba signos de amor era al único hombre que se acercaba. Sin embargo, ahora estaba Henry, que incluso a la baronesa había engatusado. Debía encarrilar de nuevo el camino hacia Matthew y olvidarse de aquellos hombres que solo le traerían desgracias.

—Para nada. Matthew nunca hace nada mal. Es solo que...

— ¡Por Dios, Jane! Si no hace nada mal, ¿cómo es que no le das una oportunidad? —se detuvo en seco para enfrentar a Jane.

Aquello hizo enfadar a la joven. Estaba harta de tener que lidiar con el empecinamiento de Charlotte por el conde. ¿Acaso no veía que no deseaba casarse con ese hombre? Soltó el brazo de la baronesa.

—Como siga vendiéndomelo como ganado le juro que aceptaré la propuesta de Edward de ser su dama de compañía.

—Es por ese chico, ¿verdad? ¡Te he visto abrazarlo! —gritó para que supiera lo enfadada que estaba.

Jane solo pudo reír. Su hermano no se interponía entre Matthew y ella.

XXIII

Edward

Cuando la baronesa y su dama de compañía abandonaron la biblioteca el ambiente se volvió desconfiado y totalmente incómodo. Matthew les dejó a solas por esa misma razón. Mientras Henry apuraba el whisky, Edward se sirvió una copa bien cargada. Ninguno de los dos parecía tener nada que decir aun así el más joven se atrevió a hablar:

—Me gusta más esta distribución que la anterior. Tu padre ocultaba los ventanales —se acercó al cristal.

Por unos segundos, ambos recordaron los momentos compartidos entre esas cuatro paredes. Charles y George siempre ponían el grito en el cielo cuando invadían su mausoleo. Los tres niños jugaban al escondite en aquella sala grande y aunque los amenazaran, a la joven con cortarles las trenzas y al resto en encerrarlos en habitaciones separadas, siempre acababan en ella elaborando alguna trastada.

—Me gusta la luz —Edward no sabía cómo continuar la conversación.

—Bien —Henry se acercó al aparador para dejar el vaso—. Voy a buscar a Ivil.

Cuando pronunció su nombre se apreció el afecto, el cariño y el amor indestructible que llevaba dentro de sí.

Edward no pudo evitar pensar en cómo de fácil le había resultado perdonarla, ni siquiera parecía estar molesto, en cambio él lo estaba por los dos. No lograba apartar los reproches como conseguía Henry. Tenía muy aferrado el dolor que ella y su familia le habían producido. Sin embargo, por más que había intentado verle del mismo modo le había sido imposible, Henry era el único de ellos con el que no tenía ningún tipo de problema.

—Espera, Henry —lo detuvo cuando abría la puerta—. Me gustaría hablar contigo.

El rostro del joven reflejó el asombro que sentía e hizo dudar a Edward de continuar. Este había cortado cualquier relación con él hacía mucho y no sabía que podía decirle después de tantos años. Si el tema a tratar era Ivil estaba en un error.

Cerró la puerta y se sentó, movido por la curiosidad.

—Te escucho.

Aquellas palabras carentes de emoción alguna le golpearon duramente el pecho. ¿Por qué a Niv podía perdonarla pero a él no? Aunque fueran hermanos ellos dos, los tres habían sido inseparables.

—Sé que tal vez sea tarde, pero... Ha pasado mucho tiempo —algunos momentos se presentaron en su memoria y le entristeció descubrir que había intentado olvidarlo—. Henry, lo lamento. No fueron formas. Debí... despedirme de ti, al menos. Blake me envió las cartas que me escribiste y en su momento tenía sentido para mí no responder a ellas pero, ahora, no tengo palabras para expresar cuán apenado y arrepentido estoy por ello.

—Llega un poco tarde tu disculpa, Edward —su tono era tan impersonal que parecían dos desconocidos—. Pero llega —le sonrió para después abrazarlo. Recibir el perdón de Henry era lo más parecido a la paz que podía tener—. Y ahora, cuéntame qué tal por América.

Después de cargar con tanto peso encima, el duque respiraba un poco más tranquilo. Podía confiar en Henry que aquel tema estaría olvidado y si ninguno de ellos deseaba hablar más sobre el asunto, no volvería a surgir.

—Ven, voy a presentarte a un amigo y ambos te contaremos como es aquello.

Al salir de la biblioteca, pudo ver como Niv se dirigía hacia las escaleras del primer piso mientras Matthew le pisaba los talones. El muy descarado se había atrevido a cogerla del brazo para frenarla. ¿Qué derecho tenía él de tocarla?

Henry se detuvo para contemplar la escena desde un rincón sin llamar la atención. No iba a inmiscuirse en los líos de faldas de esa casa, pero quería estar al corriente de que ocurría con su hermana. Estaba nerviosa y a la vez enfadada. Insistía en marcharse pero aquel hombre rubio no la dejaba. De repente, vio como Edward daba unos pasos hasta quedarse al principio de la escalera. Tosió para hacerse notar y detuvo la conversación entre ellos. Fue ella la que habló por ambos:

—El conde desea que le acompañe afuera pero me he negado. Hace mucho frío —se cubrió el cuerpo con sus manos para dar énfasis a la mentira que acababa de decir.

—Entonces acompáñanos —Edward extendió el brazo hacia ella—. El señorito Darcy —una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro al pronunciar el mote de la infancia de Henry— quiere saber cómo es América y con la ayuda de Wilson podré relatárselo mejor.

No se atrevió a mirar al hombre rubio al coger el brazo de Edward y sonreírle cálidamente a su hermano.

—Usted también puede venir Matthew si lo desea —el nombre se le atragantó al pronunciarlo.

Se agruparon en el salón de caballeros de Kingland. Un lugar que muy pocas veces se utilizaba puesto que casi nunca había suficientes hombres para llenarlo. Blake trajo aperitivos, té y café para todos. Antes de que Crowley se pudiera sentar al lado de Jane, Edward se adelantó y Henry se posicionó en el otro lado. Estaba franqueada por los dos hombres de su vida y no dejarían que ningún extraño traspasara las barreras que ellos levantaban.

La baronesa Charlotte apenas participó en la conversación. América no era de su agrado, ella amaba el viejo continente y su corazón era francés. No había ningún interés en los nuevos paisajes, las culturas y/o el arte.

Henry y Niv parecían absortos con las historias que ambos contaban, sobre todo cuando había acción. Las peleas que llegaban a la sangre eran las más aclamadas por los espectadores.

—No pueden contar esa clase de historias delante de damas. Es indecor...

—Venga, hombre. Ellas tendrán peores historias que contar —Wilson interrumpió la frase de Matthew.

Aunque la baronesa no contestó a la pregunta, sí sonrió mirando el suelo. Por supuesto que tenía historias peores que golpes entre callejones o insultos en lugares prohibidos. Ambas negaron con la cabeza.

—¿Seguro? —siguió insistiendo John.

—Bueno —Charlotte se llevó un dedo a los labios—. Hubo una vez, pero hace mucho tiempo... Tal vez ni siquiera me acuerde de los detalles.

Los ojos de John relucieron de intriga y la baronesa volvió a sonreír, esta vez felinamente. Había conseguido el propósito de interesar a todos los hombres de la sala.

—Vamos, mi dulce baronesa —si no fuera porque estaba delante de Matthew se hubiera levantado y cruzado la cara a ese americano. Dulce, decía.

Jane miraba a Charlotte entre intrigada y amenazante.

—Contraté a un mozo para mi casa de campo. Allí tengo unos cuantos ejemplares que necesitan ejercitarse diariamente. Mi anterior mozo murió a causa de unas fiebres y Jane me aconsejó que acogiese a un joven con potencial pero sin medios. Una vez vino todo magullado y les diré que cuando

vi a ese chico en tal estado creí que todos mis caballos le habían zurrado. Él corroboró mi sospecha, pero a la semana siguiente volvió de la misma manera.

Jane se levantó del sofá y se acercó a los ventanales. Esa historia le erizaba la piel.

—Y aunque no le di mucha importancia, el hecho volvió a repetirse. Esta vez con Jane —a Henry le desagrada oír ese nombre, era una evidencia del pasado que compartían.

Todos los instintos de Edward crecieron ante aquella revelación. La respiración le fallaba e intentaba que no se apreciara lo nervioso que estaba por la continuidad de la historia. Se encontraba desconcertado y aunque su pulso se aceleró, intentó mostrarse calmado. Miró la silueta que se abrazaba en la ventana, estaba deseando ser él esos brazos que la rodeaban sin embargo, le preguntó:

— ¿Qué ocurrió?

—Pues verán —fue Charlotte quién contestó—. Al parecer, el padre del mozo que había contratado era un borracho con un carácter demasiado violento. Jane se dio cuenta enseguida y fue a hablar con la madre, esperando que entendiera la gravedad del asunto; por desgracia esta había fallecido cuando alumbró al niño. ¿Jane, *ma chérie*, quieres seguir tú?

Se abrazó más a su cuerpo. Edward pudo notar como un escalofrío le recorría por completo y como parecía estar perdida recordando aquella escena.

—Cuando acusé al hombre de las heridas del niño me golpeó. Tuve miedo de que le hiciera lo mismo a su hijo así que me lo llevé.

Hubiera deseado que la baronesa omitiera aquella historia por miedo a que Henry se culpase por no defenderla ante la injusticia.

—Tenían que haberlo visto cuando vino a reclamar al niño —de repente la baronesa estalló en carcajadas recordando esos momentos—. Jane se había adelantado comprando todo el alcohol del pueblo e incluso el de los alrededores. Así que aquel hombretón maloliente se presentó sin avisar en mi casa de campo gritando por el niño.

Los ojos de Wilson estaban abiertos de par y par y no podía apartarlos de los labios de la baronesa. Sin embargo, Edward observaba todavía la silueta de Niv que poco a poco, se había acercado a ellos y ahora estaba sentada a su lado de nuevo. Henry no había dicho nada durante la historia, pero en el momento que la tuvo cerca cogió su mano y la apretó, dándole igual

quién pudiera verlos.

— ¿Y se lo llevó? —preguntó John adentrado en la historia.

—Por supuesto que no. Jane salió con un arma cuando zarandeaba al niño.

— ¡Cielo santo! Una mujer de armas tomar —el americano se palmeó las rodillas—. ¿Qué hizo?

—Disparé —Niv no estaba orgullosa del acto que había tenido que afrontar para salvar al niño, pero en aquel entonces no le quedaba alternativa.

John fue el único en aplaudir la osadía de aquella mujer. Se había ganado su eterna amistad y no podía tenerla en más alta estima. Si no fuera por Edward, él no perdería la oportunidad de cortejarla.

— ¿Lo mataste? —esta vez fue su hermano quien habló.

— ¡Por Dios, no! Tengo buena puntería y acerté en su pierna derecha. Después de aquello, no volvió a molestar al niño. Ahora vive en la casa de campo de Charlotte y tiene un futuro. Puede que a ese hombre le haya quedado una ligera cojera pero se lo tiene merecido.

El duque estaba alterado aunque no lo pareciera, escuchar las situaciones a las cuales Niv había estado expuesta le resultaba muy complicado. Percibió por el rabillo del ojo como solapaba la mano de su hermano con la de ella para tranquilizarlo.

—Así que, con su permiso Matthew, le diré que no somos dos damas normales y corrientes. Un poco de sangre no nos asusta y más viniendo de este par de cavernícolas —la baronesa aprovechaba cualquier oportunidad para sus comentarios sardónicos.

Niv no pudo evitar reír y Edward pudo fijarse sin ningún reparo en la sonrisa que mostraba cuando algo verdaderamente le hacía gracia. Intentaba ocultarla para después estallar en carcajadas. Se levantó a por un poco más de café con la excusa de al volver a sentarse hacerlo más cerca de ella. Desde ahí, notaba su aroma y si se recostaba hasta el respaldo del sofá llegarían a tocarse. Estuvo observando el perfil de la joven mientras ella escuchaba a Wilson. El americano era un narrador estupendo, poseía una labia que embaucaba a cualquiera, hasta a la baronesa, sin embargo, él había escuchado tantas veces aquellas aventuras que prefirió seguir observando a Niv. Tenía las pestañas completamente negras y eran tan espesas que contrastaban con el tono del iris; bajo ellos tenía unas pequeñas pecas casi imperceptibles que le dotaban de cierta inocencia a su rostro. No era de extrañar que Matthew

intentara comprometerla para que aceptara su petición de matrimonio, si no se lo había propuesto todavía, estaría al caer. Sus ojos se desviaron hacia él y su mirada cambió drásticamente, amenazándolo sin palabras. Desde que había llegado, el conde se había comportado correctamente, sin sobresaltarse por las miradas y carraspeos que Edward le dedicaba y este solo conseguía preguntarse por qué. Sonreía, siempre tenía un buen gesto para todos y no conseguía sacar nada en claro de todo aquello. Si podía tolerar todos estos desagrazos era porque estaba enamorado de ella. ¿Cómo demonios iba a librarse de él si parecía perfecto?

Henry distrajo sus pensamientos alegando que era demasiado tarde y que debía marcharse. Ambos lo acompañaron hasta la puerta principal y Edward ordenó a uno de sus criados que trajeran su caballo.

—Puedes venir las veces que desees. Esta es tu casa —extendió el brazo para que el hermano de Niv apretara su mano pero en vez de actuar como se esperaba, abrazó al duque de Richmond palmeando su espalda.

Niv tenía ante sus ojos la imagen perfecta, los dos hombres que más quería perdonándose e intentando iniciar de nuevo su amistad.

—Puede que la semana que viene padre y madre vuelvan a Hightown. El abuelo se acercará este fin de semana, por si...

—Me lo pensaré —le besó la mejilla y Henry le regaló la mejor de sus sonrisas. Ahora entendía porque querían casarlo. Sería la perdición de miles de doncellas.

Vieron como cabalgaba y esperaron hasta que su silueta desapareció. Niv se dio la vuelta para entrar de nuevo, no obstante, Edward la detuvo agarrándola del brazo. Acarició en círculos el interior de su muñeca y el gesto hizo que sintiera pequeños calambres.

— ¿Dónde te golpeó? —apenas respiró mientras aguardaba la respuesta.

Ella le señaló la mejilla. Edward levantó la mano para pasarla por el lugar e intentar calmar el pesar que sentía desde que había escuchado la historia. Niv cerró los ojos y disfrutó de su contacto por unos segundos. Ver como ella había accedido a su caricia como si la necesitara le impulsó a quitar la mano y besar la zona lastimada, pero en el último momento ella giró el rostro. No necesitaba consuelo por los malos tratos recibidos, esa no era la razón por la cual había actuado de ese modo. En el pasado afrontó con sensatez lo que la vida le imponía, pero haberle visto abrazar a Henry enterneció sus sentidos.

Edward se dejó hacer, se sentía preso de aquellos labios que jugaban con los suyos. Había sido atrevida y sumamente descarada, podía retirarse y alejarla, pero no tenía agallas. No podía estar a todas horas batallando contra sí mismo, puesto que sus sentimientos seguían creciendo respecto a ella. Necesitaba descansar y su boca era un remanso de paz.

Niv siguió dominando la situación levantando los brazos y ensortijando los dedos en su pelo. Sin poder evitarlo, Edward la envolvió en sus brazos, anhelando sentirla tan cerca que podrían fundirse. Ella despertaba las más primitivas emociones: su fragancia, la suavidad de su piel, unas manos que lo asían con deseo. Niv iba a volverlo loco, si es que no lo estaba ya. El corazón le latía desesperadamente cuando rompió el beso. Miró sus labios, entreabiertos por la excitación del momento.

—Deberíamos volver —sugirió él.

Si seguía un segundo más allí acabarían por quitarse la ropa. Entonces, vio una sonrisa pícara en sus labios. Edward se sintió paralizado. Matthew no podía disfrutar de esa mujer.

Niv se alejó, seguida de Edward para continuar con la velada.



Esta vez, la última en bajar a desayunar había sido la baronesa Delacroix, alegando un acaloramiento a media noche horrible. Últimamente, su salud se debatía entre sofocos y altibajos emocionales. Según los expertos, era algo normal debido a su edad, sin embargo, ella negaba en rotundo que algo tuviera que ver con sus años. Era un problema de salud y punto.

El resto había permanecido en el pequeño comedor esperando que ella acabara el plato.

— ¿Paseamos? —preguntó educadamente Matthew a Jane.

Al escuchar la pregunta, Edward los miró confundido. Había intentado encontrar defectos pero aparte de ser irritablemente correcto y honrado, no existía nada que fuera digno de destacar. Aun así, seguía celoso de aquel entrometido y no dejaría de atormentarlo hasta que se marchara de su casa. Niv no se negó.

Aunque Edward quisiera seguirlos, fue directo a la biblioteca esperando poder distraerse con el trabajo. Una tarea imposible, porque a pesar de que intentaba alejar los pensamientos sobre Matthew y Niv, percibió un

movimiento a través de la ventana que le distrajo por completo de su objetivo inicial.

Allí estaban los dos caminando por los jardines de Kingland y parecían estar hablando de algo que los entristecía. El rostro de Niv delataba que se sentía realmente preocupada por el asunto. Vio como ella tiraba de él para seguir avanzando mientras conversaban. Edward no quería dejarlos solos, tenía miedo de que Matthew se abalanzara sobre ella, pero se repitió otra vez que sus emociones no le dirigían.

Matthew le acarició el rostro y ella se atrevió a cogerle la mano para apartarla. Aun así, no la soltó. Él había sido lo más parecido a un amigo y ella estaba totalmente agradecida por ello.

Al entrar en la casa y despedirse, Edward la apartó del camino y la retuvo en un pasillo más furioso de lo que realmente creía que estaba. Notaba un hormigueo en las manos incitando a tocarla, pese a todo no lo hizo.

—Por eso no pusiste ningún inconveniente en que Matthew viniera a Kingland, ¿verdad? Estás deseosa porque te to...

—Ni se te ocurra pensarlo. Solo somos amigos —había podido apreciar por el tono de su voz y su mirada la furia que sentía Edward. Aunque no sabía por qué estaba tan enfadado con ella, no dejaría que se extralimitase.

— ¿Y qué me dices de lo que acabo de ver en el jardín? —no quería levantar la voz pero le era imposible después de ver la complicidad que compartían. Ayer mismo, ella se había atrevido a besarle y ahora le cogía la mano a Matthew.

— ¿A qué te refieres Edward?

— ¡Por Dios, Niv! ¿No te das cuenta de los sentimientos de Crowley? Ese hombre está enamorado de ti y lo único que haces es avivar sus esperanzas cuando no son correspondidos. No esperaba algo tan mezquino.

Estaba reprochándole que utilizaba a Matthew como un muñeco de trapo. Ella no tenía la necesidad de aumentar su ego, ni mucho menos de coquetear para herirlo gratuitamente, como si disfrutara con el asunto. Solo le había apoyado en sus preocupaciones, lo que se espera de cualquier compañera, pero Edward lo había sacado de contexto. ¡Pues bien! No sería ella quien le sacara de su equívoco.

—No te atrevas a volver a espiarme —dijo un paso afrontándolo—. Lo que yo haga o deje de hacer no te incumbe, y lo que sienta por Matthew mucho menos. Cada vez que intento acercarme a ti, me rechazas. Me has dejado claro

lo que buscas de mí, pues tómalo y déjame continuar. No pienso estar rogándote toda la vida.

— ¿Rogándome? —estaba cabreado y furioso con todo el mundo— Ni siquiera me has pedido perdón por irte, por obligarme a marcharme a América, por hacerme sufrir y por privarme de mi felicidad.

Se negaba a que Edward volviera a verla caer. Él había tomado esas decisiones, igual que ella había tomado las suyas. Estaba cansada de tener que ir siempre con cuidado y en lo único que quería pensar era en regresar a su vida anterior.

—No fui yo la que te odiaba, Edward. Lo vi en tus ojos en el mismo momento que supiste la verdad.

— ¿Qué debería haber sentido según tú? No estabas en mi lugar, no podías ver cómo la rabia me destruía por dentro. Toda mi vida acabó aquel día gracias a tu padre.

—Basta, basta. ¡Basta! —pestañeó para acallar las lágrimas— No puedo más. Mañana por la mañana me marcharé a Hightown. Ambos tenemos que rehacer nuestras vidas; yo empezando por mi familia y tú, vuelve a América. Será lo mejor.

Niv sentía que se le había congelado el corazón al decir aquellas palabras. Apenas fue consciente de la sensación de vacío que la llenaba por dentro, tan común en su interior. El odio de Edward jamás le dejaría avanzar en la vida y si se quedaba allí se condenarían. Otra vez tenía que huir para poder continuar con sus vidas. ¿Por qué no dejaba de lado el orgullo y los protegía a ambos de seguir haciéndose daño?



La cena fue lo más silenciosa posible. Nadie tenía ganas de entablar una conversación en un ambiente tan hostil. Aunque el olor impregnaba toda la sala con un dulce aroma, pocos probaron la carne. En cambio, los lacayos habían rellenado las copas de vino al menos una docena de veces.

Wilson fue uno de los primeros en hablar para reconducir la velada, pero no surtió efecto. Así pues, la baronesa lo intentó de nuevo en el siguiente plato y tampoco sirvió de nada. En el postre, a punto de acabar aquella horrible cena, Matthew comentó:

— ¿Han pensado en volver a Francia cuando pase todo?

Jane dejó de mirar el plato y se concentró en la expresión de Charlotte.

—Por supuesto —dijo con un tono que no admitía réplica—. París es nuestro hogar y Francia nuestro refugio. Cuando todo haya pasado, Jane y yo volveremos a la capital para seguir con nuestras vidas, si no hay ningún inconveniente.

Todos sabían que aunque eso fuese verdad, Charlotte no volvería a pisar Francia sin tener que asumir que ya no existía el hogar que tanto adoraba.

—Tal vez podríamos quedarnos más tiempo en Inglaterra —sugirió Jane.

Solo Edward se percató de la pequeña sonrisa que asomó en los labios de Matthew.

—Imposible, *ma chérie*. Su excelencia no puede acogernos indefinidamente. Ya hemos abusado en demasía de su hospitalidad.

Ahora observó a la baronesa. El tono en el que había hablado no le gustaba en absoluto, se parecía al de un astuto zorro.

—Por eso no debe preocuparse. Mi padre hace tiempo que desea conocerlas y estaría encantado de que pasasen una temporada en nuestra casa. Por lo menos hasta que la situación en Francia se haya calmado.

—Es una idea estupenda, Crowley —ahí estaba. La baronesa se había convertido en un zorro y Edward había sido testigo de su astucia.

—Me complace que le alegre mi idea. Arundel tiene maravillosos paisajes y se respira una paz muy especial. Hace tiempo que quería invitarlas a usted y a Jane y si ahora no está muy ocupada, me gustaría hablar a solas con ella —por suerte la cena había terminado y los lacayos se habían llevado los cubiertos sino Edward le hubiera clavado un cuchillo en su perfecta mano.

Wilson escupió el vino en la copa mientras observaba con atención la respuesta de Niv. En realidad, todos esperaban la respuesta.

Niv observó a su derecha para después girarse hacia su izquierda, sorprendida por la manera en que Edward observaba a Matthew. Él parecía mirarle de una forma alarmante, como si estuviera advirtiéndola. Con todo, necesitaba continuar con su vida pasase lo que pasase. Asintió a Crowley con una sonrisa que hizo que el cuerpo de Edward se removiera por dentro. Niv apretó la mano tan fuerte que los nudillos se le quedaron blancos.

Matthew la conducía hacia los jardines, pero ella prefirió permanecer en la entrada. Parecía que iba a llover y para ser completamente sincera, se sentía más protegida cuando se hallaba entre paredes en vez de a la intemperie. Él quiso sentarse pues le flaqueaban las piernas, ella en cambio

decidió contemplar la noche que se alzaba. Seguramente llovería dentro de poco.

—Llevo mucho tiempo pensando en cómo explicarle mi situación — Matthew se miraba las manos—. En Francia parecía más sencillo pero al llegar a Inglaterra todo ha ido demasiado precipitado. Verá, señorita Fairfax, desde que la conozco no he podido parar de pensar en usted. Creerá que miento pero le aseguro que es la verdad. Tengo que decirle, no..., no.... Necesito decirle cuanto me asombra su persona —Matthew se levantó del sofá y se dirigió hacia ella—. Me tiene fascinado y esperaba que...

Estaba nervioso, le sudaban las manos y apenas podía mirarla a los ojos pero de repente, se atrevió a hacer lo que nadie esperaría de Matthew Crowley, el hombre perfecto. La besó sin su consentimiento.

Ella parecía una estatua de mármol ante los labios de Matthew. Se había quedado paralizada cuando notó las manos presionar su rostro gentilmente. Su corazón, una vez había pasado el sobresalto, se relajó y la respiración no se agitó en ningún momento.

—Cásese conmigo, señorita Fairfax. Siempre la he admirado y me sentiría honrado de que fuera mi esposa.

Pudo oír una respiración irregular al fondo de la estancia y distinguir perfectamente una silueta recortada por las leves llamas de los cirios. Sin embargo, en vez de impedir que Niv contestara retrocedió volviendo a entrar al comedor.

—Matthew —lo llevó hasta el sofá—, no puedo casarme con usted.

XXIV

Niv

Seguramente, la baronesa había tenido algo que ver con la proposición de Matthew. No podía ser que él se hubiera atrevido a hacerlo y menos de esa forma. ¿Tal vez le había hablado del cambio de opinión que tuvo en Francia? La mataría si así fuese.

Apretaba los puños mientras subía por las escaleras hasta su habitación. Le había pedido que la excusara ante todos y que aquel tema solo quedara entre ambos, una vez le había dado buenas razones por las cuales lo rechazaba. No llegaría a oídos de nadie por lo que no tendrían que preocuparse. Si Edward no abría la boca, por supuesto.

Seguía maldiciendo cuando entró en su habitación.

—Entra y cierra la puerta, Niv —dijo Edward.

La sobresaltó, pues no le había dado tiempo siquiera a verlo, aun así, como buena niña obedeció.

—Echa la llave.

—Edward...

— ¡La llave, Niv! —había perdido los papeles. No se calmó cuando volvió al comedor. Se había tirado el vino encima y fue el pretexto perfecto para abandonar el salón. Todavía tenía la mancha en la camisa.

Niv obedeció cuando un trueno rompió el cielo. Solo una vez había visto así a Edward, el día que descubrió la verdad. En ese estado que no había cabida a razones, intentó convencerlo pero le fue imposible. Igual que ahora. Hiciese lo que hiciese no podría aplacar su ira. Una vez cerró la puerta, Edward se giró para enfrentarla. Tenía la mandíbula duramente apretada y las manos, que ocultaba entre los brazos cruzados sobre el pecho, cogían la tela de su chaqueta con fuerza. Apenas podía ocultar el rictus furioso de su rostro. Nivill no sabía dónde resguardarse de aquel ser enfurecido y lleno de rabia.

— ¡En mi casa! ¿Es que acaso quieres convertirme en tu bufón? ¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo te has atrevido? Ni siquiera puedo golpearle porque hasta eso me has arrebatado con tu mentira —Edward se apoyó en la ventana contemplando la explanada de sus jardines—. No tengo ningún derecho a enfadarme según él, según Charlotte, según toda la jodida sociedad británica, porque creen que la mujer con la que estuve prometido está muerta. ¡Dime si

no es para reírse!

Cuando dejó de hablar, se oyó como el repiqueteo de las gotas de lluvia se mezclaba con la respiración de ambos.

—Y después de eso, resulta que un hombre, que roza la perfección, le propone matrimonio a la misma mujer que yo. Dime, Niv. ¿Por qué Dios te lo da todo y a mí solo hace que quitármelo? Primero, mis padres, luego tú, mis abuelos. ¿No crees que me merezco algo mejor que lo que he visto abajo?

Ella asintió.

—Entonces, ¿por qué sigues castigándome? ¿Por qué no tengo paz? — Edward parecía un hombre totalmente cansado de la vida. Su porte aunque relucía por sí solo, se veía encorvado y aunque había empezado gritando poco a poco su tono había disminuido hasta casi un susurro. Era en ese momento cuando las murallas que se había construido para defenderse habían caído, cuando Niv fue consciente de que no quería seguir luchando, de que sentía que el mundo estaba en su contra, de que esperaba que ella lo apoyara a pesar de todo cuanto le había hecho. Edward se había desprendido de la capa de odio que le envolvía. Sus ojos aunque seguían azules parecían que se hubiesen vuelto mucho más claros, como si una película blanca los envolviera haciéndolos más viejos, más cansados, más resignados a vivir lo que el destino le dictaba.

—Mi intención jamás fue castigarte. Conoces la razón por la cual me fui de aquí.

Se acercó hasta él, pero estalló en el último segundo.

— ¡Deja de protegerte en ella! Te fuiste en vez de quedarte a mi lado.

—Me odiabas. A mí y a todos desde que descubriste que tu madre era la amante de mi padre y que eso trajo la desgracia a tu familia. ¿Cómo podía quedarme a tu lado cuando me odiabas por ser la hija del hombre que destruyó tu vida? No tenía cabida.

—Conseguías todo de mí. Me tenías en tus manos. Solo hacían falta unos minutos más para darte cuenta de lo mucho que te necesitaba, pero en vez de quedarte y luchar por lo que habíamos construido, te fuiste.

Aquella revelación hizo plantearse muchas dudas. ¿De verdad se aferraba a esa excusa para justificar su huida? ¿De verdad no había luchado por Edward? Mil veces se había puesto en su piel esperando entender su mirada después de descubrir los acontecimientos pero jamás pensó en la posibilidad de que él creyera que lo había dejado. ¿Cómo se hubiera sentido

ella si la única persona que le quedaba en el mundo también la hubiera abandonado? Niv era el pilar que le ataba a la cordura, era la alegría que adornaba su vida y, sin embargo, había decidido escapar a Francia para no tener que volver a sufrir.

—Lo hago ahora.

— ¿¡Ahora?! ¿Cómo? ¿Huyendo de nuevo de mí y rehaciendo tu vida con ese don perfecto?

Le dolía en el alma todas las palabras que Edward había pronunciado. Lo que en su momento creyó que estaba bien, obrando del único modo para salvarse, resultó ser lo que les destrozó poco a poco, a todos. No se había dado cuenta hasta que Edward se lo había echado en cara.

—No huyo de ti, ni mucho menos voy a casarme con Matthew.

En ese momento, Edward respiró, y parecía mucho más desalentado que antes. Se había quitado un peso de encima que le nublabla la razón. Se sentó confuso, y todavía alterado, en el borde de la cama llenando los pulmones para después expulsar el aire. No había sido consciente de cuánto necesitaba decir todas aquellas palabras hasta que las dijo. Ahora su mente parecía que estuviera libre de cualquier pensamiento, en un estado blanco y tranquilo, aunque su corazón todavía latía desenfrenado.

Nivill se acercó para calmar el malestar de Edward. Se situó a su lado e intentó aparentar tranquilidad, a pesar de que por dentro se sentía terriblemente asustada al verlo tan decaído.

—Esto va a acabar conmigo —puso los codos en las rodillas y se aturrulló el cabello—. No tuve que haberme ido de aquí.

—Si sigues aferrándote al odio de aquel día y al rencor que has hecho crecer durante estos siete años, acabarás resentido. Perdóname, Edward, por creer que lo mejor para ti y para mí era abandonarte —eso era precisamente lo que ella había hecho y ahora podía admitirlo.

Ya no se gritaban, ni discutían sobre quién había sido el culpable. El tiempo les pesaba demasiado para seguir en pie sin afrontar las consecuencias. Ambos habían tomado caminos distintos, habían elegido y compartían parte de la culpa.

—Con una sola condición —le miró directamente a los ojos y el corazón de Niv se alteró al verle despeinado y calmado—. Cásate conmigo.

El asombro golpeó el pecho de Nivill casi al instante. No creía las palabras que había escuchado de la boca de Edward y cuando volvió a

repetirlas siguió sin hacerlo. Hace unos segundos estaban discutiendo y ahora le había propuesto matrimonio. El corazón le martilleaba en la sien y su sangre se había convertido en avena que no fluía por sus venas. Se quedó congelada y no sabía cuánto tiempo había pasado pero Edward seguía esperando.

¿Podría hacerlo? No sabía si confiaba en él para olvidar el mal que se habían hecho, y vivir en un matrimonio odioso acabaría por matarla.

—No sé —asustarle o recriminarle algo era lo último que deseaba hacer, pero necesitaba exponer sus dudas.

—Nivill, estoy desesperado. No podemos seguir así por más tiempo. Si no te casas conmigo me volveré loco. No encuentro otra solución para nosotros.

—Tal vez, si pasamos un tiempo alejados. Necesito aclarar cosas con Charlotte y con mis padres —se estaba quedando sin aire en la habitación. Abrió la ventana y respiró tanto como pudo.

— ¡Vuelves a excusarte! —la zarandó por los hombros— ¿Es que acaso no me quieres? Porque si es así, dime que no, Niv, para que pueda aborrecerte y marcharme de nuevo a América.

Niv se apartó de él cuándo dijo:

—Tengo miedo —no la soltó y lo agradeció en silencio—. Y si... ¿aunque estemos casados sigues odiándome? No puedes prometerme que olvidarás todo y empezaremos de cero. No somos así. No quiero estar anclada por siempre a tu lado mientras nos herimos mutuamente. No seríamos felices, y eso me aterra.

—A mí me horroriza pasar un solo día alejado de ti. Has hecho que me vuelva a enamorar, de tus sonrisas, de tu ingenio, de tu fuerza, de tus labios —acarició con sus dedos la boca de ella—. ¿Cómo no voy a olvidarme de todo y ser feliz a tu lado?

Niv se lanzó a sus brazos después de escuchar aquellas palabras, llena de felicidad. Le besó hasta los párpados y la carcajada que Edward emitió fue lo más maravilloso que escuchaba en años.

— ¡Haces conmigo lo que te viene en gana, mujer! —plantándole un beso en la boca la inmovilizó.

Ella estaba dichosa, la que más, y aunque albergaba dudas, las afrontaría si Edward le recordaba diariamente el amor que le profesaba. Lo atrajo hacia ella pegándolo cerca de su piel. Un gemido salió de la garganta de Niv y fue como un canto de sirena para él. Buscó con sus manos los botones del vestido

hasta encontrarlos y arrancarlos. A su paso, deslizó el traje por los hombros sin separar los labios de ella. Una vez, antaño, había tocado ese cuerpo hasta descubrir todos los rincones, pero ahora había madurado. Las manos de Edward vagaron por sus curvas cubiertas todavía por una fina camisola.

Niv se tomó la libertad de quitarle la ropa para dejarle en las mismas condiciones que ella. Acarició los músculos y los relieves de su cuerpo, maravillándose de lo suave que era su piel. Se tomó su tiempo, mientras paseaba sus dedos con movimientos lentos que se volvían enloquecedores pero solo hasta que Edward le cogió de las muñecas y las retuvo a su espalda pudo respirar.

—Si continúas acariciándome así, no podré controlarme.

Apenas era capaz de respirar mientras notaba las manos de Niv por todo su cuerpo. Le hacían volver a sentirse vivo. Su respiración se entrecortaba al pensar de nuevo en sus labios. Después de tanto vivido, no habían olvidado lo que era quererse con la intensidad con la que ellos lo hacían. El corazón le latía desbocado.

Ella cerró los puños deseando zafarse de las manos de Edward para sentir en las palmas el suave vello que le cubría el torso, pero le fue imposible. Mientras, él la tumbaba en la cama. Una vez allí, volvió a saborear sus labios que le enloquecían hasta el punto de perder la cordura. El tiempo y el espacio dejaron de tener importancia para ellos.

Sin darse cuenta, las manos de Niv volvieron a estar sueltas y fueron directas a la nuca de él, atrayéndolo de nuevo. Edward quería ir más despacio, observar sus gestos de felina y admirar su piel de alabastro, pero parecía que Niv no estuviera dispuesta a darle tiempo. No iba a echarse para atrás, por fin se casaría con la mujer que le correspondía y no habría modo alguno de que esa unión no se celebrara. Estaban prometidos desde adolescentes y aunque la boda se había atrasado, se consolidaría al fin.

Fue él quien le cogió las manos suavemente y protestó para que fuera más lenta. Niv intentó calmarse y aunque todavía notaba los pellizcos en su bajo vientre, obedeció. Se estuvo muy quieta para consentirle disfrutar de su piel. Ella cerró los ojos y momentos vividos en otro tiempo se agolparon en su mente. No era la primera vez que ambos conocían sus cuerpos pero sí sería la primera en llegar hasta el final. La última vez Edward la había frenado alegando que faltaba poco para la boda. Cuando volvió a abrir los ojos se percató de que le había arrebatado la camisola y ahora estaba completamente

desnuda ante él.

La observó de arriba abajo y notó su cuerpo caliente e inquieto. Se había ruborizado al verse tan expuesta pero Edward la calmó atrapando su boca. Esta vez la tentaba, la llevaba al límite para luego refrenar lo que subía en su interior. Deseaba apretarlo junto a ella pero sabía que Edward no se lo permitiría. Le gustaba jugar demasiado para dejarla hacer. Con cada separación, Niv era más consciente del lugar que ocupaba Edward en su corazón, sino todo, uno muy grande. Ella se entregaba a cada caricia con intensidad y el roce que se prodigaban buscaba la confianza de sus pieles. Notaban el pulso apasionado del otro vibrar. La devoraba, la deshacía con su cuerpo vigoroso, le arrebatava el alma. Sintió vértigo y se apretó más a él, gimiendo débilmente. Aquel sonido tan leve, hizo que Edward perdiera definitivamente el control. Su mano se ajustó al pecho de Niv, redondo y mullido como lo recordaba. Jugó con su pezón y las descargas que recibió el cuerpo fueron suficientes para levantar las caderas hacia él.

—Más despacio, Niv, por favor —era una súplica que hizo refrenarla mientras él se despojaba del pantalón.

Cerró los ojos para calmar todas las sensaciones que estaba experimentando, pero le iba a ser imposible. Si Edward seguía así, pronto encontraría brasas en la cama. Notaba su piel arder y se ahogaba cada vez más.

Él mordió su lóbulo y besó su cuello incitándola a experimentar pequeños toques de dolor que la excitaron más aún. Fue bajando hasta sus pechos, luego su estómago y finalmente su sexo. Fue lo más asombroso que había sentido hasta entonces en su vida. La vista se fue nublando y ella notaba que caía a un abismo. Cogió las sábanas entre sus manos y aunque las apretaba con fuerza no fue suficiente para mantenerse consciente. Escuchó de lejos la voz de él pero fue incomprensible. Segundos después, notaba un ardor casi imposible de soportar. No sabía que había hecho Edward pero la estaba llevando a un mundo consumido por el fuego. Niv necesitaba tener algo sólido entre sus dedos para no perderse, así que cuando notó el cabello de Edward le estiró hacia atrás y lo acercó a ella. Había estado provocándola y estaba harta de esperar. Lo único que quería era sofocar su calor.

Edward se colocó entre sus piernas dispuesto a penetrarla. No podía aguantar más. Niv había reaccionado ante él con una confianza total, sin pudor y completamente desinhibida. Su respiración y jadeos le habían ayudado a

descubrir las formas en las que debía tocarla, pero también habían aumentado su deseo por estar dentro de ella. Colocó una mano entre la cama y el bajo de la espalda de ella para levantarla. Con la otra, entrelazó los dedos con los suyos. Poco a poco, fue penetrándola hasta que notó una barrera que le impedía avanzar. Miró a Niv, pero esta mantenía los ojos cerrados, sumida en las llamas del infierno.

—Mírame —obedeció—. Puede que te duela un poco.

—No voy a romperme —aunque Edward quería ser cauto, ella no se lo permitió porque de repente, se lanzó a su boca.

Se perdía en un mundo desconocido mientras Niv le besaba con tanta pasión. Cuando rompió su virginidad, gimió en su boca y fue lo más sensual que podía haber recibido. Una vez dentro se quedó quieto para que pudiera acostumbrarse a él, aunque se moría de ganas por moverse.

Niv estaba tan inquieta que se revolvía a pesar de tener un peso encima de ella. El segundo invite hizo que se mordiera los labios y al tercero se perdió en sensaciones, calambres y placer. Hasta llegar a un punto que todo eso se unió y dejó de respirar. Escuchó como su corazón producía un extraño sonido que se mezclaba con los rugidos de Edward. Millones de sacudidas recorrieron su centro, y finalmente llegó al límite de su aguante. Entonces un rayo barrió todo su ser y explotó en su interior.

Edward no tardó en seguirla, si se había controlado había sido para darle más goce a Niv, él llevaba preparado desde la primera embestida. Al observarla, pudo ver como parecía una gata buscando contacto. Estaba relajada y no pudo evitar darle un dulce beso en los labios.

Se separó del cuerpo acomodándose en el lado desocupado de la cama.

—No hay vuelta atrás, Niv. Vas a ser mi esposa —pasó el brazo por debajo de la cabeza de ella y la acercó para sentir su presencia.

La gata ronroneó aprobando el comentario y descansó en el pecho de Edward.

Si anteriormente la lluvia le recordaba uno de los peores momentos de su vida, cuando creyó que Niv estaba muerta, ahora las tormentas, los rayos, los cielos encapotados, cobraban un nuevo significado para él.

XXV

Edward

Sin pretenderlo Niv se había dormido y el roce de una mano acariciando su espalda fue el mejor despertar posible. Al abrir los ojos, Edward seguía estando a su lado. Ella se acercó a su cuerpo y él sonrió con los ojos cerrados.

Había decidido estar despierto por si acaso se le ocurría hacer una de sus escapadas nocturnas. Todavía no habían averiguado que causaba aquella conducta pero al menos sus visitas al salón habían disminuido. Tenía que hablar con ella respecto a eso, pese a que una corazonada le advertía de que eran producidos por el miedo que sentía Jane. Una vez se solucionase el problema, Niv dejaría de aventurarse en la noche. Pese a todo, tenía que confirmarlo.

La lluvia no amainó y, aunque el cielo estaba cubierto por un manto grisáceo, la luz que se filtraba por las nubes iluminaba la habitación de una forma misteriosa.

—Deberíamos levantarnos, ¿no crees? —preguntó sumido en un letargo.

Niv observó la ventana para comprobar el temporal.

— ¿Para qué? Sigue lloviendo.

Edward rio de buena gana al observar que su preciosa mujer no iba a abandonar la cama donde yacían. Si no se levantaba él, seguramente permanecerían tirados allí todo el día. Y aunque no le desagradaba la idea, no deseaba ponerla en un compromiso mayor.

Con mucha pereza empezó a vestirse bajo el escrutinio de Niv, cuando estuvo listo para salir se acercó de nuevo a la cama y le apartó algunos mechones de la frente.

— ¿Cuándo anunciaremos nuestro compromiso? —preguntó Edward.

Niv se desperezó, extendiendo los brazos hacia arriba por lo que todas sus costillas se marcaron en la piel y él no pudo evitar besarlas.

—Cuando Matthew se haya marchado —contestó para disgusto de él. Edward puso los ojos en blanco, reconocer que se sentía celoso era un paso que no iba a dar, pero tenía que cortar cualquier esperanza que tuviera por reconquistar a Niv—. No quiero herirlo más —sabía de sobra cómo iba a reaccionar y no quería darle razones para que creyese que sentía cierto apego por Matthew—. Bastante duro habrá sido que lo rechazara para luego

enterarse que me he desposado contigo a los pocos minutos.

—Eso es eludir el problema —se acercó a la puerta—. ¿Prefieres que se entere por terceras personas antes que por ti?

Una parte de ella sabía que tenía razón y que debía actuar de forma honrada pero otra le decía que solamente quería demostrar a Matthew una única cosa: él estaba primero. Supuso que en su lugar, actuaría de igual modo.

—Está bien, pero si yo hablo con Matthew, tú tendrás que decírselo a Henry.



Había bajado a desayunar para darle un poco de intimidad a Niv pero después de unas horas fuera de aquella habitación le picaban las manos y sentía una inquietud en su entrepierna por volver a tocarla. Tal vez fuera su mente que jugaba con él o tal vez era pura necesidad. Sin embargo, decidió no ceder y permanecer separado de ella.

John había recibido la noticia como solo él podía hacerlo.

— ¡Por fin! He ido hasta la iglesia para pedirle a Dios que te hiciera entrar en razón. ¡Y casi ardo por ello!

Pero ni siquiera su gran amigo podía librarlo de la impaciencia por volver a estar con ella. Llevaba veinte minutos intentando hilar la conversación pero le era imposible. Sus pensamientos solo tenían un camino. No pudo soportarlo más y se despidió de él mientras tomaba la única dirección que deseaba tomar.

Tocó por educación, pues si fuera por él ya nada se interpondría en su camino, y cuando escuchó la voz de Niv cargada de cansancio no pudo evitar sonreír. No obstante, su expresión cambió al encontrarla bañándose.

Tenía el pelo totalmente mojado y su piel había adquirido un tono rosado debido al agua caliente. Descubrió nuevos lunares por el cuerpo y él solo podía pensar en contarlos en ese mismo instante. El ambiente estaba cargado, todavía salía vapor del agua de la tina, por lo que Edward se quitó la casaca y se remangó.

—Pensé que eras Cassandra, dijo que iba a por toallas.

—Puedo secarte yo —pasó la mirada por las piernas que se veían a través del agua.

Niv le sonrió de una forma cómplice y cercana revelando los momentos

que los habían unido. Podía verse a través de los ojos de Edward las ganas que tenía por introducir las manos bajo el agua, acariciar su piel con las yemas hasta llegar a las zonas más sensibles.

—Todavía recuerdo la primera vez que me dijiste que te casarías conmigo. Estaba nervioso, me sudaban las manos —pasó un dedo por el agua dibujando el contorno de su pierna—. Sentía mi pulso en los oídos, lo cual era absurdo, porque nos queremos desde siempre. Te quería mientras me ignorabas, mientras comíamos juntos o mientras jugábamos de niños —llegó a su hombro y siguió subiendo por su cuello—. Te quería incluso cuando creciste y decidiste que mis tonterías ya no te interesaban, mientras me contabas tus aventuras y tus historias. ¿Pero sabes cuándo más te quise? —había llegado hasta su oreja y se acercó para susurrarle al oído— Aquella noche en la que me enteré de que te habías marchado —Niv tuvo que mirarle para cerciorarse que no era una broma—. La noticia fue un golpe tan fuerte que lo primero que pensé fue en cómo iba a sobrevivir sin ti. Ahí supe hasta dónde llegaban mis sentimientos, la necesidad que tenía de ti, la alegría que me aportabas y el amor que me estaba siendo arrebatado. Esa noche descubrí que, con todo el odio que sentía, te seguía amando.

Por muchas veces que hubiera intentado simpatizar, jamás conseguiría sentir lo mismo que vivió Edward. De pequeños, todos decían que ella era única, que sentía y vivía el mundo de una forma que la sociedad no aceptaba, pero solo Niv sabía que estaban equivocados, el especial era él.

—Edward...

— ¿Crees que estoy loco? —rio tristemente— Tú has leído todos esos libros que hablan de monstruos y fantasmas —se arrodilló y la abrazó por la espada mojándose las mangas por completo—. ¿Crees que es posible que en ese momento yo me hubiera convertido en uno de ellos?

—No existen esas criaturas —había interpretado en su tono de voz la tristeza que guardaba desde hacía mucho tiempo y quería mitigar su estado. Niv puso sus manos con las de él bajo el agua.

—Yo solo sé que en ese momento me sentí así, un fantasma.



Edward subió al caballo y galopó hasta Hightown como alma que lleva el diablo. Volver a casa de los Darcy no era algo que deseara vivir, pero dada

las circunstancias, Niv había sido misericordiosa. Ella pensaba que solamente con Henry bastaba para que pudieran casarse, pero Edward iba a comportarse debidamente y una vez que Henry supiera del compromiso volvería para anunciarlo a los padres de Niv.

Entregó el animal al mozo y se anunció al mayordomo.

Henry lo recibió en una sala llena de libros de contabilidad y miles de papeles encima de un escritorio de madera clara. Había encendido un par de cirios puesto que la luz que entraba por la gran ventana era escasa. El temporal había amainado un poco, la lluvia era muy leve pero la niebla con la que había amanecido el día seguía estando allí. Henry se quitó los anteojos y le tendió la mano.

Edward reconoció que tenía fuerza. Él le recordaba como un joven tranquilo y apacible y comprobar que debajo de sus ropas tenía músculo le sorprendió. Notar aquella corpulencia le hizo constatar que se estaba convirtiendo en todo un gran hombre. Atrás quedó el niño pequeño. Sonrió, le parecía un ser diferente al que recordaba.

— ¿Ha ocurrido algo? Tenía pensado ir a Kingland pasado mañana a visitaros. Por favor, siéntate —Henry se apoyó delante del escritorio. Comprobó por la expresión en la cara de Edward que no había ocurrido nada grave. Tal vez necesitara volver a hablar del tema pero habían cerrado esa brecha entre los dos, así pues, Henry no pudo imaginar el motivo de su visita.

—Me vendría bien un vaso de whisky —no quería alargar mucho la confesión pero necesita calentar la garganta antes de hablar de nuevo.

Henry indicó que se sirviera él mismo para después sentarse con las manos en el reposabrazos y las piernas cruzadas.

—Voy a casarme con Niv. Ayer me declaré a tu hermana.

Henry no lo miraba a él, sino que mantenía los ojos clavados en algún punto justo por encima de su cabeza y detrás de él solo estaba la puerta de entrada. Durante unos segundos, el silencio invadió todo Hightown salvo una única respiración.

Al girarse comprobó por qué todo parecía un sepulcro. El padre de Niv, Thomas Darcy, el actual Conde de Salisbury, estaba asimilando las palabras de Edward. Sus ojos estaban entregados al hombre que había revelado que su hija estaba viva e iba a casarse con ella.

Edward se levantó para desafiar al causante de la muerte de sus padres y, en un futuro, su suegro. No tenía miedo a decir la verdad, pero esperaba que

fuera en otra situación. Que él se hubiera enterado de ese modo no le dejaba en un buen lugar.

— ¿Qué has dicho?

No se movió del umbral de la puerta; aun así, su voz llenó por completo la estancia haciéndola mucho más pequeña. Él, con un solo tono amenazante atestaba los rincones y dominaba el espacio. Sin embargo, Edward no se sintió intimidado y al parecer Henry tampoco. Ambos veían como Thomas tragaba saliva y apretaba la mandíbula.

—Padre, todo tiene una explicación —intervino Henry esperando apaciguar a su progenitor.

—Cállate, Henry. ¿Dónde está Nivill? —sus ojos fueron a parar a Edward.

—En Kingland. Sé lo que va a decir y mi respuesta es no. Niv no volverá a esta casa y solo si ella desea verlos permitiré que así sea.

Thomas comprimió los puños. Acababa de descubrir que su hija estaba viva y ese mal nacido no le dejaba verla.

— ¡¿Qué derecho te crees que tienes sobre ella?! —mientras gritaba se había acercado y ahora cogía de las solapas a Edward— Te llevaste a mi hija. Durante siete años no he sabido nada de ella y, ¿te crees capaz de ocultármela? Estás perdiendo la cabeza, Wingfield.

—Usted se llevó a mis padres. Me arruinó la vida —golpeó los antebrazos de Thomas para que le soltara. Henry se colocó entre ellos dos—. La mía y la de Nivill, por no mantener la bragueta en su sitio.

—Cierra la boca, muchacho, si no quieres que lo haga yo.

—Basta, padre —Henry no sabía que estaba pasando. Él no era cómplice de la verdad y ahora estallaba a su alrededor sin saber dónde resguardarse. Necesitaba tiempo para digerir las palabras que habían revelado—. Este no es el mejor momento para discutir.

— ¡Por Dios, Henry! Se llevó a tu hermana —necesitó mirar un punto fijo para enfocar su visión. La ira nublaba su mente y obstruía su garganta.

—Ivil se fue por decisión propia —reveló Henry.

Aquello pareció tranquilizar un poco la ira de Thomas.

—Pero debí llevármela a América, para torturarlo toda su maldita vida —Edward no podía contenerse cuando lo tenía delante de él. Deseaba decirle tantas cosas desde que descubrió la verdad, que no podía esperar más. Si fuera por él lo destruiría y no sería suficiente para apaciguar su odio.

El padre golpeó la mesa para frenar la discusión pero Edward no cesó:

—No es suficiente el daño que le ha causado ella. Ahora señor, seré yo quien le torture.

—Mide tus palabras, muchacho —le reprendió Thomas—. Lo que ocurrió aquella noche fue realmente terrible pero yo no tuve nada que ver con la muerte de George y Catherine.

— ¡Ni los nombre! —los ojos de Edward echaban chispas— Por su culpa, mi vida acabó. Se entrometió en un matrimonio y arruinó la vida de una familia. ¿Cómo puede dormir por la noche? ¿Le deja su conciencia?

— ¡Por supuesto que no, maldita sea! —volvió a golpear la mesa del escritorio— Todavía conservo intacta la imagen de tu madre muerta en mi cabeza, como un fantasma que me atormenta día y noche.

Edward vio en sus ojos el mismo dolor que poseía él desde entonces. ¿Acaso compartían los mismos sentimientos?

—Amaba demasiado a tu madre para olvidarla y ahora... Esa espantosa noche, ambos perdimos algo. Tanto tú como yo sucumbimos al dolor, pero, Edward, es mi hija. Hace siete años que no sé absolutamente nada de ella y merezco al menos abrazarla.

Thomas sentía que los ojos se le habían llenado de lágrimas pero no apartó la mirada de él. Toda la ira que había sentido momentos antes ahora se disipaba. Si Edward necesitaba que suplicara para ver a Nivill lo haría.

—No queda en mis manos esa elección, señor. Solo en las de Niv y si tengo la mínima oportunidad de que ella le odie y que no desee verlo jamás, la tomaré y por fin descansaré. Su hija será otro fantasma que le atormente.

—La traeré de vuelta y no podrás hacer nada por impedírmelo.

Henry se había alejado de ellos dos al oír que su padre había sido amante de Catherine, la madre de Edward. Todo encajó en su mente, las discusiones de sus padres después del funeral, la furia con la que su madre le contestaba a las preguntas más banales, la tristeza de Thomas desde entonces... ¿Cómo no se había dado cuenta? Pese a todo, algo no encajaba. Puede que los padres de ambos tuvieran una relación secreta pero, ¿eso que importaba para Ivil y Edward? ¿Qué había pasado para que ella huyera de su hogar y de su amor? Intentó averiguar mucho más mientras mantenían la conversación pero le fue imposible. ¿Quién de los dos le había arrebatado crecer con su hermana?

Thomas enfurecido de nuevo, le golpeó en la cara lastimándole los

labios. Brotó sangre de una pequeña herida. Henry fue rápido y lo separó pero su padre lo empujó y salió de la sala hecho un vendaval. Al cerrar la puerta, Edward estaba que rebosaba de irritación por devolver el golpe pero se contuvo. De repente, aquella estancia le pareció mucho más grande que cuando Thomas la invadió.

Al observar a Henry, pudo ver que sus ojos todavía estaban recabando información. Descubrir la verdad de ese modo tampoco estaba en sus planes, de hecho, hubiera preferido contárselo con Niv delante pero las cosas habían sucedido así.

—No han sido formas. Por favor, discúlpame.

Ni siquiera le miró cuando dijo:

—Me trae sin cuidado lo que acaba de ocurrir, pero contéstame una cosa

Edward —ahora sí levantó la mirada—. ¿Por qué se fue?

¿Qué iba a contestar?

—Porque soy un estúpido.

XXVI

Jane

No pensaba que tener que anunciar su casamiento sería un asunto tan peliagudo para ella. Matthew fingía leer el periódico cuando Niv intentó hablar con él. Estaba nerviosa y apenas enlazaba palabras para formar una frase, sin embargo, se obligó a serenarse. Se secó las manos en la falda y avanzó hasta situarse a su lado.

Desde que Jane había rechazado, el día anterior, la proposición de Matthew, este se sentía fuera de lugar. Había visto cortejos similares al suyo y todos acababan en matrimonio, en cambio Jane se había negado y ahora él tenía que lidiar con la desolación. Ni siquiera se podía imaginar qué deseaba ahora ella sentándose a su lado.

—Matthew —su voz sonó débil.

Él apartó los ojos del periódico para prestarle toda la atención. Aun estando resentido apreciaba la belleza de Jane. Su aspecto, tal vez fuera por la escasa luz o por alguna razón diferente, estaba teñido de sensualidad y era casi hipnótico.

—Me acabo de comprometer con el duque.

Matthew no se movió, ni siquiera pareció haberla escuchado. Los segundos en silencio que pasaron solo aumentaron la carga. Aun así, Jane aguantó esperando una respuesta por su parte. En cambio, él decidió pasar la siguiente página del periódico.

— ¿No decís nada? Sé que estáis dolido pero veréis como el tiempo...

— ¿Lo sabes, Jane? ¿De verdad, lo sabes? Porque me encantaría ver como describes mis impresiones al descubrir que la mujer que amo se desposa con otro hombre un día después de proponerle yo matrimonio —aunque no levantó el tono y se mostró tranquilo por dentro, Matthew estaba a punto de saltar puesto que había dejado de lado su trato. De hecho, si hubiera estado presente Edward nadie le aseguraba que se pudiera contener.

—Lo siento.

Se sentía avergonzada por el dolor que le había afligido pero no había vuelta atrás.

—Ahora entiendo por qué anoche me diste razones más que obvias para rechazarme. ¿Anclada a unos sentimientos del pasado? Me alegro de que hayas

pescado al hombre correcto. ¡Duquesa! Siempre supe que llegarías lejos.

Cómo se atrevía a insinuar algo así. Jane le cruzó la cara al instante para mostrar su decepción ante las palabras.

—Nada tiene que ver su título con que haya decidido casarme con él.

— ¿Entonces por qué le has preferido a él antes que a mí? Le conoces desde hace relativamente poco, Jane.

Quería gritar al mundo entero su pasado y la historia que los unía, al menos Matthew se merecía la verdad, y aunque no podía, optó por salvar un poco su honor.

—Eso no es verdad. Conozco a Edward desde hace mucho tiempo, crecimos juntos. Aquí, en Kingland. Que nos casáramos era cuestión de tiempo, supongo.

— ¿Lo amas? —no contestó— De verdad lo amas. Y yo he sido tan tonto de no darme cuenta. ¿No podías haber sido horrorosa conmigo? Haz que te odie.

Jane apenas podía aguantar la mirada desolada de Matthew. Ser portadora de malas noticias era un trabajo muy duro y por nada del mundo deseaba volver a ejercerlo. Se sintió un poco mejor cuando él se levantó del sillón y caminó por todo el salón. Se notaba su presencia nerviosa y alterada, pero jamás perdería los papeles ante nadie. Matthew era un ser cuadrado que cualquier dama desearía en su vida, pero no Jane. Ella había elegido hacía mucho tiempo a su compañero.

—Por favor, Matthew deteneos o romperéis el suelo —le hizo caso—. No intento haceros daño, ni mucho menos trataros con crueldad pero debíais saber la verdad sobre mis sentimientos antes de que otros os los contaran. Aunque ayer fui muy franca con usted también es verdad que me guardé algunas cosas que desconocéis de mí y es mejor así.

Deseaba odiarla pero era incapaz. Había actuado honorablemente mientras que él parecía un niño cabreado por no tener el juguete deseado. Sin embargo, Jane no era ninguna distracción ni diversión para Matthew. No le dejaría el camino libre al duque.

— ¿Dónde está él? —preguntó a bocajarro.

Jane se sorprendió con la pregunta. Nunca antes Matthew había actuado de forma incorrecta. Era imposible que él se saliera de su camino, pero la noche anterior la había asombrado con un inesperado beso, y aunque había sido educado y tierno, no era una conducta que Matthew aprobaría, y ahora, se

armaba de valor para enfrentarse a Edward, cuando en realidad era a ella a quien tenía que pedirle explicaciones.

—Él no tiene nada que ver —defendió la joven.

—Por supuesto que tiene que ver. Si me disculpas, iré a buscarlo — inclinó la cabeza para despedirse de ella y salió airoso del salón.

Jane fue tras él para intentar detenerlo pero cuando vio a Edward descender de su caballo con el rostro crispado y una herida en el labio se refrenó. No era un buen momento para que Matthew hablara con él. Aun así, omitiendo el aspecto tan aterrador que presentaba decidió que aunque fuera el mismísimo Diablo él tenía que presentar batalla por la mujer amada.

—Matthew —Jane lo cogió del brazo y aquel gesto pareció cabrear todavía más a Edward. Así que cuando pasó cerca de ellos y pidió hablar con él, nadie se negó a ello.

Antes de marcharse, Edward le advirtió de algo:

—Deberías hablar con la baronesa. Esta mentira está durando demasiado.

Tal vez si no hubiera llegado con aquel aspecto furioso, Niv hubiera pensando que se trataba de una broma pero la magulladura desvelaba que algo malo había ocurrido en Hightown.



Charlotte tomaba el té en el mismo salón donde Jane se sentaba sonámbula. Había encontrado la puerta oculta días después de su primera aventura. La baronesa parecía esperar a que alguien la distrajera de su aburrimiento. Al escuchar el pomo, enseguida se giró.

—*Oh, chérie*. Menos mal, está siendo un día muy aburrido. Esta bruma apaga hasta las flores.

Jane se sentó y se sirvió una taza.

— ¿Ocurre algo? ¿Dime que Matthew no se ha propasado?

—Ay, Charlotte —resopló e inspiró para armarse de valor—. No he venido a hablarle de Matthew, a pesar de que sé que le alentó a que me pidiera matrimonio.

—Es un gran hombre y te haría muy feliz.

— ¿Y si yo no quisiera ser feliz? ¿Y si yo quisiera ser más que dichosa? —la baronesa no entendió las palabras de Jane. Decidió beber más y animarla

a que siguiera hablando—. Usted sabe lo que fue Edward para mí y no me pude...

—No. Oh, no, querida. ¿Dime que no te has comprometido con ese hombre? —los ojos de Charlotte estaban a punto de salirse de la cuenca. Había dejado la tacita en la mesa con tanto impulso que tiró té en el platito. Al ver que Jane no se atrevía a contestar fue hilando hasta encontrar la respuesta —. *Sacre bleu!* ¿Estás segura? Mira que no tengo buena opinión de él.

—Porque no lo conocéis. Y si me prestáis atención veréis que a mí tampoco.

Estuvieron horas encerradas en aquel salón conversando sobre las mentiras que Jane, ahora Nivill, había contado a la baronesa. Al principio se había enfurecido, nadie en su sano juicio mentiría a Charlotte Delacroix y saldría indemne pero a medida que ella exponía sus razones su semblante cambiaba, tal vez llegara un día en que lo comprendería del todo. Y tal vez ese día, también ella podría sincerarse. Nivill era la persona en la que más confiaba, pero no se atrevía a defraudarla. Cuando dijera la verdad de por qué sus caminos se habían cruzado en aquella pensión, todos los demonios que mantenía a raya saldrían en busca de sangre. Sería difícil perdonarla pues durante todo ese tiempo, la había querido como a su propia hija y así se lo había demostrado. Y aunque sintiese que Nivill la había engañado, traicionado su confianza y pisoteado la familiaridad que poseían, actuaba de la forma que deseaba que lo hicieran con ella cuando todo se supiera.

—Nunca quise hacerle daño de verdad, Charlotte, pero no sabía cómo decirle todo esto.

La baronesa se había bebido casi toda la tetera y sus manos empezaban a temblar, sin embargo cogía con fuerza el plato y la taza para que no se diera cuenta.

—Sabía que tenías un pasado, y uno muy oscuro para encontrar a alguien como tú en una ratonera, pero no me esperaba esto. ¿Es que no te inspiraba confianza? ¿Creíste que enviaría una carta a los Darcy para pedir un rescate?

—No se trata de eso. Pensé que cuanto más lo guardara más protegida estaría. Estaba casi segura de que jamás volvería a ser Nivill Darcy. No creí volver a Inglaterra o enamorarme de nuevo de Edward.

Charlotte se acercó a las grandes ventanas. El tiempo no había mejorado, la bruma seguía envolviendo la casa como unos brazos presionando la piedra.

—Hubiera preferido un día aburrido.

—Todavía hay más —Nivill se acercó a la baronesa.

— ¿Cómo qué más? —seguía más que perpleja.

Nada tenía que ver la nueva revelación con ella, no al menos directamente pero sabía que Charlotte se animaría al escuchar que Matthew estaba hablando con Edward en ese preciso momento.

— ¡Vaya! Al menos el chico tiene agallas y por fin se decide a plantarle cara a la vida.

Nivill rio tímidamente, no deseaba molestar a la baronesa pues sabía que Matthew era su favorito pero escuchar de sus propios labios la palabra chico hizo que la alegría se desbordara en su interior.

—No te atrevas a reírte, sigo enfadada contigo.

— ¿Y si le diera la razón diciendo que el arte americano es mejor opción para crear una atmosfera elegante y sofisticada?

El reflejo de una sonrisa en la cara de Charlotte se delató en el cristal de la ventana.

—Igualita a Philippe. Sabéis como convencerme de que os perdone.

No podía evitar pensar en sus propios secretos. La baronesa, como todos, había tenido un pasado y sabía que un error se podía pagar muy caro, pero al final todo se resume en una única cosa: hallar la felicidad. Daban iguales los fines con que consiguiera esa meta. Intentaría infundir ese pensamiento a Edward pues si iba a ser el esposo de su dama de compañía tendría que hacerla feliz.



Ese día estaba siendo horrible. La actitud de Edward cambió radicalmente después de hablar con Matthew. Sostenía la mirada en Niv mucho más tiempo del habitual hasta el punto de desquiciarla, apenas le había dejado cabalgar o simplemente tomar el fresco con Charlotte para conversar. Paso tras paso, sentía la presencia de él a su espalda como si se hubiese convertido en su sombra. No soportaba sentirse observaba en cada rincón, tenía miedo de estallar de frustración.

Casi al finalizar la tarde, un carruaje majestuoso se colocó en la entrada de Kingland. Edward, como un pirata que quiere esconder su tesoro, salió de detrás de ella y la arrastró en dirección a las escaleras. En el pasillo Niv se

soltó de su agarre.

— ¿Qué demonios haces? —le enfrentó con todo su carácter.

—Quédate en mi habitación y por nada del mundo salgas de ella. ¿Me has entendido, Niv? — ¿eso había sido una orden?

Antes muerta que obedecer tal cosa después de un comportamiento como el que había tenido Edward todo el día. Primero, su constante pulular alrededor de ella como si fuera una mosca y ahora, la quería encerrar. ¿Quién demonios había llegado para tener que ocultarse?

—Señor —Blake apareció en la entrada del pasillo.

—Voy, dile que espere unos minutos —apenas retiró los ojos de Niv—. Tengo que resolver un problema.

El rostro de la joven se contrajo en una mueca. ¿Acababa de llamarla problema? La volvió a empujar por el codo y siguió tirando hasta que llegó a su habitación.

—No pienso esconderme, Edward —dijo sumamente enfadada mientras él ponía la mano en el pomo.

—Lo harás.

— ¿Así piensas tratarme? —no podía dejar de mirar aquel rictus que parecía sostener la cordura mundial.

— ¡Maldita sea, Niv! Entra en el cuarto y luego lo hablaremos.

Se rebelaba ante las órdenes que no compartía. Esconderse de la persona que había llegado no era una solución, pero no deseaba crear un enfrentamiento, ahora que las cosas estaban por fin aclaradas.

—Está bien, Edward —fue ella quien agarró el pomo de la puerta y entró. Segundos después, oyó como giraba la llave y sus pisadas se alejaban.

Inspeccionó su alrededor, algo en el ambiente le resultaba familiar, aunque nunca había estado allí. Se trataba de un estilo parecido al de su habitación, salvo por los muebles tan robustos y unos colores más discretos en las paredes. Sin embargo, solo fue consciente cuando se asomó por la ventana. La misma explanada que vislumbraba todas las mañanas desde su ventana. Subió su mirada hacia el techo. ¿Por qué Edward le había asignado aquel cuarto encima del suyo propio? La de veces que habría escuchado sus pisadas, sus golpes, las conversaciones con la baronesa e incluso las noches en las que se levantaba sonámbula.

Él había controlado sus sueños desde allá abajo y Niv no se había percatado de que dominaba todo en aquella casa. Hasta el último rincón era

propiedad de Edward Wingfield, pero colocarla encima de él para vigilarla era el colmo.

No dejaría que se saliera con la suya. Aunque alguna vez hubiera deseado satisfacerlo, ahora estaba muy por encima de eso. No pensaba someterse a la autoridad de un hombre que necesitaba que estuviera encima de él para espiarla.

Debería saber que una llave no podía detenerla. Extrajo de su cabello unas horquillas que utilizó para abrir la puerta. Necesitó unos segundos para hacerse con el cerrojo, después, salió disparada hacia la persona que había llegado a los dominios de Edward.

XXVII

Thomas

Thomas Darcy estaba a punto de saltarle a la yugular como no le dejara ver a su hija. Se había contenido durante todo el día o gran parte de él, pero había destrozado la sala de hombres de Hightown, porque no sabía cómo dominar la situación.

Edward siempre admiró la fortaleza de Thomas hasta que descubrió la verdad. Se trataba de un hombre que a pesar de recibir golpes de sus peores enemigos afrontaba todas las situaciones con orgullo, pero esta iba a ser distinta. Él había conseguido que su vida fuera un total infierno y ahora iba a devolverle el favor.

—Está loco si piensa que verá a Niv —Edward no iba a ceder—. Por encima de mi cadáver, lo consentiré.

—Me están dando unas ganas de que eso sea cierto, muchacho —resopló y tuvo que apoyarse en el umbral de la ventana.

El padre de Niv y Henry, a pesar de su cabello gris y las arrugas que surcaban el rostro, conservaba la compostura y el atractivo. Las semejanzas de sus hijos eran latentes en la nariz o en los ojos, y es que ellos habían heredado muy poco de Evelyn. Ambos eran idénticos al padre.

Ninguno claudicaba, mientras que Thomas estaba a punto de suplicar ver a Nivill, Edward se cerraba en banda ante la petición. Y así sería hasta ver que lloraba de la misma forma que lo hizo él cuando murieron sus padres.

—Te he tenido en mis brazos cuando solo eras un niño, he visto tu alegría los días en que venía a verte por navidad con regalos y ahora, Edward... Tu madre se avergonzaría de tu actitud.

¿Su madre? ¿Cómo se atrevía a nombrarla? Catherine no estaba entre ellos. Estaba muerta, no podía sentir, no podía ver, por lo tanto nadie sabría si estaba orgullosa de su hijo o no. Por culpa de Thomas nunca se enteraría.

—No puede verme porque usted se interpuso entre ellos —espetó lleno de una enemistad que respiraba desde hacía tanto tiempo.

— ¿Cómo tú lo estás haciendo con mi hija y conmigo?

Exacto. Había dado en la diana.

—Voy a pagarle con la misma moneda.

De repente, Edward notó un sudor frío. Un escalofrío le recorrió toda la

columna y se quedó de piedra. Supo casi al instante que Niv estaba allí, a su espalda y que había escuchado sus palabras.

—Por eso querías casarte conmigo —no formulaba una pregunta. En su fuero interno ella sabía que el odio de Edward hacia su padre era mayor que su amor.

—Nivill —Thomas pronunció su nombre como un susurro. Solo quería abrazarla, pero se mantuvo totalmente quieto.

Edward no esperaba que ella escuchara la conversación y había sacado de contexto su última frase. Quería hacer sufrir a Thomas, del mismo modo que él había sufrido. A pesar de que Niv estuviera en medio de esa guerra pretendía protegerla.

—No existe el amor entre tú y yo. Solo se trata de un espejismo del pasado, algo a lo que me he aferrado toda mi vida —rio irónica—. He sido una ilusa al creer que podrías olvidar y quererme por encima de todo, pero en tu oscuro corazón no cabe el amor, Edward. Perdiste mucho más que a tus padres —entonces posó los ojos en Thomas al añadir—. Llévame a casa, papá.

En dos zancadas, se encontraba en el sitio que le correspondía: al lado de su hija. Jamás le quitaría el ojo de encima. No permitiría que Edward Wingfield pudiera volver a hacerle daño. Rodeó los hombros de Nivill para asegurarse de que no retrocediera en su dirección pero parecía ser ella la que le guiaba a él hasta Hightown.

Ayudó a su hija a subir al coche con la atenta mirada de Charlotte, Wilson y Matthew. Cassandra por descontado volvía a Hightown con ella.

Durante el transcurso del viaje quiso entablar una conversación, necesitaba explicaciones pero se mantuvo callado. Su corazón se alegraba y lloraba por partes iguales. Edward era el único hombre en la faz de la tierra que podía herir a su hija y él se lo había permitido dos veces. La primera, ella había huido, pero esta vez sería diferente. Pensaba apoyarla y aunque ahora tuviera el alma en los pies y su luz se hubiera extinguido volvería a brillar.

Carraspeó y empezó a decir algo pero Niv enseguida le frenó:

—No deseo hablar ahora.

Thomas se colocó mejor en el asiento para observarla. El rostro que él conocía no era el mismo que se encontraba allí. Su aspecto infantil y soñador había sido borrado por la madurez y la sofisticación. Nivill se había convertido en una mujer preciosa a la que temer. Se preguntó cuándo había

dejado de ser su niña para transformarse en el ser que veía. ¿Tendría los mismos gustos que antes o había conocido otras materias con las que apasionarse? ¿Todavía tenía predilección por la comida fría? ¿Dormiría hasta tarde? Se dio cuenta de que no la conocía.

Ahora que volvía a casa eso no sería un problema. Pretendía mimarla, cuidarla y protegerla por todos los años que no había podido. La amaría de tal forma que ella solo podría pensar en quedarse en Hightown. Había recuperado su corazón y ahora estaba más fuerte que nunca.

Aunque él estuviera rebosante de alegría, Niv estaba triste. Su mirada se perdía por los paisajes que decoraban la distancia entre las dos fincas. No pudo evitar pensar en los dos estados de ánimo. Mientras él era dichoso, ella se marchitaba. Su hija había conocido la libertad y las ganas de conocer mundo y ahora su casa se quedaba pequeña para ella.

No intentó volver a hablar en el tiempo que duró el viaje. Nivill estaba demasiado enfadada para volcarlo todo en él y lo que menos necesitaba ahora Thomas era una disputa con su hija. ¡Maldito Edward! Si pudiera lo mataría con sus propias manos.

Nunca creyó volver a entrar a Hightown con Nivill Darcy pero ahora que estaban allí era reconfortante y familiar. Evelyn se alegraría de volver a tener en el mismo techo a sus dos hijos y tal vez pudiera perdonarle a él. Desde que tuvo, casi por obligación, que contarle su aventura con Catherine, no habían sido el mismo matrimonio y estaba claro que no podían volver a serlo, pero al menos eran cordiales y respetables.

—Puedes alojarte donde desees.

—Prefiero mi cuarto —sin pararse contestó.

—Como gustes.

¿Qué iba a decirle? Tenían mil asuntos de los que hablar pero no después de la escena de Edward. Había perdido la cabeza si pretendía quitarle a su hija. Parecía irreal que no se diera cuenta de que la muerte de sus padres no solo le afectó a él, sino a la familia Darcy también. La muerte de Catherine le había partido el corazón, dejándolo inservible para el amor. Lo había intentado. ¿Qué lo colgaran si no había luchado para volver a sentirse completo! Pero había sido imposible. Con el accidente se desencadenaron otros sucesos que lo hicieron todavía más desdichado.

Aquella noche en la que Edward se atrevió a recoger las pertenencias de sus padres encontró las cartas que él le enviaba a su madre. Llenas de

promesas de amor y palabras de pasión entre dos amantes, incluso leyó la culpabilidad de Catherine y la posible confesión a su marido. Cuando fue a pedirle explicaciones pudo ver la repulsión en los ojos de Edward. Todo se descubrió en aquel momento. Desde hacía años, Thomas y Catherine habían sido amantes y cuando George lo descubrió solo quiso vengarse. Cogió el arma de caza y se dirigió hasta Hightown con el único propósito de acabar con él. Sin embargo, Catherine cogió un caballo con tanta desgracia que se encabritó mientras los dos hombres se peleaban. Murió en el acto. Lo siguiente que recordaba Thomas era un disparo. George se había suicidado. No pudo hacer otra cosa que alegar junto con su esposa un accidente como causa de la muerte por parte de ambos. Evelyn convenció a su marido para mentir, pues aunque ella no estuvo presente, no podía permitir que la infidelidad saliera a la luz. Incluso ahora, ese secreto permanecería oculto a toda la sociedad.

Después de contarles la verdad a su propia hija y a Edward, todo se volvió negro para este. Su cabeza empezó a enlazar los cabos sueltos de la historia y ambos quisieron acercarse para ayudarlo, pero no les dejó. Evelyn fue la que con más ahínco insistió. No podía reaccionar con sensatez, la ira había dominado el espíritu de Edward hasta enloquecerlo y la animadversión por la familia Darcy creció cuando Nivill no supo a quién defender. Fue en ese momento, cuando Thomas vio como Edward la repudiaba. Supo que el corazón de su hija se había roto como el suyo.

Esa noche discutieron los dos, padre e hija se dijeron palabras horribles que ninguno pensaba, pero el dolor y la rabia hablaban por ellos. Niv no dejaba de reprocharle la desgracia que había traído a la familia y como su madre le había defendido para conservar la reputación. Thomas perdió la cabeza cuando le propinó una bofetada después de oír cuánto lo odiaba Niv. Al ver la sangre en el labio de su hija se arrepintió en el acto pero ella huyó a su habitación. Al día siguiente, desapareció misteriosamente.

Si alguien tenía que reclamar venganza era él. Edward le había privado de su hija por mucho tiempo.

XXVIII

Edward

Edward se había quedado en silencio intentando reflexionar sobre los acontecimientos y cuando por fin asimiló que Niv había roto el compromiso fue directo a la biblioteca a beber. Una botella de whisky no sería suficiente para apaciguar la voz que le susurraba su funesto destino.

Al levantarse del sillón para observar los enormes ventanales donde Niv y Wilson leían, comprobó cómo de borracho estaba. Sin ir más lejos, empezó a escuchar el sonido de las páginas pasar, aquellos libros de misterio e historias fantasmales todavía seguían en esa biblioteca. Los cogió y uno por uno los tiró, rompiendo todos los cristales. El resto fueron a parar al suelo entre gritos y llantos.

John entró en la gran sala y esperó a que Edward acabara su desastre. Cuando lo vislumbró en la oscuridad de la biblioteca John avanzó hacia el escritorio. Cogió la botella vacía de whisky y la cambió por una llena. No hizo nada más.

Edward no había hecho nada para merecerse aquel dolor. Había sido Thomas Darcy quien se había inmiscuido en la vida de sus padres, separándolos y matándolos en aquel terrible altercado. Había sido él quien después de aquello no había cuidado de su hija Nivill protegiéndola con un marido respetable. Alguien que pudiera hacerla sonreír hasta los días grises. En cambio, él había desistido en su búsqueda. Había dejado que ella creciera de una forma adulta en Francia, separada de su hermano Henry.

La lujuria de Thomas había sido el detonante de todos los males a su alrededor. Había llegado tan lejos que tal vez ni siquiera los momentos que Catherine y él vivieron merecieran la pena. Pero, ¿y si hubiera sido al revés? ¿Y si Niv hubiera estado casada con otro hombre? ¿Se hubiera inmiscuido Edward entre su matrimonio?

Creía con vehemencia en los lazos del matrimonio pero porque siempre pensó que su mujer iba a ser Niv. Ninguno de los dos supo que se querían desde siempre hasta que descubrieron que llevaban años enamorados. Habían conocido a otras mujeres y a otros hombres en los bailes de la temporada pero no habían sentido la necesidad de compartir con esas personas lo que ellos llevaban haciendo durante años. Tal vez si él se hubiera casado con otra y

luego la hubiera conocido el concepto que tenía de matrimonio sería otro.

Había escuchado rumores de las infidelidades más nombradas de la flor y nata, de los matrimonios más sostenibles de Inglaterra. Aun así, él siempre creyó en la unión del matrimonio, porque esa palabra era Niv. Ella era su mujer, su esposa y la futura madre de sus hijos. Nadie podía traicionar esa ley. ¿Y si para Thomas, Catherine era su ley?

La realidad le golpeó tan duramente que sintió que por unos instantes se quedaba sin oxígeno. Nunca fue Thomas Darcy, siempre fue Edward Wingfield.



Si tenía algo decidido en la vida era amar a Niv, por eso, cuando se levantó por la mañana y se aseó, solamente el dolor de cabeza lo acompañó hasta Hightown. Sabía que le esperaba, pero estaba preparado para plantar batalla. No temía tanto a Thomas como a la propia Niv pero se reconfortaba al saber que tenía de su lado a Henry. Él no lo dejaría en la estacada. Sabía cuánto amor sentía por su hermana.

Fue todavía peor, nada más llegar a la casa un revuelo se levantó y a pesar de que él había ordenado avisar a Niv de su llegada, un lacayo lo guió hasta el salón donde Henry, Thomas y el abuelo conversaban. Apenas conocía al hombre, un anciano que a su edad debería estar pensando en dar de comer a los patos en el lago en vez de en números.

Henry fue el primero en saludarle y Thomas alteró su cara en una mueca desagradable ante el invitado.

—Abuelo, te presento al duque de Richmond y un gran amigo de la familia —Henry le hizo un gesto con la cara para que le siguiera la corriente —: Edward Wingfield. Él es mi abuelo, Robert Darcy, marqués de Looksanly.

Edward le estrechó la mano, sin saber muy bien por qué obraban de aquel modo. En una de las conversaciones que había tenido con Carson le había escuchado decir que el hombre había perdido la cabeza, pero estaba tan ensimismado en descubrir otros menesteres que no le había prestado atención.

— ¿Es el de la propiedad de al lado?

—Sí, abuelo —contestó Henry—. Es él.

La realidad era que se conocieron hacía años pero la poca cercanía de ambos y un problema de memoria que empezaba a acrecentarse en Robert,

olvidándose de algunos asuntos importantes, como que casi llega a formar parte de la familia, eran motivos suficientes para que no le recordara.

Henry lo distrajo para que Edward pudiera hablar con Thomas.

—Vengo a verla —y en ese mismo segundo que duró la frase, él se vio reflejado en Thomas pidiéndole exactamente lo mismo.

—Ni se te ocurra venir a mi casa y exigirme algo Edward —se alejó para que no pudieran escucharle—. No tienes autoridad en esta tierra, no estamos en tu maldita Kingland, sino en Hightown y aquí, mando yo.

Edward se mordió la lengua. Tenía ganas de decirle lo poco que le importaba su amenaza pero guardó silencio. No apartó la mirada de Thomas y no lo haría hasta que viera a Niv y pudiera explicarse.

—Si quiere que sea feliz...

—Cierra la boca —en su mirada refulgió el fuego—. ¿Es que nunca te cansas? América te ha absorbido la cabeza, muchacho. Nada tiene que ver conmigo. Dos veces, Edward. Dos jodidas veces te entregué a mi hija para que la hicieras feliz —utilizó su mismo tono— y dos veces vuelve a casa con el corazón roto. No he podido dormir en toda la noche de lo asustado que estaba porque se volviera a ir —Thomas respiró intranquilo—. Si me niego a que la veas es por ella. Tengo que protegerla. No necesito siete años más para saber que no puedes hacerla feliz.

Aquello enfureció a Edward. ¿Quién sino podía hacerla feliz? Solo entre ellos habían conocido el amor y la pasión. No existía en el mundo otras personas que se complementasen de la forma en la que ellos lo hacían, y ahí estaba el padre de Niv dándole una absurda excusa para que se separase de su hija.

—No sabe lo que le hace feliz —dio un paso hacia delante para tener a Thomas mucho más cerca de él. Y aunque Edward solo era unos centímetros más alto, se reconfortó al comprobarlo—. No ha estado estos meses en Kingland para saber lo inmensamente dichosa que ha sido conmigo.

Se iban a enzarzar en otra discusión cuando:

— ¡ABUELO! —se escuchó un grito a sus espaldas y de repente, una silueta con un vestido marrón abrazó a Robert.

Después de unos segundos, el anciano dijo:

—Su excelencia, ¿conoce a mi nieta?

XXX

Niv

¿Qué hacía él en su casa? ¿Es que necesitaba pisotearla hasta dejarla pegada al suelo? Bastante angustia tenía en su cuerpo y en sus pensamientos para que Edward fuera a torturarla de nuevo. Se había vuelto a levantar en medio de la noche, lo sabía porque se había despertado en el salón grande pegada a la chimenea. No era un buen día para afrontar de nuevo todos los problemas que la desvelaban.

No soltó los brazos que tan tiernamente la acogieron cuando llegó a la habitación. Desconocía cómo iba a actuar con ella, después de enterarse de la enfermedad. Al parecer, para él la separación nunca había surgido y era la mejor alegría que podía darle.

Sin embargo, la presencia de Edward estorbaba en ese momento. Quería que se marchase y que la dejara sola para disfrutar de su familia en paz. Se había vengado por fin y ahora nada le ataba a Inglaterra. Esperaba que cerrara Kingland de nuevo y volviera a América, de donde nunca debió haber salido.

—Niv —saludó con la cabeza.

Ella solo pudo apretarle los brazos a su abuelo. Miró de reojo a su padre y a pesar de estar observando hacia otro lado sabía que estaba atento a cualquier gesto o palabra que dijera Edward. Se podía distinguir como apretaba la mandíbula.

El tiempo pareció detenerse y cuando él se atrevió a dar un paso hacia delante, Robert le entregó lo más preciado que tenía en su vida. Ciertamente era que Henry sería el marqués de Looksanly y que se había convertido en un gran hombre, pero su nieta era la persona que le había robado el corazón desde que nació. Tuvo un brote de recuerdos y en uno de ellos, Niv salía cogida del hombre que tenía enfrente. Por eso, le entregó las manos que en su memoria le pertenecían.

Niv no le hubiera dejado si estuviera totalmente cuerdo, pero algo en sus ojos le había avisado de que estaba recordando algo importante. Su sonrisa le indicó que así era y permitió que Edward la acogiera.

Seguían cálidas y suaves como días atrás le habían acariciado todo el cuerpo. Además, tuvo la sensación de que cuando se pusieron en contacto, Edward las apretó para que no se pudiera escapar de su agarre. Y no lo haría,

delante de su abuelo no. Por suerte para ella, pues se sentía asqueada ante Edward, él enseguida volvió a los números con Henry y pudo soltarse. Una de las manos se quedó atrapada en las de él y con una sola mirada dio la orden precisa de que la soltara.

—Tenemos que hablar —susurró para que nadie pudiera oírlo.

— ¿Hablar? —miró a su alrededor y comprobó que nadie les prestaba atención— ¿De qué, Edward? ¿De cómo me manipulaste? ¿De cómo conseguiste meterte entre mis piernas?

Estaba siendo mordaz y ella lo sabía. Nunca pensó que el odio que tenía Edward pudiera traspasarse a ella, pero era palpable, aborreciendo al único hombre que había amado. ¿Qué quedaba de la antigua Nivill Darcy?

—No digas tonterías —le apretó la mano que todavía sostenía—. Niv lo que ocurrió ayer fue un grave error.

En ese momento, ella pudo soltarse de su amarre. Le miró como otras veces él la había mirado a ella.

Edward sintió que su mundo se rompía en mil pedazos, como los sentidos de su cuerpo se nublaban y como el deseo de ser tragado por la tierra crecía en su interior. Con solo una mirada había transmitido lo dolida que estaba por sus palabras y actos. Él nunca quiso hierirla cuando descubrió la verdad, pero estaba tan obcecado con la muerte de sus padres y el odio hacia Thomas que no pudo pensar cuando Niv intentó acercarse. La despreció de igual forma que ella lo hacía ahora. Pero no podía odiarlo, ¿verdad? Ninguno pestañeó y solo cuando se giró, cortó la unión entre ellos.

—Nos vemos luego, abuelo —le dio un beso en la mejilla y se fue de la habitación.

Necesitaba cabalgar como nunca lo había hecho. Llevaba toda la noche sintiéndose estúpida por confiar de nuevo en él, por estar tan ciega al no ver que solo quería venganza. ¡Si lo había jurado y todo!

—Niv —fue como una orden pero ella siguió caminando. Sabía de sobra que era Edward y no quería volver a verlo— Niv.

—Lárgate y no vuelvas. ¡Maldita sea!

Seguramente tuvo algún familiar bucanero y ella había heredado su forma de maldecir. Sonrió. Si eso no era felicidad, Thomas tendría que explicarle qué era entonces.

Como no se detenía, Edward salió corriendo tras ella.

—Párate —la cogió de los brazos y Niv le pisó con sus zapatos los pies

— ¡Au! —tuvo que soltarla en el mismo instante y ella siguió avanzando— Sí, me lo merezco —corrió de nuevo cojo para alcanzarla pero esta vez se plantó delante—. De verdad, lo que escuchaste ayer...

— ¿Qué? ¿Era mentira? ¿No eras tú? Dime que excusa vas a poner para poder reírme a gusto o mejor, ahórratela, no quiero oírla —le esquivó.

Aun así, él siguió detrás de ella.

—La verdad es que yo odiaba a tu padre hasta anoche —Niv se detuvo en seco y él se paró tan cerca de ella que pudo oler su cabello. Necesitaba acariciarla aun sabiendo que respondería duramente—. He sido un idiota desde el principio pero Niv comprende mi dolor. Escúchame bien, si tengo que arrancármelo para que te cases conmigo, lo haré. No volveré a interponerme entre tu padre y tú.

Por fin había captado su atención, ahora podría convencerla de la verdad y no era otra que la amaba, siempre lo había hecho. Conservarla a su lado era la única meta que tenía en su vida. Solo necesitaba que ella le perdonara y, una vez ocurriera eso, juraría por lo más sagrado no volver a sentir odio o rencor hacia Thomas Darcy. Lo trataría incluso como a un suegro y asistiría por navidad a Hightown si con ello Niv era feliz.

Pese a las palabras de él, Niv aseguraba que Edward mentía, no podía fiarse. Estaba nerviosa, notaba como sus dedos temblaban y la garganta se le atascaba, pero necesitaba cerrar ese libro para siempre. Solo deseaba acabarlo para seguir avanzando. Fuera o no lo correcto, no había vuelta atrás.

Los segundos pasaban y el único sonido que chocaba contra la ventana era el viento. No se escuchaban las voces que había dejado atrás, ni las pisadas de los sirvientes, simplemente ambas respiraciones.

—Por supuesto que no lo harás, Edward, porque no voy a casarme contigo —esquivó de nuevo el cuerpo de él.

— ¡¿Qué?!

— ¿Pensabas que me iba a creer tus palabras? Te abandoné porque no podía imaginar una vida donde tu mayor deseo era odiarme por quién era —se había detenido para hablarle—. Y aún sigo pensando lo mismo, pero esta vez no te abandono. Ven a verme siempre que lo necesites.

— ¿Te ríes de mí, Niv? —estaba al borde de la histeria.

—Si te inquieta que mi padre no te deje pasar, no te preocupes. No habrá ningún inconveniente. Buenos días, Edward —fue lo más dura posible.

Salió por las puertas de Hightown sin mirar atrás. Estaba convencida de

sus sentimientos y de sus palabras, pero aun así, algo le oprimía el pecho. Llegó a creer que la felicidad para ella existía y que Edward podía ser la llave, pero ahora, después de sentir el dolor en todas sus facetas, se rendía. No dudaba de que la quisiera, pero sí de que ambos entendieran el amor de la misma manera.

Subió al caballo listo para montar y espoleó.

Ella concebía el amor de una forma pura y entregada, mientras que él, había decidido quedarse con la pena y con lo que desataron las muertes de sus padres. Intentar amar cuando solo existen unas emociones tan funestas en tu interior es muy difícil, por eso Niv no creía que él fuera capaz. En ningún momento había dejado de lado el resentimiento, simplemente Edward aceptó lo que pasaba entre ambos por el amor que se tuvieron antaño.

Ordenó al caballo que fuera más rápido.

Nivill pensaba que ese recuerdo había confundido a Edward hasta el punto de creer que volvía a existir. La vida que dejaron siendo jóvenes pasó y ahora no tenía cabida volver atrás. Debían avanzar y solo había un modo. No iba a volver a abandonarlo, no esta vez, pero ella sabía que no tenía otra opción salvo negarse a él. En su fuero interno siempre se había encontrado con las dudas, pero al final su juramento de venganza había ganado.

Siguió cabalgando.

Odiaba los amasijos de la vida que alteraban las demás, pero más se odiaba a sí misma por volver a sentir el amor con Edward. Las lágrimas regresaban. Así era como se hubiera sentido si se hubiera quedado en Hightown cuando pasó todo aquello. Sola, sin ninguna protección a los ataques de su amado y sin consuelo.

Giró las riendas para que el caballo volviera a casa.

Ahora su vida iba a ser como había tenido que ser desde que nació. Su futuro estaba escrito y si aceptaba a Edward, volvería a ocurrir lo mismo. Dos veces eran demasiada casualidad. Tenía que conformarse con la vida que se abría delante de ella y aunque fuera siendo una solterona o casada con alguien a quien no amaba, a estas alturas no le importaba. Nada podía incomodar su actual vida, puesto que Niv había descubierto que no estaba hecha para amar.

Detuvo el paso y se secó las lágrimas antes de llegar a su casa. Esperaba que nadie la viera, pero no fue el caso. Sin embargo, Henry no le diría nada pues no sabía cómo consolar a su hermana. Igual que Niv, él también tenía grabado a fuego en su interior el miedo a que pudiera volver a

irse.

Al llegar a la finca, escuchó a un perro ladrar. Buscó con la mirada aquel sonido, era imposible, en Hightown hacía tiempo que no tenían perros.

Allí estaba Zacanera, ladrando al cristal de una de las salas. Niv entregó el caballo a un mozo y se tiró al suelo para acariciar a la vieja perrita. A los pocos minutos, un coche apareció y pudo distinguir de quien se trataba. Temió que fuera él.

Se acercó y vio todas las maletas que llevaban en la parte trasera. La baronesa Charlotte salió airosa seguida de Pierre.

—Por fin dejaré de verle todos los días, señor Wilson y no sabe la paz que me da eso. Jane, perdón, Nivill, buenos días —se acercó para darle un abrazo—. Ya podéis marcharos.

—No va a librarse tan fácilmente de mí, bruja —la cabeza rubia de John salió por el coche—. He venido a despedirme de Nivill y no me iré hasta hacerlo.

Mientras los lacayos bajaban las maletas de la baronesa con las órdenes de Pierre, ella empezó a abanicarse a pesar de que no era una época muy cálida.

—Si os interesa mi opinión, le habéis dado lo que se merece —aunque no estaba permitido, John abrazó a Nivill para darle consuelo—. Llevaba demasiado tiempo envuelto en esa negrura, es hora de que lo olvide.

— ¿Cree que lo hará?

—Más le vale, si no le zurraré hasta dejarlo sin sentido. No sería la primera vez.

Al menos, la había hecho sonreír y le había traído a Charlotte.

—Me alegro de haberos conocido, Nivill Darcy —y John hizo lo que nadie se esperaba que hiciera. Se comportó como un caballero. Le cogió su mano y le besó el dorso—. Espero que me visitéis de vez en cuando. Kingland no será lo mismo sin ustedes dos.

Miró de reojo a Charlotte, quien se sonrojó.

John subió al coche de nuevo pero antes de que arrancara, Nivill se acordó.

— ¡John! Llevaos a Zacanera. Se habrá escapado.

Despidieron el coche y cuando estuvieron a solas, Charlotte sacó un trozo de papel sellado.

—Matthew me dio esto antes de marcharse —le entregó una misiva

cerrada—. Quería despedirse de ti pero...
Lo entendía perfectamente.

XXXI

Edward

John entró a la biblioteca esperando encontrarla vacía. Quería leer algo cerca de la lumbre sin pensar en los problemas que traía su amigo, pero allí lo encontró. Estaba hecho un desastre. Había tirado por el suelo su ropa hasta quedarse con la camisa y el pantalón. Olía a alcohol y había pedido que echaran las cortinas de los enormes ventanales.

Zacanera se acercó a olerlo y le acarició las manos, pero después se retiró a la chimenea. En respuesta, Edward le profirió un gruñido. Sabía exactamente de donde venía la perra. Siempre se escapaba para ir en su búsqueda como si la dueña del animal fuera ella.

Wilson cogió el libro que estaba leyendo a medias con Nivill y se sentó para continuar.

— ¿Es necesario que hagas eso ahora? —Edward se clavó las uñas en las palmas. Si su amigo había ido para torturarlo que se fuera al diablo.

— ¿Leer? —preguntó crispado. No era el único que estaba dolido por la situación.

Edward se levantó de inmediato dispuesto a llegar a las manos. Tal vez si descargaba adrenalina se sintiese mejor. Llegar a los puños no era una solución en Inglaterra, pero en América lo era todo.

— ¡Atrévete! —John lo miró con dureza y levantó una ceja, reprendiéndole sin decir palabra— ¡Vamos!

Se abalanzó sobre él tan rápido que el americano no lo vio venir. Lo agarró de la chaqueta para zarandearlo pero al segundo levantó el puño y golpeó su hermosa cara. Wilson se tambaleó pero arremetió contra él y lo empotró contra el escritorio que había en medio. Le sacudió la cara tres veces pero Edward, aprovechando el peso de su amigo, le propinó una patada que ambos cayeron al suelo, llevándose con ellos papeles, el tintero y la pluma. John era mucho más rápido, desde siempre, y le hundió una rodilla en el estómago pero al parecer no con la suficiente fuerza, porque Edward lo giró hasta ponerse encima. Wilson se revolvía con fuerza. Machacó su cara hasta que John le dio un rodillazo en sus partes íntimas. Finalmente, lo soltó y ambos quedaron exhaustos en el suelo.

El primero en levantarse fue John, quien le dejó tiempo para

incorporarse a su contrincante, pero Edward sabía que estaba acabado. El americano era rápido y muy escurridizo por eso había sobrevivido en el país de las oportunidades. Sus puños tenían demasiada fuerza y si no le había roto ningún diente todavía era porque se estaba conteniendo. Verlo casi sin un rasguño y con los puños le enfureció.

Edward se abalanzó otra vez contra él, pero en el último segundo John esquivó su cuerpo y le dio un golpe entre los omoplatos. Se había quedado sin respiración y estaba sintiendo como si no tuviera movilidad en la espalda. ¡Maldito americano! Sabía golpear en los puntos exactos. Tuvo que girarse para aliviar el dolor y al hacerlo escuchó tres *clacs* que procedían de la columna.

Cuando lo miró, vio un brillo en su mirada que solo salía cuando peleaba. John había tenido que salir adelante de formas muy beligerantes.

—Dilo, lo estás deseando —le espetó a la cara Edward.

—Pues sí. Te advertí que abandonarás la venganza y no me hiciste caso. Te lo tienes merecido por idiota —en ese momento sabía que él no iba a levantarse para enfrentarle, así que se animó a echarse una copa que no tocó, todavía.

Edward cargó con la contundencia de un buey. No quería escuchar las palabras que Wilson tenía que decir, así que impactó su cabeza en el vientre y lo derribó contra el suelo, dejándole sin aliento. John sorteó dos golpes inclinándose raudo y aprovechó el movimiento para hundir su puño en el estómago. Ambos quedaron en el suelo, respirando con dificultad.

—La he perdido, otra vez —maldijo entre dientes Edward. Le ardía la mandíbula, la espalda y los nudillos. Hacía mucho tiempo que no levantaba los puños.

—Y es lo justo. Desde que te conozco has pensado en mil formas de destruirla y por fin lo has conseguido —John fue hasta el escritorio a por la copa—. ¿De qué te quejas ahora?

— ¡Eso no es verdad! —se levantó de golpe.

Edward perdió otra vez los papeles y se lanzó a la yugular del americano, pero este, curtido en batalla le dio un gancho en el pecho que lo dejó sin respiración otra vez. Todo sin desperdiciar una gota.

Después, Wilson cogió la silla del escritorio y la colocó al revés delante de uno de los sillones de la chimenea. Se ajustó la mandíbula y se sentó a horcajadas, cruzando las manos sobre el respaldo. Edward hizo lo

mismo frente a su amigo, mientras se limpiaba un hilillo de sangre que le caía del labio.

John lo miró durante un rato hasta que se decidió a hablar:

—Apuesto a que no quiere saber nada de ti —bebió un poco y le entregó la copa a su amigo.

Edward le miró con sus ojos azules, antes de aceptarla, y en lo único que podía pensar era en arrancarle la cabeza a ese rubio americano, aunque le diera otra paliza, porque sabía que las palabras dolerían más.

—Te equivocas —se quejó de la herida del labio al posar la copa allí—. Puedo ir a verla siempre que quiera a Hightown.

Wilson se palmeó las rodillas como diciendo que era una buena noticia, pero Edward le cortó antes de que pudiera hablar:

—Lo dijo por educación, ya sabes cómo es Niv —se levantó y se acercó a la chimenea—. No me quiere cerca de ella.

—Dale tiempo. Está muy herida por lo que le has hecho —Edward lo sabía perfectamente y no quería que Wilson lo nombrara como si le fuera a perseguir por toda la eternidad. Gruñó para dar su disconformidad—. ¿Qué? Siempre has sabido que yo estaba de su lado. Perdiste la cabeza con lo que ocurrió, la actitud no fue la correcta pero los hombres como tú enfrentan sus problemas.

Una voz los distrajo de su conversación:

— ¡Qué club tan selecto! ¿Puedo?

Henry tenía los mismos ojos que su hermana, y en ellos solo podía ver su corazón roto. Otra vez. El verde siempre sería el color de los hermanos Darcy y le recordarían las desgracias con las que convivía su alma.

Edward asintió con la cabeza mientras pestañeaba para disipar las angustias.

Si Henry se percató del destrozo de la habitación y de la apariencia de Edward no dijo nada sobre el asunto, en cambio se sirvió una copa.

— ¿Cómo está tu hermana? —en cuanto lo preguntó, se arrepintió. Su voz había salido infantil y se sintió avergonzado.

—Creo que quiere competir en Ascot la próxima temporada, no baja de los caballos. Pero si te refieres a lo que pasó entre ambos... —tragó saliva para quitar el nudo que se le había formado— Edward apenas la conozco. Algo me dice que la persona que se fue de aquí todavía está en ella pero hay miradas, gestos, incluso palabras que me desvelan todo lo contrario. En esos

momentos, ella se aleja de mí. Me parece imposible que sea la misma persona.

Aquellas palabras entristecieron a los presentes. No sabían quién de todos había sufrido más la ausencia de Nivill, pero cuando Henry hablaba conseguía que pensarán que había sido él. Tenía un don para los números y ahora también para las palabras, explicaba sus sentimientos de una forma concisa.

—A veces me cuenta sobre su vida en París. Pequeños retazos de sus historias pero ninguno de los dos se siente cómodo cuando ocurre. Ivil no quiere demostrar que fue feliz sin mí y supongo que yo no quiero oírlo —se bebió de un trago el whisky y se levantó para rellenárselo—. No me atrevo a ver cómo ha crecido. Así que no puedo decirte como está.

Algo dentro de Edward quería consolar a Henry, pero ¿por qué tenía que ser siempre él? Edward era el que más había perdido. Su hermano la tenía de vuelta, podía estar con ella sin remordimientos y sin rencores. Su corazón estaba intacto ahora que ella había vuelto pero... ¿y él?

Edward había perdido lo único que le vinculaba a Inglaterra y a su cordura. Niv era la única pieza que lo sostenía en el mundo y al parecer estaba tan dolida que se negaba a abrirse a él. No solo la había perdido a ella, si no a la posibilidad de ser feliz, de formar una familia y de quedarse en Kingland. Sin ella esa casa volvía a estar cubierta de polvo y en silencio. ¿Cuánto tardaría en caérsele encima?

Apretó los párpados hasta que vio miles de puntitos entre la oscuridad. Al volver a abrirlos tuvo que enfocar la visión.

¿De verdad iba a perder todas esas cosas? No iba a dejar de ser feliz porque a Nivill se le hubiera metido entre ceja y ceja que él no la quería. Puede que un día pensara en vengarse de ella, pero después de lo que ocurrió en su habitación debería estar segura de que la había dejado de lado. ¡Iba a casarse con ella! Si después de eso no lo había entendido, era que los franceses la habían vuelto tonta de remate, porque él estaba dispuesto a abandonar su rencor para desposarla. Después de descubrir que a pesar de las circunstancias y el tiempo seguía queriéndola, esta vez con el corazón de un hombre, no iba a renunciar. Le había echado en cara a Niv que una vez lo abandonó, pero no le daría el gusto a ella de poder reprochárselo a él.

Si Niv estaba dispuesta a ser infeliz, que lo fuera a su manera. Él pensaba recuperarla y tener una vida feliz. Ni siquiera ella podía impedirle tal cosa. Había huido a un lugar donde sabía de sobra que no iba a encontrarla,

donde la imaginación le jugaba una mala pasada, un océano les separaba y aun así no la había podido olvidar. La necesitaba de todas las maneras posibles y la amaba de igual forma. Solo tenía que pensar en la manera de conseguir su perdón por última vez. Porque esta sería la última vez que Edward cometía un error tan grave para poner en riesgo su felicidad. La merecía después de vivir el calvario que le había tocado. Sus padres se marcharon de ese mundo pensando que él iba a casarse con Niv Darcy y, ¿quién eran ellos para traicionar las memorias de los muertos?

Miró las llamas de la chimenea. Dulces tonalidades de naranjas y amarillos como las puestas de sol y jugó con el líquido que todavía quedaba en la copa. No pensaba verla medio vacía.

Niv no podía cerrarse en banda toda la vida. No estaba en su sangre guardar resentimiento y aunque sabía que la había herido en lo más profundo, solo tenía que esperar a que ella olvidase el asunto. ¿Pero y si había aprendido de él a protegerse de ese modo? Henry tenía razón. Nadie podía saber con exactitud cómo iba a actuar de ahora en adelante.

Estaba harto de negarse, de ocultar sus sentimientos, harto de tener que competir contra Thomas Darcy por su hija o con cualquiera por su atención. Niv volvería junto a él y le daba igual esperar siete años o la eternidad, pero la siguiente vez sería diferente.

No se casaría con ninguna mujer que no fuera ella.

No conocía a otra duquesa de Richmond.

XXXII

Nivill

Desde que Edward había ido a Hightown para disculparse y ella le había rechazado en su propuesta de matrimonio, no lo había vuelto a ver. Tenía días mejores, en los que pensaba que podría seguir adelante, pero en los peores se hallaba sola y se sentía estúpida por haber vuelto a confiar.

Tenía la suerte de contar con Henry, que aunque no lo decía en voz alta, todavía conservaba el miedo de abrir los ojos y ver que Nivill se había vuelto a ir. Normalmente no era tan paranoico, pero a veces lo descubría observándole desde la puerta o desde alguna ventana. Un simple vistazo que asegurara su presencia le bastaba para sentirse seguro. Pasaba casi todo el día con ella, si podía, pero a veces cuando el trabajo lo requería se ausentaba y en esos momentos en los que su mente podía jugar con ella eran los peores. Pensaba en todas las posibilidades que Edward podía haber tomado. Tal vez, incluso se había embarcado de nuevo a América.

Solo tuvo noticias de él, pasado un mes. Henry le comentó que había ido a verlo, pues entre él y John se había levantado una cierta amistad. Todavía no sabía cómo tomárselo, pero era agradable sentarse en la biblioteca con hombres jóvenes y llenos de ideas como las suyas y charlar. Los tres eran bien parecidos, ninguno de ellos deseaba ser el chisme principal de la sociedad, aspiraban a superarse en sus negocios y a demostrarse a sí mismos que podían con todo. Nivill entendía que fuera bueno para su hermano. Quiso preguntarle cómo estaba Edward, qué estaba haciendo desde su ausencia, pero prefirió no hablar del tema.

La baronesa Charlotte había conseguido perdonarla. En su corazón no existía el rencor para su dama de compañía y aunque quisiera ser dura con ella, algo se lo impedía.

— ¡No puedes estar hablando en serio! —estaba gritándole a Nivill mientras observaba las patas del animal— ¿Has visto que... que...?

—Sí, es maravilloso —Nivill estaba saltando de aquí para allá como una niña pequeña. Había recibido un regalo que según su padre había llegado con retraso.

—Me han dicho que es veloz como el viento y yo mismo pedí comprobarlo —Thomas se acercó al animal y acarició su pelaje—. ¿Qué nos

apostamos si es cierto?

El padre de Nivill había utilizaba el viejo juego de las apuestas para acercarse a su hija cuando volvió a casa. Desde pequeña siempre habían jugado y los recuerdos hicieron que su corazón tierno le dejara entrar de nuevo.

— ¡Por Dios! Thomas no puedes estar hablando en serio —la madre de Nivill reprendía a su esposo—. Es una bestia. ¿Has visto que dimensiones tiene? No podrá con él.

—Por supuesto que sí —dijo orgullosa su hija—. He montado caballos más grandes.

La madre se tapó los oídos sin querer escuchar las palabras de su hija. ¿Qué había hecho en el tiempo que había estado fuera? A ella más que a nadie, le costaba tratarla como se merecía. Madre e hija todavía no tenían una relación normal y es que Evelyn no había afrontado el bochorno que había armado Nivill, la vergüenza por la que tuvieron que pasar, las excusas y los chismes, lo seguía teniendo clavado.

Thomas todavía seguía acariciando al animal.

— ¿Qué dices hija? ¿Te animas?

Asintió.

Y de un solo salto, subió al animal.

Los demás caballos que tenía en el establo eran de un pedigrí extraordinario, eran veloces y fuertes y tenían una belleza pura pero aquel semental era bruto, tosco y relinchaba como si no estuviera de acuerdo con nada. Nivill se sintió poderosa encima del corcel. Medía más que el resto y los músculos de su lomo eran más fuertes. Se acercó a sus orejas y las acarició para que sintiera el tacto de la persona que lo iba a galopar. Pasó los dedos por el cuello, el pelo y repitió el movimiento.

Los ojos de la baronesa y de Evelyn se mantenían cerrados por ver a alguien que consideraban frágil a lomos de una bestia, pero en los ojos de Thomas se apreciaba amor, y, sobre todo, orgullo. No había querido hablar con ella del tiempo que pasó fuera de casa, de las cosas que tuvo que hacer para sobrevivir, para esconderse de ellos mismos. Él la recordaba como una niña risueña pero jamás la creyó tan valiente y cuando volvió solo tenía dicha para ella. No había necesitado a nadie para seguir creciendo y convertirse en la mujer que deseaba ser. Sabía cuidarse sola y qué bien lo había hecho. Seguía siendo su hija, por supuesto, pero ahora sabía que podía darle la

libertad que necesitaba porque poseía toda la sabiduría que da el mundo. Aun así, todos necesitamos un lugar donde volver y sentirnos queridos.

—Ve —le dedicó una sonrisa llena de amor—. Te estaré esperando cuando vuelvas.

Le devolvió la sonrisa y espoleó al animal. Este se encabritó pero Nivill fue contundente y dura con las bridas, volviéndolo un poquito más dócil. Comprendió que no podía echar a correr con el caballo, de momento. Así fueron paso a paso.

—No puedo verlo —Evelyn entró en Hightown y la baronesa la acompañó pasados unos segundos.

En cambio, Thomas se quedó observándola. Sabía que seguía triste por Edward y que en la medida de lo posible ocultaba que se le notara pero aun así, era inevitable. Había días, los que la veía más triste que otros, en los que deseaba ir a Kingland y gritarle a la cara que no se rindiera con ella, pero cuando volvía a verla, su expresión cambiaba, volviéndose alegre y se le olvidaba. Tal vez fuera una estupenda farsante. Nivill no lo sabía pero su padre podía ayudarle a superar la desilusión de un amor roto. Había tenido mucho tiempo para afrontar la muerte de Catherine, serviría para enseñarle algunas lecciones. Ahora que lo pensaba, eran bien parecidos y compartían casi el mismo destino.

Nivill estuvo conociendo al animal a conciencia. Cuando intentaba subir la velocidad se encabritaba, incluso llegó a pensar que tenía clavado algo en la pezuña, pero negó la hipótesis después de comprobarlo.

El caballo relinchó y ella estaba harta de que no fuera agradable cuando lo que había hecho era dejar que fuera él quien marcara el ritmo. Así que le contestó de la misma forma. Relinchó fuerte para que supiera que no era el único que estaba a disgusto. Devolvió el animal al establo cuando vio a Henry en la entrada.

Él había llegado en ese momento y llevaba algo en las manos.

—Ivil, traigo algo para ti.

Le entregó un paquete envuelto en papel. Era sólido y del tamaño de un palmo. Al abrirlo vio "*The romance of the forest*" de Ann Radcliffe, el libro que compartían John y ella. Una sonrisa se escapó de sus labios.

—Me ha dicho que te diga que tenías razón. Que ha intentado por todos los medios encontrar la lógica y aunque no lo ha hecho, está seguro de que alguna razón tiene que tener. También alberga esperanza de que la misma

lógica sea lo sobrenatural y la existencia de este.

—No pensé que fuera capaz de acabarlo sin mí. Es un hombre muy distraído para tener un momento de lectura —ambos se encaminaron juntos por los pasillos hasta el salón de té—. ¿Y tú, Henry? ¿Lo has leído?

Nivill sabía la respuesta pero quería escuchar las dulces palabras de niño de su hermano.

—No. No me atreví a pasar del primer volumen. Sabes de sobra, que hasta las tormentas me dan miedo.

No era cierto o al menos no lo creía. Puede que cuando era niño tuviera cierto reparo pero ahora seguramente nada temería. Le agarró del brazo fuerte y rieron juntos.

Thomas escuchó el sonido más precioso que puede haber para un padre.

Al entrar ambos en el salón de té, el silencio que reinaba en la habitación segundos antes se evaporó y fue sustituido por charlas animadas entre los hermanos, de las cuales de vez en cuando participaban los padres y la baronesa. El abuelo simplemente escuchaba.

Las enormes ventanas dejaban entrar la poca luz que un día gris facilitaba, por suerte las paredes blancas conservaban la claridad. El té estaba servido en una bandeja de plata con tacitas floreadas de porcelana, herencia de la madre de Evelyn.

—No sabía que habías quedado con Alfred hoy. ¿Han surgido más problemas con sus arrendatarios? —le preguntó Thomas a Henry.

—No vengo de casa del señor Kent, sino de Kingland.

—Oh —bebió de su taza y miró el suelo.

Hubo un breve silencio. Nadie quería hablar en presencia de Nivill sobre Edward y ella lo sabía. Sin embargo, no podían continuar así.

— ¿Qué es de él? —preguntó ella sin que se notase su malestar.

—Últimamente anda muy ajetreado, se levanta al alba y se acuesta bien tarde. No para de trabajar —Henry contestó como si no hubiera herido a su hermana, destruido a su padre y arrebatado a él lo más preciado que tenía.

—Eso está bien, así recuperará mis cuadros mucho antes —Charlotte fue mordaz en su comentario. No tenía en gran estima a su excelencia.

—Oh, no. El duque no está trabajando con el señor Wilson, baronesa.

Aquello era toda una revelación y Nivill sintió una curiosidad que le picaba las yemas de los dedos.

— ¿Entonces?

—Está construyendo algo.

Quería saber más, pero seguramente se preocuparían si preguntaba por Edward. Debían ver que estaba bien después de romper el compromiso o al menos dejar claro que, aunque herida, podía continuar. Estaba segura que, tanto Charlotte como Henry y su padre, intuían la verdad pero no estaba dispuesta a escuchar a su madre criticar sobre la decisión tan poco rentable que había elegido.

—De todas formas, Henry, deberías volver a visitar a Alfred. Nunca se sabe cuándo va a necesitarte —Thomas cambió la dirección de la conversación y Nivill estuvo muy agradecida—. Se oye el rumor de que necesita liquidación.

—La última vez intenté bajarle los costes pero apenas tuve tiempo de mirarlo en profundidad. Su mujer se pone muy nerviosa cuando meto las narices en sus cuentas.

— ¡Henry! —le reprendió su madre mientras los demás reían a pleno pulmón.

Poco a poco se fueron yendo todos. Evelyn decía que lady Rosamund le había invitado a pasar toda la tarde con ella, Thomas les dijo que ya no le caía en gracia y que intentaba evitarla a toda costa, pero que había momentos como ese, en los que tenía que tragarse su orgullo y asistir para que la farsa de su matrimonio siguiera en pie. Porque todavía no era delito tratarse con una arpía. Una criada se llevó a su abuelo y Charlotte alegó estar demasiado cansada para aguantar a dos jovencitos como ellos.

—He visto el animal mientras lo guardabas en los establos —Henry se levantó y sirvió más té, luego cogió una botella de licor que escondía detrás del aparador. Le echó a la tacita de Ivil y se lo entregó.

—Creo que quiere compensarme o regalarme todo lo que quiera para que no me vuelva a ir —sonrió con tristeza.

—Todos queremos vivir los momentos que no pudimos contigo —mientras Henry hablaba Ivil bebió de su taza.

—Está demasiado suave —pidió que le echara más—. Lo sé, quiero poner buena cara delante de él y que vea lo inmensamente feliz que me hacen sus cuidados. Agradezco que me haya comprado un caballo hosco y bruto pero no me hace falta.

—Tal vez sea su forma de decirte que te quiere —bebió y también le sabía suave así que, imitó a Ivil echándose más—. Regalarte lo que querías

cuando eras niña y no lo hizo por las razones que él considerara.

—Me hace sentir mal —Ivil golpeaba el dedo índice en el borde de su taza—. Cuando me regala cosas o propone ir a la ciudad.

—Eso no está bien. Aunque, no creo que padre lo haga a propósito.

—Lo sé. Sé que lo hace con buenas intenciones, lo veo en sus ojos, pero pienso en el motivo por el cual lo hace y descubro que en realidad es porque soy una hija horrible. Si me hubiera quedado, puede que nunca me hubiera comprado ese caballo pero me hubiera defendido de todos los que querían hacerme sufrir, incluida yo misma. No hubiera dejado que Edward volviera a acercarse a mí para hacerme daño.

—Ivil, él no quería herirte.

— ¿Es eso de lo que habláis cuándo vas allí? —si no hubiera estado tan triste por su padre, seguramente aquella pregunta hubiera salido en un grito— Déjalo, no quiero saberlo.

—Me pregunta acerca de ti siempre que voy. Creo que es el único momento que deja de trabajar.

—No me interesa —bebió hasta dejarla vacía—. Mientras se encuentre en perfecto estado y sea feliz no deseo saber nada más.

Henry se levantó y dejó la taza en la bandeja de plata.

—Ivil, de eso se trata. No está bien —se mordió el labio inferior para acallar sus palabras pero no pudo evitarlo—. Sé que no debería defenderlo, sino apoyarte en tu decisión, eres mi hermana, ¡por Dios!, pero cuando le veo, todos los recuerdos de nuestra infancia me vienen a la memoria y no dejo de sentir que seguimos siendo amigos. No me inmiscuyo entre vosotros dos pero me ponéis en una situación terrible.

—Tienes razón, Henry. Por eso te pido disculpas. Por mi parte no volverás a oír un comentario deshonesto de Edward. Los problemas que tengamos son nuestros y no por eso tú estás en medio de ellos. Sin embargo —Ivil se acercó e imitó el gesto de Henry con la tacita—, hermanito, tus problemas son peores que los míos. Esta mañana he escuchado a madre hablando sobre Susan. ¿No se llamaba así la muchacha con la que querían casarte?

Los ojos de Henry se abrieron rápidamente. Él pensaba que ese tema estaba zanjado.

—Me gustaría conocerla —dijo pícaramente Ivil—. Tal vez las razones que me diste en las cartas por las cuales no te agrada estén equivocadas.

—Oh, Ivil —rio sin gana—, no están equivocadas. He intentado tratarla. Madre no dejó de insistirme en ello —abrió la puerta y caminaron por la casa—. La invitó a todos los actos sociales que hizo y un día me la encontré en la ciudad con su tía y apenas me miró. Incluso, llegué a creer que me estaba sorteando —se dirigieron hacia el despacho de su hermano—. Por suerte, desde que el abuelo pasa más tiempo en Hightown no me presionan tanto. Sin más, padre me dijo que si Susan no era de mi gusto podría ir a las temporadas de Londres —Ivil rio a carcajadas mientras entraba en la sala— ¿Qué te hace tanta gracia?

— ¿Tú en Londres? —volvió a reír de nuevo. La cabeza del abuelo se asomó por la puerta. La risa de su nieta era un canto de sirena para él— Apostaría mis manos, y son mi instrumento más valorado, a que tú también te reíste de la proposición de padre —Ivil le dejó sitio a su abuelo para que se sentara junto a ella.

Henry también rio a carcajadas. Estaba en lo cierto.

— ¡Por supuesto! Henry no soporta verse rodeado de personas —dijo su abuelo—, pero eso no es problema para él. ¿Verdad?

El abuelo sabía mucho más de lo que aparentaba e Ivil miró acusante a su hermano esperando a que contara el pequeño secreto que compartían ambos.

— ¡Abuelo! —le regañó y este se levantó para mirar unos papeles en el escritorio. Ivil se acercó a su hermano para poder hablar tranquilamente.

—No le hagas caso, a veces desvaría.

—No lo hace, Henry. Mírate —Ivil le señaló de arriba a abajo—. Eres un gran hombre, apuesto y risueño, atento y cariñoso, cualquier mujer estaría dispuesta a casarse contigo si se lo pidieras. Si cuando te conviertas en marqués todavía no te has desposado habrá una retahíla de doncellas y no tan doncellas en Hightown. Espero no estar aquí para verlo. Sería insoportable, ver como decenas de mujeres discuten por ti.

Aquello le subió los colores a Henry y ese era el propósito de su hermana. Pues a pesar de que sus padres deseaban desposarlo, ella entendía las reticencias al matrimonio. Ivil le había arrebatado su adolescencia, marchándose de su casa y envolviéndolo en tristeza y desconsuelo. En su ausencia, Henry debería haber disfrutado de la vida. Tendría que haber ido a fiestas, reído con sus amigos y conocido la pasión en alguna muchacha, en cambio, se había dedicado a trabajar en el marquesado para distraerse y desde

entonces no había parado. Era mucho más maduro que el resto de hombres de su edad y sabía lo que deseaba en la vida, pero privarle de las vivencias que tuvo que disfrutar le encogió el corazón. Era su hermana y como tal, debía ayudarlo en la vida, no arruinársela. Hasta ahora, no había reparado en todos los momentos que le había arrebatado.

—Espérame aquí.

Ivil subió corriendo las escaleras de Hightown hacía su habitación. Rebuscó en una cajita para encontrar una pequeña llave dorada. Abrió uno de los compartimentos del tocador y extrajo una botella en forma de esfera con un líquido rojo oscuro. Se la ocultó detrás, en la espalda y bajó de nuevo al despacho donde Henry la esperaba.

Al entrar se la mostró con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Qué es? —cogió la botella y la examinó detenidamente. Tenía una banda dorada alrededor de la esfera, y el corcho era una corona dorada.

—Es un licor francés muy caro. Se lo quité a la baronesa una vez que intentó chantajearme, como castigo.

— ¡Y tan caro! —cogió la botella el abuelo para examinarlo— No quiero estar aquí cuando os bebáis esto, pero os advierto, mañana vuestro cerebro no funcionará.

Ivil colocó dos pequeños vasos en el escritorio y pidió a su hermano que hiciera los honores. No iban a tomar la advertencia de su abuelo.

— ¿No se molestará la baronesa?

—No creo —Ivil sonrió maliciosamente—. Tiene centenares en Francia.

Aunque era temprano para empezar a beber, Ivil le regaló una de las pocas cosas que no había tenido la oportunidad de experimentar su hermano. Un momento sin preocupaciones, disfrutando de un buen licor embotando la cabeza. Henry recordaría por siempre aquella mañana, y no por el dolor de cabeza que se avecinaba, sino por la sensación tan gratificante y cálida que vivió con su hermana. Por fin, se sentía completo.

Finalmente, se quedaron dormidos en el despacho.

XXXIII

Edward

Se enrollaba las mangas para poder trabajar mejor. Si volvía a llegar con la camisa sucia Blake se enfadaría, y mucho esta vez. Llevarla un día sucia era una cosa, dos, abusiva y tres un despropósito, según él.

Escuchó unos cascos de caballo y las ruedas de una carreta pero no por eso dejó de hacer su faena. De esos trabajos ahora se encargaba Wilson. Se había convertido, en el último mes, en la persona que empujaba el negocio del comercio de arte, además de otros asuntos. Él y los demás muchachos tenían suficiente con la obra para estar a la mira de más problemas.

Pasados algunos minutos, Wilson ascendió la colina donde estaban con una carta en la mano.

—Son los cuadros de la Baronesa Delacroix —miró el papel—. No están todos pero sí gran parte de ellos.

Edward miró la hoja y cuando comprobó el orden de las cosas, siguió trabajando. Necesitaba saborear como sus músculos se tensaban hasta el punto del agotamiento y como el cansancio de su cuerpo le obligaba a olvidar, como pasaba en América. No obstante, era una buena noticia pero irrelevante ahora mismo. Miró a los trabajadores y aunque la obra estaba avanzando rápidamente todavía quedaba mucho por hacer.

— ¿No quieres acompañarme a devolvérselos? No creo que me lo agradezca, de hecho, estoy seguro que me saltará al cuello cuando me vea.

Con una sola mirada expresó su contestación pero John era demasiado socarrón para dejarlo estar. Llevaba tiempo encerrado en Kingland, sin ninguna diversión, y desde hacía más de un mes tampoco podía distraerse con los comentarios sagaces de Charlotte, ni tener una conversación interesante con Nivill.

—Si no deseas venir, peor para ti. No apareceré en todo el día.

— ¿Y eso? ¿Es que acaso irás a la ciudad? —aunque estuviera hablando, Edward no dejaba de levantar piedras.

—Por supuesto que no, pero ya que me obligas a tener que devolver los cuadros de Charlotte me quedaré en Hightown. Ni siquiera recuerdo la última vez que vi a Nivill. Me escribe, obvio, pero...

Eso sí captó la atención de Edward.

— ¿Os escribís a mis espaldas? —sus ojos parecían echar chispas, estaba tan asombrado por la noticia que no se percató de que todavía sostenía una pequeña piedra en las manos.

Wilson dio un paso atrás para mantener una distancia segura.

—No te he ocultado nada. Nunca me has preguntado si mantenía contacto con ella. De hecho, no has querido saber nada salvo cuando viene Henry. Como si él supiera más que nadie sobre Nivill.

—Por supuesto, es su hermana y tú no deberías cartearte con ella.

John hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y giró sobre sí mismo.

—Nos veremos, Edward.

—Espera —dejó la piedra en el suelo y corrió para alcanzarlo. Wilson lo estaba esperando—. Iré contigo.

—Pues aséate —arrugó la nariz—. Tu olor repele hasta los bichos.



No podía creerse que estuviera en Hightown esperando para verla y que le sudaran las manos como a un adolescente. Respiró varias veces mientras observaba a Wilson. Parecía tranquilo.

La baronesa descendió las escaleras laterales con su inseparable abanico cuando vio los baúles que permanecían a los pies de los hombres. Iba sola, por un momento creyó que Niv la acompañaría y su corazón se entristeció al ver que no fue el caso.

El americano le entregó la carta con los títulos de los cuadros que habían podido recuperar y ella empezó a investigar dentro de ellos. Parecía contenta de tenerlos en su poder pero con Charlotte nunca se sabía. Preguntó por los restantes y John le contestó:

—Estamos trabajando en ello —incluyó a Edward por cortesía pues él no había hecho nada desde hacía tiempo—. No están siendo fáciles las negociaciones con los países extranjeros.

Charlotte asintió y les ofreció acompañarla a su saloncito. Le tendió una taza a John.

—Sabe de sobra que no me gusta el té, baronesa.

Se golpeó la cabeza con el abanico dramáticamente.

—Discúlpame, soy muy olvidadiza. Por favor, Pierre, un café para el

señor Wilson.

John sonrió lobunamente, pues Charlotte estaba enterada a la perfección de su aberración por el té británico y su adoración por el café. Aun así, insistió en seguir lanzándole toda clase de pullas. La separación no había ablandado su corazón y seguía tan pícaro como siempre. De la misma forma que él.

Conversaron de las nuevas pero en ninguno momento Edward interrumpió la charla. Él estaba pendiente de cualquier sonido que indicara que Niv estaba en casa. Una risa, una voz o con su olor se conformaba, pero no era así. Allí solo se podía ver y escuchar a John y a Charlotte discutir de la única forma que sabían.

— ¿Dónde está Nivill? —preguntó de repente Edward.

— ¿Una muchacha con el pelo castaño y unos ojos vivaces? ¿Esa muchacha? —él asintió— No tengo ni idea. Desde que nos instalamos en Hightown siempre anda con su hermano, Henry. Son inseparables desde su vuelta. Hay días incluso que no los veo. Como si se los hubiera tragado la tierra. Sin ir más lejos, el lunes pasado llegaron hasta arriba de suciedad, cubiertos de barro por completo.

John se cubrió la sonrisa que asomaba en sus labios. Igual que él, Edward se los estaba imaginando llenos de porquería pero felices.

—Ni os atreváis a reiros en mi presencia. No es gracioso. Su madre y yo padecemos mucho por sus travesuras.

—Señora baronesa, usted siempre padece cuando Nivill se comporta de forma inadecuada.

—Eso es lo de menos —una esquiva mirada fue directa a la ventana del saloncito, observando el gran territorio que se extendía—. Preferiría mil veces un comportamiento inadecuado y totalmente escandaloso antes que ocurriese una desgracia con ese animal.

— ¿Animal? —preguntaron los dos al unísono.

—Yo no soy quien para juzgar un regalo, ¡pero vaya que sí! Ese caballo es el peor regalo que pudo darle a su hija. Es rudo y enseguida se encabrita cuando alguien intenta subirse a su lomo. No tiene disciplina alguna y relincha como si su alma fuese un corsario. Los caballos de mi casa de campo no tienen nada que ver con ese ser.

Edward notó un cosquilleo que le quemaba por todos los brazos hasta casi dolerle. Salió del saloncito y se dirigió hacia las caballerizas. Desde el

camino se podía escuchar los sonidos del caballo y cuando abrió la puerta se puso amenazante a dos patas. Se trataba de un purasangre inglés zaino oscuro. Medía alrededor de un metro ochenta y con una de sus extremidades delanteras podía destrozar el pequeño cuerpo de Nivill. Era una bestia de gran tamaño y su carácter no era dócil ni agradable. Desde que Edward había irrumpido en las caballerizas, no había dejado de amenazarle relinchando.

Segundos más tarde, una voz le distrajo del animal.

—Edward, ¿qué haces? —al ver que no reaccionaba le puso la mano en el brazo.

—Dime que no te subes a esa cosa —sus ojos estaban llenos de preocupación. Detrás de sus iris azules se encontraba un terror desgarrador.

No podía apartar la mirada de aquellas patas robustas y fuertes, cada vez que pisaban hundían la paja y la tierra. No se estaba quieto en su cubículo como el resto de los caballos, sino que se removía inquieto como si deseara escaparse. Edward pudo ver incluso como embestía a la madera intentando romperla. Era inteligente y estaba aprendiendo poco a poco cómo funcionaban las cosas.

Y Niv era tan pequeña en comparación, tan débil a su lado que era incapaz de visualizar una manera en la que ella ganara la batalla contra el animal. No quería imaginarse cuando aquella bestia se encabritara mientras la portaba encima. ¿Cómo demonios Thomas se había atrevido a regalarle aquella enorme bestia?

—No es tanto como parece —Niv se acercó a la puerta pero Edward la retuvo por un segundo. Ella le acarició la mejilla queriendo afirmar la seguridad que sentía con el animal. Edward hizo un débil sonido de gusto que se convirtió en un gruñido cuando Niv se alejó.

Él se había quedado petrificado al verla acercarse a la jaula y agudizó el oído porque solo escuchaba su palpitante corazón. Su pecho se había quedado pequeño al sentir todos esos latidos en su interior y resonó más fuerte cuando escuchó la voz de Niv, estaba tarareando al caballo una canción de cuna, como si se tratase de un niño recién nacido que necesita la voz de su madre para dormir.

Mientras ella cantaba, el animal se fue relajando, pero aun así seguía alerta, sin apartar los ojos del intruso. Había dejado de amenazarle y de removerse en la estrecha pieza para agachar la cabeza hacia la puerta. Por un segundo, el corazón de Edward se detuvo. Su cuerpo se calentó e hizo ademán

de apartarla de un solo movimiento. Se moría de ganas de alejarla cuanto pudiera, pero conocía la doma y aquel animal era tan bravucón que, si él se movía ahora mismo, volvería a corcovear y dudaba mucho que entonces Niv pudiera calmarlo. La situación requería tranquilidad. Algo que al parecer a ella se le daba muy bien.

—Al principio era desconfiado, pero...

—Sigue siéndolo —no podía apartar la mirada. Estaba rezando para que ella diera unos pasos hacia atrás.

—No le gustan los extraños. Y en algún momento, todos lo somos, pero Bruma es fantástica.

Esta vez cuando vio que Niv se alejaba del animal, posó sus ojos en ella.

—No puedes quedarte con ella —los nervios de un ojo empezaron a jugarle una mala pasada revelando la preocupación que sentía—. No te encariñes, no le pongas nombre, no la alimentes.

—Edward —no quería discutir con él. Después de tanto tiempo, había ido a verla y lo único que deseaba era mantener una conversación tranquila.

De repente guardó silencio y se colocó delante, desviando su atención del corcel hacia ella.

— ¿Te apetece pasear conmigo? —tenía una sonrisa aniñada.

Edward asintió y ambos se encaminaron al jardín. La madre de Niv, Evelyn era aficionada al color y a las cosas hermosas, por lo que tenía un rincón en Hightown perfectamente armonizado con sus gustos.

Pasaron al principio en silencio, oliendo el rico aroma de las flores pero Niv no era de las personas que se podían mantener callada.

— ¿Qué tal las cosas por Kingland? —se acercó a una flor y la arrancó para jugar con ella— Henry me ha dicho que estás trabajando en algo.

—No me cambies de tema. Hablo completamente en serio, Niv. No puedes quedarte con el animal. No podrás controlarlo. Es inestable, ¡ya lo has visto!

—Haré lo que me plazca Edward y si quiero quedarme con Bruma, lo haré. Tú no puedes darme órdenes. Deberías comprender la situación en la que nos encontramos y decantarte por la actitud más sensata —enfiló el sendero dándole la espalda.

Edward fue tras ella. Tenía que entender el peligro que conllevaba subirse a ese animal inestable. Podría ocurrir una desgracia.

—Lo más sensato es que vendas ese animal.

— ¡No! —se giró y lo enfrentó con todo su cuerpo— Lo más sensato es no inmiscuirte en mi vida porque tú no tienes poder sobre ella.

Él mismo, con su comportamiento y las decisiones que había tomado a lo largo de la vida, se había herido muchas veces, pero nada podía compararse con las palabras de Niv. No solo sintió que el corazón se le rompía sino que su alma, ya de por sí, perturbada, rasgaba su interior.

—Eso es cruel —fue como un susurro, pero estaban solos por lo que la frase llegó a los oídos de Niv.

—Pero real —dio un paso hacia él, tal vez para consolarlo pero luego se detuvo.

Tenía razón, una parte de él mismo sabía que no podía exigirle nada pero oírlo de sus propios labios fue lo más doloroso que había vivido. No solo porque fuese verdad, sino porque tendría que vivir con ello. Edward no formaba parte de la vida de Niv, al menos de la parte importante. Aquella que toma consejo, apoyo y amor. Sin embargo, su perseverancia no le dejaría abandonar tan fácilmente. La amaba por encima de todas las cosas y si la conquistó una segunda vez, podría hacerlo una tercera. Esta vez sin fastidiarla y de la única forma que ella necesitaba: incondicional. Ella era como Bruma, desconfiaba de los desconocidos y ahora mismo Edward era uno de ellos, sin embargo, eso cambiaría. Lo prometió.

—Está bien, Nivill, como quieras.

Se marchó del aflorado jardín dejándolo solo y contemplando ensimismado cómo el sol besaba la línea densa del horizonte. Las cosas no estaban saliendo como él esperaba pero llegaría un momento en el que todo volvería a ser como antes. Mirando atrás, se reprochaba el tiempo perdido. Si no hubiera seguido aquel camino, ahora podría ser feliz junto a la mujer que deseaba y amaba. Sin embargo, el mundo oscuro le había atrapado y le estaba obligando a vivir sin corazón alguno. Nada importaba ya el pasado, muy lejos quedaron los disgustos pero el presente, era una lucha constante por asimilar los errores.

Tomó una bocanada de aire refrescando sus pulmones y, en alguna forma, su espíritu. No lo calmaba pero al menos le hacía darse cuenta de que su vida todavía giraba, con o sin corazón.

XXXIV

Nivill

Cerró la puerta de su habitación de golpe, enfadada con él, pero sobre todo consigo misma por permitir que esas simplezas le molestasen. Había sido tan tajante que era normal que Edward se hubiera mostrado indiferente. No solo dejaba que le afectase, sino que además, le consumía. Desde niños, ella era para el resto del mundo Nivill Darcy, para su hermano, Ivil, pero para Edward era Niv. El diminutivo que siempre la distinguía de todas las demás. Tenía un valor incalculable para ella, aunque fuese sentimental. No debería culparlo por mantener las distancias, pues le había dicho que no podía interferir en su vida de la forma más franca posible pero le fastidiaba que se hubiera dado por vencido. Jamás se había comportado así, había resuelto ser su amiga y demostrarle que, a pesar de todo, había aprendido de sus errores y no volvería a cometerlos, mas se dejaba controlar por sus irracionales emociones. En lo más profundo de su interior, pensaba que una parte de ella no podría aceptar la amistad de Edward, ni siquiera por un tiempo. Tal vez, en un futuro pudieran retomar la relación tan cercana que tenían pero actualmente, eso era imposible.

Miró por la ventana y vislumbró como John y Edward subían a su carruaje. No sabía cuándo volvería a verlo pero aquello no le preocupaba en absoluto. El simple hecho de constatar que su amistad no duraría, fue suficiente para convencerse de que debería olvidar por siempre a Edward Wingfield.

Se mantuvo entretenida con los cuadros de Charlotte y con su hermano. Henry se había prestado para ayudarlas a seleccionar las obras más sofisticadas para su casa en París, mientras que las otras irían a la casa de campo.

Sin embargo, no fue efectivo pues Nivill estuvo todo el día pensando en Edward. Había decidido olvidarse de él costase lo que costase pero habían vivido tantas cosas juntos que sospechaba que no podría hacerlo. Además, ¿qué le hacía pensar que podría olvidarlo ahora si durante los siete años que estuvieron separados no lo consiguió? Sus antecedentes hablaban por ella. Aun así, necesitaba poner distancia entre ellos, por lo que a la hora de la cena exclamó:

—Este jueves me marcharé a Londres. Había pensado pasar un tiempo allí.

Thomas dejó la cuchara a medio camino de su boca.

— ¡Eso es fantástico! —exclamó Evelyn completamente entusiasmada porque su hija volviera a codearse con la sociedad.

—Puedo avisar a unas amistades que residen allí. No tendrán reparo en recibirte, *chérie* —Charlotte estaba dispuesta a mover cielo y tierra con tal de borrar la amargura de su rostro.

— ¿Por qué quieres ir a Londres? —en cambio, su padre no estaba muy contento con esa declaración.

—Por nada en especial —quitó importancia al asunto—. Ayer me llegó una carta de tía Violet regañándome —su hermano le sonrió por lo bajo y Nivill lo fulminó con la mirada—. Me ha invitado a pasar unos días con ella.

— ¿Y Anthony no tiene nada que objetar? —preguntó su padre pues entre los dos hombres siempre habían existido diferencias irreparables.

— ¿Qué puede decir él? Es su marido y como tal tendría que estar encantado de que nuestra hija los visite.

Henry le advirtió de los desafíos de sus padres y a toda costa intentaban evitar un enfrentamiento, pero al menor comentario uno de los dos, sobre todo Evelyn, saltaba.

—Según tía Violet, Anthony está demasiado ocupado y no le importará que su sobrina política visite a su mujer.

—Con él nunca se sabe —contrarrestó Thomas.

—Padre —le reprendió Henry—. Si te quedas más tranquilo, yo acompañaré a Iivil a Londres. Me quedaré el mismo tiempo que ella.

— ¡Eso es doblemente fantástico! —exclamó llena de júbilo su madre— Podréis asistir a algunos bailes de la temporada pues este año se ha prorrogado y visitar a vuestras amistades más solicitadas.

Los hermanos compartieron una mirada cómplice. Ellos no tenían amigos en Londres, sí conocidos y allegados, pero los amigos eran algo más que discutir quién llevaba el peor vestido de la sala o qué puro se fumaban.

Thomas puso los ojos en blanco antes de añadir:

— ¿Violet también te ha regañado?

Henry no pudo evitar sonreír. Su padre conocía demasiado bien a su hermana. Vivía tan apartada de la familia que la única forma de que sus sobrinos fueran a verla era haciéndoles sentirse culpables.

—Sabe dónde darnos.



Dos días después, los hermanos Darcy se marchaban a Londres con la esperanza de que su tía no montara una escena al verlos, no deseaban ser reprendidos en medio de la calle como un par de niños elaborando una travesura. Como fue de esperar, ocurrió exactamente eso.

El aspecto de Violet era parecido al de la familia Darcy. Aunque sus ojos no fueran tan intensos, seguían conservando el tono que los caracterizaba. Su cabello también había perdido fuerza y brillo pero aun podía notarse una tonalidad oscura. Poseía una piel pálida y ojeras, con todo se conservaba estupendamente.

Sin embargo, si algo no podía cambiar era su carácter, pues Violet desde siempre fue una mujer cascarrabias, se quejaba de todo lo que la rodeaba. Cualquier gesto o palabra no era correcta para ella y casi nunca simpatizaba con las ideas, si no se le habían ocurrido a ella.

De todas formas, Violet se portaba bien con sus sobrinos. Sus tíos no tenían hijos propios por lo que nunca pudieron negarse cuando ella pedía que fueran a visitarlos.

Anthony salió tras unos instantes a recibirlos pero como siempre se mostró callado y ausente.

Eran una extraña pareja la que formaban, pero ellos más que nadie, sabían que existían otras cosas a parte del amor para que las personas se unieran en matrimonio.

Los días fueron pasando entre bailes, reuniones de sociedad y paseos por las calles de Londres. Aunque en todos esos encuentros alguien preguntaba sobre la ausencia de Niv durante esos siete años, Violet alegaba que se trataba de un asunto familiar muy peligroso con amenazas de por medio y que su marcha tan precipitada se debía a su seguridad. Cualquiera con dos dedos de frente, sabría que esa historia era falsa. Aun así, Nivill en la medida de lo posible evitaba hablar del tema y sus allegados también.

El Támesis era uno de los sitios con predilección de los Darcy y siempre que podían escaparse acudían allí. Pero diciembre había traído consigo un viento completamente helado. La humedad era casi dolorosa y el cielo encapotado no animaba a salir. Por lo que los últimos días se dedicaron

a juegos de mesa, a charlas superficiales, a lecturas conjuntas en voz alta y tratar de no volverse locos por los comentarios de su tía.

El primer día en el que el viento logró calmarse, Violet había organizado una visita muy importante.

—Por favor, Nivill ¿puedes decirle a Anthony si asistirá con nosotros a casa de Lady Mary? Tengo que acabar esto —en sus manos tenía un bastidor para bordar.

Nivill se había percatado de que Anthony apenas salía de su despacho, mucho menos conversaba con su tía y las pocas palabras que les había dedicado en su estancia se basaban en simples afirmaciones y evasivas. También había podido apreciar que no era cosa solamente de Anthony, pues Violet tampoco le dirigía la palabra muy a menudo. Como ahora mismo, que había ordenado a su sobrina darle el recado.

Toc, toc, toc.

Esperó a que una voz le indicara que pudiera pasar pero sonó tan débil que creyó que se la había imaginado, aun así entró.

—Tía Violet me manda a preguntarte si nos acompañarás a tomar el té a casa de Lady Mary —Anthony siempre tenía los ojos puestos en un libro.

La miró y estuvo unos segundos observándola hasta que ella se sintió incómoda y bajó el rostro.

—No puedo soportar a esa mujer —fue lo único que dijo y siguió leyendo.

Al día siguiente, Violet envió de nuevo a Nivill al despacho de Anthony para avisarle de que asistirían a tomar el té con una de sus amistades y aunque ella no deseaba hacerlo, no tuvo alternativa. Puso su mejor sonrisa y tocó a la puerta.

—Tía Violet me manda a preguntarte si nos acompañarás a tomar el té a casa de Lady Elisabeth —como siempre, sostenía un libro en las manos. Nivill intentó leer el título pero le fue imposible por la distancia.

Como la otra vez, la miró y estuvo unos segundos observándola hasta que ella se sintió incómoda y bajó el rostro.

—No puedo soportar a esa mujer —fue tajante y siguió leyendo.

Ocurrió exactamente igual al tercer día y Nivill iba a negarse pero Violet se marchó enseguida del salón para no tener que discutir con ella.

—Tía Violet me manda a preguntarte si nos acompañarás a tomar el té a casa de Lady Faith —esperaba encontrarlo de otra forma, pero se equivocó.

Permanecía recostado en su silla con otro libro distinto en las manos.

La miró intensamente como solía hacer y después de estar unos segundos observándola dijo:

—No puedo soportar a esa mujer —y siguió leyendo.

—Ni a ella, ni a Lady Elisabeth, por no hablar de Lady Mary. Son tan odiosas que no sé porque Violet es amiga de ellas —Nivill se cruzó de brazos esperando que entendiera la ironía—. Tal vez deberías hablar con tu mujer y aconsejarle en sus amistades o tal vez sincerarte y decirnos que no deseas nuestra compañía.

Anthony cerró la cubierta del libro.

Nivill fue consciente del arrebató que había tenido en ese momento e intentó arreglar las cosas disminuyendo el tono con el que habló:

—Si te incomoda nuestra presencia en tu casa, nos iremos.

—No se trata de eso —aquello si pudo escucharlo. Se retiró las gafas y se frotó el puente de la nariz fuertemente como si le doliera de llevar el peso.

— ¿Qué ocurre, entonces? Desde que Henry y yo llegamos apenas has salido de esta habitación, no has hablado con nosotros y huyes de tía Violet. No puedo entender otro motivo que no sea ese.

La joven se acercó unos pasos y por fin pudo ver el libro que leía Anthony: “*An Essay Concerning Human Understanding*” de John Locke.

—Nivill eres demasiado joven para comprender el vacío que siento día tras día —su mirada estaba llena de admiración por la inocencia de la joven. No podía negarse que Anthony deseaba volver a ese estado de juventud, pero al segundo perdió ese brillo.

— ¿Vacío?

Su tío colocó la espalda pegaba al respaldo de la silla y toqueteó el alambre de las gafas.

—He cometido muchos errores —ahora se frotaba la frente— y me arrepiento de todos ellos, pagando con un matrimonio en que los sentimientos se pierden, aquellos que se encienden con una chispa y se convierten en un volcán, y deja de existir la agradable sensación del inicio. No sé cuándo ocurre y si es así en todos ellos, pero ambos, tu tía y yo, nos sentimos cansados de compartir nuestra vida juntos. Pasamos por al lado del otro sin sentir una pizca de intensidad. Tal vez sea el aburrimiento de la monotonía, esta rutina que nos tiene esclavizados o que el amor se ha apagado.

» Quiero a Violet, de un modo diferente a cuando me casé con ella —

pareció perderse en sus recuerdos unos segundos para luego volver en sí—. Sin embargo, cuando la elegí como esposa, no pensaba que algún día pudiera aborrecer las razones por las cuales la desposé. Éramos demasiado jóvenes y nos guiamos por un solo momento que cambió nuestras vidas. Estoy seguro de que ella detesta la situación igual que yo pero en esta sociedad no podemos hacer otra cosa que convivir con nuestros errores.

» Existió otra mujer y he llegado a un punto, en que las emociones se confunden y me retuercen por dentro. No sé identificarlos y muchas veces me veo aquí sentado —miró la habitación con tanta tristeza que encogió el corazón de Nivill— preguntándome que hubiera sido de mí, si en vez de elegir a Violet, hubiera elegido a la otra mujer.

» Solo nos queda tratarnos con cordialidad. Es lo único que podemos hacer.

— ¿Cuánto tiempo lleváis así?

—Muchos años, demasiados para contarlos. Cada uno intenta no despegarse del otro, pero hace tiempo que llevamos vidas separadas. Cada vez tenemos menos cosas en común y muchas veces cenamos en silencio, sin nada que decirnos.

Se podía apreciar la amargura en su voz, los ojos cansados afianzaban el abatimiento que parecía llevar su alma y no fue hasta que lo mencionó, que Nivill no se dio cuenta de la desesperación de su matrimonio. Comprendió como la gran mayoría de parejas ocultaban esos sentimientos para dar una imagen que no se corresponde con ellos, como sus propios padres. Muy a su pesar, sabía que la relación estaba acabada pues el auténtico amor de Thomas fue Catherine, la madre de Edward. ¿Acaso Charlotte no le había contado los mil chismes de la corte francesa? Nadie era consciente hasta qué punto la sociedad dictaba las leyes. Agradecía a su padre haberla educado de forma diferente y no como a esas mujeres que se desviven por aparentar ser algo que no eran.

—Nivill —esta se giró en el umbral de la puerta—, no te apresures a unir tu vida a un hombre, porque puede que no sea el correcto y tengas que pasar años casada con el vacío.

Cuando salió de la habitación, el significado de las palabras de Anthony cobró sentido para ella. Había visto que entre ellos existía cierto desapego, pero no pensaba que fuera un asunto tan grave. Sin embargo, Anthony lo había descrito como una destrucción de la emoción, del amor, de las impresiones

que surgieron en el pasado. Compartir los momentos con la persona correcta era un privilegio y cuando Niv la había encontrado la había apartado por orgullo. ¿Desde cuándo un solo sentimiento dirige la vida? Nunca, bajo ningún concepto, deseaba sufrir del mismo modo que sus tíos estaban padeciendo.

No era perfecta, se equivocaría mil veces más seguramente, pero si una sola emoción tenía que dirigir su vida, esperaba que fuera el amor. Y solo conocía a una persona capaz de conseguirlo.

XXXV

Niv

Nivill estaba dispuesta a perdonar y asumir parte de la culpa. No solamente había tenido que pasar tiempo para darse cuenta de que el amor que sentía por Edward era mayor que todos los desastres ocurridos, no, había hecho falta ver la desgracia en personas. Cuando había visto a su tío deshecho por el consumo de la vida y la desgana del amor, la realidad que llevaba intentando esquivar por el orgullo le había estallado de golpe. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para remendar los errores.

Había decidido hacerlo, medir las palabras exactas y pensar en un modo para avanzar en la vida, en caso de que Edward rechazara la proposición. Desde que ella abandonó Kingland no habían tenido tiempo de conversar debidamente y esperaba, de todo corazón, que las palabras que le había prometido en aquel entonces fueran ciertas. Por nada desearía que su padre y su futuro marido tuvieran discrepancias.

Se cerró bien la capa, pues el frío golpeaba con fuerza. Henry se ofreció a acompañarla pero se negó en rotundo. Aquello tendrían que hablarlo a solas.

Blake se extrañó al verla de nuevo en la casa, pero en sus ojos se podía apreciar la alegría que su rostro ocultaba. John salió a su encuentro.

—Me alegro de volver a veros. ¿Qué os trae por aquí? —Wilson siempre con aquel gesto arrebatador en el rostro.

—Vengo a hablar con Edward.

—Eso es una novedad—repiqueteó el dedo en su barbilla—. Estará en la colina como siempre. Salid por la puerta...

—Gracias, John, sé dónde está —Nivill le guiñó un ojo.

—Lo olvidaba. Perdóneme, duquesa —de nuevo esa sonrisa que a veces bordeaba la condescendencia.

Una silueta se fue formando en el horizonte mientras Nivill se acercaba a la cima. Era una construcción o eso parecía. Algo inusual pues ella conocía el territorio como la palma de su mano. Se dio más rapidez en su caminata hasta llegar al lugar donde se podía apreciar con nitidez.

Situado en la colina del territorio de Kingland se había levantado un templo de planta circular construido con piedra blanca. Se elevaba sobre una pequeña escalinata desde donde surgían columnas clásicas con huecos

cóncavos entre ellas para terminar en una bóveda centralizada decorada con casetones. En medio del templo había una estatua que Niv conocía a la perfección. Jamás la había visto pero sabría reconocerla en cualquier lugar: su preciosa Galatea. Una mujer camuflada de piedra o a la inversa, como ella se había sentido todo aquel tiempo. Una escultura cuidada al detalle y con un relieve que tocaba la perfección. Se podía apreciar la ondulación del cabello, cada hilo que envolvía su dulce rostro parecía elaborado con mimo. Llevaba cubierto medio cuerpo con una túnica, aun así, podía notar la tersidad de sus músculos, la suavidad de su piel y la sensualidad de sus pechos. Niv quiso tocarla, había sido atrapada por su belleza, pues no existía obra más hermosa. Podía entender porque Pigmalión se enamoró de ella.

Desde allí se podía apreciar el magnífico paisaje donde el blanco contrastaba a la perfección con el verde de la naturaleza, y eso, lo hacía aún más espectacular. Era un lugar agradable y apacible donde el entorno había crecido sin las órdenes de una mano que la restringiera, agradeciéndolo de la única forma que sabía, creciendo sin medida y aportando al ambiente una paz despejada.

Edward estaba parado frente aquel Templo cuando la oyó llegar. Niv tenía la punta de la nariz rosada debido al frío y los labios estaban a punto de cuartearse, como surgirían en la estatua con el tiempo, su piel blanca y frágil la envolvía en una visión preciosa de Galatea.

No estaba previsto que descubriera el templo de esa forma, esperaba enseñárselo él cuando fuera el momento ideal pero no había vuelta atrás. Veía como Niv se estaba acercando a aquella estatua, sin pestañear, contemplando el magnífico trabajo que había elaborado el escultor. Edward le pagó una gran cantidad de dinero para que dejara sus otros encargos y se dedicara a recrear a Galatea.

—Es preciosa, Edward.

Ver aquella maravilla en los ojos de Niv le llenó el pecho. No había sido trabajo suyo, pero había dado justo en la diana al elegir aquel personaje. Pocos entenderían la importancia de la mujer de marfil o por qué el V Duque de Richmond había mandado construir un templo a su favor. De hecho, la gran mayoría de personas solamente conocería la historia de la diosa griega Galatea de quien se enamoró Polifemo, olvidando así el mito de Pigmalión por el cual estaba ligada Niv.

Eso no importaba, en Kingland permanecería para siempre el amor que

sentía por Niv Darcy, la mujer que se convirtió en piedra para transformarse luego en una bella mujer. Nada más tenía relevancia para él.

Niv rodeaba la estatua de marfil blanco, observando todos los relieves, la expresión de su rostro, el tacto de las manos y la realidad de la piedra. Estaba completamente embelesada y no podía apartar los ojos. Se puso frente a ella mirando fijamente las cuencas blancas esperando que de verdad se convirtiera en una mujer. Le llenaba de amor verla y las lágrimas casi se desbordan por sus mejillas pero levantó la mirada para hacerlas desaparecer. Allí vio el techo cóncavo con casetones dorados que cubrían a Galatea. Era un lugar digno para alguien como ella.

El aire helado la distrajo de sus pensamientos y volvió en sí para fijarse en el hombre que detrás de ella la contemplaba. Parecía extrañado de verla allí o tal vez asustado, pues las últimas palabras que intercambiaron no habían sido las ideales para una amistad de años. A pesar de aquello, no se movió ni un centímetro.

Su pelo, más largo de lo habitual en él, le cubría medio rostro por culpa del fuerte viento. Iba poco abrigado y cuando vio que tenía desnudas las manos se atrevió a tapárselas con las suyas propias en un intento de que entrara en calor. Cerró los ojos unos segundos para disfrutar del momento pero enseguida notó unos labios cerca de su sien. Edward le dio un casto beso pero ella lo sintió como una promesa de protección y amparo.

—Tus manos están frías.

Con sus yemas pudo notar la rugosidad y la callosidad de la piel que, en estos meses de duro trabajo, habían surgido.

—Me rindo ante ti —los ojos de Edward la observaban con intensidad—. Si quieres ese dichoso caballo, está bien. Si quieres que acepte de nuevo a tu padre, lo haré. No me interpondré entre vosotros y seré el perfecto yerno que él desea. Si quieres Londres, París, Viena o cualquier otra ciudad, no me importará. Todo con tal de que me ames como yo te amo a ti, Niv.

Ella respiró tranquilamente y se llevó una mano a los labios. Besó los nudillos en un gesto de afecto. Entonces, pronunció las palabras que nunca pensó que oiría de una mujer como ella:

— ¿Quieres casarte conmigo, Edward?

Se quedó sin palabras, consciente de su situación se obligó a sí mismo a reaccionar. Rápidamente se soltó de sus manos para poner una en la mejilla de Niv y otra en la cintura, acercándola a él. Le besó los labios con tanta

felicidad que su sonrisa se dibujaba en ellos. Esperaba que aquel gesto lleno de ilusión, calor y espontaneidad respondiera a la pregunta. Se sentía exhausto de una felicidad completa y la expresó como se puede esperar de un hombre enamorado.

Cuando la abrazó, Niv no pudo ver la expresión de paz y dicha que le invadía el rostro a Edward. Sin embargo, todo en sus actos denotaba el gusto que le producía casarse con ella.

Era imposible que después de la efusividad, el momento y un templo para recordar su amor, su matrimonio y el futuro de ambos quedara expuesto al aburrimiento y a la indiferencia. Y si así fuera, nadie le quitaría esos momentos de pura felicidad en los que alejados del orgullo y los rencores por fin decidieron unir sus vidas.

—Pediré una licencia especial para poder casarnos cuanto antes —al acercarla notó que el cuerpo de Niv estaba helado por lo que posando su mano en la cintura de nuevamente su prometida, la empujó hasta Kingland—. Carson conoce al obispo y podrá ayudarme.

—Antes tendrás que hablar con mi padre —se acercó mucho más a Edward para entrar en calor—, o ¿es que tus palabras no eran ciertas?

—Por supuesto que sí. Ahora mismo iré a hablar con él y con Henry. No creo que nos perdone una segunda vez por ocultarle este tipo de cosas.

Esperaba con ansia ver la expresión de su hermano al enterarse de que por fin ambos habían decidido olvidar los males para deleitarse con la más pura felicidad. No había comentado con él las palabras de Anthony, ni cómo gracias a ellas sus emociones habrían sufrido un cambio tan significativo que había empezado a cuestionarse de otra manera su futuro.

Al entrar en Kingland, John no pudo evitar felicitarlos. Aquella sonrisa de autosuficiencia hizo dudar a Niv de sí el americano sabía mucho más de lo que aparentaba, pero desechó la idea cuando recordó que había sido ella la que le había pedido matrimonio a él. ¿O también podía saberlo John? Al final, la baronesa tendría razón con respecto a los americanos.

—Mis felicitaciones, Nivill —la abrazó de una forma que la sorprendió. La levantó del suelo y la estrujó hasta casi dejarla sin respiración.

Edward tosió y desde donde ella estaba no podía verlo, pero John se quedó observando aquella mirada azul afilada un tiempo hasta que la bajó a los suelos y le tendió a él la mano, para después atraerlo y darle exactamente el mismo abrazo que le había regalado a Nivill.

—Estoy feliz por vosotros —John le palmeó la espalda a Edward—, pero lo estoy más por saber que la baronesa tendrá que volver a soportarme.

Esos dos nunca iban a cesar en sus batallas. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, hubieran acabado despellejándose vivos. A estas alturas, solo podían conformarse con guardar en secreto el gran cariño que demostraban lanzándose dagas envenenadas en todas las disputas posibles.

Edward pidió a Blake el coche y después de darle el motivo por el cual volvía a Hightown el mayordomo no pudo contenerse:

—Sus padres estarían orgullosos del hombre en que se ha convertido, señor. Ellos solo le deseaban que fuera feliz.

—Casi ocho años he tardado en darme cuenta, Blake. Ahora no quiero ni pienso desaprovechar un minuto lejos de ella.

Al volver, John ayudaba a Niv a colocarse la capa.

— ¿Preparado, Edward? —Wilson no quería que sonase como su sentencia al cadalso, pero así fue y rio por lo bajo.

—Por descontado que sí —Nivill le encaró—. Hace algún tiempo señor Wilson, le dije que las mujeres podríamos ser lo que quisiéramos. Tiene la prueba ante usted.

Niv le dedicó una mirada licenciosa a Edward antes de salir de Kingland directa al carruaje para anunciar la noticia de su inminente boda con el duque de Richmond.

24 de junio de 1803

XXXVI. Epílogo

Edward

El duque de Richmond huía del salón de té para dirigirse a su refugio privado, pero su hermosa mujer le pisaba los talones.

—Ni hablar, no voy a dejarle que suba y no se hable más —cerró la puerta de la biblioteca de golpe. Sin embargo, ella la abrió todavía más enfadada que él.

—Pero ella quiere hacerlo y he confirmado que es una yegua mansa y tranquila —se acercó a él y en un tono mucho más cariñoso y afectivo siguió hablando—. No tienes de que preocuparte.

Edward se deshizo de los gestos de su mujer, si seguía por ahí seguramente lo convencería y no pensaba ceder en aquello. Se acercó al aparador y sacó la botella de whisky que guardaba para casos de emergencia, que en Kingland surgían todos los días.

Sin embargo, Niv no iba a ceder, bien lo sabía él. Puso los brazos en jarra y lo miró desafiante.

—Katy lleva esperando cumplir los ocho años desde que le dijiste que esa sería la edad propicia para montar a caballo.

— ¡Por qué me manipulaste! —se bebió el vaso de un solo trago a pesar de ser bien temprano— Me dijiste que aquel berrinche se le pasaría cuando cediera a tal súplica, pero resulta que nuestra hija es como tú, tan terca como una mula. Y óyeme bien, Niv, por encima de mi cadáver se subirá a ese caballo, ninguno de mis hijos lo hará.

Daba igual las palabras que utilizara Edward, Nivill estaba dispuesta a convencerlo de todas las formas posibles para que su hija mayor, Katy, pudiera montar a la yegua. Solo hacía falta más empeño en sus labores.

— ¿De verdad quieres que tu hija lllore el día de su cumpleaños?
Sabía jugar sucio.

—Eso no es justo y lo sabes. Si se lo prohíbo es por su propio bien.

Ella se fue acercando hasta él, le quitó el vaso de la mano, volvió a rellenarlo y se lo devolvió como una esposa ejemplar. Luego le acarició la palma y subió hasta la muñeca sutilmente mientras hacía círculos en su piel. Miró aquellos ojos azules que a pesar del tiempo seguían siendo tan afilados como siempre.

— ¿Sabes qué es injusto? —arrimó su cuerpo al suyo y sus labios a la oreja— Lo enfadadas que estaremos si no le dejas subirse a ese dichoso caballo.

Edward cerró los ojos de golpe. Podía imaginarse a ese par dándole la espalda como otras veces en las que sin darse cuenta él se convertía en el traidor, como aquella vez en la que por miedo a la oscuridad su segundo hijo, Henry, pasó una semana durmiendo con ellos. Cuando le obligó a dejar el lecho de sus padres y volver a su habitación, Niv y él le hacían el vacío hasta que cedió de nuevo. ¿Qué sería esta vez? ¡Entre sus tres hijos y su esposa lo expulsarían de Kingland!

—Eres una vil chantajista —se bebió de nuevo el vaso de golpe—. Está bien puede quedarse con el maldito caballo —Niv empezó a saltar de alegría cuando añadió—, pero yo estaré a su lado.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Niv fue la imagen de la alegría absoluta.

—No lo dudaba.



Edward fue a despertar a su hija mayor. Era su octavo cumpleaños y como tal le había prometido que él le regalaría su primer caballo. Por suerte, Niv había hecho un trabajo excelente buscando una yegua tranquila y dócil para su preciosa Katy. No quería ningún sobresalto, ni una conducta tormentosa como había tenido que sufrir con Bruma, el antiguo animal indomable de su esposa. Esta vez quería estar seguro de que sus hijos no corrían peligro encima de los caballos.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde para contemplarla en aquel estado. Era un ángel cuando dormía, como sus otros dos hijos, pero cuando abrían los ojos, nadie podía con ellos. Ocho años había pasado cuidándola, amándola con el corazón y con todas las fuerzas que existían. Velando sus sueños y protegiéndola de la realidad en la que se veían envueltos. Era el mejor legado que un padre podía dejar al mundo.

Edward le acarició el cabello castaño y las mejillas débilmente rosadas por el sueño. Le dio un beso y con eso se removió en la cama. Cuando Katy bostezó, su padre le dijo:

—Feliz cumpleaños, mi amor.

—Gracias, papá —se desperezó en la cama para al final sentarse en ella.

— ¿No vas a preguntarme por tu regalo? —su hija estaba más callada de lo normal y aquello era sospechoso. Normalmente, hablaba por los codos, pero esta vez guardaba silencio como intentando no desvelar una nueva trastada.

—Claro. ¿Qué me has regalado? —dijo llena de ilusión. Sus ojos cambiaron del verde oscuro al verde esmeralda en apenas un segundo.

Edward carraspeó antes de añadir:

—Como te prometí —señaló el traje de monta que aguardaba a ser puesto. Le dio unos segundos para reaccionar — ¿Qué nombre piensas ponerle?

La niña abrió los ojos tanto como pudo del asombro, la boquita fue formando una “o” hasta que un gritito salió de su garganta.

—Oh, mamá, gracias —salió de la cama corriendo hacia la salida—. ¡Es el mejor regalo!

Edward se quedó allí parado, mirando todavía el regalo mientras su hija corría por todo Kingland, buscando desesperada a la mente de tal malévolo plan.

— ¡Niv! —salió derecho detrás y mientras hija y padre buscaban a la susodicha, ella los esperaba preparada encima de su montura.

El primero en encontrarla fue su marido, que podía olerla desde otro continente.

—Dime, esposa mía, ¿cuál va a ser tu regalo de cumpleaños para tu primogénita? —se acercó a ella y puso las manos en su tobillo a modo de cadena.

—Me ha costado lo mío, no lo creas. Incluso pensé que llegaría el día y no tendría nada que ofrecerle, pero después de mucho trabajo por fin tuve el regalo perfecto —una risa se le escapó.

—Le prometiste convencerme, ¿verdad?

—Con los años le has ido comprando todos los caprichos que ha querido. No me has dejado elección. La culpa es tuya —le dio un golpecito y avanzó con el animal—. Katy no corras cerca de los caballos o no subirás a ninguno hasta que tu padre lo ordene.

La niña había salido a los jardines de la mano de su tío Henry, mientras que en la otra llevaba a la más pequeña de sus hijas: Jane. Una dulce niña de

cabellos claros con los ojos azules.

Cuando Katy llegó al lado de su padre, este la cogió en brazos y le dio un beso en la sien, a pesar de las travesuras que su madre y ella elaboraban para sacarle de quicio, la quería de un modo que jamás sabría explicar. La acercó a la yegua sosteniéndola con fuerza y le dio las riendas. No la soltó en ningún momento y cuando el animal empezó a caminar el corazón de Edward se detuvo por unos segundos, para luego seguir avanzando junto al de su hija. Estaba tan excitada que apretaba las cuerdas con fuerza sin darse cuenta.

Niv los siguió y juntos pasearon por los alrededores, sin alejarse de la casa demasiado. Cuando sus otros hijos reclamaron la atención de la madre, además de los invitados como era toda la familia Darcy, incluidos Charlotte y Wilson, esta abandonó el paseo y les dejó a solas.

Poco a poco, Katy quería alejarse de la casa y como Edward veía que la yegua se estaba portando bien, aceptó el reto. Subieron la colina a paso lento y se encontraron con el templo que había construido por amor. Allí, Katy quiso bajar y se acercó a la estatua.

—Papá —dijo mientras observaba las cuencas de los ojos blancas—, ¿crees que soy tan bonita como Galatea?

—Cariño —se agachó para abrazar por la espalda a su hija—, eres la viva imagen de ella.



Agradecimientos

Cuando terminé de escribir esta historia, no sabía ni como me sentía. Para que entendáis, yo antes escribía fantasía y este es mi primer libro romántico por eso tengo tanto miedo de que no os llegue a gustar, porque definitivamente he encontrado mi pasión en el género romántico. Siempre he tenido un poco de complejo, con eso de que tal vez no tenga calidad, que sí cantidad, si habré cumplido las expectativas, si a alguien le habré hecho llorar o reír, pero una vez hecho y lanzado al mundo tengo que agradecer a las personas que me soportan diariamente para quitarme este miedo.

A Carmen, por revisar el libro desde principio a fin. Ella pone las comas y arregla todas mis frases mal construidas. Me fascina tenerla como detective gramatical porque es minuciosa hasta la médula. Además, es la que más me ha soportado en este proceso y por eso se merece un millón de gracias.

A Ana, porque ella fue la primera en acabarlo y en decirme que estaba bien. Me ese momento era lo que necesitaba. Estaba asustada y yo solo quería lo que ella me dio. Tu opinión fue muy importante para mí.

Entre ellas dos sacaron adelante a ojos verdes.

A Maia, que de golpe y porrazo le pedí una segunda opinión y corrección. Lo hizo, sin rechistar.

A mis otras compis que me animan a seguir escribiendo y a publicar. A Patricia y a María Pilar, hazme el favor y léete el libro anda, aunque sea histórica, por mí. ¡Cómo es posible que me aguantéis tanto!

En este mundo he conocido a personas maravillosas y puedo decir que, con cada libro, con cada página, con cada opinión y recomendación, hemos creado un *petit comité* en Whatsapp donde las considero amigas. Hay referencias vuestras en la novela, unas más obvias que otras. Si las descubris no dudéis en decírmelo.

A mis chicas y Antonio, porque vuestras opiniones importan. Porque fuisteis los primeros en apostar por mí cuando descubristeis que era escritora, porque seguís haciéndolo y porque con vuestros audios me animáis a seguir escribiendo.

A Silvia y a Gema, porque os merecéis el altar.

A mis padres, porque sí, ellos tienen que salir aquí. Y a mi hermana,

que, aunque está dedicado a ella, también se merece estar. Tienes que saber que cuando construí a Henry pensaba en ti.

Por último y sin ser el menos importante, a ti lector, porque solo tú eres la persona que quiero remover por dentro.

Sobre la autora

Me llamo Natalia Girón y llevo escribiendo desde los diecisiete años, algunas cosas con sentido, otras no tanto, pero siempre intentando emocionar. Vivo en Valencia junto a una perra comedora de galletas María que por supuesto, me acompaña en cada lectura y escrito.

Estudié producción audiovisual en tiempo de crisis y sobrevivo en ese mundo como puedo, es por eso que el arte me envuelve. Soy una apasionada del séptimo arte y, sobre todo, de un buen guion.

Publiqué mi primer libro “*La promesa*” con veintiuno y después de casi cinco años me animé de nuevo con “*Hacia la tierra del cruce*”. Esta es mi tercera novela y espero que no sea la última, porque mi intención es seguir escribiendo historias llenas de pasión.

Para que sepáis un poquito más de mí diré que me encanta el café, el guacamole y creo de verdad que lo mejor del mundo son los calcetines de colores y/o con dibujos. Los adoro. Soy de invierno, manta y libro, a poder ser con una chimenea.

Que no te asuste ponerte en contacto conmigo para decirme que te ha gustado demasiado o que le falta algo a la historia. Me encanta recibir mensajes, tanto buenos como con críticas constructivas porque sigo aprendiendo. Puedes contactar conmigo a través de mis redes sociales.

Twitter, Instagram y Pinterest: @inNATas

Facebook: Natalia Girón

